WILLIAM

BARCLAY

Volumen 4

LUCAS

COMENTARIO AL NUEVO TESTAMENTO

WILLIAM BARCLAY

COMENTARIO AL NUEVO TESTAMENTO

–Tomo 4–

Evangelio según San Lucas



Editorial CLIE
Ferrocarril, 8
08232 VILADECAVALLS (Barcelona)

COMENTARIO AL NUEVO TESTAMENTO
Volumen 04 - Lucas

Traductor de la Obra completa: Alberto Araujo

ISBN 978-84-7645-749-8 Obra completa
ISBN 978-84-8267-720-0 Volumen 04

Clasifíquese: 0219 COMENTARIOS COMPLETOS N.T. -Lucas
C.T.C. 01-02-0219-09
Referencia: 22.38.48

PRESENTACIÓN DEL COMENTARIO AL NUEVO TESTAMENTO DE WILLIAM BARCLAY

William Barclay, pastor de la Iglesia de Escocia y profesor de Nuevo Testamento en la Universidad de Glasgow, es internacionalmente conocido y apreciado como maestro en el arte de la exposición de la Palabra de Dios. Entre sus más de sesenta obras, la que ha alcanzado mayor difusión en muchos países y lenguas es, sin duda, el Comentario al Nuevo Testamento que presentamos en su nueva edición española.

Empezó con la publicación improvisada y aislada del comentario de los Hechos de los Apóstoles; pero aquel librito manejable y económico tuvo un éxito tan inesperado y extraordinario que se convirtió en el primero de los diecisiete volúmenes que componen el Comentario al Nuevo Testamento que William Barclay completó en seis años, récord no superado por editoriales con muchos más medios y colaboradores. Está destinado a los muchos que, en las iglesias o fuera de ellas, leen o quisieran leer la Biblia, pero les resulta difícil entenderla y aprovechar de su lectura tanto como quisieran.

La estructura del comentario a cada libro del Nuevo Testamento es sencilla. William Barclay nos ofrece al principio una introducción con información interesante acerca del autor, los destinatarios, las circunstancias en que se escribió y la enseñanza de cada libro; introducción que ya despeja muchas incógnitas y revela muchos detalles. A continuación, bajo un epígrafe que nos introduce el tema, encontramos correlativamente pasajes de longitud variable en traducción del mismo William Barclay, seguidos de una exposición breve pero suficiente en la que aclara las palabras, explica las circunstancias, introduce los personajes y propone la enseñanza para nuestra vida. Es un comentario informativo, edificante y relevante.

William Barclay solía decir que su propósito era poner los resultados de la investigación bíblica al alcance de lectores que no tienen estudios teológicos, y mostrar que la perenne actualidad de la enseñanza del Nuevo Testamento la hace pertinente y aplicable a

todos los aspectos de nuestra vida; y, sobre todo, como William Barclay dice en todos sus libros, que Jesucristo no es meramente alguien que vivió y murió hace mucho tiempo y cuya vida y enseñanzas podemos estudiar como hacemos con otros personajes históricos; sino Alguien con Quien podemos tener un encuentro y de cuya compañía y amistad podemos disfrutar. Para ayudarnos «a conocer a Jesucristo más íntimamente, amarle más entrañablemente y seguirle más fielmente», como se dice en una oración inglesa que William Barclay coloca como lema en muchos de sus libros, los escribió. «Y muerto, aún habla por ellos.»

Alberto Araujo

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN AL EVANGELIO SEGÚN SAN LUCAS

UN LIBRO ENCANTADOR Y SU AUTOR

Se ha dicho que el Evangelio según San Lucas es el libro más maravilloso del mundo. Una vez le pidió un americano al profesor Denney que le recomendara una buena vida de Cristo, y él le contestó:

—¿Ya conoce usted la que escribió Lucas?

Según una leyenda, Lucas era un experto pintor; hasta se conserva en una catedral española un retrato de María que se dice que fue pintado por él. No cabe duda que tenía ojo para las cosas vívidas. No erraríamos mucho si dijéramos que el tercer evangelio es la mejor vida de Cristo que se haya escrito jamás. La tradición ha creído siempre que Lucas fue su autor, y no tenemos por qué sentir escrúpulos en aceptarlo. En el mundo antiguo era corriente que se atribuyeran libros a las personas famosas; a nadie le parecía mal. Pero Lucas no fue nunca una de las figuras famosas de la Iglesia Primitiva. Si él no hubiera sido el autor, a nadie se le habría ocurrido atribuírselo.

Lucas era gentil; tiene la característica exclusiva de ser el único escritor del Nuevo Testamento que no era judío. Era médico de profesión *(Colosenses 4:14)*, y tal vez eso era lo que le daba la gran ternura que poseía. Se ha dicho que el pastor ve a las personas en su mejor aspecto; el abogado, en el peor, y el médico, tal como son. Así veía Lucas a todo el mundo, y los amaba a todos.

El libro está dedicado a un hombre que se llamaba Teófilo. Se le llama *Excelentísimo Señor*, que era el título que se daba normalmente a los altos funcionarios del gobierno romano. No hay duda de que Lucas escribió su libro para hacerle saber más de Jesús a un honrado buscador; y tal semblanza de Jesús le dio a Teófilo, que debe de haber atraído su corazón más cerca del Jesús del que ya tenía noticias.

LOS SÍMBOLOS DE LOS EVANGELIOS

Cada uno de los cuatro evangelios se escribió desde un determinado punto de vista. En las vidrieras de colores de las catedrales se representan los cuatro evangelistas; y es corriente que cada uno vaya acompañado de un símbolo. Estos símbolos puede que no sean siempre los mismos; pero se les suelen asignar de la siguiente manera:

El emblema de *Marcos* es *un hombre.* Marcos es el más sencillo y claro de los evangelios. Se ha dicho bien que su característica es *el realismo.* Es el que más se parece a un reportaje de la vida de Jesús.

El emblema de *Mateo* es *un león.* Mateo era un judío que escribía para los judíos, y presenta a Jesús como el Mesías que todos los profetas habían anunciado: el León de la tribu de Judá.

El emblema de *Juan* es *el águila.* El águila es la que puede volar más alto de todas las aves. Se dice que es la única de todas las criaturas que puede mirar directamente al Sol. Juan es el evangelio teológico; sus vuelos de pensamiento son más altos que los de los otros. Es el evangelio en el que el filósofo puede encontrar temas en los que podría pasarse toda la vida, y que se podrán agotar sólo en la eternidad.

El símbolo de *Lucas* es *el ternero.* El ternero es el animal del sacrificio; y Lucas presenta a Jesús como el perfecto Sacrificio por todo el mundo. Es sobre todo en Lucas donde se derriban las barreras, y Jesús es para los judíos y para los gentiles, para los piadosos y para los pecadores igualmente. Es el Salvador del mundo. Tengámoslo presente al reseñar las características de este evangelio.

LA EXACTITUD DE UN HISTORIADOR

Lo primero y principal es que el Evangelio de Lucas es una obra realizada con un cuidado exquisito. Su griego es notablemente bueno. Los primeros cuatro versículos es probable que representen el mejor griego del Nuevo Testamento. En ellos afirma Lucas que su obra es el producto de la más cuidadosa investigación. Tuvo amplias oportunidades, y sus fuentes deben haber sido fidedignas. Como compañero de confianza de Pablo debe haber conocido a todas las grandes figuras de la iglesia, y podemos estar seguros de que él les

haría contarle todo lo que sabían. Pasó dos años como compañero de Pablo en la cárcel de Cesarea, durante los cuales tuvo muchas oportunidades para estudiar e investigar, que sin duda aprovechó al máximo.

Un ejemplo de la exactitud de Lucas es la manera como fecha la aparición de Juan el Bautista. Lo hace por referencia a no menos de seis datos contemporáneos: «(1) En el año decimoquinto del imperio de Tiberio César, (2) siendo gobernador de Judea Poncio Pilato, (3) y Herodes tetrarca de Galilea, (4) y su hermano Felipe tetrarca de Iturea y de la provincia de Traconite, (5) y Lisanias tetrarca de Abilinia, (6) y siendo sumos sacerdotes Anás y Caifás, vino palabra de Dios a Juan…» *(Lucas 3:1, 2)*. Aquí tenemos a un hombre que escribe con exactitud y que pondrá el máximo cuidado posible al contarnos su relato.

EL EVANGELIO PARA LOS GENTILES

Está claro que Lucas escribió principalmente para los gentiles. Teófilo era gentil, lo mismo que Lucas, y no hay nada en su evangelio que no pudiera captar o entender un gentil. (*a*) Como hemos visto, Lucas empieza fechando un acontecimiento en referencia al emperador *romano* y al actual gobernador *romano.* La fecha *romana* aparece en primer lugar. (*b*) A diferencia de Mateo, Lucas no tiene interés especial en presentar la vida de Jesús como el cumplimiento de las profecías judías. (*c*) Rara vez cita el Antiguo Testamento. (*d*) Tiene la costumbre de dar los nombres hebreos en su equivalente griego para que le puedan entender los de cultura griega: Simón *el cananeo* aparece como Simón *el zelota* (cp. *Lucas 6:15*, con *Mateo 10:4)*. *El Calvario* no recibe su nombre hebreo, *Gólgota,* sino el griego *Kranion.* Los dos quieren decir *el lugar de la calavera.* Nunca aplica a Jesús el término judío *Rabí*, sino siempre una palabra griega que quiere decir *Maestro.* (*e*) En la genealogía de Jesús no se remonta sólo hasta Abraham, el patriarca del pueblo de Israel, como hace Mateo, sino hasta Adán, el primer hombre y fundador de la raza humana (cp. *Mateo 1:2,* con *Lucas 3:38).*

Por todo lo dicho Lucas es el más fácil de leer de los cuatro evangelios. Fue escrito no para los judíos, sino para personas parecidas a nosotros.

EL EVANGELIO DE LA ORACIÓN

El evangelio de Lucas es especialmente el evangelio de la oración. Lucas nos presenta a Jesús orando en todos los momentos decisivos e importantes de su vida: en su bautismo (3:21); antes de su primer enfrentamiento con los fariseos (5:16); antes de escoger a los Doce (6:12); antes de preguntarles a sus discípulos quién creían que era Él, y de anunciarles su muerte por primera vez (9:18); en la Transfiguración (9:29), y en la Cruz (23:46). Lucas es el único que nos dice que Jesús había orado por Pedro cuando fue probado (22:32). Y las parábolas que tratan de la oración —la del Amigo Importuno (11:5-13) y la del Juez Injusto (18:1-8)— sólo se encuentran en Lucas. Para él, la puerta siempre abierta de la oración era una de las más preciosas del mundo.

EL EVANGELIO DE LAS MUJERES

En Palestina, el lugar que ocupaban las mujeres era bajo. En la oración de la mañana, el judío le da gracias a Dios porque no le ha hecho «gentil, o esclavo, o mujer.» Pero Lucas les da a las mujeres un lugar muy especial. La historia de la Navidad se nos cuenta desde el punto de vista de María, mientras que en *Mateo* es del de José (cp. *Mateo 1:18–2:23*, con *Lucas 1* y *2)*. Es en Lucas donde leemos acerca de Elisabet (capítulo 1), de Ana (2:36-38), de la viuda de Naín (7:11-17) y de la mujer que ungió los pies de Jesús en la casa del fariseo Simón (7:36-50). Es Lucas el que nos hace vívidos los retratos de Marta y María y de María Magdalena, y el único que nos menciona a Juana, Susana y las otras mujeres que seguían a Jesús (8:2-3).

Es muy probable que Lucas fuera natural de Macedonia, donde las mujeres gozaban de una posición más emancipada que en otros sitios, y es posible que este hecho tenga algo que ver con la actitud de Lucas hacia las mujeres.

EL EVANGELIO DE LA ALABANZA

En Lucas aparece la frase *alabar a Dios* con más frecuencia que en todo el resto del Nuevo Testamento junto. Esta alabanza alcanza sus cimas más altas en los tres grandes himnos que la Iglesia ha

seguido cantando a lo largo de toda su historia: el *Magníficat* (1:46-55); el *Benedictus* (1:68-79), y el *Nunc Dimittis* (2:29-32). Hay una luminosidad en el evangelio de Lucas que es algo maravilloso; como si el brillo del Cielo hubiera tocado las cosas de la Tierra.

EL EVANGELIO UNIVERSAL

Pero la característica más sobresaliente de Lucas es que es el evangelio universal: desaparecen todas las barreras, y Jesucristo es para todo el mundo, sin distinción.

(*a*) El Reino de los Cielos no se les cierra a los samaritanos (*Lucas 9:51-56)*. Lucas es el único que nos cuenta la parábola del Buen Samaritano (10:30-37). El único leproso agradecido era samaritano (17:11-19). Juan alude a que los judíos no se tratan con los samaritanos *(Juan 4:9)*; pero Lucas se niega a cerrarle la puerta a nadie.

(*b*) Lucas nos muestra a Jesús hablando con aprecio de los gentiles, a los que un judío habría considerado impuros. Nos presenta a Jesús citando a la viuda de Sarepta y al sirio Naamán como brillantes ejemplos (4:25-27), y alabando al centurión romano por tener más fe que nadie en todo Israel (7:9). Lucas nos conserva aquella gran afirmación de Jesús de que «vendrán del Oriente y del Occidente, del Norte y del Sur, y se sentarán a la mesa en el Reino de Dios» (13:29).

(*c*) Lucas tiene un interés prioritario en los pobres. Cuando María trae la ofrenda para su purificación, es la de los pobres (2:24). Cuando Jesús les está presentando, como si dijéramos, sus credenciales a los emisarios de Juan el Bautista, el clímax es: «a los pobres se les anuncia el Evangelio» (7:22). Lucas es el único que nos cuenta la parábola del Rico y Lázaro (16:19-31). En el pasaje de las bienaventuranzas, Lucas no pone, como Mateo (5:3): «Bienaventurados los pobres en espíritu»; sino «Bienaventurados vosotros los pobres» *(Lucas 6:20)*. Algunos han llamado a Lucas «el evangelio de los marginados». Y es verdad que a Lucas se le conmueve el corazón ante cualquiera que se enfrenta con la vida en inferioridad de condiciones.

(*d*) Por encima de todo Lucas nos presenta a Jesús como el amigo de los marginados y de los pecadores. Lucas es el único que

nos habla de la mujer que ungió los pies de Jesús y los lavó con sus lágrimas y los secó con sus cabellos en casa del fariseo Simón (7:36-50); de Zaqueo, el publicano colaboracionista (19:1-10); del ladrón arrepentido (23:43), y Lucas es el único que nos ha conservado la inmortal parábola del Hijo Pródigo y de su amante padre (15:11-32). Cuando Mateo nos cuenta que Jesús envió a predicar a sus discípulos, nos dice que Jesús les advirtió expresamente que no fueran a los samaritanos ni a los gentiles *(Mateo 10:5)*; pero Lucas omite esa limitación (9:1-6). Los cuatro evangelistas citan el pasaje de Isaías 40 cuando dan el mensaje de Juan el Bautista: «Preparad el camino del Señor, enderezad sus sendas»; pero sólo Lucas sigue la cita hasta su conclusión triunfal: «Y verá toda carne —es decir, todo el género humano— la salvación de Dios» *(Isaías 40:3-5; Mateo 3:3; Marcos 1:3; Juan 1:23; Lucas 3:4, 6)*. Entre todos los evangelistas Lucas es el que no le ve límites al amor de Dios.

EL LIBRO MARAVILLOSO

Al estudiar este libro estaremos atentos para descubrir estas características. De los cuatro evangelistas Lucas es el que más nos hubiera gustado conocer, porque este gentil médico con su tremenda visión de la infinita amplitud del amor de Dios tiene que haber sido una persona estupenda.

Juan Bautista Cabrera nos ha dejado, entre otros muchos, este maravilloso himno:

1 Cual bálsamo que mitiga — tenaz y acerbo dolor,
es para el alma angustiada — saber que Dios es amor.
Venero que proporciona — riquezas de gran valor,
es para el alma salvada — sentir que Dios es amor. Coro.

2 ¡Amor el Dios de los Cielos! — ¡Amor el excelso Rey!
¡Amor su invicta potencia! — ¡Amor su corona y ley!
Palpita, corazón mío, — gozoso por tanto amor;
y eleva con tus latidos — un cántico en su loor. Coro.

3 ¡Amor bendito, que tienes — de los mortales piedad,
y en abundancia deparas — salud a la humanidad!
Por ti desciende a nosotros — el Hijo eterno de Dios,

y vida y paz y consuelo — de Él descienden en pos. Coro.

4 Por ti los cielos sonríen, — la Tierra siente placer…
Lo que otros siglos no vieron, — nosotros podemos ver.
Por ti la suprema dicha, — en existencia eternal
de angustias exenta, el hombre — gozar espera inmortal. Coro.

Coro.- Bendice a Dios, alma mía, — abraza a tu Salvador;
adórale y testifica - que es infinito su amor.

El Evangelio según San Lucas nos presenta en toda su belleza la historia completa de este amor de Dios.

LA INTRODUCCIÓN DE UN HISTORIADOR

Lucas 1:1-4

Excelentísimo Teófilo:

Aunque han sido muchos los que han acometido la empresa de escribir ordenadamente la historia de los acontecimientos en los que se basa nuestra fe, tal como nos los transmitieron los que fueron testigos presenciales desde el principio y luego se consagraron al ministerio de la proclamación del Evangelio, yo también me he hecho el propósito de investigar cuidadosamente todas las fuentes, y escribir a vuestra excelencia un informe completo y ordenado, para que conozcáis con certeza los hechos de los que ya tenéis noticia.

La introducción de Lucas es la única entre los cuatro evangelios en la que el autor sale a escena y usa el pronombre personal «yo». Hay que subrayar tres cosas en este pasaje:

(i) Es el mejor griego de todo el Nuevo Testamento. Lucas usa aquí la misma forma de introducción que habían usado todos los grandes historiadores griegos. Herodoto empieza: «Estas son las investigaciones de Herodoto de Halicarnaso.» Un historiador muy posterior, Dionisio de Halicarnaso, nos dice al principio de su Historia: «Antes de empezar a escribir, yo recogí información, en parte, de labios de los hombres más instruidos con los que me pude poner en contacto; y en parte, de las historias que escribieron los romanos de los que aquéllos hablaban con elogio.» Así empieza Lucas su libro, en el griego más sonoro, siguiendo los mejores modelos que podía encontrar.

Es como si Lucas se dijera: «Voy a escribir la historia más importante del mundo, y sólo lo mejor es digno de ella.» Algunos de los manuscritos antiguos son verdaderas obras de arte, escritos con tinta de plata en vitela púrpura; a menudo el copista, cuando llegaba al nombre de Dios o de Jesús, lo escribía en oro. El Dr. Boreham nos cuenta de un viejo obrero, que todos los viernes por la noche apartaba las monedas más nuevas y relucientes de la bolsita de su paga para la colecta del domingo en la iglesia. El historiador, el escriba y el obrero tenían la misma convicción: sólo lo mejor es

suficientemente bueno para Jesús. Siempre dedicaban lo mejor que tenían al más elevado fin.

(ii) Es sumamente significativo que a Lucas no le satisfacían las vidas de Cristo de los demás: tenía que tener la suya. La verdadera religión no es nunca de segunda mano, sino un descubrimiento personal. El profesor Arthur Gossip solía decir que los cuatro evangelios son importantes, pero más importante todavía es, para cada creyente, el quinto: el de la experiencia personal. Lucas siguió buscando, porque quería encontrar más plenamente a Jesús por sí mismo.

(iii) No hay pasaje de la Biblia que arroje más luz que éste sobre la doctrina de la inspiración de las Sagradas Escrituras. Ningún creyente negaría que el evangelio de Lucas es un documento inspirado; y sin embargo su autor empieza diciéndonos que es el producto de la más cuidadosa investigación histórica. La inspiración no le llueve del Cielo al que se sienta con los brazos cruzados y la mente en barbecho, y se limita a esperar; sino al que piensa, y busca, e investiga. La verdadera inspiración viene cuando el revelador Espíritu de Dios le sale al encuentro a la buscadora mente del hombre. Dios da su Palabra, pero se la da al que la busca. «Buscad, y hallaréis» *(Mateo 7:7).*

UN HIJO PROMETIDO

Lucas 1:5-25

Hubo en tiempos de Herodes, rey de Judea, un sacerdote que se llamaba Zacarías, que pertenecía a la orden de Abías. Su mujer también era descendiente de Aarón, y se llamaba Elisabet. Los dos eran buenas personas para Dios, porque su conducta era sin tacha conforme a todos los mandamientos y las ordenanzas del Señor; pero no tenían hijos, porque Elisabet era estéril, y ya eran los dos de edad muy avanzada.

Cuando Zacarías estaba actuando como sacerdote de Dios porque le correspondía el turno a su orden según la costumbre sacerdotal, le tocó a él entrar en el templo a ofrecer el incienso, y toda la congregación del pueblo estaba orando fuera a la hora de la ofrenda del incienso.

Cuando estaba allí se le apareció un ángel del Señor a la derecha del altar del incienso; y cuando lo vio Zacarías se conmovió profundamente y le dio mucho temor. Pero el ángel le dijo:

—¡No tengas miedo, Zacarías! He venido a ti porque Dios te ha concedido lo que le has pedido, y tu mujer Elisabet te va a dar un hijo al que llamarás Juan. Esto te producirá una gran alegría y felicidad, y muchos se alegrarán del nacimiento de Juan. Será grande para Dios; no beberá vino ni licores, y estará lleno del Espíritu Santo aun desde antes de nacer. Hará que muchos de los judíos vuelvan a estar en relación con Dios su Señor; y él mismo irá delante de Él con el espíritu y el poder del profeta Elías para convertir el corazón de los padres a los hijos, y de los desobedientes a la prudencia de los piadosos, para que haya un pueblo que esté preparado para recibir al Señor.

—¿Cómo puedo yo saber que todo esto va a suceder? —le contestó Zacarías al ángel—. Yo ya soy un viejo, y mi mujer también es entrada en años.

—Yo soy Gabriel —repuso el ángel—, que estoy siempre en la presencia de Dios a su servicio, y Dios es el que me ha enviado a hablar contigo para darte esta buena noticia. Y ahora, fíjate: por no haberme creído, te vas a quedar mudo y sin poder hablar hasta que se cumpla a su debido tiempo todo lo que te he dicho.

La gente estaba esperando a Zacarías, y se sorprendía de que tardara tanto en salir del templo. Cuando por fin salió, no podía hablarles, y se dieron cuenta de que debía de haber tenido una visión en el templo. Y él trataba de explicárselo por señas, porque ya no podía hablar.

Cuando se completaron sus días de servicio, se volvió a su casa. Poco después, su mujer Elisabet se quedó embarazada, y no salió de casa en cinco meses, porque decía:

—Esto no es sino obra de Dios, que se ha dignado librarme de la esterilidad que me avergonzaba ante la gente.

Zacarías, el personaje principal de esta escena, era sacerdote. Pertenecía a la orden de Abías. Todos los descendientes directos de Aarón, el hermano de Moisés, eran sacerdotes de nacimiento. Esto

hacía que hubiera demasiados sacerdotes para todos los propósitos ordinarios.

Estaban divididos en veinticuatro órdenes o secciones. No ejercían el sacerdocio todos más que en Pascua, Pentecostés y Tabernáculos. El resto del año cada orden ministraba dos períodos de una semana cada uno. Los sacerdotes que amaban su ministerio estaban deseando que les llegara su semana de turno, que era lo más importante de su vida.

Los sacerdotes se tenían que casar con mujeres que fueran de pura raza judía, y constituía un mérito especial el casarse con una descendiente de Aarón, que era el caso de Elisabet, la mujer de Zacarías.

Había tantos como veinte mil sacerdotes en total, así es que había casi un millar en cada sección, y en ella se echaban a suerte las intervenciones de los distintos miembros.

Los sacrificios de la mañana y de la tarde se ofrecían por toda la nación. Se sacrificaba en holocausto un cordero de un año sin mancha ni defecto, con una ofrenda de comida, de harina y aceite, y de bebida, de vino. Antes del sacrificio de la mañana y después del de la tarde se quemaba incienso en el altar del incienso, para que los sacrificios se elevaran, como si dijéramos, envueltos en un aroma agradable. Era posible que a muchos sacerdotes no les correspondiera quemar incienso en toda la vida; pero si le tocaba en suerte, aquel día era el más grande de la vida de un sacerdote, el más deseado y esperado. Y aquel día le tocó en suerte a Zacarías, que estaría de lo más emocionado.

Pero había una tragedia en la vida de Zacarías: su esposa y él no tenían hijos. Los rabinos judíos decían que hay siete personas que están privadas de la comunión con Dios, y la lista empezaba por «un judío que no tiene esposa, o un judío que tiene esposa pero que no tiene ningún hijo.» La esterilidad era causa suficiente para el divorcio. Por tanto, no nos sorprendería que Zacarías, aun en este su gran día, estuviera pensando en su tragedia doméstica y personal y la tuviera presente en sus oraciones. Y entonces tuvo aquella maravillosa visión y recibió el gozoso mensaje de que, aunque ya había perdido toda esperanza, le nacería un hijo.

Se quemaba el incienso y se hacía la ofrenda en el atrio más interior del templo, el Atrio de los Sacerdotes. Mientras se ofrecía el sacrificio, la congregación se agolpaba en el siguiente atrio, el Atrio de los Israelitas. El sacerdote que había oficiado el sacrificio de la tarde tenía el privilegio de salir a la barandilla que separaba ambos atrios para bendecir desde allí a los presentes. La gente se sorprendía de que Zacarías se retrasara tanto. Cuando por fin apareció, no podía hablar, y la gente comprendió que había tenido una visión. Y así, en un deslumbramiento inefable de gozo Zacarías terminó su semana de servicio y se marchó a casa; y allí y entonces empezó a hacerse realidad el mensaje de Dios, y Elisabet se dio cuenta de que iba a tener un niño.

Hay un detalle que sobresale en este relato: *fue en la casa de Dios donde Zacarías recibió el mensaje de Dios.* Supongo que a todos nos gustaría recibir un mensaje de Dios. En el drama de Shaw *Santa Juana,* Juana de Arco oye voces que le vienen de Dios. El Delfín de Francia se enfurece, y le dice:

> *—¡Y venga con tus voces, tus voces! ¿Por qué no me vienen a mí esas voces? Yo soy el rey, no tú.*
>
> *—Sí vienen a vos, pero no las oís —le respondía ella—. No os sentáis en los campos a la caída de la tarde a escucharlas. Cuando tocan al ángelus, os santiguáis, y eso es todo; pero si orarais de corazón y escucharais el vibrar de las campanas en el aire después que han dejado de tañer, oiríais las voces tanto como yo.*

Es decir, que Juana se daba la oportunidad de escuchar la voz de Dios. Zacarías estaba en el templo sirviendo a Dios. La voz de Dios viene a los que le prestan atención, como Zacarías, en la casa de Dios.

EL MENSAJE DE DIOS A MARÍA

Lucas 1:26-38

> *A los seis meses, Dios envió al ángel Gabriel otra vez, ésta a un pueblo de Galilea que se llamaba Nazaret, a una joven que estaba prometida con José, que era descendiente de David. La joven se llamaba María.*

El ángel se le apareció y le dijo:

—¡Se te saluda, a ti, que has sido agraciada con el más sublime favor de Dios! ¡El Señor está contigo, que eres la más bienaventurada de todas las mujeres!

Ella se quedó muy sorprendida, y no sabía a qué venía aquel saludo. Pero el ángel continuó diciéndole:

—No tengas miedo, María. Dios te ha escogido para el mayor privilegio: vas a quedar embarazada y a tener un hijo al que llamarás Jesús. Será un gran hombre, y recibirá el título de Hijo del Altísimo. El SEÑOR le dará el trono de su antepasado David, y reinará sobre el Pueblo de Israel para siempre, porque su reinado no acabará jamás.

Entonces María le preguntó al ángel:

—Pero, ¿cómo me sucederá eso? ¡Si yo ni siquiera estoy casada todavía!

El ángel le contestó:

—Sobre ti descenderá el Espíritu Santo, y el Poder del Altísimo te cobijará con su sombra. Por eso el santo Niño que nacerá será reconocido como el Hijo de Dios. Tu pariente Elisabet también ha quedado embarazada en su ancianidad. Se decía que no podía tener hijos, pero ahora ya está de seis meses… ¡Es que no hay nada imposible para Dios!

—Yo soy la esclava del SEÑOR —respondió María sencillamente—. Que haga conmigo como ha dispuesto y tú me has dicho.

En eso el ángel desapareció.

María era la prometida de José. El compromiso matrimonial duraba un año, y era tan indisoluble como el matrimonio; sólo se podía romper por la muerte o por el divorcio. Si moría el hombre que estaba prometido con una mujer, ella era viuda a los ojos de la ley. En las leyes de los judíos encontramos a veces la extraña frase «una virgen que es viuda».

En este pasaje nos encontramos frente a frente con una de las doctrinas más controvertidas de la fe cristiana: el nacimiento virginal de Jesús. Hay dos grandes razones para aceptarla.

(i) El sentido literal de este pasaje, y todavía más del de *Mateo 1:18-25*, no deja lugar a dudas de que Jesús nació de María sin la intervención de un padre humano.

(ii) Es natural aceptar que, puesto que Jesús fue una persona extraordinaria y absolutamente única, su entrada en el mundo también lo fue.

La sumisión de María es realmente encantadora. «Yo soy la esclava del SEÑOR —respondió María al ángel sencillamente—. Que haga conmigo como ha dispuesto y tú me has dicho.» Estaba dispuesta a aceptar lo que Dios decidiera. No hizo preguntas, ni puso condiciones; puesto que había sido Dios Quien lo había decidido, a Él le correspondía cuidarse de todos los detalles y resolver todos los problemas. La actitud de María fue la de una mujer creyente y obediente a la voluntad de Dios. Bien la definió su pariente Elisabet cuando le dijo: «¡Bendita seas por haber creído que se cumplirá lo que Dios te ha anunciado!» *(Lucas 1:45)*.

También es ejemplar la sencillez y la humildad con que María recibió el mensaje de Dios que había de transformar radicalmente su vida. No tenemos ni el más mínimo indicio de que se considerara digna de aquel honor, ni de que creyera merecer ningún trato especial de los hombres o de Dios por ser la madre del Mesías. Lejos de recluirse en algún lugar seguro, en el pasaje siguiente la veremos emprender un molesto viaje, sin duda para ir a ayudar a Elisabet en las molestias del embarazo en edad muy avanzada. Aquel extraordinario favor de Dios, la más grande bienaventuranza que podía recibir una mujer, le traería muchas pruebas, como la huida y el destierro, hasta la suprema de ver a su amado hijo en la cruz. Bien se lo anunciaría Simeón: «Y en cuanto a ti, una espada te atravesará el alma…» *(Lucas 2:35)*.

LA PARADOJA DE LA BIENAVENTURANZA

Lucas 1:39-45

> *En seguida María lo dispuso todo y se puso en camino a toda prisa hacia un pueblo de los montes de Judá. Cuando llegó a la casa de Zacarías, entró y saludó a Elisabet.*
>
> *Cuando oyó Elisabet el saludo de María, el niño se le agitó en el vientre, y el Espíritu Santo inundó todo su ser, y ella rompió a*

decirle a María en alta voz:

—¡Bendita seas más que todas las demás mujeres, y bendito sea el Niño que vas a tener! ¿Cómo es que se me concede a mí este honor de que venga a verme la madre de mi Señor? Tan pronto como penetró tu saludo en mis oídos, mi niño se puso a saltar de alegría en mis entrañas. ¡Bendita seas por haber creído que se cumplirá lo que Dios te ha anunciado!

Esta es una maravillosa exposición lírica de la bienaventuranza de María. En ninguna vida se ve más clara que en la suya la paradoja de la bienaventuranza. A María se le concedió la bienaventuranza de ser la madre del Hijo de Dios. Bien podía llenársele el corazón de una alegría trémula y maravillada por tan gran privilegio. Y sin embargo, esa misma bienaventuranza iba a ser como una espada que le atravesara el corazón; porque conllevaba el destino de ver un día a ese hijo clavado en una cruz.

La elección de Dios quiere decir, a menudo y al mismo tiempo, una corona de felicidad y una cruz de angustia. La inquietante realidad es que Dios no escoge a una persona para darle tranquilidad y comodidad y disfrute egoísta, sino para una misión que requerirá todo lo que la mente y el corazón y las fuerzas puedan dar de sí. *Dios escoge a una persona para usarla.* Cuando Juana de Arco se dio cuenta de que le quedaba poco tiempo, le dijo a Dios: «Ya no voy a durar más que un año. Úsame como quieras.»

Cuando somos conscientes de esta verdad, los dolores y las dificultades que conlleva el servicio de Dios dejan de ser tema de lamentaciones y se convierten en nuestra gloria, porque todo lo sufrimos por Dios.

Cuando los dragones de Cromwell apresaron al *covenanter* Richard Cameron, le mataron, y le cortaron las manos, que eran muy hermosas, y se las mandaron a su padre con una nota burlona en la que le preguntaban si las reconocía.

—Son las de mi hijo —dijo el padre—, las de mi amado hijo. Buena es la voluntad del Señor que nunca podrá dañarnos a mí ni a los míos.

Las sombras de la vida están iluminadas por el sentir de que también ellas están en el plan de Dios. Miguel de Unamuno acuñó una bendición muy suya: «¡Y Dios no te dé paz, y sí gloria!»

Un gran predicador moderno decía: «Jesucristo no vino para hacer la vida fácil, sino para hacer grandes a los hombres.»

La paradoja de la bendición consiste en que le confiere a una persona al mismo tiempo la mayor felicidad y la mayor tarea del mundo.

UN HIMNO MARAVILLOSO

Lucas 1:46-56

Entonces dijo María:
— Con toda mi alma proclamo la grandeza de Dios,
y mi espíritu se deleita en mi Dios y Salvador;
porque ha condescendido a fijarse en esta su sierva,
aunque es tan humilde mi condición.
Desde ahora en adelante
todos los que han de nacer
me tendrán por bienaventurada,
porque el Todopoderoso ha hecho
maravillas conmigo, ¡santo es su Nombre!
Su misericordia acompaña en todas las edades
a los que le honran con temor reverente.
Con su diestra ha obrado maravillas:
ha dispersado a los arrogantes
con todos sus proyectos,
ha arrojado de sus tronos a los poderosos,
y ha exaltado a los humildes;
ha saciado a los hambrientos
con alimentos deliciosos,
y ha despachado a los ricos con las manos vacías.
Ha venido en ayuda de su siervo Israel.
Ha cumplido la promesa que había hecho
a nuestros antepasados, cuando se comprometió
a no desentenderse en su misericordia
de Abraham y de sus descendientes nunca jamás.

Y se quedó María con Elisabet unos tres meses, y luego se volvió a su casa.

Este pasaje se ha convertido en uno de los grandes himnos de la Iglesia, el *Magníficat.* Nos recuerda a los salmos del Antiguo Testamento, y se parece especialmente al cántico de Ana, de *1 Samuel 2:1-10*. Alguien la dicho que «la religión es el opio del pueblo»; pero Stanley Jones ha dicho que «el *Magníficat* es el documento más revolucionario del mundo.» Habla de tres de las revoluciones de Dios.

(i) *Ha dispersado a los arrogantes con todos sus proyectos.* Esta es la revolución *moral.* El Evangelio es la muerte del orgullo. ¿Que por qué? Porque si uno coloca su vida al lado de la de Cristo, se le hacen añicos los últimos vestigios de orgullo.

A veces le sucede a uno algo que arroja una brillante y reveladora luz que le descubre su vergüenza. O. Henry cuenta en una historia corta lo que le pasa a un chico que se había criado en una aldea. En la escuelita se solía sentar al lado de una chica, y se gustaban. Luego él se fue a la ciudad y fue cayendo bajo. Se hizo carterista y ladronzuelo. Un día le dio el tirón a una anciana. Se le dio bien y se sentía satisfecho. Pero entonces vio bajar por la calle a la chica que había sido su compañera, que irradiaba el encanto de la inocencia. Y de pronto se vio a sí mismo tal como era de indigno y despreciable. Ardiendo de vergüenza apoyó la cabeza en el hierro frío de una lámpara de la calle, y se dijo: «¡Dios mío, quisiera morirme!» Se había visto a sí mismo.

Cristo hace que nos veamos a nosotros mismos. Eso le da el golpe de muerte al orgullo. Así empieza la revolución moral.

(ii) *Ha arrojado de sus tronos a los poderosos, y ha exaltado a los humildes.* Esta es la revolución *social.* El Evangelio pone fin a las etiquetas y al prestigio del mundo.

Mureto fue un filósofo ambulante de la Edad Media, y era muy pobre. Se puso enfermo en un pueblo de Italia, y le llevaron al hospital para vagabundos y desamparados. Los médicos estaban discutiendo su caso en latín, suponiendo que él no los entendía. Sugerían que, ya que se trataba de una persona tan despreciable, podían usarle para experimentos. Mureto levantó la mirada y les dijo en su propia lengua culta: «No llaméis despreciable a nadie por quien Cristo murió.»

Cuando nos damos cuenta de lo que Cristo hizo por todas las personas, ya no queda ninguna que podamos considerar despreciable. Las categorías sociales desaparecen.

(iii) *Ha saciado a los hambrientos con alimentos deliciosos, y ha despachado a los ricos con las manos vacías.* Esta es la revolución *económica.* Una sociedad no cristiana es una sociedad adquisitiva en la que cada cual va a acaparar todo lo que pueda. Una sociedad cristiana es aquella en la que nadie querría tener demasiado mientras otros tienen demasiado poco, en la que cada uno necesita tener sólo para poder dar.

El *Magníficat* tiene su propio encanto, pero hay dinamita en ese encanto. El Evangelio genera una revolución en cada persona, y en el mundo.

SE LLAMARÁ JUAN

Lucas 1:57-66

> *Cuando se le cumplió el tiempo para dar a luz, Elisabet tuvo un niño. Cuando se enteraron los vecinos y los parientes de la maravilla que Dios había hecho con ella, todos se alegraron mucho. Al octavo día llevaron a circuncidar al niño, y se daba por sentado que se llamaría Zacarías, como su padre. Pero la madre exclamó:*
>
> *—¡No! Se tiene que llamar Juan.*
>
> *—No hay nadie en vuestra familia que se llame así —le advirtieron los presentes, sorprendidos.*
>
> *Entonces le hicieron señas al padre para preguntarle cómo quería que se llamara su hijo. Él pidió una pizarra y escribió: «Se llamará Juan.» Todos se sorprendieron aún más.*
>
> *Al momento recuperó el uso de la palabra y se puso a alabar a Dios. Los vecinos reaccionaron con un temor reverente, y se corrió la voz de lo sucedido por toda la sierra de Judea. Los que lo oían ya no lo podían olvidar; y se decían:*
>
> *—¿Qué llegará a ser este niño? Porque no cabe duda de que Dios ha puesto su mano sobre él.*

En Israel, el nacimiento de un niño era una ocasión festiva. Cuando se aproximaba la fecha, se reunían cerca de la casa los

amigos y los músicos locales. Y cuando se anunciaba el nacimiento, si era niño, los músicos se ponían a tocar y a cantar, y todo el mundo se congratulaba y se ponía jubiloso. Si era una niña, los músicos se alejaban tristemente y en silencio. Según un dicho: «El nacimiento de un hijo varón produce alegría universal; pero el de una niña, universal tristeza.» Así es que en la casa de Elisabet había doble motivo de gozo: por fin había tenido un niño, y era varón.

A los ocho días de nacer se circuncidaba y se ponía nombre a los niños. A las chicas se les podía poner nombre en cualquier momento durante su primer mes de vida.

En Israel, los nombres eran descriptivos. Algunas veces recordaban algún detalle de su nacimiento, como en el caso de *Esaú* y *Jacob (Génesis 25:25, 26)*. Otras veces describían al bebé: *Labán,* por ejemplo, quiere decir *blanco* o *rubio.* A veces se le ponía el nombre del padre. A menudo el nombre describía la alegría de los padres: *Samuel* y *Saúl,* por ejemplo, querían decir *pedido (a Dios).* Otras veces el nombre era un testimonio de la fe de los padres: *Elías,* por ejemplo, quiere decir *Jehová es mi Dios;* en tiempos de culto a Baal, los padres de Elías confesaban su fe en el Dios verdadero.

Elisabet, para sorpresa de los presentes, dijo que su hijo se tenía que llamar Juan, y Zacarías también manifestó el mismo deseo. *Juan* es la forma breve de *Yehojanán*, que quiere decir *regalo de Jehová,* o *Jehová es misericordioso.* Era el nombre que Dios había dicho que se le pusiera al niño, y que describía la gratitud de los padres por tan precioso y ya inesperado regalo de Dios.

Todos los conocidos y los que se enteraban del maravilloso suceso se preguntaban: «¿Qué llegará a ser este niño?» Y es que cada niño es un racimo de posibilidades. Había un antiguo maestro latino que siempre hacía una profunda reverencia ante la clase antes de empezar la lección. Cuando le preguntaban por qué, él contestaba: «Porque nunca se sabe lo que uno de estos chavales va a llegar a ser.» El nacimiento de un niño en una familia representa dos cosas. La primera, es el más grande privilegio que se puede conceder a un hombre y a una mujer; algo por lo que hay que dar gracias a Dios. Segunda, es una de las más altas

responsabilidades de la vida, porque ese niño es un racimo de posibilidades, y depende de los padres y de los maestros el que esas posibilidades se hagan o no realidad.

EL GOZO DE UN PADRE

Lucas 1:67-80

El Espíritu Santo inundó todo su ser, y Zacarías rompió a hablar con inspiración profética:

—¡Bendito sea el SEÑOR, el Dios de Israel,
que ha intervenido a favor de su pueblo
para rescatarlo de una condición de esclavitud!
De la dinastía de su siervo David
ha suscitado un Campeón que nos salvara,
como mucho tiempo ha,
por las palabras de los santos profetas,
había dicho que lo haría,
cuando prometió librarnos de nuestros enemigos
y del dominio de los que nos aborrecían,
para cumplir la promesa misericordiosa
que había hecho a nuestros antepasados,
siendo fiel a su santo pacto.
Esa promesa había jurado a nuestro padre Abraham:
que nos rescataría del poder de nuestros enemigos
y nos permitiría servirle, ya sin nada que temer,
en santidad y bondad toda la vida.
En cuanto a ti, niñito,
recibirás el título de «Profeta del Altísimo»,
porque serás el precursor del Señor
para preparar los caminos por donde Él pasará,
y porque será tu misión decirle a su pueblo
cómo puede alcanzar la salvación
y el perdón de sus pecados
por la profunda compasión de nuestro Dios
que ha enviado del Cielo generosamente la aurora
para que nos amaneciera,
trayendo luz a los que morábamos en tinieblas
y en sombra de muerte,

para encaminar nuestros pasos
por el camino que conduce a la paz.

El niño creció y se desarrolló física y espiritualmente; y vivió en lugares desiertos hasta que llegó el día en que se manifestó a Israel.

Zacarías tuvo una gran visión de la misión de su hijo. Le reconoció como el profeta y precursor que había de preparar el camino del Señor. Todos los judíos devotos esperaban y anhelaban el día en que había de venir el Mesías, el Rey ungido por Dios. La mayor parte de ellos creían que, antes de que viniera, un precursor anunciaría su llegada y le prepararía el camino. La creencia más general era que Elías volvería a la Tierra con esta misión *(Malaquías 4:5)*. Zacarías vio en su hijo al que prepararía el camino para el Rey ungido por Dios.

Los versículos 75-77 nos dan una gran descripción del camino del Evangelio:

(i) *La preparación.* Todo en la vida es una preparación que nos conduce a Cristo. Cuando Walter Scott era joven, su sueño era ser soldado. Pero tuvo un accidente que le dejó ligeramente cojo, por lo que tuvo que renunciar a ese sueño. Se aficionó a leer viejas historias y novelas escocesas, y así llegó a ser uno de los más grandes novelistas de la literatura universal. De él dijo un vejete: «Se estaba haciendo a sí mismo todo el tiempo; pero no sabía, puede, por dónde tiraría hasta que pasaron los años.» En la vida Dios está haciendo que todo contribuya a llevarnos a Cristo.

(ii) *El conocimiento.* La pura verdad es que nadie sabía cómo es Dios hasta que vino Jesús a decírnoslo. Los griegos hablaban de un dios impasible, por encima de la alegría y del dolor, observando a los humanos con tranquila indiferencia. No se esperaba su ayuda. Los judíos tenían un Dios exigente, que imponía una ley y cuya función era la del juez. Aquello no producía más que terror. Jesús vino para decirnos que Dios es amor, y la gente sólo podía decir con sorpresa y encanto: «¡Nunca nos habríamos imaginado que Dios era así!» Uno de los grandes propósitos de la Encarnación fue traer a la humanidad el conocimiento de Dios.

(iii) *El perdón.* Una cosa debemos tener clara a este respecto: no se trata tanto de remitir el castigo como de restablecer la relación.

Nada nos puede librar de ciertas consecuencias de nuestros pecados. No se puede retrasar el reloj, pero el alejamiento de Dios se convierte en amistad, el Dios distante se hace cercano, y el Dios temido es ahora el Dios que nos ama.

(iv) *Andar* por los caminos de la paz. *Paz* en hebreo no quiere decir solamente ausencia de guerra, sino todo lo que comprende el sumo bien del hombre. Y por medio de Cristo se le capacita al hombre para andar por los caminos que conducen a todo lo que significa vida, y ya no a todo lo que significa muerte.

EL VIAJE A BELÉN

Lucas 2:1-7

> *Por aquel entonces se promulgó un edicto de parte de Augusto César mandando empadronarse a todos los habitantes del imperio romano. Este fue el primer censo que se hizo, y tuvo lugar cuando Quirinio era gobernador de Siria. Y todos se desplazaron a su lugar de origen para empadronarse.*
>
> *Por esa razón también José tuvo que ir desde el pueblo de Nazaret de Galilea a Belén de Judea, que era el pueblo de su antepasado el rey David; e hizo el viaje con su prometida María, que estaba embarazada.*
>
> *Cuando estaban allí se le cumplió el tiempo a María, y dio a luz a su primer hijo; y le puso unos pañales y le acostó en el pesebre, porque no habían encontrado habitación en la posada del pueblo.*

En el Imperio Romano se hacían censos periódicos con el doble objetivo de fijar los impuestos y de descubrir a los que tenían que hacer el servicio militar obligatorio. Los judíos estaban exentos del servicio militar, así es que en su caso el censo se hacía para los impuestos. En relación con estos censos disponemos de suficiente información de lo que sucedió en Egipto, y suponemos que en la provincia de Siria, de la que formaba parte Palestina, sucedería algo parecido. Esa información proviene de los mismos documentos del censo escritos en papiros, que se descubrieron en los basureros de los pueblos y aldeas de Egipto y en la arena del desierto.

Los censos se hacían cada catorce años, y tenemos documentos de todos los que hubo entre el año 20 y el 270 d.C. Según el ritmo de catorce años que se seguía en Siria, este censo se haría en el año 8 a.C., y ese sería el año que nació Jesús. Puede que Lucas cometiera un error sin importancia, porque Quirinio no fue gobernador de Siria hasta el año 6 a.C.; pero había tenido cargos oficiales en aquella región desde el año 10 hasta el 7 a.C., y fue en esos años cuando se hizo el primer censo.

Algunos críticos han puesto en duda el hecho de que todos los hombres tuvieran que desplazarse a su lugar de origen para empadronarse; pero aquí tenemos un edicto gubernamental de Egipto:

> *Ordena Gayo Vibio Máximo, prefecto de Egipto: «Como ha llegado el momento de hacer el censo de casa en casa, es necesario obligar a todos los que por cualesquiera causas residan fuera de su distrito de origen a que vuelvan a sus casas para cumplir con los requisitos del censo y también para atender diligentemente al cultivo de sus parcelas.»*

Si así se hizo en Egipto, es probable que se hiciera igual en Judea, donde todavía se mantenían los antiguos lazos tribales y familiares, y los hombres tendrían que ir a los respectivos lugares de origen de sus antepasados. Aquí tenemos uno de esos casos en los que los hallazgos históricos han demostrado la exactitud del Nuevo Testamento.

Habría unos 130 kilómetros de Nazaret a Belén. El alojamiento de los viajeros era muy primitivo. La posada oriental consistía en una serie de habitaciones que daban a un patio común. Los viajeros llevaban sus provisiones, y lo único que proveía el posadero era forraje para los animales y fuego para hacerse la comida. El pueblo estaba abarrotado, y José y María no encontraron alojamiento; así es que fue en el patio comunal donde María tuvo que dar a luz. Los pañales eran trozos cuadrados de paño con una tira como una venda que salía diagonalmente de uno de los picos. Se envolvía al bebé en el paño cuadrado, y luego se le iban dando vueltas alrededor del cuerpo con la tira de tela para que quedara bien sujetito. La palabra que traducimos como *pesebre* era el lugar donde

se echaba de comer a los animales; así que puede querer decir el establo o el pesebre.

El que no encontraran habitación en la posada fue sintomático de lo que había de sucederle a Jesús. No hubo sitio para él nada más que en una cruz. Trató de entrar en los abarrotados corazones de los hombres, pero no pudo; y todavía sigue buscando, y se le rechaza, igual que entonces.

LOS PASTORES Y LOS ÁNGELES

Lucas 2:8-20

En aquel distrito había pastores que pasaban toda la noche cuidando de sus rebaños por los campos de alrededor. De pronto se les apareció un ángel del Señor, y la gloria del Señor los rodeó de resplandor. Los pastores sintieron un temor muy grande; pero el ángel les dijo:

—¡No tengáis miedo! Os traigo una noticia tan buena que os llenará de alegría a vosotros y a todo el mundo: que hoy mismo os ha nacido en el pueblo de David un Salvador que es el Mesías, el Señor. Y le reconoceréis por lo siguiente: encontraréis al bebé en pañales y acostadito en un pesebre.

De pronto apareció acompañando al ángel una gran compañía del ejército celestial, cantando alabanzas a Dios:

—¡Gloria a Dios en las alturas del Cielo,
y paz en la Tierra a la humanidad
sobre la que desciende el favor de Dios!

Cuando los ángeles se volvieron al Cielo y desaparecieron, se dijeron los pastores:

—¡Vamos a Belén a ver lo que Dios nos ha dicho que ha pasado!

Y dicho y hecho, fueron a toda prisa a Belén, y encontraron a María, a José y al bebé acostadito en el pesebre; y tan pronto como le vieron se pusieron a contarle a todos los que estaban por allí lo que los ángeles les habían dicho del bebé, y todos los escuchaban entusiasmados.

María atesoraba todo esto en su memoria, y meditaba luego lo que querría decir cada detalle. Y en cuanto a los pastores, se

volvieron al campo dando gloria y gracias a Dios, porque todo lo que habían oído y visto era exactamente como Dios se lo había anunciado.

Es maravilloso que los primeros a los que Dios comunicó la buena noticia fueron unos sencillos pastores. Los más religiosos de aquellos tiempos despreciaban a los pastores porque no podían cumplir todos los detalles de la ley ceremonial; no se podían lavar las manos meticulosamente, ni observar todos los otros preceptos y reglas. Tenían que atender a las necesidades de los rebaños, así es que los religiosos los despreciaban. Fueron hombres sencillos que estaban trabajando en el campo los primeros que recibieron el mensaje de Dios.

Pero es probable que estos fueran unos pastores bastante especiales. Ya hemos visto que en el templo se ofrecía en sacrificio a Dios un cordero sin mancha ni defecto todos los días por la mañana y por la tarde. Para proveer los corderos perfectos para estos sacrificios, las autoridades del templo tenían sus rebaños particulares, y sabemos que los sacaban a pastar en los alrededores de Belén. Es probable que estos pastores se encargaran de cuidar de los rebaños de los que se escogían los sacrificios del templo. Es hermoso pensar que los pastores que cuidaban de los corderos que se sacrificaban en el templo fueron los primeros en ver al Cordero de Dios que había venido a llevar los pecados del mundo.

Ya hemos visto que cuando nacía un niño se reunían los músicos del pueblo para celebrarlo y darle la bienvenida con su sencilla música. Jesús nació en un establo de Belén, que no era donde residían sus padres, así es que no se pudo llevar a cabo la fiesta; pero es hermoso pensar que, aunque no había músicos del pueblo, los músicos del Cielo ocuparon su lugar, y los ángeles le cantaron a Jesús la bienvenida que no pudieron cantarle los hombres.

En estas lecturas nos hemos venido dando cuenta de la ruda sencillez que rodeó al nacimiento del Hijo de Dios. Tal vez habríamos esperado que, si era necesario que naciera en la Tierra, nacería en un palacio o en una mansión señorial.

Hubo una vez un monarca europeo que sorprendía y preocupaba a su guardia desapareciendo de vez en cuando para mezclarse de

incógnito con la gente de su pueblo. Cuando le advirtieron que no lo hiciera por razones de seguridad, contestó:

–No puedo gobernar a mis súbditos a menos que sepa cómo viven.

Es una verdad preciosa del Evangelio que tenemos un Dios que sabe cómo vivimos, porque ha asumido nuestra vida sin reservarse ningún privilegio.

CUMPLIENDO LAS ANTIGUAS CEREMONIAS

Lucas 2:21-24

> *Cuando pasaron los ocho días que había que esperar para circuncidar al niño, le pusieron «Jesús», que era el nombre que había dicho el ángel antes de que María quedara embarazada. Y cuando se cumplieron los cuarenta días que fijaba la Ley de Moisés, trajeron a Jesús a Jerusalén para presentarle al Señor cumpliendo lo que dispone la Ley del Señor de que todos los primogénitos pertenecen al Señor, y presentaron el sacrificio que prescribe la Ley para la purificación de la madre, que eran dos pichones o palomas.*

En este pasaje vemos que se cumplieron después del nacimiento de Jesús las tres antiguas ceremonias relativas al nacimiento del primer hijo varón de una familia judía.

(i) *La circuncisión.* Todos los niños judíos se circuncidaban a los ocho días de nacer. Esta ceremonia era tan sagrada que se podía llevar a cabo hasta en sábado, aunque la ley prohibía que se hiciera ese día nada que no fuera absolutamente esencial. Ese día se le ponía nombre al niño.

(ii) *La redención del primogénito.* Según la ley *(Éxodo 13:2)*, todo primogénito varón, o macho en el caso del ganado, estaba consagrado al Señor. Esta ley puede ser el reconocimiento del poder misericordioso de Dios que es el que da la vida, o tal vez sea el equivalente de la ley de otros pueblos que sacrificaban a los hijos primogénitos a sus dioses. No cabe duda de que, si se hubiera cumplido literalmente, habría desbaratado la vida. Por eso había una ceremonia que se llamaba la Redención del Primogénito *(Números 18:16)*, y que consistía en pagar cinco siclos para, como

si dijéramos, que los padres pudieran seguir teniendo a su hijo. Esa suma se tenía que hacer efectiva a los sacerdotes, y no se podía pagar antes de los treinta y un días después del nacimiento, ni diferir mucho más.

(iii) *La purificación después del parto.* La mujer quedaba impura cuarenta días si había tenido un hijo varón, y ochenta en el caso de una hembra. Podía vivir normalmente en su casa y hacer sus trabajos diarios, pero no podía entrar en el templo ni participar en ceremonias religiosas. Al cumplirse ese tiempo tenía que traer al templo un cordero de un año para holocausto y un pichón para expiación. Era un sacrificio bastante costoso, así es que la ley establecía que si no se podía ofrecer un cordero se podía traer otro pichón. La ofrenda de los dos pichones en vez de la del cordero y el pichón se llamaba técnicamente *la ofrenda de los pobres,* y esa fue la que ofreció María. De nuevo vemos aquí que Jesús nació en un hogar sencillo y humilde, y sin lujos; un hogar en el que se tenía que tener cuidado con el dinero, en el que se sabía lo difícil que es a veces ganarse la vida y esquivar sus dificultades. Cuando nos asedien las preocupaciones de la vida, acordémonos de que Jesús también las experimentó.

Estas tres ceremonias nos parecerán extrañas y antiguas; pero las tres expresaban la convicción de que un hijo es un don de Dios. Los estoicos solían decir que los niños no se les dan a los padres, sino se les prestan. De todos los dones de Dios, del que más se nos van a pedir cuentas es del de un hijo.

UN SUEÑO QUE SE HACE REALIDAD

Lucas 2:25-35

> *Había en Jerusalén un hombre que se llamaba Simeón. Cumplía meticulosamente la Ley de Dios y era profundamente piadoso. Esperaba las bendiciones que traería la venida del Mesías, y el Espíritu Santo dirigía su vida. El Espíritu Santo le había revelado que no se moriría sin haber visto al Mesías prometido por Dios.*
>
> *Aquel día, cuando los padres del niño Jesús le trajeron al templo para cumplir todo lo que mandaba la ley, el Espíritu*

Santo había movido a Simeón a ir al templo, y se dirigió a ellos y tomó a Jesús en sus brazos y dio gracias a Dios diciendo:

—Señor, ya puedes dar a este tu siervo
el saludo de despedida,
acabando de cumplir lo que me has prometido,
porque ya he visto con mis propios ojos la salvación
que tenías preparada para todos los pueblos:
es una luz que te revelará a todos los gentiles
y la gloria de tu pueblo Israel.

Los padres de Jesús estaban maravillados de oír todo lo que se decía de su hijo. Simeón los bendijo, y dijo a María:

—En cuanto a este niño, Dios le ha puesto para que muchos de Israel caigan, y muchos se levanten, y para ser el mensaje de Dios que rechazarán los hombres, y que hará que salgan a la luz los anhelos de muchos corazones. Y en cuanto a ti, una espada te atravesará el alma…

No había judío que no creyera que su nación era el pueblo escogido de Dios. Pero los judíos no podían por menos de darse cuenta de que no sería por medios humanos por los que su nación llegara a alcanzar la suprema grandeza que creían que le estaba reservada. Con mucho la mayoría de ellos creía que, como los judíos eran el pueblo escogido, estaban destinados a llegar a ser algún día los amos del mundo y los señores de todas las naciones. Para traer ese día, algunos creían que vendría del Cielo algún gran campeón; otros creían que surgiría otro rey de la dinastía de David que devolvería al pueblo toda su antigua grandeza, y otros creían que Dios mismo intervendría directamente en la historia de manera sobrenatural. En contraste con todos esos había unos pocos a los que llamaban *los reposados de la tierra:* no tenían sueños de grandeza, violencia o poder de ejércitos con banderas; creían en una vida de constante oración y de reposada pero vigilante espera hasta que Dios interviniera. Pasaban la vida esperando tranquila y pacientemente en Dios. Así era Simeón: en oración, en adoración, en humilde y fiel expectación, esperaba el día en que Dios había de consolar a su pueblo. Dios le había prometido por medio del Espíritu Santo que no llegaría al final de su vida sin haber visto al ungido Rey de Dios. En el niño Jesús reconoció al Rey prometido, y se

sintió feliz. Ahora estaba preparado para partir de esta vida en paz, y su cántico se conoce como el *Nunc Dimittis,* por sus dos primeras palabras en latín, y es otro de los grandes himnos de la Iglesia Cristiana.

En el versículo 34 Simeón da una especie de resumen de la obra y el destino de Jesús:

(i) Será la causa de que *muchos caigan.* Este es un dicho duro y extraño, pero cierto. No es tanto Dios el que juzga a un hombre, sino que es el hombre el que se juzga a sí mismo; y su juicio es su reacción a Jesucristo. Si cuando se encuentra ante esa bondad y esa maravilla su corazón reacciona con una respuesta de amor, está dentro del Reino. Si ante ese encuentro continúa fríamente insensible o se vuelve activamente hostil, queda excluido. Hay un gran rechazo, lo mismo que una gran aceptación.

(ii) Será la causa de que *muchos se levanten.* Hace mucho tiempo, el gran filósofo español Séneca dijo que lo que los hombres necesitaban más que nada era que se les tendiera una mano para levantarlos. Es la mano de Jesús la que levanta al hombre de la vieja vida a la nueva vida, del pecado a la bondad, de la vergüenza a la gloria.

(iii) Se enfrentará con *mucha oposición*. Ante Jesucristo no cabe la neutralidad: o nos rendimos a Él o estamos en guerra con Él. Y lo trágico de la vida es que el orgullo no nos deja hacer la rendición que conduce a la victoria.

UNA PRECIOSA ANCIANIDAD

Lucas 2:36-40

> *También estaba allí una profetisa que se llamaba Ana hija de Fanuel, de la tribu de Aser. Era de edad muy avanzada, porque no había estado casada más que siete años y había vivido viuda hasta los ochenta y cuatro. Nunca se alejaba del templo, y adoraba a Dios continuamente con oraciones y ayunos de día y de noche.*
>
> *Entonces se acercó a ellos y se puso a dar gracias a Dios y a hablar de Jesús a todos los que esperaban la liberación de Jerusalén.*

Cuando cumplieron todo lo que manda la ley del Señor, se volvieron a su pueblo de Nazaret de Galilea. Allí fue creciendo Jesús y poniéndose fuerte y llenándose de sabiduría, y la gracia de Dios era con Él.

Ana también era una de los «reposados de la tierra.» De ella no sabemos nada más que lo que nos dicen estos versículos; pero Lucas nos traza en ellos un verdadero boceto de su carácter.

(i) Ana era viuda. *Sabía lo que era el sufrimiento, pero no estaba amargada.* El sufrimiento puede producir en nosotros una de dos cosas: o nos hace duros, amargados, resentidos y rebeldes a Dios, o nos hace más amables, tiernos y compasivos; puede hacernos perder la fe, o arraigarla aún más en nuestro corazón. Todo depende de lo que pensemos de Dios: si le consideramos un tirano, seremos unos resentidos; si le tenemos como nuestro Padre, estaremos seguros de que nunca hace que sus hijos derramen lágrimas innecesarias.

(ii) Tenía ochenta y cuatro años. *Era anciana, pero no había perdido la esperanza.* La edad puede despojarnos del encanto y del vigor de nuestro cuerpo; y aun puede producir un efecto peor: los años pueden llevarse la vida del corazón hasta el punto de que se nos mueren las esperanzas que hemos abrigado antes, y nos contentamos y resignamos con las cosas tal y como son. También en esto todo depende de lo que pensamos de Dios: si creemos que es distante y desinteresado, podremos caer en la desesperación; pero si creemos que está interesado y conectado con la vida, y que no retira la mano del timón, estaremos seguros de que lo mejor está todavía por venir, y los años no nos harán nunca perder la esperanza.

¿Cómo es que Ana era así?

(i) *Nunca dejaba de adorar a Dios.* Pasaba la vida en la casa de Dios y con el pueblo de Dios. Dios nos ha dado su iglesia para que sea nuestra madre en la fe. Nos privamos de un tesoro incalculable cuando descuidamos el ser parte de un pueblo que da culto a Dios.

(ii) *Nunca dejaba de orar.* El culto de la iglesia es algo grande; pero no lo es menos el culto privado y personal. Como ha dicho alguien, «los que oran mejor con los demás son los que antes oran a solas.» Los años habían dejado a Ana sin amargura y con una

esperanza inquebrantable, porque día tras día se mantenía en contacto con el Que es la fuente de toda fuerza, y en cuya fuerza se perfecciona nuestra debilidad.

LA AURORA DE LA CONCIENCIA

Lucas 2:41-52

> *Los padres de Jesús iban todos los años a Jerusalén para la fiesta de la Pascua. Cuando Jesús tenía doce años, fueron como de costumbre, y se quedaron hasta el fin de la fiesta. Cuando emprendieron el viaje de regreso, Jesús se les quedó en Jerusalén sin que se dieran cuenta. Creían que él iría en la caravana, y al final del primer día de viaje se pusieron a buscarle entre los parientes y amigos; pero, como no le encontraron, se volvieron otra vez a Jerusalén buscándole por todas partes. Pasaron tres días hasta que por fin le encontraron en los recintos del templo, sentado entre los maestros, escuchándolos y haciéndoles preguntas. Y todos los que estaban escuchando se admiraban de su inteligencia y de sus contestaciones.*
>
> *Sus padres se sorprendieron mucho de encontrarle allí.*
>
> *—¿Por qué nos has hecho esto, hijo mío? —le dijo María—. Tu padre y yo hemos estado muy preocupados, buscándote por todas partes.*
>
> *—¿Por qué tuvisteis que buscarme? —contestó Jesús—. ¿Es que no sabíais que estaría en la casa de mi Padre?*
>
> *Ellos no entendieron lo que les decía.*
>
> *Jesús volvió con ellos a Nazaret, y los obedecía en todo. Su madre atesoraba todo esto en la memoria, y no dejaba de pensar en ello.*
>
> *Jesús fue haciéndose mayor en carácter y en estatura, y se ganaba el aprecio de Dios y de los hombres.*

Este es un pasaje muy importante de los evangelios. La ley establecía que todo judío adulto que viviera a no más de veinticinco kilómetros de Jerusalén tenía que asistir a la Pascua. De hecho, todos los judíos que vivían más lejos querían ir a la fiesta por lo menos una vez en la vida.

Un joven judío alcanzaba la mayoría de edad a los doce años. Entonces llegaba a ser *hijo de la ley,* y tenía que cumplir todas las obligaciones que imponía la ley. Es posible que Jesús fuera entonces a Jerusalén por primera vez. Podemos figurarnos la impresión que le harían la santa ciudad, el templo y todas las ceremonias sagradas.

Cuando sus padres iniciaron la vuelta, Jesús se quedó atrás. No fue por descuido por lo que no le echaron de menos. Lo corriente era que las mujeres de la caravana se pusieran en camino bastante antes que los hombres, porque iban más despacio. Los hombres salían después, y las alcanzaban donde habían decidido pasar la noche. Esta era probablemente la primera Pascua de Jesús, y lo más probable es que José pensara que estaba con María, y viceversa, así es que no se dieron cuenta de que faltaba hasta que llegaron al campamento de la tarde.

Como no le encontraron entre los parientes y vecinos, se volvieron a Jerusalén. En el tiempo de la Pascua el sanedrín tenía costumbre de reunirse en los atrios del templo para discutir cuestiones teológicas en presencia de todos los que quisieran escuchar. Y fue allí donde encontraron a Jesús sus padres. No se trataba de un niño precoz que dejaba apabullados con su inteligencia a los más sabios. *Escuchar y hacer preguntas* era la manera en que los judíos expresaban la relación de los alumnos que aprendían de sus maestros. Jesús estaba escuchando las discusiones y mostrando mucho interés en conocer y comprender, como ávido estudiante.

Y ahora viene uno de los pasajes clave de la vida de Jesús. María le dijo: «*Tu padre* y yo hemos estado muy preocupados, buscándote por todas partes.» «¿Por qué tuvisteis que buscarme? —contestó Jesús—. ¿Es que no sabíais que estaría en la casa de *mi Padre?»*

Fijémonos con cuánta cortesía, pero también con cuánta claridad Jesús toma el nombre de *padre* que María ha usado refiriéndose a José, y se lo aplica a Dios. En algún momento Jesús tiene que haber descubierto su relación única y exclusiva con Dios. No podía saberlo cuando era un bebé acostado en el pesebre, o en los brazos de su madre. Pero conforme avanzaban los años, Jesús pensaría; y en aquella primera Pascua, en la aurora de la mayoría de edad,

manifestó que ya se había dado cuenta de que era el Hijo de Dios en un sentido único y exclusivo.

En este relato podemos ver que Jesús ya sabía Quién era. Pero, fijémonos en que el descubrimiento no le hizo orgulloso, ni mirar por encima del hombro a sus humildes padres terrenales, la gentil María y el laborioso José. «Jesús volvió con ellos a Nazaret, y *los obedecía en todo.»* El hecho de ser el Hijo de Dios le hizo ser el hijo perfecto de sus padres humanos. El verdadero hombre de Dios no desprecia los lazos terrenales, sino que precisamente porque es un hombre de Dios cumple sus deberes humanos con una fidelidad suprema.

EL CORREO DEL REY

Lucas 3:1-6

> *Año decimoquinto del mandato imperial de Tiberio César. Gobernador de Judea: Poncio Pilato. Tetrarca de Galilea: Herodes. Tetrarca de Iturea y de la provincia de Traconite: Felipe, hermano del anterior. Tetrarca de Abilinia: Lisanias. Sumos sacerdotes: Anás y Caifás.*
>
> *Fue entonces cuando Dios envió su palabra a Juan hijo de Zacarías, que se encontraba en el desierto, y él fue por todo el valle del Jordán proclamando un bautismo que era señal del arrepentimiento que conduce al perdón de los pecados. Todo aquello sucedía como lo habían anunciado las Sagradas Escrituras en el libro de los mensajes del profeta Isaías:*
>
> *«Oíd la voz de uno que proclama en el desierto:*
> *—¡Preparad un camino para que venga el Señor,*
> *trazad sendas derechas por las que Él viaje!*
> *¡Que se rellenen todos los barrancos,*
> *y que se nivelen todos los montes y collados;*
> *que las sendas tortuosas se hagan caminos rectos,*
> *y que se allanen los senderos pedregosos,*
> *y toda la humanidad verá*
> *el poder salvador de Dios!»*

Para Lucas, el surgimiento de Juan el Bautista fue una de las bisagras que hicieron girar a la Historia. Hasta tal punto lo considera

un acontecimiento importante que lo fecha con no menos de seis datos diferentes.

(i) Tiberio fue el sucesor de Augusto, y por tanto el segundo emperador romano. No después del año 11 ó 12 d.C., Augusto le hizo su colega en el gobierno del imperio, pero no llegó a ser único emperador hasta el año 14 d.C. Por tanto, el año decimoquinto de su mandato imperial sería 28-29 d.C. Lucas empieza a fechar el surgimiento de Juan el Bautista en relación con la historia universal, es decir, con el Imperio Romano.

(ii) Los tres datos siguientes que nos da Lucas se refieren a la organización política de Palestina. El título de *tetrarca* quiere decir literalmente *gobernador de la cuarta parte.* En provincias como Tesalia o Galacia, que estaban divididas en cuatro zonas o áreas, se llamaba *tetrarca* al gobernador de cada una de ellas; pero más tarde el término se hizo más general, y quería decir *el gobernador de una parte cualquiera.* Herodes el Grande murió el año 4 a.C. después de un reinado de alrededor de 40 años. Dividió el reino entre tres de sus hijos, y los romanos dieron su aprobación en principio.

(*a*) A Herodes Antipas le correspondieron Galilea y Perea. Este reinó del 4 a.C. al 39 d.C., y por tanto Jesús vivió durante su reinado, y gran parte de su vida transcurrió en sus dominios de Galilea.

(*b*) A Herodes Felipe le correspondieron Iturea y Traconítida. Este reinó del 4 a.C. al 33 d.C. Edificó Cesarea de Filipo, a la que le dio su nombre.

(*c*) A Arquelao le correspondieron Judea, Samaria y Edom. Fue un rey rematadamente malo. Los judíos acabaron por pedir a Roma que lo quitara; y Roma, que estaba impaciente con los continuos problemas de Judea, accedió e instaló a un procurador o gobernador. Así fue como los romanos llegaron a gobernar directamente Judea. En este tiempo Pilato era el gobernador romano (25-37 d.C.). Así es que Lucas nos da en una frase, a vista de pájaro, la división del reino que había pertenecido a Herodes el Grande.

(iii) De Lisanias no sabemos prácticamente nada.

(iv) Después de la situación internacional y de la situación en Palestina, Lucas se refiere a la situación religiosa y fecha el

surgimiento de Juan el Bautista en el sumo sacerdocio de Anás y Caifás. Nunca hubo dos sumos sacerdotes al mismo tiempo; así es que, ¿qué nos quiere decir Lucas al darnos los dos nombres? El sumo sacerdote era al mismo tiempo el cabeza religioso y civil de la comunidad. En la antigüedad, el puesto de sumo sacerdote había sido hereditario y de por vida; pero con la venida de los romanos había estado sujeto a toda clase de intrigas. El resultado fue que entre los años 37 a.C. y 26 d.C. hubo no menos de veintiocho sumos sacerdotes diferentes. Anás fue sumo sacerdote del 7 al 14 d.C., y por tanto no ocupaba el puesto en este tiempo; pero le sucedieron no menos de cuatro de sus hijos, y Caifás era su yerno. Por tanto, aunque Caifás era oficialmente el sumo sacerdote, Anás era el que mandaba por detrás. Fue por eso por lo que Jesús fue llevado a Anás en primer lugar después de su detención *(Juan 18:13)*, aunque entonces no era el sumo sacerdote. Lucas asocia su nombre con el de Caifás porque, aunque éste era entonces el sumo sacerdote, Anás era la figura sacerdotal más influyente en el país.

Los versículos 4-6 son una cita de *Isaías 40:3-5*. En Oriente, cuando un rey se proponía visitar parte de sus dominios, enviaba un mensajero por delante para decirle a la gente que preparara los caminos. Juan el Bautista es ese mensajero del Rey; pero la preparación en la que insistía era la de los corazones y las vidas.

—¡Viene el Rey! —decía—. ¡Arreglad, no las carreteras, sino vuestras vidas!

Todos tenemos el deber de hacer que nuestras vidas estén en regla para que las vea el Rey.

LA LLAMADA DE JUAN AL ARREPENTIMIENTO

Lucas 3:7-17

> *Este era el mensaje que daba Juan a las multitudes que venían a que las bautizara:*
>
> *—¡Raza de víboras! ¿Quién os ha dado la alarma para que huyáis de la ira que se os echa encima? Demostrad con vuestra conducta que vuestro arrepentimiento es sincero, y no os hagáis ilusiones diciendo para vuestros adentros: «¡Somos hijos de Abraham!» Porque os digo que Dios puede sacar hijos de Abraham hasta de las piedras. ¡Ya está el hacha lista a la raíz*

de los árboles! El árbol que no da buen fruto, se corta y se echa al fuego.

La gente no hacía más que preguntarle:

—Entonces, ¿qué es lo que tenemos que hacer?

—El que tenga dos camisas —contestaba Juan—, que le dé una al que no tiene ninguna; y el que tenga comida, que haga lo mismo.

También venían publicanos a bautizarse, y le decían:

—Maestro, ¿qué tenemos que hacer nosotros?

—No le hagáis pagar a nadie más de lo que sea justo.

—Y nosotros, ¿qué tenemos que hacer? —le preguntaron también unos soldados; y les contestó:

—No seáis violentos con la gente, ni chantajeéis a nadie, y conformaos con vuestra paga.

Como la gente estaba expectante, y algunos se preguntaban para sus adentros si podría ser que Juan fuera el Mesías, él reaccionó y les dijo a todos:

—Yo no os bautizo nada más que con agua; pero está al llegar Uno que es tanto más poderoso que yo, que yo no valgo ni para descalzarle: Ése es el que os bautizará con Espíritu Santo y fuego. Ya tiene el bieldo en la mano y se dispone a beldar la era para recoger el trigo en el granero y echar la paja en un fuego que no se apaga.

Aquí tenemos el mensaje de Juan al pueblo. En ningún lugar queda más evidente la diferencia que hay entre Juan el Bautista y Jesús; porque el mensaje de Juan no era *evangelio,* es decir, *buena noticia,* sino una noticia aterradora.

Juan había vivido en el desierto. La superficie del desierto estaba cubierta de ramas y matojos secos como la yesca. A veces una chispa prendía, y se armaba un incendio en el desierto, y salían las víboras de sus grietas, escabulléndose de la quema. Con ellas comparaba Juan a los que venían a bautizarse.

Los judíos no tenían la menor duda de que en la economía de Dios había una cláusula referente a una nación privilegiada. Mantenían que Dios juzgaría a las demás naciones con una medida, y a los judíos con otra. De hecho, creían que un judío estaba a salvo del juicio simplemente por serlo. Los hijos de Abraham estaban

exentos del juicio. Juan les decía que no hay tal cosa como privilegios raciales; que la vida, no el linaje, era lo que Dios consideraba en el juicio.

Hay tres cosas que sobresalen en el mensaje de Juan.

(i) Empezaba demandando a los hombres que compartieran lo que tenían con los que no tenían. Era un evangelio social, que anunciaba que Dios no absolverá nunca al que está contento de tener de más cuando otros tienen de menos.

(ii) Mandaba a los hombres, no que dejaran su trabajo, sino que cumplieran con su trabajo como era debido: que el publicano fuera un buen publicano, y el soldado un buen soldado. Lo que Dios manda es que le sirvamos allí donde Él nos ha colocado.

Hay un espiritual negro que dice:

Hay un Rey y Gran General,
que está a punto de llegar,
y me hallará sachando algodón cuando venga.
Ya se oyen sus legiones a la carga en los campos del cielo,
y me hallará sachando algodón cuando venga.
Hay un Hombre al que echaron a la cuneta,
y le torturaron hasta matarle,
y me hallará sachando algodón cuando venga.
Fue odiado y rechazado,
burlado y crucificado,
y me hallará sachando algodón cuando venga.
¡Cuando venga, cuando venga!
Le coronarán los santos y los ángeles cuando venga,
y le gritarán ¡Hosana! al Hombre que negaron los hombres,
y yo me arrodillaré entre mi algodón cuando venga.

Juan estaba convencido de que donde todos podemos servir mejor a Dios es en nuestro trabajo diario.

(iii) Juan estaba bien seguro de que él no era más que el precursor. El Rey estaba todavía por venir, y con Él vendría el juicio. El bieldo era entonces una gran pala plana con la que se echaba hacia arriba lo trillado; el grano, más pesado, caía al suelo, y la brisa aventaba la paja. Así como se separa el trigo de la paja, el Rey separaría a los buenos de los malos.

Así describía Juan el juicio, un juicio que el hombre podía pasar con confianza si había cumplido sus deberes con los demás y había hecho bien su trabajo cotidiano.

Juan era un predicador supremamente efectivo. Una vez le dieron a Chalmers la enhorabuena por un sermón, pero él contestó: «Sí, ¿pero para qué sirvió?»

Está claro que Juan predicaba la acción y la producía. No se metía en disquisiciones teológicas, sino predicaba la vida.

JUAN, APRESADO

Lucas 3:18-20

> *Con estas y otras muchas razones Juan le anunciaba al pueblo la Buena Nueva. Pero cuando le echó en cara al tetrarca Herodes su relación con su cuñada Herodías, y todas las demás maldades que hacía, Herodes añadió a todos sus crímenes el de meter a Juan en la cárcel.*

Juan era tan atrevido y tan claro predicando la integridad que no pudo por menos de meterse en problemas. Herodes acabó por meterle en la cárcel. El historiador judío Josefo dice que Herodes le metió preso «porque temía que la gran influencia que Juan ejercía sobre el pueblo le colocara en posición y en disposición de levantar una revuelta; porque la gente parecía dispuesta a hacer todo lo que Juan aconsejara.» No cabe duda de que eso sería verdad, pero los autores del Nuevo Testamento dan una razón mucho más personal e inmediata. Herodes Antipas se había casado con Herodías, y Juan se lo reprochaba.

La relación que estaba involucrada en ese matrimonio era tremendamente complicada. Herodes el Grande se había casado muchas veces. Herodes Antipas, el que se casó con Herodías y metió a Juan en la cárcel, era hijo de Herodes el Grande y de una mujer que se llamaba Maltake. Herodías misma era hija de Aristóbulo, que era hijo de Herodes el Grande y de Mariamne, al que llamaban el Hasmoneo. Como hemos visto, Herodes había dividido el reino entre Arquelao, Herodes Antipas y Herodes Felipe. Tenía otro hijo, que también se llamaba Herodes, al que tuvo con otra Mariamne, hija de un sumo sacerdote. Este Herodes no tuvo parte en el reino de su padre, y vivió en Roma como un mero ciudadano, y se casó con Herodías. De hecho era medio tío suyo, porque él y su suegro eran hijos del mismo padre aunque de diferentes mujeres. Herodes Antipas, en una visita que hizo a Roma, sedujo a Herodías y se casó con ella. Herodías era al mismo tiempo su cuñada, porque estaba casada con su hermanastro, y su sobrina, porque era hija de Aristóbulo, otro hermanastro.

Todo el asunto era repugnante a los ojos de los judíos y totalmente contrario a la ley judía, e incluso a cualquier moral. Era peligroso reprender a un tirano oriental, pero Juan lo hizo. La consecuencia fue que le arrestaron y encarcelaron en los calabozos del castillo de Maqueronte, a orillas del Mar Muerto. Nada podía ser más cruel que meter a este hijo del desierto en una mazmorra. Por último le decapitaron para complacer el resentimiento de Herodías *(Mateo 14:5-12; Marcos 6:17-29).*

Siempre es peligroso decir la verdad; pero, aunque el que se identifica con la verdad puede acabar en la cárcel o en la horca, a fin de cuentas es un vencedor. El conde de Morton, que era el regente de Escocia, amenazó una vez al reformador Endrew Melville:

—¡No habrá nunca tranquilidad en este país hasta que se os destierre o ahorque a media docena de vosotros!

—¡Menos amenazas, señor! —le contestó Melville—. En esa guisa no conseguiréis amedrentar a vuestros súbditos. Lo mismo me da pudrirme en la tierra que en el aire. ¡Dios sea glorificado, que no está en vuestro poder el ahorcar o el desterrar su verdad!

Platón dijo una vez que un sabio siempre preferirá que se cometa una injusticia con él, a cometerla él. No tenemos más que preguntarnos a nosotros mismos si en última instancia preferiríamos ser Herodes Antipas o Juan el Bautista.

LLEGA LA HORA DE JESÚS

Lucas 3:21, 22

> *Cuando ya se había bautizado toda la gente, también Jesús se bautizó. Y mientras estaba orando, se abrieron los cielos, y el Espíritu Santo descendió sobre Jesús en una forma corporal, como una paloma. Y llegó una voz del cielo que decía:*
>
> *—¡Tú eres mi amado y único Hijo, en quien está toda mi delicia!*

Los pensadores cristianos siempre han buscado la respuesta a la pregunta «¿Por qué fue Jesús a que le bautizara Juan?» El bautismo de Juan era una señal de arrepentimiento, y los cristianos estamos convencidos de que Jesús no había cometido ningún pecado. ¿Por qué se bautizó entonces? En la iglesia primitiva se

sugería a veces, con un detalle hogareño, que lo hizo para complacer a María, su madre, que se lo pedía insistentemente. Pero debe de haber alguna razón más convincente.

En la vida de todo hombre hay ciertas etapas determinadas, ciertas bisagras en las que gira toda la vida. Así sucedió en la vida de Jesús, y de vez en cuando tendremos que pararnos para tratar de ver su vida en su conjunto. La primera gran bisagra fue la visita al templo cuando tenía doce años, cuando descubrió su relación única y exclusiva con Dios. Cuando apareció Juan, Jesús tenía unos treinta años *(Lucas 3:23)*; es decir, que habían pasado unos dieciocho años. A lo largo de ese tiempo Jesús tiene que haberse ido dando cuenta más y más de su absoluta singularidad. Pero siguió siendo el carpintero del pueblo de Nazaret. Tiene que haber sabido que llegaría algún día en que tendría que decirle adiós a Nazaret y lanzarse a cumplir su misión más amplia. Debe de haber esperado alguna señal.

Cuando surgió Juan, la gente iba a oírle y a bautizarse en grandes multitudes. En todo el país había un *movimiento hacia Dios* sin precedentes. Y Jesús se dio cuenta de que había sonado su hora. No es que se sintiera pecador y necesitara arrepentirse, sino que quería identificarse con ese movimiento hacia Dios. Para Jesús, el surgimiento de Juan fue la llamada de Dios a la acción; y el primer paso que dio fue para identificarse con la gente que buscaba a Dios.

Pero algo sucedió en el bautismo de Jesús. Antes de dar este paso de gigante tenía que estar seguro; y en el momento del bautismo, *Dios le habló.* No nos equivoquemos: aquello fue una experiencia personal de Jesús. La voz de Dios le vino a Él, y le dijo que había tomado la decisión correcta. Pero más, mucho más que eso: aquella voz le trazó todo el curso de su vida.

Dios le dijo: «¡Tú eres mi amado y único Hijo, en quien está toda mi delicia!» Ese dicho está tomado de dos textos: *Tú eres mi amado y único Hijo* es del *Salmo 2:7*, que se reconocía como una descripción del Rey Mesías; *en quien está toda mi delicia* es de *Isaías 42:1*, de la descripción del Siervo del Señor cuyo retrato culmina en los sufrimientos del capítulo 53. Por tanto, en su bautismo Jesús se dio cuenta, en primer lugar, de que era el Mesías, el Rey ungido por Dios; y en segundo lugar, que eso

suponía, no poder y gloria, sino sufrimiento y cruz. La cruz no le pilló a Jesús desprevenido: desde el primer momento la vio como algo que le esperaba inevitablemente. En el bautismo vemos a Jesús buscando la aprobación de Dios, y recibiendo la Cruz como destino.

EL LINAJE DE JESÚS

Lucas 3:23-38

> *Cuando Jesús inició su ministerio tendría unos treinta años, y se le creía hijo de José, hijo de Elí, hijo de Matat, hijo de Leví, hijo de Melqui, hijo de Jana, hijo de José, hijo de Matatías, hijo de Amós, hijo de Nahum, hijo de Esli, hijo de Nagai, hijo de Maat, hijo de Matatías, hijo de Semei, hijo de José, hijo de Judá, hijo de Joana, hijo de Resa, hijo de Zorobabel, hijo de Salatiel, hijo de Neri, hijo de Melqui, hijo de Adi, hijo de Cosam, hijo de Elmodam, hijo de Er, hijo de Josué, hijo de Eliezer, hijo de Jorim, hijo de Matat, hijo de Leví, hijo de Simeón, hijo de Judá, hijo de José, hijo de Jonán, hijo de Eliaquim, hijo de Melea, hijo de Mainán, hijo de Matata, hijo de Natán, hijo de David, hijo de Isaí, hijo de Obed, hijo de Booz, hijo de Salmón, hijo de Naasón, hijo de Aminadab, hijo de Aram, hijo de Esrom, hijo de Fares, hijo de Judá, hijo de Jacob, hijo de Isaac, hijo de Abraham, hijo de Taré, hijo de Nacor, hijo de Serug, hijo de Ragau, hijo de Peleg, hijo de Heber, hijo de Sala, hijo de Cainán, hijo de Arfaxad, hijo de Sem, hijo de Noé, hijo de Lamec, hijo de Matusalén, hijo de Enoc, hijo de Jared, hijo de Mahalaleel, hijo de Cainán, hijo de Enós, hijo de Set, hijo de Adán, hijo de Dios.*

Este pasaje empieza con una afirmación muy sugestiva: nos dice que cuando Jesús inició su ministerio tendría unos treinta años. ¿Por qué tuvo que pasar treinta años en Nazaret cuando había venido a salvar al mundo? Algunos creen que José murió bastante joven, y que Jesús tuvo que encargarse del sostenimiento de su madre María y de sus hermanos y hermanas más jóvenes, y que sólo cuando ya fueron lo suficientemente mayores como para encargarse del taller Jesús se sintió libre para marcharse de Nazaret

y lanzarse al mundo a cumplir su misión. Sea eso o no cierto, tres cosas son verdad.

(i) Era esencial que Jesús cumpliera con la mayor fidelidad los deberes más limitados de la vida familiar antes de asumir la misión universal de salvar al mundo. Fue cumpliendo meticulosamente las pequeñas obligaciones de la vida familiar como Jesús se preparó para su gran misión. Cuando contó la parábola de los talentos, la palabra para los siervos fieles era: «¡Bien hecho, mi buen y fiel siervo! Has sido fiel en lo poco, y por eso te encargaré de lo mucho» *(Mateo 25:21, 23)*. No cabe duda de que estaba hablando por propia experiencia. Cuando murió la madre de cierto gran hombre, dijo él: «No puedo recordar que nunca se dejara nada a medio hacer.» Eso pasó con Jesús: porque cumplió fielmente las pequeñas obligaciones, Dios le encargó la más grande tarea que se haya realizado o se haya de realizar en este mundo.

(ii) Esto le dio la oportunidad de poner en práctica sus enseñanzas. Si hubiera sido siempre un maestro vagabundo y sin hogar ni obligaciones ni lazos humanos, se le habría podido decir: «Tú, ¿qué derecho tienes a hablar de las relaciones y las obligaciones humanas, si tú no las cumples?» Pero Jesús podía decir, no: «Haz lo que yo te digo»; sino: «Haz lo que yo hago.» Tolstoi siempre estaba hablando del amor, pero su mujer dijo de él: «¡Hay tan poco calor genuino en él! La amabilidad no le sale del corazón, sino sólo de sus principios. Sus biógrafos dirán que ayudó a los trabajadores a llevar cubos de agua, pero nadie sabrá que nunca le dio a su mujer un momento de descanso, ni que nunca, en estos treinta y dos años, le llevó a su hijo un vaso de agua o pasó cinco minutos al lado de su cama para darme a mí la oportunidad de descansar un poco de mis trabajos.»

Nadie podrá decir nada semejante de Jesús. Él vivió en casa lo que predicó por ahí.

(iii) Si Jesús iba a ayudar a los hombres, tenía que saber cómo vivían. Y porque había vivido aquellos treinta años en Nazaret, conocía las dificultades de ganarse la vida, la constante inseguridad que se cierne sobre el trabajador, el mal genio que tiene a veces el cliente, los morosos, etc. Es la gloria de la Encarnación que no

podemos arrostrar ningún problema de la vida que Jesús no haya conocido por sí.

Aquí nos da Lucas la genealogía de Jesucristo. Los judíos estaban muy interesados en las genealogías. Los sacerdotes especialmente tenían que demostrar que descendían de Aarón, y sus genealogías se guardaban en los archivos públicos. En tiempos de Esdras y Nehemías hubo sacerdotes que perdieron el trabajo por no poder presentar sus genealogías *(Esdras 2:61-63*, y *Nehemías 7:63-65)*.

Pero el problema que nos presenta esta genealogía surge cuando la comparamos con la de *Mateo 1:1-17*. Los hechos son: sólo Lucas nos da la sección de Adán a Abraham; la sección de Abraham a David está igual en los dos, pero la sección de David a José es casi completamente diferente. Los estudiosos del Nuevo Testamento han hecho todo lo posible por explicar estas diferencias.

(i) Se ha dicho que ambas genealogías son simbólicas, y que *Mateo* nos da la ascendencia *regia* de Jesús, y Lucas la *sacerdotal.*

(ii) Una de las primeras sugerencias que se han hecho es que *Mateo* nos da la genealogía de *José,* y *Lucas* la de *María.*

(iii) La sugerencia más ingeniosa es la siguiente: en *Mateo 1:16*, el padre de José es *Jacob;* y en *Lucas 3:23*, es *Elí.* Según la ley del levirato *(Deuteronomio 25:5s)*, si un hombre casado moría sin tener hijos, su hermano tenía que casarse con la viuda, si estaba en posibilidad de hacerlo, para que su hermano tuviera descendencia. Cuando eso sucedía, el hijo de tal matrimonio podía considerarse hijo del primer o del segundo marido de su madre. Se sugiere que la madre de José se casó dos veces, y que José fue el hijo de Elí, que fue el segundo marido, pero que, a los ojos de la ley, era hijo del difunto Jacob. También hace falta sugerir que Elí y Jacob tenían la misma madre pero diferentes padres, y que el padre de Jacob era descendiente de David a través de Salomón, y el de Elí a través de Natán. Esta ingeniosa teoría supondría que las dos genealogías son correctas. Lo que tenermos que decir es que no lo sabemos.

Dos cosas, sin embargo, hay que notar en la genealogía de Lucas.

(i) Subraya la humanidad real de Jesús, el hecho de que fue un hombre como todos nosotros, no un fantasma ni un semidiós como

los de la mitología. Para salvar a los hombres se hizo real y verdaderamente hombre.

(ii) *Mateo* se detiene en Abraham, y Lucas prosigue hasta Adán. Para Mateo, Jesús pertenecía al pueblo judío; para Lucas, a toda la humanidad, y por eso se remonta no sólo hasta el patriarca del pueblo de Israel, sino al padre de toda la raza humana. Lucas quita las barreras nacionales y raciales hasta de la lista de antepasados de Jesús.

LA BATALLA CON LA TENTACIÓN

Lucas 4:1-13

Jesús volvió del Jordán lleno del Espíritu Santo. Durante cuarenta días estuvo en el desierto bajo la dirección del Espíritu, sometido a los ataques de tentación del diablo. En todo ese tiempo no comió nada, y al final se sintió bajo los efectos del hambre. Entonces le dijo el diablo:

—Si es de veras que eres el Hijo de Dios, ¿por qué no le dices a esta piedra que se convierta en un pan?

—La Escritura dice: «La vida del hombre depende de más que pan» —le contestó Jesús.

El diablo entonces le llevó a un lugar alto y le hizo ver en un instante todos los países del mundo habitado, y le dijo:

—Yo te puedo dar control sobre todos estos, y todas sus riquezas, porque a mí me los han entregado, y yo se los puedo dar a quien me dé la gana. Lo único que tienes que hacer para que todo esto sea tuyo es reconocerme como Dios.

—La Escritura dice: «Al SEÑOR tu Dios es al único que adorarás, y no te someterás a nadie más que a Él» —volvió a contestarle Jesús.

Luego le llevó el diablo a Jerusalén, le colocó en la aguja más alta del templo y le dijo:

—Si es de veras que eres el Hijo de Dios, ¡a que no te tiras desde aquí! También dice la Escritura: «Dios dará órdenes a sus ángeles para que te guarden de todos los peligros», y «Te llevarán en brazos para asegurarse de que ni siquiera tropieces con el pie en ninguna piedra.»

—También se nos dice —contestó Jesús—: «No harás pruebas para ver hasta dónde puedes llegar con el SEÑOR tu Dios.»

Cuando el diablo hubo probado con Jesús todas sus artes en materia de tentación, le dejó, hasta que se le presentara otra ocasión.

Ya hemos visto que hubo ciertos hitos en la vida de Jesús, y aquí tenemos otro de los más importantes. En el templo, cuando tenía doce años, había llegado a la convicción de que Dios era su Padre de una manera única y exclusiva. Con el surgimiento de Juan el Bautista sonó la hora de Jesús, y en su bautismo recibió la aprobación de Dios. En esta ocasión Jesús está a punto de iniciar su campaña. Antes de iniciar una campaña se han de escoger los métodos. El pasaje de la tentación nos presenta a Jesús eligiendo de una vez para siempre el método con el que se proponía ganar a los hombres para Dios. Le vemos rechazando el camino del poder y la gloria, y aceptando el camino del sufrimiento y de la cruz.

Antes de entrar a considerar este relato en detalle hay dos puntos que debemos señalar.

(i) Esta es la más sagrada de las historias evangélicas, porque no puede proceder sino de los labios del mismo Jesús. En algún momento tiene que haberles contado a sus discípulos esta íntima experiencia de su alma.

(ii) Ya en este momento Jesús debe de haber sido consciente de poseer poderes extraordinarios. Todo el sentido de las tentaciones está en que no podían ocurrirle más que a un Hombre que podía hacer cosas maravillosas. No sería una tentación para nosotros el convertir las piedras en pan o el tirarnos desde el pináculo del templo, por la sencilla razón de que nos es imposible hacer tales cosas. Estas son tentaciones que sólo se le podían presentar a un Hombre que tenía poderes absolutamente únicos, y que tenía que decidir cómo usarlos.

En primer lugar vamos a considerar el escenario, es decir, el desierto. La parte deshabitada de Judea estaba en la meseta central, que era la columna vertebral del Sur de Palestina. Entre ésta y el Mar Muerto se extendía un tremendo descampado de cincuenta por ochenta kilómetros, que se llamaba Yesimón, que

quiere decir «Devastación»: las colinas eran como montones de polvo; las montañas calizas parecían abrasadas y en descomposición; las rocas, agudas y peladas; el suelo sonaba a hueco cuando lo pisaban los caballos; ardía como un horno inmenso, y se abría en precipicios de setecientos metros sobre el Mar Muerto. Fue en aquella horrible devastación donde Jesús fue tentado.

No debemos creer que las tres tentaciones empezaron y terminaron como las escenas de una comedia, sino más bien que Jesús se retiró conscientemente a este lugar solitario, y pasó cuarenta días debatiéndose con el problema de cómo ganar a los hombres para Dios. Fue una batalla larga que no terminó hasta la cruz, porque el relato termina diciéndonos que el tentador dejó a Jesús *por algún tiempo.*

(i) La primera tentación era convertir las piedras en pan. Este desierto no estaba cubierto de arena, sino de piedras y cantos que parecían panes. El tentador le dijo a Jesús: «Si quieres que la gente te siga, usa tus poderes milagrosos para darle cosas materiales.» Estaba sugiriéndole a Jesús que *sobornara a la gente* para que le siguiera. Jesús reaccionó al ataque con las palabras de *Deuteronomio 8:3:* «El hombre —dijo— nunca encontrará la vida en las cosas materiales.»

La tarea del Evangelio no consiste en producir nuevas condiciones de vida, aunque el peso y la voz de la Iglesia deben estar detrás de todos los esfuerzos para hacerles la vida mejor a los hombres. Su verdadera tarea es producir *hombres nuevos;* dados los hombres nuevos, las nuevas condiciones de vida surgirán.

(ii) En la segunda tentación Jesús se imagina que está en la cima de una montaña desde la que se puede ver todo el mundo civilizado. El tentador le dice: «Adórame, y todo esto será tuyo.» *Esta es la tentación del compromiso.* El diablo dijo: «Tengo a la gente en un puño. No les pongas el listón muy alto. Haz un trato conmigo. Déjale algo de terreno al mal, y la gente te seguirá.» De vuelta vino el rebote de Jesús: «Dios es Dios, el bien es el bien, y el mal es el mal. No puede haber pacto en la guerra con el mal.» Una vez más, Jesús cita la Escritura *(Deuteronomio 6:13* y *10:20)*.

Es una tentación constante la de tratar de ganar hombres haciendo un compromiso con los principios del mundo. G. K. Chesterton dijo que la tendencia del mundo es ver las cosas en un gris indefinido, pero el deber del cristiano es ver las cosas en blanco y negro. Y Carlyle dijo: «El cristiano tiene que estar totalmente poseído por la convicción de la infinita belleza de la santidad, y de la infinita detestabilidad del pecado.»

(iii) En la tercera tentación, Jesús se imagina que está en el pináculo del templo en el que se unían el Pórtico de Salomón y el Pórtico Real: desde allí había una caída a plomo de 150 metros hasta el fondo del valle del torrente Cedrón. Esta era la tentación *a darle a la gente demostraciones sensacionales.* «No —dijo Jesús—: no se han de hacer experimentos insensatos con el poder de Dios» *(Deuteronomio 6:16)*. Jesús vio muy claro que si le producía una gran impresión a la gente, sería una maravilla por algún tiempo, pero que el sensacionalismo no puede durar.

El duro camino del servicio y del sufrimiento conduce a la cruz, pero después de la cruz está la corona.

LA PRIMAVERA GALILEA

Lucas 4:14, 15

> *De modo que Jesús volvió a Galilea equipado con el poder del Espíritu. En toda aquella región no se hacía más que hablar de Él. Tenía las puertas abiertas para predicar en las sinagogas, y todo el mundo le tenía en gran estimación.*

Tan pronto como salió Jesús del desierto tuvo que arrostrar otra decisión: sabía que su hora había sonado, había escogido de una vez para siempre el método que iba a seguir, y ahora tenía que decidir dónde empezar.

(i) Y empezó en *Galilea.* Galilea era la región del Norte de Palestina, como de ochenta kilómetros de Norte a Sur y de cuarenta de Este a Oeste. El nombre quiere decir *círculo,* y viene del hebreo *galil.* Se llamaba así porque estaba rodeada de naciones no judías. Precisamente por eso se hacían sentir allí nuevas influencias, y era la parte más emprendedora y menos conservadora de Palestina. Tenía una gran densidad de población. Josefo, que había sido

gobernador de Galilea, dice que tenía 204 pueblos que alcanzaban todos un mínimo de 15.000 habitantes cada uno. Parece increíble que pudiera haber una población de unos 3.000.000 en Galilea.

Era una tierra extraordinariamente fértil. Había un proverbio que decía: «Es más fácil criar una legión de olivos en Galilea que un niño en Judea.» El clima maravilloso y la estupenda provisión de agua convirtieron a Galilea en el huerto de Palestina. La lista de árboles que crecían en ella demuestra su sorprendente fertilidad: vid, olivo, higuera, roble, nogal, terebinto, palmera, cedro, ciprés, morera, abeto, pino, sicomoro, laurel, mirto, almendro, granado, cidro y adelfa.

Josefo dice de los galileos que «les encantaban las innovaciones, eran inclinados por naturaleza a los cambios y les chiflaban las sediciones. Siempre estaban dispuestos a seguir a un líder que iniciara una insurrección. Eran de genio vivo y dados a enzarzarse en peleas.» «A los galileos —se decía— no les falta nunca coraje.» «Tienen más interés en mantener el honor que en conseguir ganancia material.»

Esa fue la tierra en la que empezó Jesús. Era su propia tierra; y le dio, por lo menos al principio, una audiencia dispuesta a escucharle y a enardecerse con su mensaje.

(ii) *Empezó en la sinagoga.* La sinagoga era el verdadero centro de la vida religiosa de Palestina. No había más que un templo; pero la ley decía que donde hubiera diez familias judías tenía que haber una sinagoga, así es que en todos los pueblos y aldeas había una sinagoga en la que la gente se reunía para hacer el culto. En la sinagoga no se hacían sacrificios; eso era cosa del templo. La sinagoga era para la enseñanza. Pero, ¿cómo podía Jesús conseguir entrar en la sinagoga y exponer allí su mensaje si no era más que un laico, el carpintero de Nazaret?

El culto de la sinagoga constaba de tres partes:

(*a*) Había una parte en la que se hacían oraciones.

(*b*) Otra era la lectura de las Escrituras: siete varones de la congregación leían el texto en hebreo antiguo, que pocos entendían, y los targumistas o intérpretes lo traducían al arameo o al griego, un versículo de cada vez en el caso de la Ley, y de tres en tres en el de los Profetas.

(*c*) La parte de la enseñanza. En la sinagoga no había un ministerio profesional ni ninguna persona especial que hiciera la predicación; el presidente invitaba a hablar a cualquier persona distinguida que estuviera presente, y luego había lugar para la participación de los presentes y la discusión. Así es como Jesús tuvo oportunidad de enseñar en la sinagoga, cuya plataforma no le estaba cerrada todavía en esta etapa.

(iii) El pasaje termina diciendo que «todo el mundo le tenía en gran estimación.» Este período del ministerio de Jesús se ha llamado *la primavera galilea.* Llegó Jesús como una bocanada de la brisa de Dios. La oposición aún no había cristalizado. Los corazones humanos estaban hambrientos de la Palabra de Dios, y aún no se habían dado cuenta del golpe que había de dar Jesús a la ortodoxia de su tiempo. El que tiene mensaje siempre atrae una audiencia.

SIN HONOR EN SU PROPIO PAÍS

Lucas 4:16-30

> *Una vez se encontraba en Nazaret, que era el pueblo donde se había criado; y, como era su costumbre, fue a la sinagoga el sábado, y se levantó a leer la Sagrada Escritura.*
>
> *Le dieron el rollo del profeta Isaías, y Él lo desenrolló, y encontró y leyó el pasaje que dice: «El Espíritu de Dios está sobre mí, porque he sido ungido con Él para traer la Buena Noticia a los pobres. Se me ha enviado a anunciar a los presos la amnistía general, y a los ciegos, que van a volver a ver; a poner en libertad a los que la vida ha destrozado, a anunciar que ha llegado el año en que el favor de Dios se va a manifestar.»*
>
> *Enrolló otra vez el libro, y se lo devolvió al encargado. Entonces se sentó en el lugar del predicador, y todos los presentes tenían los ojos fijos en Él. Y empezó a decir:*
>
> *—Este pasaje de la Escritura se ha hecho realidad hoy aquí, mientras vosotros lo escuchabais.*
>
> *Todos estaban de acuerdo en que era verdad todo lo que habían oído de Él, y se admiraban de las cosas maravillosas que decía.*

—Pero, ¿no es éste el hijo de José? —decían. Y Él respondió:

—Está visto que me vais a aplicar el proverbio: «¡Médico, cúrate a ti mismo! ¡Haz aquí en tu pueblo todo lo que hemos oído que has hecho en Cafarnaún!» —Y prosiguió—: Este sí es el dicho que se me puede aplicar: «No hay profeta en su tierra.» Vosotros sabéis muy bien que era un hecho que había muchas viudas en Israel en los tiempos del profeta Elías, cuando estuvo cerrado el cielo, y no hubo lluvia en tres años y medio, y sí hambre en todo el país; pero Dios no mandó al profeta a ninguna de las viudas de Israel, sino a una que era de Sarepta de Sidón. Y muchos leprosos había en Israel en tiempos del profeta Eliseo, pero no fue sanado ninguno de ellos, y sí Naamán, un sirio.

La gente de la sinagoga se enfureció cuando le oyó decir eso, y se levantaron de sus asientos, y le sacaron a empellones fuera del pueblo, y le llevaron a la cima de la colina en la que está situada su ciudad para despeñarle. Pero Él echó a andar por en medio de todos, y se marchó.

Una de las primeras visitas de Jesús fue a su pueblo de Nazaret. No era una aldea, sino una *polis,* que quería decir un pueblo o ciudad; y es muy posible que tuviera tantos como 20.000 habitantes. Estaba edificada en una pequeña vaguada de las colinas que hay en las laderas más bajas de Galilea, ya cerca de la llanura de Jezreel; pero un chico no tenía más que subir a la cima de la colina que coronaba el pueblo para contemplar un maravilloso panorama de muchos kilómetros a la redonda.

El gran geógrafo e historiador de Israel George Adam Smith describe la escena desde la colina: La historia de Israel se despliega ante los ojos del observador. Allí estaba la llanura de Esdrelón en la que pelearon Débora y Barac; donde Gedeón ganó sus victorias; donde Saúl se había hundido en el desastre y Josías había muerto en la batalla; allí había estado la viña de Nabot, y el lugar en el que Jehú había matado a Jezabel; allí estaba Sunem, donde había vivido Eliseo; allí estaba el Carmelo, donde Elías había peleado su batalla épica con los profetas de Baal; y, azul en la distancia, estaba el Mediterráneo, con sus islas.

Pero no era sólo la historia de Israel la que se contemplaba desde allí; también la historia universal se desplegaba a la vista de la colina que coronaba Nazaret. Tres grandes carreteras la bordeaban: la que venía del Sur, por la que transitaban los peregrinos que iban a Jerusalén; el gran Camino del Mar, que comunicaba Egipto con Damasco, por el que viajaban las caravanas cargadas con toda clase de mercancías, y la gran carretera del Este, que era la que frecuentaban las caravanas de Arabia y las legiones romanas que se dirigían a las fronteras del Este del Imperio. Es falso que Jesús se criara en un ignoto rincón de la Tierra; más bien debemos pensar que su pueblo estaba en una de las encrucijadas de la historia, y que el tráfico del mundo pasaba cerca de sus puertas.

Ya hemos descrito el culto de la sinagoga, y en este pasaje tenemos una escena real que tuvo lugar en él. No fue un libro lo que tomó Jesús, porque en aquel tiempo todo se escribía en *rollos.* Lo que leyó se encuentra en *Isaías 61*. En el versículo 20 de la versión Reina-Valera se usa la confusa palabra *ministro.* El funcionario en cuestión era el *jazzán.* Tenía muchas obligaciones: era el que sacaba de un arcón especial los rollos de la Escritura que se habían de leer, y los colocaba luego en su sitio; tenía a su cargo la limpieza de la sinagoga; era el que anunciaba la llegada del sábado con tres toques con una trompeta de plata desde la azotea de la sinagoga, y era también el maestro en la escuela del pueblo. El versículo 20 nos dice también que «se sentó en el lugar del predicador», y eso nos da la impresión de que había terminado; pero lo que quiere decir realmente es que se disponía a empezar, porque el predicador siempre se sentaba para hacer el sermón, y los rabinos daban las clases sentados. En *Mateo 5:1* leemos que Jesús se sentó para pronunciar el Sermón del Monte; y esa misma idea sobrevive en la expresión *cátedra,* que usamos para designar *el sillón del catedrático* o profesor.

Lo que enfureció a la gente fue el elogio que Jesús pareció dedicar a los gentiles. Los judíos estaban tan convencidos de que eran el pueblo escogido de Dios que despreciaban a todos los demás. Algunos incluso decían que «Dios había creado a los gentiles para usarlos como leña en el infierno.» Y aquí estaba este joven de Jesús, a quien todos conocían, predicando como si los

gentiles fueran los favoritos de Dios. Empezaba a amanecerles la idea de que había cosas en el nuevo mensaje que no se les había ocurrido ni soñar.

Debemos darnos cuenta de otro par de cosas:

(i) Jesús tenía la costumbre de ir a la sinagoga los sábados. Debe de haber habido muchas cosas con las que estaba totalmente en desacuerdo, o que herían su sensibilidad *—y sin embargo iba.* El culto de la sinagoga tal vez distaba mucho de ser perfecto; pero Jesús nunca dejaba de unirse a los que daban culto a Dios el día del Señor.

(ii) No tenemos más que leer el pasaje de Isaías que leyó Jesús para darnos cuenta de la diferencia que había entre Jesús y Juan el Bautista. Juan era un predicador del juicio, y su mensaje debe haber hecho estremecerse de terror a sus oyentes. Pero lo que Jesús trajo fue un *evangelio* —una Buena Noticia. Jesús también sabía de la ira de Dios; pero sabía que es la ira del amor.

EL ESPÍRITU DE UN DEMONIO INMUNDO

Lucas 4:31-37

Más tarde Jesús bajó a otro pueblo de Galilea que se llamaba Cafarnaún. El sábado se puso a enseñar, y todos se sorprendían mucho de su manera de enseñar, porque les hablaba como si no dependiera de ninguna autoridad ajena.

En la sinagoga estaba entre los asistentes uno que tenía un espíritu de un demonio inmundo, que se puso a gritar a voz en cuello:

—¡Déjanos en paz! ¿Qué tienes tú que ver con nosotros, Jesús de Nazaret? ¿Es que has venido a acabar con nosotros? ¡Sé quién eres: el Santo de Dios!

Jesús reprendió al espíritu, y le mandó:

—¡Silencio! ¡Sal de él!

El demonio hizo que el hombre tuviera una convulsión allí mismo delante de todos, y salió de él sin hacerle más daño. Todos los presentes estaban atónitos, y se decían unos a otros:

—¿Qué manera de hablar es ésta, que da órdenes hasta a los espíritus inmundos con autoridad y poder, y salen?

La noticia de lo que había hecho Jesús se difundió por toda la tierra de alrededor.

Nos gustaría saber tanto de Cafarnaún como sabemos de Nazaret, pero aunque parezca extraño es que hasta hay dudas en cuanto al sitio exacto a orillas del Mar de Galilea en que estaba situada esta población en la que Jesús realizó tantas maravillas.

Este pasaje es especialmente interesante porque es el primero de Lucas en el que nos encontramos con un caso de posesión de demonios. En el mundo antiguo se creía que el aire estaba poblado por una multitud innumerable de malos espíritus que estaban esperando la oportunidad para entrar en las personas. A menudo entraban con la comida o la bebida. Eran ellos los que causaban las enfermedades. Los egipcios creían que había treinta y seis partes diferentes del cuerpo humano, y que en cada una de ellas se podía introducir uno de esos malos espíritus y llegar a controlarla. Había espíritus de sordera, de mudez, de fiebre; espíritus que le arrebataban a una persona la salud mental o el sentido; espíritus de mentira y de engaño y de inmundicia. Era uno de esos espíritus el que Jesús exorcizó aquí.

Para mucha gente esto es un problema. Por lo general, la mentalidad moderna considera que el creer en espíritus es algo primitivo y supersticioso que hemos dejado atrás en nuestro desarrollo. Sin embargo, parece que Jesús sí creía en ellos. Hay tres posibilidades.

(i) De hecho, Jesús creía en ellos. En este caso, por lo que se refiere a los conocimientos científicos, Jesús no estaba más adelantado que su época, sino con todas las limitaciones de los conocimientos médicos de su tiempo. No tenemos por qué rechazar esta conclusión, porque Jesús fue realmente un hombre, y tuvo los conocimientos que eran asequibles a los hombres de su tiempo.

(ii) Jesús no creía en ellos. Pero el paciente sí creía a macha martillo, y Jesús le podía curar solamente asumiendo que sus creencias en los demonios eran ciertas. Si una persona está enferma, y alguien le dice: «No te pasa nada», no la ayuda lo más mínimo. Hay que admitir la realidad del mal para poder efectuar la cura. Esas personas creían que estaban poseídas por un demonio,

y Jesús, como sabio doctor, sabía que no podía curarlas a menos que asumiera que la idea que tenían de su mal era cierta.

(iii) El pensamiento moderno ha estado vacilando hasta admitir que tal vez hay algo en la creencia en los demonios después de todo. Hay ciertos males para los que no se acaba de descubrir una causa corporal. No hay razón para que una persona esté enferma, pero lo está. Y ya que no hay una explicación física, algunos piensan ahora que debe de haber una causa espiritual, y que a lo mejor los demonios no son tan irreales después de todo.

La gente se quedaba atónita con el poder de Jesús, ¡y no nos sorprende! El Oriente antiguo estaba lleno de gente que pretendía poder exorcizar a los demonios. Pero tenían unos métodos fantásticos y maravillosos. Cierto exorcista le ponía un anillo al paciente debajo de la nariz, y recitaba largos encantamientos. Y entonces habría como una salpicadura en un barreño de agua que había colocado allí al lado, y el demonio salía «como por ensalmo». Una raíz que se llamaba *baaras* era especialmente efectiva. Cuando se le acercaba alguien, se hundía en el suelo a menos que se la agarrara a toda prisa, y el agarrarla era muerte instantánea. Así que cavaban el terreno alrededor de ella, le ataban un perro, que arrancaba la raíz con sus tirones, y moría el perro como un sustituto del hombre. ¡Qué diferencia entre toda esta parafernalia histérica y la tranquila y sencilla orden de Jesús! Lo que dejaba estupefactos a los espectadores era su simple autoridad.

La autoridad de Jesús era algo totalmente nuevo. Cuando los rabinos enseñaban, apoyaban todas sus afirmaciones con citas de otros. Decían: «El rabí Tal y Tal dijo…», «Hay una tradición que dice…» Siempre apelaban a autoridades reconocidas. Por su parte, los profetas decían: «Así dice el Señor». Tenían una autoridad delegada. Pero Jesús decía: «*Yo* os digo.» No necesitaba otras autoridades que le respaldaran; su autoridad no dependía de otras: era la autoridad hecha carne. Era un hombre que hablaba como el que sabía.

El experto en cualquier esfera tiene un aire de autoridad. Un músico cuenta que, cuando Toscanini se dirigía al atril, toda la orquesta sentía que de él fluía autoridad. Cuando nos hace falta consejo técnico, llamamos a un experto. *Jesús es el experto en la*

vida. Cuando Él habla, todos sabemos que se trata de algo más allá de lo humano —es Dios.

MILAGRO EN LA CABAÑA

Lucas 4:38, 39

> *Cuando Jesús salió de la sinagoga, se fue a la casa de Simón Pedro. La suegra de Simón estaba aquejada de una fiebre impresionante, y le pidieron a Jesús que hiciera algo por ella. Él se puso a su lado y reprendió a la fiebre, que al momento la dejó. Sin perder un momento, la que había estado tan mal se levantó y se puso a servirles la comida.*

Aquí escribe el médico Lucas. *Aquejada de una fiebre impresionante*: cada palabra es un término médico. *Aquejada* corresponde a la palabra médica griega para alguien que padece una enfermedad. Los autores médicos griegos dividían la fiebre en dos categorías: mayor y menor. Lucas sabía dictaminar una enfermedad. Hay tres grandes verdades en este breve incidente.

(i) Jesús estaba siempre dispuesto a servir. Acababa de salir de la sinagoga. Los predicadores sabrán cómo se sienten después de un culto. Uno se encuentra agotado, y necesita descansar. Lo último que desea es encontrarse con mucha gente que venga a pedirle más esfuerzo. Pero Jesús no había hecho más que salir de la sinagoga y entrar en casa de Simón, cuando se vio asaltado por el grito insistente de la necesidad humana. Jesús no alegó que estaba cansado y que tenía que descansar, y atendió a la petición sin queja ni demora.

El Ejército de Salvación cuenta lo que le sucedió a la señora Berwick en los días de los bombardeos de Londres. Había estado a cargo del trabajo social del Ejército en Liverpool, y se había retirado a Londres. A la gente se le metían en la cabeza unas ideas muy raras durante los bombardeos, y una de ellas fue que, por lo que fuera, la casa de la señora Berwick era un lugar seguro; así es que se agolparon allí. Aunque ella estaba retirada, no había perdido el instinto de ayudar. Reunió una caja de primeros auxilios, y puso un cartel en la ventana: «Si necesitas ayuda, llama aquí.» Jesús

siempre estaba dispuesto a ayudar. Sus seguidores debemos hacer lo mismo.

(ii) A Jesús no le hacía falta que hubiera mucha gente para hacer milagros. Muchos están dispuestos a hacer un esfuerzo ante las multitudes que no harían en privado. Muchos están en su mejor actitud en sociedad, y en su peor en casa. Es corriente que se sea gracioso, cortés y servicial ante extraños, y lo contrario cuando no se está más que con los de casa. En muchos se cumple el dicho de que «Cuando hay confianza, da asco.» Pero Jesús estaba dispuesto a desplegar todo su poder en una cabaña de la aldea de Cafarnaún, donde no había mucho público.

(iii) Cuando se sintió bien la suegra de Pedro, *sin perder un momento… se levantó y se puso a servirles la comida.* Se dio cuenta de que se le había devuelto la salud, y su manera de mostrar su agradecimiento fue ponerse a servir a los demás. No quería mimos ni contemplaciones; lo que quería era ponerse a guisar y a servirles la comida a los suyos y a Jesús. Así son las madres. Y todos haríamos bien en tener presente que si Dios nos ha concedido o devuelto el don inapreciable de la salud y las fuerzas, lo mejor que podemos hacer es usarlas para servir a otros.

LAS MULTITUDES INSISTENTES

Lucas 4:40-44

Cuando se estaba poniendo el sol, todos los que tenían amigos que estaban enfermos de lo que fuera se los traían a Jesús para que les impusiera las manos y los curara. También salían demonios de muchas personas, gritando:

—¡Tú eres el Hijo de Dios!

Pero Jesús los regañaba, y no les permitía decir nada; porque ellos sabían que era el Mesías.

Al amanecer, Jesús salió de la casa y se fue a un descampado. Mucha gente le seguía buscando y, cuando le encontraron, hicieron lo posible para que no se les marchara. Pero Él les dijo:

—Tengo que ir también a los otros pueblos para darles la Buena Noticia del Reino de Dios, porque para eso es para lo que se me ha enviado.

Y siguió proclamando su mensaje por las sinagogas de Judea.

(i) De madrugada, Jesús salió para estar a solas con Dios. Podía responder a las insistentes necesidades humanas gracias a que antes buscaba la compañía de Dios. Una vez, en la guerra de 1914-18, estaba a punto de celebrarse una conferencia de los jefes, y ya estaban todos presentes menos el mariscal Foch, que era el general en jefe. Un oficial que le conocía bien dijo:

—Creo que sé dónde podemos encontrarle.

Y llevó a los demás a las ruinas de una capilla cercana al cuartel general; y allí, ante el altar derruido, estaba el gran soldado arrodillado en oración. Antes de encontrarse con los hombres tenía que encontrarse con Dios.

(ii) Jesús no dijo ni una palabra de queja o resentimiento cuando la gente invadió su soledad. La oración es algo muy importante, pero en última instancia la necesidad humana lo es más. La gran maestra misionera Florence Allshorn dirigía una escuela para preparar misioneros; conocía la naturaleza humana, y no disculpaba a los que de pronto se daban cuenta de que había llegado su momento de oración privada precisamente cuando había que fregar los cacharros. Hay que orar; pero la oración no debe ser nunca una evasión de la realidad. La oración no nos debe aislar del clamor insistente de la necesidad humana, sino prepararnos para salirle al paso. Y algunas veces tendremos que dejar de estar de rodillas para ponernos en pie antes de lo que quisiéramos, y ponernos a hacer algo.

(iii) Jesús no dejaba hablar a los demonios. A menudo nos encontramos con que Jesús los mandaba callar. ¿Por qué? Por esta buena razón: los judíos tenían sus propias ideas populares acerca del Mesías; esperaban que fuera un gran rey conquistador que le pusiera el pie en el pescuezo al águila romana y barriera sus ejércitos de la tierra de Palestina. Todo el país estaba preparado para la gran conflagración. La revolución estaba siempre a flor de piel, y estallaba a menudo. Jesús sabía que si se corría la voz de que Él era el Mesías, los revolucionarios se inflamarían. Antes de que le reconocieran como el Mesías tenía que enseñarles que el Mesías no era un rey conquistador, sino un siervo paciente.

Mandaba callar a los demonios porque la gente no sabía todavía lo que era el carácter mesiánico, y si se lanzaban con sus ideas equivocadas pronto se producirían la destrucción y la muerte.

(iv) Aquí aparece por primera vez en el evangelio de Lucas la mención del Reino de Dios. Según Marcos, Jesús llegó predicando el Reino de Dios (1:15). Eso era la esencia de su mensaje. ¿Qué quería decir con el Reino de Dios? Para Jesús era tres cosas al mismo tiempo.

(*a*) Era *pasado.* Abraham, Isaac y Jacob estaban en el Reino, aunque habían vivido hacía siglos *(Lucas 13:28).*

(*b*) Era *presente.* «El Reino —decía Jesús— está dentro de vosotros, o entre vosotros» *(Lucas 17:21)*.

(*c*) Era *futuro.* Era algo que Dios todavía tenía que dar y por lo que hemos de orar.

¿Cómo es posible que el Reino sea las tres cosas al mismo tiempo? Volvamos a la Oración Dominical; en ella encontramos dos peticiones íntimamente relacionadas: Venga tu Reino, y Hágase tu voluntad en la Tierra como en el Cielo *(Mateo 6:10)*. En la poesía hebrea, como se puede ver abundantemente en los *Salmos*, la misma idea se repetía dos veces con otras palabras; y la segunda explicaba, o desarrollaba, o completaba el sentido de la primera. Pongamos ahora juntas estas dos peticiones: Venga tu Reino — Hágase tu voluntad en la Tierra como en el Cielo. La segunda aclara la primera; por tanto *el Reino de Dios es una sociedad en la Tierra donde la voluntad de Dios se hace tan perfectamente como en el Cielo.* Si alguien del pasado ha cumplido la voluntad de Dios, está en el Reino; si alguien la cumple ahora, está en el Reino; pero todavía falta mucho para que toda la humanidad cumpla la voluntad de Dios de una manera perfecta, y por tanto la consumación está en el futuro. Por eso el Reino de Dios es pasado y presente y futuro al mismo tiempo.

Los hombres cumplen la voluntad de Dios a rachas, obedeciendo unas veces y desobedeciendo otras. Sólo Jesús la cumplió perfectamente. Por eso es el fundamento y la encarnación del Reino. Vino para capacitar a los hombres a hacer lo mismo. El cumplir la voluntad de Dios es ser ciudadano del Reino de Dios.

Hacemos bien en pedir: «Señor, venga tu Reino, empezando por mí.»

CONDICIONES PARA UN MILAGRO

Lucas 5:1-11

Jesús estaba en pie a la orilla del lago de Genesaret, y el gentío le apretujaba en su deseo de escuchar la Palabra de Dios. Jesús vio dos barcas que habían traído a la orilla; los pescadores habían bajado a tierra y estaban lavando las redes. Jesús se subió a una de las barcas, la que era de Simón, y le pidió que la separara un poco de la orilla; entonces se sentó, y siguió enseñando a la gente desde la barca.

Cuando terminó lo que estaba diciendo le dijo a Simón:

—Rema hacia lo hondo y echa las redes para pescar.

—Maestro —le replicó Simón—, hemos estado faenando toda la noche y no hemos pescado nada; pero, ya que me lo dices, voy a echar las redes.

Y cuando lo hicieron, se les llenaron las redes hasta tal punto que parecía que iban a romperse. Hicieron señas a los compañeros de la otra barca para que vinieran a ayudarlos; y cuando llegaron, llenaron las dos barcas tanto que parecía que iban a hundirse.

Cuando Simón Pedro se dio cuenta de lo que había pasado, cayó de rodillas delante de Jesús, y exclamó:

—¡Apártate de mí, Señor; que yo no soy más que un pecador!

Esto decía porque se había quedado profundamente impresionado por la cantidad tan tremenda de peces que habían pescado, y lo mismo les pasaba a los demás, entre los que estaban Santiago y Juan, hijos de Zebedeo, que eran socios de Pedro.

—¡No tengas miedo! —le dijo Jesús a Simón—. Desde ahora, lo que vas a pescar van a ser hombres.

Cuando consiguieron traer las barcas a tierra, lo dejaron todo allí y se hicieron seguidores de Jesús.

La famosa extensión de agua de Galilea se llama de tres maneras: Mar de Galilea, Mar de Tiberíades y Lago de Genesaret. Tiene unos veinte metros de largo por trece de ancho. Está situado en una depresión de la superficie de la Tierra a 210 metros bajo el nivel del mar, lo que le da un clima casi tropical. En los días de Jesús tenía nueve poblaciones agrupadas en sus orillas, ninguna de menos de 15.000 habitantes.

Genesaret es realmente el nombre de la hermosa llanura que está al Oeste del lago, y que es muy fértil. A los judíos les encantaba jugar con las etimologías, y le atribuían tres diferentes a Genesaret que destacaban su hermosura.

(i) De *kinnor,* que quiere decir arpa, ya fuera porque «sus frutos son tan dulces como el sonido del arpa», o porque «la voz de sus ondas es tan agradable como la voz del arpa».

(ii) De *gan,* jardín, y *sar,* príncipe; de ahí, «el príncipe de los jardines.»

(iii) De *gan,* jardín, y *asher,* riquezas; de ahí, «El jardín de las riquezas.»

Aquí nos encontramos con un cambio decisivo en la carrera de Jesús. La última vez que le encontramos predicando estaba en una sinagoga, y ahora se encuentra a la orilla del lago. Es verdad que volveremos a encontrarle en la sinagoga; pero se acerca la hora en que se le cerrará esa puerta, y su iglesia es ahora la costa o el camino abierto, y su púlpito, una barca. Irá adonde haya gente dispuesta a escucharle. John Wesley decía: «Los que formaron nuestras congregaciones eran los que iban vagando por las montañas oscuras, que no pertenecían a ninguna iglesia cristiana; pero despertaron a la predicación de los metodistas, que los habían seguido por los descampados de este mundo hasta los caminos y los vallados, los mercados y las ferias, los cerros y los valles; que habían puesto el estandarte de la Cruz en las avenidas y en los callejones de las ciudades, en las aldeas, en los pajares y en las cocinas de las granjas, etc.; y todo esto hecho de tal manera y hasta tal punto como no se había hecho nunca desde los tiempos de los apóstoles.» «Me gusta un salón amplio —dice en otro lugar—, con un buen cojín y un púlpito majo; pero la predicación en los campos

salva almas.» Cuando se le cerraba la sinagoga, Jesús salió a los caminos abiertos.

En esta historia encontramos lo que podríamos llamar una lista de condiciones para un milagro.

(i) El ojo que ve. No hay por qué creer que Jesús *creó* un banco de peces en aquella ocasión. En el Mar de Galilea había bancos fenomenales que ponían el agua como si estuviera hirviendo en grandes extensiones. Lo más probable es que la aguda vista de Jesús percibiera aquel banco de peces, y ahí estuvo el milagro. Necesitamos ojos que vean de veras. Mucha gente ha visto salir vapor por la tapadera de la cafetera, pero fue a James Watt al que se le ocurrió que se podía aplicar para hacer una máquina de vapor. Mucha genta ha visto caer una manzana; pero sólo a Newton le sugirió aquello la ley de la gravedad. La Tierra está llena de milagros que esperan unos ojos que los vean.

(ii) El espíritu dispuesto a hacer un esfuerzo. Puesto que Jesús lo decía, Pedro estaba dispuesto a probar otra vez, aunque estaba muy cansado. El desastre de muchas vidas es que se rinden antes del último esfuerzo que podría cambiar las cosas.

(iii) El espíritu dispuesto a probar lo que parece inútil. La noche, que era el tiempo de la pesca, había pasado. Todas las circunstancias estaban en contra; pero Pedro dijo: «¡Sean las circunstancias las que sean, si Tú lo dices estoy dispuesto a probar otra vez!»

Muchas veces no hacemos nada porque nos parece que no es el tiempo oportuno. Pero, si esperamos a que las circunstancias sean ideales, jamás empezaremos nada. Si queremos un milagro, tenemos que fiarnos de la palabra de Jesús cuando nos dice que probemos lo imposible.

TOCANDO LO INTOCABLE

Lucas 5:12-15

> *Cuando Jesús estaba en uno de los pueblos se acercó uno que era una masa viva de lepra; y cuando vio a Jesús se postró rostro a tierra delante de Él y se puso a rogarle:*
>
> *—Señor, yo sé que si Tú quieres ponerme bueno, puedes hacerlo.*

Jesús extendió el brazo y le tocó, mientras decía:

—Quiero. Ponte bueno.

Y en aquel mismo momento le desapareció la lepra. Jesús le insistió en que no se lo dijera a nadie. Eso sí, le dijo expresamente:

—Ve a presentarse al sacerdote, y a ofrecer el sacrificio que mandó Moisés para la purificación de los leprosos, para que tengan evidencia de tu curación.

Pero la fama de Jesús se iba extendiendo más y más, y la gente se agolpaba para escucharle y para que les curara las enfermedades.

En Palestina se conocían dos clases de lepra. Una era más bien una grave enfermedad de la piel, y era la menos seria. La otra empezaba por un punto, y de allí iba comiéndose la carne hasta que al desgraciado paciente no le quedaban más que los muñones de las manos o de las piernas. Era literalmente una muerte en vida.

Las disposiciones referentes a la lepra se encuentran en *Levítico,* capítulos *13* y *14*. Lo más terrible era el aislamiento al que tenía que someterse el paciente. El leproso tenía que ir gritando por todas partes: «¡Inmundo, inmundo!» Tenía que vivir solo, «fuera del campamento» (13:45, 46). Se le excluía de la sociedad humana, y se le desterraba del hogar. El resultado era, y es todavía, que las consecuencias psicológicas de la lepra eran tan serias como las físicas.

El doctor A. B. MacDonald, que estaba a cargo de una leprosería en Itu, escribe en un artículo: «El leproso es un enfermo de la mente tanto como del cuerpo. Por lo que sea, se tiene una actitud diferente con la lepra de la que se tiene con cualquier otra enfermedad deformante. Se asocia con vergüenza y horror, y conlleva, de alguna manera misteriosa, un sentimiento de culpabilidad, aunque se haya contraído tan inocentemente como cualquier otra enfermedad contagiosa. Al verse evitados y despreciados, es frecuente que los leprosos tengan la tentación de quitarse la vida, y algunos lo hagan.»

El leproso sabe que los demás le aborrecen antes de aborrecerse a sí mismo. Esta era la clase de hombre que vino a Jesús: era inmundo, *y Jesús le tocó.*

(i) *Jesús tocó al intocable.* Su mano fue al encuentro del hombre del que cualquier otro se habría alejado. Esto nos sugiere dos cosas. La primera es que, cuando nos despreciamos a nosotros mismos, cuando tenemos el corazón amargado por la vergüenza, recordemos que, a pesar de todo, Cristo nos tiende la mano. Mark Rutherford proponía una nueva bienaventuranza: «Bienaventurados los que nos sanan del desprecio propio.» Eso es lo que Jesús hacía y hace. Y en segundo lugar, es de la esencia del Evangelio el tocar lo intocable, perdonar lo imperdonable y amar lo inamable. Jesús lo hacía, y por tanto debemos hacerlo nosotros.

(ii) Jesús le encargó al hombre que cumpliera los requisitos normales y corrientes que mandaba la ley de la purificación, que se nos describen en *Levítico 14*. Es decir: que el milagro no eximía de lo que hubiera que hacer para volver a vivir en sociedad; no le dispensaba de cumplir las reglas establecidas. No se habría sabido que había sucedido un milagro, ni se habría dado la gloria a Dios, si no se cumplían esas normas para que las autoridades competentes tuvieran evidencia de la curación.

(iii) El versículo 15 nos habla de la popularidad que tenía Jesús. Pero sólo era debida a que la gente quería sacarle algo. Muchos quieren los dones de Dios, pero rechazan sus exigencias. No puede haber nada más deshonroso.

SE INTENSIFICA LA OPOSICIÓN

Lucas 5:16, 17

> *Pero Jesús se retiraba a lugares solitarios para dedicarse a la oración.*
>
> *Cierto día, mientras Jesús estaba enseñando, había un grupo de fariseos y de escribas que estaban escuchándole sentados. Habían venido de todos los pueblos de Galilea, y de Judea, y hasta de Jerusalén.*
>
> *El poder de Dios se manifestaba cuando Jesús sanaba a los enfermos.*

No tenemos aquí más que dos versículos, pero tenemos que detenernos en ellos, porque marcan un hito. Los escribas y los

fariseos aparecen en escena. La oposición, que no se daría por contenta hasta llevar a Jesús a la muerte, sale a la luz.

Si queremos entender lo que pasó con Jesús, tenemos que saber algo de la ley, y de la relación que tenían con ella los escribas y los fariseos. Cuando los judíos volvieron de Babilonia hacia el año 440 a.C., sabían muy bien que se habían desvanecido sus esperanzas de grandeza nacional. Por tanto decidieron alcanzar su grandeza siendo el pueblo de la ley, aplicando todas sus energías a conocer y cumplir la ley de Dios.

La base de la ley eran los Diez Mandamientos, que son principios generales de vida. No son reglas ni reglamentos; no nos dicen lo que tenemos que hacer en cada circunstancia. Y para una cierta sección del pueblo judío, aquello no era suficiente. Lo que querían no eran principios generales, sino reglas que cubrieran todas las situaciones imaginables. Así es que se pusieron a deducir y a elaborar todas esas reglas a partir de los Diez Mandamientos.

Vamos a poner un ejemplo. El cuarto mandamiento es: «Acuérdate del día de reposo para santificarlo»; y sigue diciendo que no se debe trabajar el sábado *(Éxodo 20:8-11)*. Pero los judíos preguntaban: «¿Qué es un trabajo?»; y se ponían a definirlo bajo treinta y nueve encabezamientos a los que llamaban «padres del trabajo». Pero tampoco bastaba con eso; cada una de esas clases de trabajo se dividía y subdividía minuciosamente, produciendo miles de normas y reglas. Eso era lo que se llamaba la Ley Oral, que a veces se ponía hasta por encima de los Diez Mandamientos.

Vamos a poner otro ejemplo. Uno de los trabajos prohibidos en sábado era llevar una carga. *Jeremías 17:21-24* dice: «Guardaos por vuestra vida de llevar carga en el día de reposo.» «Pero —insistían los legalistas—, hay que definir lo que es una carga.» Y se definía: una carga es «una cantidad de comida que pese lo que un higo seco; el vino que se necesita para mezclar en una copa; la leche que se toma de un sorbo; el aceite que se necesita para ungir un miembro pequeño del cuerpo; el agua que se usa para hacer un colirio; el papel que se necesita para hacer un recibo; tinta suficiente para escribir dos letras; un trozo de caña como para hacer una pluma…», y etcétera, etcétera indefinidamente. Si un sastre se dejaba prendido en la ropa un alfiler o una aguja el sábado, estaba

llevando una carga, es decir, quebrantando la ley y pecando; si levantaba el sábado una piedrecita suficientemente grande para tirársela a un pájaro, pecaba. La bondad se identificaba con el cumplimiento de esas interminables normas y reglas.

Vamos a fijarnos en otro ejemplo. El curar en sábado estaba prohibido porque era hacer un trabajo. Estaba establecido que sólo se podían hacer curas si había peligro de muerte; y aun entonces, sólo se podían tomar medidas para que el paciente no se pusiera peor, pero no para ponerle mejor. Se podía poner una venda en una herida, pero no se podían aplicar ungüentos; se podía poner un tapón si dolía un oído, pero no medicina. Ya se comprende que la casuística no tenía límites.

Los escribas eran los expertos en la ley, que sabían todas esas normas y reglas, y que las deducían de la ley. El nombre *fariseo* quiere decir «separado», porque los fariseos se separaban de la gente y de la vida normal a fin de cumplir todas esas reglas. Hemos de tener en cuenta dos cosas. La primera es que, para los escribas y fariseos esas reglas eran cuestión de vida o muerte; el quebrantar una de ellas era cometer un pecado mortal. En segundo lugar, sólo los que las tomaban tremendamente en serio podían intentar guardarlas, porque hacían la vida sumamente incómoda. Sólo los menos lo podían intentar.

Esas normas y reglas no tenían importancia para Jesús cuando oía el grito de la necesidad humana. Pero para los escribas y fariseos Jesús era un transgresor de la ley, un mal hombre que quebrantaba la ley y que enseñaba a otros a hacer lo mismo. Por eso le odiaban, y al final le entregaron a la muerte. La tragedia de la vida de Jesús consistió en que fueron precisamente los que tomaban la religión en serio los que le llevaron a la cruz. Fue la suprema ironía de la vida el hecho de que fueran las mejores personas de su tiempo quienes le crucificaron.

Desde este momento, Jesús no tendría reposo. Estaría siempre bajo el escrutinio de miradas hostiles y críticas. La oposición había cristalizado, y no podía haber más que un final.

Jesús lo sabía, y antes de enfrentarse con la oposición se retiró a orar. El amor en los ojos de Dios le compensaba por el odio en los ojos de los hombres. La aprobación de Dios le animaba a arrostrar

la crítica de los hombres. De la paz de Dios sacaba fuerzas para la batalla de la vida; y nosotros, que somos sus discípulos, debemos ser como Él.

PERDONADO Y CURADO

Lucas 5:18-26

Llegó un grupo de hombres llevando en una camilla a otro que estaba paralítico. Intentaban acercarle adonde estaba Jesús para dejarle delante de Él; pero había tanta gente en la casa que no podían entrar con el enfermo. En vista de eso se subieron a la azotea y le bajaron con camilla y todo por entre las vigas del techo justamente delante de Jesús.

Cuando Jesús se dio cuenta de la fe que tenían, le dijo al paralítico:

—Hombre: tus pecados están perdonados.

Entonces los escribas y los fariseos empezaron a cavilar y a decirse para sus adentros:

—¿Quién se ha creído este blasfemo? ¡Dios es el único que puede perdonar los pecados!

Jesús se dio cuenta de lo que se les estaba pasando por la cabeza, y se dirigió a ellos:

—¿Por qué le estáis dando vueltas a lo que he dicho? —les dijo—. ¿Qué es más fácil, decirle «tus pecados están perdonados», o «levántate y anda»? Pues para que veáis que este Hijo del Hombre tiene autoridad para perdonar los pecados en la Tierra —entonces se dirigió al paralítico—: ¡Haz lo que te digo! ¡Levántate, recoge tu camilla y vete a tu casa!

El paralítico de levantó inmediatamente delante de todos, recogió la camilla en la que le habían traído y se marchó a su casa alabando a Dios. Y todos se quedaron atónitos a más no poder, y se pusieron a alabar a Dios, llenos de santo temor; y decían:

—¡Hoy hemos presenciado cosas increíbles!

Aquí tenemos un relato que es todo un cuadro. Jesús estaba enseñando en una casa. Las casas de Palestina tenían terraza, con un mínimo de inclinación para que cayera el agua de la lluvia. La techumbre estaba formada por vigas que iban de lado a lado a corta distancia, con cañizo y cuerdas y cubierta con una capa de aislante.

Era lo más fácil del mundo el quitar el relleno entre dos vigas. De hecho, los ataúdes se metían y sacaban muchas veces por el techo.

¿Qué quiere decir este pasaje acerca del perdón de los pecados? Debemos tener presente que se consideraba que el pecado y el sufrimiento estaban íntimamente relacionados como causa y efecto. Se daba por sentado que, si una persona estaba sufriendo, sería porque había pecado; y por eso, el que sufría tenía a menudo un sentido de culpabilidad. Por eso Jesús empezó por decirle al paralítico que se le habían perdonado los pecados. De otra manera el hombre no habría creído que podía ponerse bueno. Esto nos muestra cómo fueron derrotados en la discusión los escribas y fariseos: ellos objetaban a que Jesús pretendiera poder perdonarle los pecados al hombre. Según ellos pensaban y creían, el hombre estaba enfermo porque había pecado; y si recobraba la salud, era señal de que se le habían perdonado los pecados. La objeción de los escribas y fariseos se volvió contra ellos y los dejó sin argumentos.

Lo maravilloso aquí es que lo que salvó a ese hombre fue la fe de sus amigos. *Cuando Jesús se dio cuenta de la fe que tenían* —la fe emprendedora de los amigos, que no se detenía ante nada que les impidiera traer a su amigo a Jesús para que le pusiera bueno—, aquella fe obtuvo la salud del paralítico. Esto sigue sucediendo.

(i) Hay quienes se salvan por la fe de sus padres. Carlyle solía decir que, a través de los años, volvía a él la voz de su madre: «Confía en Dios, y haz el bien.» Cuando Agustín de Hipona estaba viviendo una vida incontrolada e inmoral, su piadosa madre fue a buscar la ayuda de un obispo cristiano. «Es imposible —le dijo éste — que el hijo de tales oraciones y lágrimas se pierda.» Muchos de nosotros damos testimonio con gratitud y gozo de que le debemos todo lo que somos y seremos a la fe de nuestros padres.

(ii) Hay quienes se salvan diariamente por la fe de los que los aman. Cuando H. G. Wells hacía poco que se había casado y el éxito le exponía a nuevas tentaciones, decía: «Menos mal que detrás de las puertas del número 12 de Mornington Road dormía una tan dulce y tan limpia que me resultaba inconcebible el presentarme miserable o borracho o vil.» Muchos de nosotros habríamos caído en la desvergüenza si no fuera porque no

habríamos podido enfrentarnos con el dolor o la tristeza en los ojos de alguien que nos amaba.

Gracias a Dios es parte de la trama de la vida y del amor que haya influencias preciosas que salvan las almas de los hombres.

EL HUÉSPED DE UN DESCASTADO

Lucas 5:27-32

> *Más tarde, Jesús salió de la casa y vio a un cobrador de impuestos que se llamaba Leví, que estaba sentado en la oficina de cobro de los impuestos, y le dijo:*
>
> *—¡Vente conmigo!*
>
> *Leví se levantó de su asiento, lo dejó todo como estaba y se hizo seguidor de Jesús. Luego hizo una gran fiesta en su casa en honor de Jesús en la que estaban presentes un montón de invitados, entre ellos muchos recaudadores de impuestos. Los fariseos y los escribas se empezaron a meter con los discípulos de Jesús y a decirles:*
>
> *—¿Cómo es que coméis y bebéis con recaudadores de impuestos y con gente de mal vivir con los que no se relacionaría ningún judío que se apreciara en algo?*
>
> *—Los que necesitan al médico no son los que están bien —intervino Jesús—, sino los que están malos. Yo no he venido a invitar a los buenos a que se arrepientan, sino a los pecadores.*

Aquí tenemos la vocación de Mateo (cp. *Mateo 9:9-13)*. Los publicanos o recaudadores de impuestos eran los más odiados de Palestina. Palestina era un país sometido a los romanos, y los recaudadores de impuestos estaban al servicio del gobierno de Roma; por tanto, se los consideraba como renegados y traidores.

El sistema de impuestos se prestaba a abusos. La costumbre romana era subastar los impuestos; a un distrito se le asignaba una cantidad, y luego se le vendía el derecho de recogida de impuestos al mejor postor. Mientras éste entregara la cantidad asignada al final del ejercicio, podía quedarse con lo demás que le hubiera sacado al pueblo. Y como no había periódicos, ni radio, ni televisión para que los anuncios llegaran a todo el mundo, las personas corrientes no tenían idea de lo que tenían que pagar.

Este sistema particular se había prestado a abusos tan gordos que ya se había cambiado en los tiempos del Nuevo Testamento; sin embargo, todavía había impuestos y recaudadores colaboracionistas al servicio de Roma y abusos y explotación.

Había dos tipos de impuestos. El primero eran los impuestos de estado. Había un impuesto general que tenían que pagar todos los hombres de 14 a 65 años y las mujeres de 12 a 65, solamente por el privilegio de existir. Había un impuesto de la tierra, que consistía en la décima parte de los cereales y la quinta del vino y el aceite, y se podía pagar en especie o en dinero. Había un impuesto sobre la renta, que era del uno por ciento de lo que se ganara. En estos impuestos no había mucho margen para el abuso.

El segundo tipo de impuestos era muy diverso: por usar las principales carreteras, puertos y mercados; por tener un carro, y por cada una de sus ruedas y por el animal que lo llevaba; había impuestos por la compra de ciertos artículos, y por la importación y exportación. Un cobrador de impuestos podía mandar a un hombre que se detuviera en el camino y desempaquetara, y cobrarle casi lo que le diera la gana. Si no podía pagar, a veces el cobrador se ofrecía a prestarle dinero a un interés exorbitante, y así tenerle más en sus garras.

Se consideraba que los ladrones, los asesinos y los cobradores de impuestos pertenecían a la misma clase. Los publicanos estaban excomulgados de la sinagoga. Un escritor romano nos cuenta que vio una vez un monumento dedicado a un cobrador de impuestos honrado. Un espécimen honrado de esa profesión renegada era tan raro que se le hacía un monumento.

Y sin embargo Jesús eligió a un cobrador de impuestos para que fuera apóstol.

(i) Lo primero que hizo Mateo fue ofrecerle una fiesta a Jesús, que era algo que sin duda podía pagar, invitando a sus compañeros de profesión y a sus amigos descastados para que le conocieran. La primera intención de Mateo era compartir la maravilla que había encontrado. John Wesley le dijo una vez a alguien: «No hay tal cosa como ir al Cielo a solas; uno tiene que encontrar amigos, o hacérselos.» Otro dijo que tenemos que ir al Cielo «como las

cerezas». Todo cristiano tiene el deber de compartir las bendiciones que ha encontrado o recibido.

(ii) Los escribas y fariseos criticaban. Los fariseos —los separados— no habrían dejado que el extremo de su túnica rozara a uno como Mateo. Jesús les dio la respuesta irrefutable. Les hizo notar que son precisamente los enfermos los que necesitan un médico; y personas como Mateo y sus amigos eran los que Le necesitaban más. No estaría mal que consideráramos al pecador más como un enfermo que como un criminal; y al que ha cometido un error, más que como alguien que merece desprecio y condenación, como alguien que necesita amor y ayuda para encontrar la rehabilitación.

LA COMPAÑÍA FELIZ

Lucas 5:33-35

Algunos le dijeron a Jesús:

—Los discípulos de Juan el Bautista ayunan con frecuencia y cumplen escrupulosamente con las oraciones rituales, y los discípulos de los fariseos también; pero tus discípulos comen y beben cuando les da la gana, lo que se les antoja.

—Está claro —les contestó Jesús— que no se espera que los invitados a una boda se pongan a ayunar cuando están en compañía del novio. Ya llegará la hora en que el novio les sea arrebatado; entonces ayunarán.

Lo que sorprendía y escandalizaba a los escribas y fariseos era que los seguidores de Jesús fueran tan normales. Collie Knox nos cuenta que una vez le dijo un muy querido capellán: «Joven Knox, no hagas de tu religión una agonía.» Y se decía que a Burns le obsesionaba más que le ayudaba la religión. El judío religioso tenía la idea —que no ha muerto todavía del todo— de que para ser religioso uno tenía que pasárselo mal.

Habían sistematizado las observancias religiosas. Ayunaban los lunes y los jueves; y a menudo se enjalbegaban la cara para que uno no pudiera por menos de darse cuenta de que estaban ayunando. Es verdad que eso del ayuno no era tan riguroso, porque duraba sólo desde la salida hasta la puesta del sol, y antes y

después se podía tomar alimento. Se trataba de llamar la atención de Dios hacia el que ayunaba. A veces hasta lo consideraban un sacrificio: al ayunar, uno le estaba ofreciendo a Dios nada menos que su cuerpo. Y la oración también estaba reglamentada: se hacía a las 12 del mediodía, a las 3 y a las 6 de la tarde.

Jesús estaba totalmente en contra de una religión así, y lo explica con una imagen de la vida real. Cuando se casaba una pareja en Palestina, no se iban a otro sitio a pasar la luna de miel, sino que se quedaban en casa y tenían invitados toda la semana. Se ponían la mejor ropa que tenían; a veces, hasta se ponían coronas; esa semana eran los reyes, y su palabra era la ley. No volverían a tener una semana igual en toda una vida de trabajo. Y los invitados más íntimos se llamaban «los hijos de la cámara nupcial», con una expresión típicamente hebrea.

(i) Es sumamente significativo que Jesús comparara la vida cristiana con una fiesta de bodas. La alegría debe ser la primera característica cristiana. Son demasiados los que creen que la religión los obliga a hacer todo lo que no quieren, y a no hacer lo que quieren. La risa se convierte en un pecado, en vez de —como la llamaba un famoso filósofo— «una gloria repentina.»

(ii) Al mismo tiempo Jesús sabía que llegaría el día en que el novio les sería arrebatado. La muerte no le pilló desprevenido. La cruz siempre estaba a la vista; pero aun en el camino de la cruz no le faltó el gozo que nadie le podía quitar: el gozo de la presencia de Dios.

LA NUEVA IDEA

Lucas 5:36-39

Jesús usó una ilustración para que le entendieran.

—Nadie es tan tonto —dijo— como para rasgar un trozo de tela nueva para remendar una ropa vieja. Si lo hiciera, echaría a perder lo nuevo, y no le serviría para nada, porque el remiendo nuevo no iría con la ropa vieja. Y nadie pone mosto que está fermentando en pellejos viejos que han perdido la elasticidad; porque el vino nuevo reventaría los odres viejos, y se derramaría, y los odres viejos se quedarían inservibles. El vino

nuevo requiere odres nuevos. Y nadie quiere beber vino que todavía no está hecho, porque dice: «Lo añejo está mejor.»

Los religiosos tienen una pasión por lo antiguo. Nada se mueve más despacio que una iglesia. El problema de los fariseos era que todo lo de Jesús era tan absolutamente nuevo que, sencillamente, no lo podían asimilar.

La mente acaba perdiendo la flexibilidad para aceptar ideas nuevas. Jesús da dos ilustraciones: «No se puede poner un remiendo de paño nuevo a una ropa vieja —dijo—. La fuerza del paño nuevo todavía hará mayor lo que se haya rasgado de la ropa vieja.»

El vino se hacía en odres en Palestina. Cuando se pone mosto en un odre, al fermentar, produce gases. Si el odre es nuevo, tiene elasticidad y puede con la presión; pero, si es viejo, la piel está reseca, y se revienta. Jesús quiere decir: «No dejes que se te ponga la mente como un odre viejo. La gente dice del vino que lo añejo es mejor. Puede que lo sea en un momento dado, pero olvidan que es un error el despreciar el vino nuevo, porque llegará el día en que haya madurado y sea el mejor de todos.»

En este pasaje Jesús rechaza la mente cerrada y recomienda que no despreciemos lo nuevo sólo porque lo es.

(i) No debemos tener miedo a la libertad de pensamiento. Si creemos en el Espíritu Santo, debemos estar dispuestos para que Dios nos guíe a nuevas verdades. Fosdick pregunta en alguna parte: «¿Cómo estaría la medicina si los médicos no pudieran usar nada más que las medicinas y las técnicas que se conocían hace trescientos años?» Y sin embargo, nuestros parámetros doctrinales son mucho más antiguos. El que propone algo nuevo siempre tiene que luchar. A Galileo le tenían por hereje porque decía que la Tierra gira alrededor del Sol. Lister tuvo que luchar para que se aplicaran los antisépticos en las operaciones quirúrgicas. Simpson tuvo que arrostrar la oposición al uso del cloroformo. Tengamos cuidado con rechazar todo lo nuevo, porque podría querer decir que hemos perdido la elasticidad mental. No eludamos la aventura del pensamiento.

(ii) No debemos tener miedo de nuevos métodos. El que algo se haya hecho *siempre* puede que sea la mejor razón para dejar de

hacerlo. El que algo no se ha hecho *nunca* puede que sea la mejor razón para intentarlo. No hay negocio que marche con métodos anticuados —y sin embargo la iglesia sigue intentándolo. Cualquier negocio que hubiera perdido tantos clientes como la iglesia habría tratado de renovarse hace mucho —pero la iglesia sigue rechazando todo lo nuevo.

Una vez Rudyard Kipling vio al General Booth del Ejército de Salvación subir a bordo de un barco para una gira alrededor del mundo, y le hicieron la despedida al son de panderetas y otros instrumentos, cosa que no le hizo ninguna gracia al alma conservadora de Kipling. Más tarde, cuando llegó a conocer al General le dijo que no le hacían ninguna gracia las panderetas y todo eso; y Booth se le quedó mirando y le dijo: «Joven: si yo creyera que puedo ganar algún alma para Cristo haciendo el pino y tocando la pandereta con los pies, aprendería a hacerlo.»

Hay un conservadurismo sabio y otro que no lo es. Tengamos cuidado de no ser tradicionalistas reaccionarios en el pensamiento o en la acción cuando debemos ser, como cristianos, intrépidos aventureros.

LA CRECIENTE OPOSICIÓN

Lucas 6:1-5

> *Un sábado sucedió que Jesús iba pasando entre los sembrados con sus discípulos, y ellos se pusieron a arrancar espigas y a restregarlas con las manos y a comérselas. Entonces dijeron unos fariseos:*
>
> *—¿Cómo es que hacéis lo que la ley prohíbe hacer en sábado?*
>
> *—¿Es que no habéis leído —respondió Jesús— lo que hizo David cuando él y sus amigos tenían hambre? Dice la Escritura que entró en la casa de Dios, y cogió los panes sagrados que se ofrecían a Dios, que sólo podían comer los sacerdotes, y comió y les dio también a los que estaban con él. La autoridad del Hijo del Hombre se extiende también al sábado.*

Este es el primero de dos incidentes en los que vemos que la oposición a Jesús ya estaba saliendo a la luz, y que lo que tenían en

contra de Él era que quebrantaba las leyes tradicionales del sábado. En esta escena, iban pasando Jesús y sus discípulos por entre los trigales. El hecho de que los discípulos arrancaran espigas no era en sí ningún crimen. Una de las leyes misericordiosas del Antiguo Testamento establecía que uno que fuera pasando por un trigal podía arrancar algunas espigas, siempre que no metiera la hoz *(Deuteronomio 23:25)*. Si lo hubieran hecho otro día cualquiera no habría habido nada que objetar; pero era sábado. Cuatro de los trabajos prohibidos el sábado eran segar, trillar, aventar y preparar comida; y los discípulos habían realizado los cuatro según la interpretación ortodoxa de la ley: al arrancar espigas, habían segado; al restregarlas con la mano, habían trillado; al soplar para quitar la paja, habían aventado, y el hecho de que se las comieran demostraba que habían preparado una comida el sábado. A nosotros nos parece fantástico todo esto; pero debemos recordar que, para un estricto fariseo, todos eran pecados mortales. Se habían quebrantado las normas y las reglas, y esto era una cuestión de vida o muerte.

Hicieron su acusación, y Jesús les contestó con una cita del Antiguo Testamento: lo que hicieron David y sus compañeros cuando tenían mucha hambre y comieron el pan de la proposición que se ofrecía a Dios en el tabernáculo, mejor llamado el Pan de la Presencia. Todos los sábados por la mañana se ponían delante de Dios doce panes de trigo, hechos con harina que se había tamizado no menos de once veces. Había un pan por cada tribu. En tiempos de Jesús estos panes se colocaban en una mesa de oro macizo de tres pies de longitud y uno y medio de anchura que estaba situada a lo largo del lado Norte del Lugar Santo. El pan representaba la presencia de Dios, y nadie más que los sacerdotes podía comerlo *(Levítico 24:5-9)*. Pero la necesidad de David había sido prioritaria sobre estas normas y reglas.

Los rabinos mismos decían: «El sábado se ha hecho para ti, y no tú para el sábado.» Es decir, que en sus mejores y más elevados momentos los rabinos reconocían que la necesidad humana abrogaba la ley ritual. Si era así, ¡cuánto más el Hijo del Hombre, con un corazón de amor y de misericordia, es el Señor del Sábado! ¡Cuánto más lo podrá utilizar para sus propósitos de amor! Pero los

fariseos habían olvidado los derechos de la misericordia porque estaban inmersos en sus leyes y reglas. Es significativo que estaban observando a Jesús y a sus discípulos cuando iban por los campos de trigo. Está claro que los estaban espiando; y desde este momento estarían escudriñando con ojos hostiles y malévolos todos los actos de Jesús.

Este pasaje contiene una gran verdad general. Jesús les dijo a los fariseos: «¿Es que no habéis leído lo que hizo David?» La respuesta sería sin duda que sí; pero no se habían dado cuenta de lo que quería decir. Es posible leer las Escrituras meticulosamente, conocer la Biblia de cabo a rabo y poder citar literalmente capítulo y versículo, y no haberse enterado de su verdadero significado. ¿Por qué no lo habían captado los fariseos, y por qué sigue pasando tan a menudo?

(i) Porque no venían a la Escritura *con una mente abierta.* No venían a la Escritura para aprender la voluntad de Dios, sino para encontrar textos que confirmaran sus propias ideas. Con demasiada frecuencia los hombres han llevado su teología a la Biblia en vez de encontrar su teología en la Biblia. Cuando leemos la Escritura debemos decir, no «Escucha, Señor, porque tu siervo está hablando», sino «Habla, Señor, porque tu siervo está escuchando.»

(ii) No venían *con un corazón necesitado.* El que no viene con un sentimiento de su necesidad siempre se pierde el sentido más profundo de la Escritura. Cuando despertamos a nuestra necesidad, la Biblia es un libro nuevo. Cuando el obispo Butler estaba en su lecho de muerte, estaba turbado.

—¿Ha olvidado mi señor —le dijo su capellán— que Jesucristo es el Salvador?

—Pero —le contestó el obispo moribundo—, ¿cómo puedo saber que es *mi* Salvador?

—Escrito está —continuó el capellán—: «Al que a mí viene, no le echo fuera». Y Butler contestó:

—He leído esas palabras mil veces, y nunca me había enterado de su significado hasta ahora. Ahora muero en paz.

El sentimiento de su necesidad le abrió el sentido de la Escritura.

Cuando leemos el Libro de Dios debemos venir con una mente abierta y con un corazón necesitado: entonces será también para

nosotros el libro más maravilloso del mundo.

EL DESAFÍO DE JESÚS

Lucas 6:6-11

> *Otro sábado fue Jesús a la sinagoga, y se puso a enseñar. Había allí un hombre que tenía seco el brazo derecho. Los escribas y los fariseos le estaban vigilando muy de cerca para ver si se atrevía a sanar al hombre en sábado, porque querían tener algo de que acusarle.*
>
> *Jesús se daba cuenta de lo que estaban tramando, pero dijo al del brazo seco:*
>
> *—Ponte en pie donde todos te vean.*
>
> *El hombre se levantó y se puso en medio. Entonces Jesús les dijo:*
>
> *—Os preguntaré una cosa: ¿Qué es lo que se permite hacer el sábado, ayudar a alguien o hacerle daño, salvar la vida o destruirla?*
>
> *Y dirigió la mirada en círculo a todos los presentes, esperando una respuesta. Ante el silencio general, dijo al enfermo:*
>
> *—¡Extiende el brazo!*
>
> *Y el hombre lo hizo, y se le restauró el brazo completamente. Los enemigos de Jesús se pusieron furiosos, y empezaron a hacer planes para acabar con él.*

Para este tiempo la oposición a Jesús iba concretándose. Estaba enseñando en la sinagoga un sábado, y los escribas y los fariseos estaban también allí con el propósito de espiarle para, si curaba al enfermo, acusarle de quebrantar el sábado. Hay un detalle interesante: si comparamos esta historia en *Mateo 12:10-13*, y *Marcos 3:1-6*, con la versión de Lucas, nos damos cuenta de que es sólo éste el que nos dice que era el brazo *derecho* el que tenía seco el hombre. Aquí habla el médico, interesado en todos los detalles del caso.

En este incidente, Jesús quebrantó abiertamente la ley tradicional. Curar era un trabajo, y estaba prohibido hacer ningún trabajo el sábado. Es verdad que si había peligro de muerte se podía hacer

algo para mantener la vida. También era legal tratar las dolencias de ojos o garganta. Pero este hombre no estaba en peligro de muerte; podría haber esperado hasta el día siguiente sin peligro. Pero Jesús estableció el gran principio de que, dijeran lo que dijeran las leyes y las reglas, siempre se puede hacer un bien en sábado. Jesús les dirigió la pregunta punzante: «Os preguntaré una cosa: ¿Qué es lo que se permite hacer el sábado, ayudar a alguien o hacerle daño, salvar la vida o destruirla?» Eso tiene que haberles llegado al alma, porque mientras Él estaba tratando de ayudar a la vida del hombre del brazo seco, ellos estaban haciendo todo lo posible para destruirle a *Él.* Era Él el que estaba tratando de salvar, y ellos de destruir.

En esta escena hay tres personajes.

(i) Está *el hombre del brazo seco.* Podemos decir dos cosas de él.

(*a*) En uno de los evangelios apócrifos, es decir, de los que no llegaron a formar parte del Nuevo Testamento, se nos dice que el hombre era mampostero, y vino a Jesús para pedirle ayuda y le dijo: «Yo era mampostero, y me ganaba la vida con las manos; te suplico, Jesús, que me devuelvas la salud para que no tenga que mendigar mi pan con vergüenza.» *Era un hombre que quería trabajar.* Dios siempre mira con aprobación al que quiere ganarse la vida decentemente.

(*b*) *Era un hombre que estaba dispuesto a intentar lo imposible.* No se puso a discutir cuando le dijo Jesús que extendiera el brazo inútil; lo intentó y lo consiguió, con las fuerzas que le dio Jesús. *Imposible* es una palabra que habría que desterrar del vocabulario del cristiano. Como ha dicho un famoso hombre de ciencia, «La diferencia entre lo difícil y lo imposible está sólo en que se tarda un poco más en hacer lo imposible.»

(ii) Está *Jesús.* Hay en esta historia una gloriosa atmósfera de desafío. Jesús sabía que le estaban espiando, pero no vaciló en sanar. Le dijo al hombre que se pusiera en medio: esto no se iba a hacer en un rincón. Se cuenta de uno de los primeros predicadores metodistas, que tenía el propósito de predicar en un pueblo hostil. Alquiló a un pregonero para que anunciara la reunión, y éste empezó a hacerlo en un susurro aterrado. Entonces el predicador le quitó de la mano la campana, la hizo sonar y tronó: —¡Mister Fulano

de Tal predicará en tal y tal lugar a tal y tal hora de la noche —*y ese hombre soy yo!* El verdadero cristiano despliega con orgullo la bandera de la fe, y desafía abiertamente a la oposición.

(iii) Estaban *los fariseos.* Aquí tenemos a unos hombres que siguieron el extraño camino de odiar a un hombre que acababa de curar a un paciente. Son el ejemplo sobresaliente de los que aman sus leyes y sus reglas más que a Dios. Seguimos viendo esta actitud en las iglesias una y otra vez. Discusiones, no acerca de las grandes cuestiones de la fe, sino sobre cuestiones de gobierno eclesiástico y cosas por el estilo. Leighton dijo una vez: «Cómo se haya de gobernar la iglesia es indiferente; pero la paz y la concordia, la amabilidad y la buena voluntad son indispensables.»

Siempre está presente el peligro de poner la lealtad al sistema por encima de la lealtad a Dios.

JESÚS ELIGE SUS HOMBRES

Lucas 6:12-19

> *Por aquellos días, Jesús se retiró al monte a orar, y pasó toda la noche orando a Dios. Cuando se hizo de día, reunió a sus discípulos, y escogió a doce de entre ellos, a los que dio el nombre de apóstoles. Eran: Simón, al que también llamaba Pedro; el hermano de éste, Andrés; Santiago y Juan; Felipe y Bartolomé; Mateo y Tomás; Santiago hijo de Alfeo; Simón, conocido como el Celota; Judas, el hermano de Santiago, y Judas Iscariote, que acabó siendo traidor.*
>
> *Luego bajó con ellos del monte, y se paró en una llanura donde había una gran multitud de discípulos suyos, y un gentío inmenso de gente de toda Judea, y de Jerusalén, y de la costa de Tiro y de Sidón, que se habían reunido allí para escuchar su mensaje y para que los curara de sus enfermedades. También sanó a los que sufrían de espíritus inmundos.*
>
> *Toda la gente estaba intentando tocarle, porque de Él emanaba un poder que los ponía buenos a todos.*

Aquí vemos a Jesús eligiendo a sus hombres. Es interesante y provechoso entender por qué los escogió, porque Él sigue queriendo y necesitando hombres.

(i) *Marcos 3:14* nos dice que los escogió *para que estuvieran con Él.* Esto quiere decir dos cosas.

(*a*) Los escogió para que fueran sus amigos. Es maravilloso que Jesús necesitara amistad humana. Pertenece a la esencia misma de la fe cristiana el que podamos decir con toda reverencia y humildad que Dios no puede ser feliz sin los hombres. Precisamente porque es Padre, tiene un lugar vacío en el corazón hasta que el último hombre haya vuelto a casa.

(*b*) Jesús sabía que se acercaba el fin de su vida en la Tierra. Si hubiera vivido en otro tiempo, tal vez habría escrito un libro que hubiera llevado su enseñanza por todo el mundo. Pero, cuando Él vivió, escogió a esos hombres para escribir en ellos su mensaje. Serían sus libros vivos. Estarían en su compañía para poder llevar su mensaje a todos los hombres algún día.

(ii) Jesús los escogió *entre sus discípulos.* Discípulo quiere decir *aprendiz.* Tenían que ser de los que siempre estaban aprendiendo más y más de Él. Un cristiano es una persona que se pasa toda la vida aprendiendo del Señor al Que verá cara a cara algún día, y entonces Le conocerá como ahora el Señor le conoce a él.

(iii) Jesús escogió a sus hombres para que fueran *sus apóstoles.* La palabra griega *apóstolos* quiere decir *alguien a quien se envía.* Se puede referir a un mensajero o embajador. Los apóstoles iban a ser los embajadores de Jesús al mundo. El embajador es alguien que representa a su país en el extranjero. El cristiano es enviado como embajador de Cristo, no sólo con sus palabras, sino con sus obras y con toda su vida.

De los Doce mismos tenemos que decir dos cosas.

(i) Eran simplemente *hombres corrientes.* Ninguno era rico, ni famoso, ni influyente; no habían recibido unos estudios especiales. Eran sencillamente gente corriente. Es como si Jesús hubiera dicho: «Dadme doce personas corrientes, y cambiaré el mundo.» La obra de Jesús no está en las manos de los que el mundo llama grandes hombres, sino en las de gente corriente, como nosotros.

(ii) Eran *una mezcla extraña.* Fijémonos en dos de ellos: Mateo era recaudador de impuestos, es decir, un traidor y renegado; Simón era un celota, y los celotas eran nacionalistas fanáticos que habían jurado asesinar a todos los traidores y romanos que pudieran. Es

uno de los milagros del poder de Cristo que el publicano Mateo y el celota Simón pudieron vivir en paz en la compañía del grupo apostólico. Cuando se es cristiano de veras, las personas más diferentes y divergentes pueden vivir en paz. Se decía de Gilbert Chesterton y de su hermano Cecil, que «siempre estaban discutiendo, pero no se peleaban nunca». Solamente en Cristo podemos resolver el problema de vivir juntos; porque hasta los caracteres más opuestos pueden estar unidos en su amor. Si de veras Le amamos, nos amaremos unos a otros.

EL FIN DE LOS VALORES DEL MUNDO

Lucas 6:20-26

Jesús dirigió la mirada a sus discípulos y se puso a decirles:

—¡Ah, la bendición que tenéis los marginados, porque el Reino de Dios es cosa vuestra! ¡Ah, la bendición de los que tenéis hambre en este tiempo, porque quedaréis totalmente satisfechos! ¡Ah, la bendición de los que lloráis en este tiempo, porque vosotros acabaréis riendo! Vosotros tendréis la mayor bendición cuando todo el mundo os odie, cuando se os cierren todas las puertas en la cara, cuando os llenen de oprobios, cuando no os nombren más que para insultaros, y todo por causa del Hijo del Hombre. Alegraos cuando todo esto os suceda, y teneos por los más dichosos del mundo, porque recibiréis en la eternidad el galardón que os corresponde, porque eso es lo que hicieron sus antepasados con los profetas.

¡Pero, ay de vosotros los ricos, porque ya tenéis todo lo bueno que vais a tener! ¡Ay de vosotros los que ahora estáis satisfechos, porque sabréis lo que es sufrir necesidad! ¡Ay de vosotros los que ahora estáis de fiesta, porque os lamentaréis y os pondréis de luto! ¡Ay de vosotros cuando todo el mundo os alabe, porque eso es lo que hacían sus antepasados con los falsos profetas!

El Sermón de la Llanura de Lucas se corresponde con el Sermón del Monte de Mateo *(Mateo,* capítulos *5* al *7)*. Los dos empiezan con una serie de bienaventuranzas. Hay algunas diferencias entre las

versiones de Mateo y de Lucas, pero una cosa está clara: son una serie de bombas. Puede ser que las hayamos leído tantas veces que nos hemos olvidado de lo revolucionarias que son. Son completamente diferentes de las leyes que propondría un filósofo o un sabio típico. Cada una de ellas es un desafío.

Como dijo Deissmann, «se pronunciaron en una atmósfera electrificada. No eran tranquilas estrellitas, sino descargas de relámpagos seguidos de truenos de sorpresa y sobrecogimiento.» Toman los patrones que todo el mundo acepta, y los ponen boca abajo. Los que Jesús llama afortunados son los que el mundo considera desgraciados, y los que Jesús llama desgraciados son los que el mundo considera afortunados. Figuraos que alguien dijera: «¡Felices los pobres!» y «¡Pobres de los ricos!» Iría contra toda la escala de valores del mundo.

¿Dónde está la clave de todo esto? En el versículo 24. Allí dice Jesús: «¡Pero, ay de vosotros los ricos, porque ya tenéis todo lo bueno que vais a tener!» La palabra que usa Jesús para *tener* es la que se usa para saldar una cuenta. Lo que quiere decir es: «Si te propones y aplicas todas tus energías a obtener las cosas que valora el mundo, puede que las obtengas, pero eso es todo lo que vas a sacar.» Pero si, por el contrario, te propones y aplicas todas tus energías a ser totalmente leal a Dios y fiel a Cristo, te encontrarás con muchos problemas; a los ojos del mundo serás un desgraciado, pero no te perderás la mejor recompensa, que será la felicidad eterna.

Nos encontramos frente a frente con una decisión que empieza en la infancia y que no termina hasta el final de la vida. ¿Vas a escoger el camino fácil que produce un placer y un provecho inmediatos, o vas a escoger el camino difícil que produce trabajos y hasta sufrimiento a veces? ¿Quieres asir el placer y el provecho momentáneo, o estás dispuesto a fijar tu mirada más allá, y a sacrificarlos por un bien mayor? ¿Te vas a concentrar en las recompensas del mundo, o en Cristo? Si sigues el camino del mundo, tienes que abandonar los valores de Cristo; y si emprendes el camino de Cristo, tienes que abandonar los valores del mundo.

Jesús no tenía la menor duda acerca de cuál conducía a la felicidad. F. R. Matby decía: «Jesús les prometió a sus discípulos

tres cosas: que no le tendrían miedo absolutamente a nada; que serían felices a tope, y que siempre tendrían problemas.» G. K. Chesterton, cuyos principios siempre le estaban metiendo en líos, dijo una vez: «Me encanta meterme en aguas turbulentas. ¡Sale uno limpio!» Jesús enseña que la felicidad del Cielo compensará con creces los problemas de la Tierra. Como decía Pablo: «La ligera aflicción momentánea sirve para prepararnos una gloria consistente y eterna que no admite comparación» *(2 Corintios 4:17)*. El desafío de las bienaventuranzas es: ¿Quieres ser feliz a la manera del mundo, o a la manera de Cristo?

LA REGLA DE ORO

Lucas 6:27-38

> *Y a vosotros los que me prestáis atención, os digo: Amad hasta a vuestros enemigos, haced el bien hasta a los que os quieren mal, hablad bien de los que hablan mal de vosotros, pedidle a Dios por los que os calumnian. Si alguien te da una bofetada, ofrécele la otra mejilla. Si alguien te quiere quitar la camisa no te resistas a que te quite también la chaqueta. Si alguien te pide algo, dáselo, y al que te quite lo que es tuyo no le reclames que te lo devuelva. Trata a los demás como querrías que te trataran a ti. No amar nada más que a los que nos aman no tiene ninguna gracia; eso lo hacen hasta los más pecadores del mundo. Portarse bien con los que se portan bien con uno no tiene ninguna gracia; eso lo hacen hasta los más pecadores del mundo. Prestar ayuda a los que esperamos que nos la devuelvan no tiene ninguna gracia; los pecadores también les prestan a los pecadores cuando están seguros de que se lo van a devolver. Tenéis que amar hasta a vuestros enemigos; tenéis que ser amables con ellos; tenéis que prestar ayuda sin esperar que os la devuelvan. Si así lo hacéis recibiréis una generosa recompensa y seréis como el Altísimo, que es amable hasta con los desagradecidos y mezquinos. Debéis mostraros misericordiosos como vuestro Padre, que es misericordioso. No vayáis por ahí criticando a los demás, y no os criticarán tampoco a vosotros. No vayáis por ahí condenando a los demás, y no lo harán ellos con vosotros. Perdonad, y os*

perdonarán. Sed generosos, y veréis que los demás lo son con vosotros. Buena medida, apretada, sacudida y rebosante os echarán en la bolsa; porque con la medida que uséis con los demás os despacharán ellos a vosotros.

No hay mandamiento de Jesús que haya causado tanta discusión y polémica como el de amar a nuestros enemigos. Antes de cumplirlo tenemos que ser capaces de entenderlo.

En griego hay tres palabras que se traducen por amar. Una de ellas es *eran,* que se refiere al amor apasionado de un hombre por una mujer. Está *filein,* que describe el amor a los nuestros, el cálido afecto del corazón. Ninguna de estas palabras es la que se usa aquí, sino *agapan,* que requiere todo un párrafo para traducirla.

Agapan describe un sentimiento activo de benevolencia hacia otra persona; quiere decir que, no importa lo que esa persona nos haga, nunca nos permitiremos desearle más que lo mejor; y nos propondremos hacer todo lo posible para ser amables y buenos con ella.

Una cosa se desprende de esto. El amor que les tenemos a nuestros seres queridos es algo que no podemos evitar. Hablamos de *enamorarnos* como de algo que nos sucede. Pero este amor a nuestros enemigos no es algo sólo del corazón, sino también de la voluntad. Es algo que por la gracia de Cristo podemos desear tener.

Este pasaje contiene dos grandes hechos de ética cristiana.

(i) La ética cristiana es *positiva.* No consiste tanto en *no hacer* cosas, sino en *hacer*las. Jesús nos ha dado la Regla de Oro que nos manda hacer a los demás lo que quisiéramos que ellos nos hicieran a nosotros. Esta regla aparece en muchos escritores de muchos credos, pero en la forma *negativa.* Cierto hombre le pidió a Hillel, uno de los más grandes rabinos judíos, que le enseñara toda la ley en el tiempo que él pudiera mantenerse sobre una sola pierna. Y Hillel le contestó: «Lo que no quieras para ti, no se lo hagas a otro. Esa es toda la ley, y lo demás es comentario.» Filón, el gran filósofo judío de Alejandría, dijo: «Lo que no te gustaría sufrir, no se lo hagas a nadie.» El orador griego Isócrates, dijo: «Las cosas que te enfada sufrir a manos de otros, no se las hagas tú a ellos.» Una de las reglas básicas de los estoicos era: «Lo que no quieres que te hagan a ti, no se lo hagas a otros.» Una vez le preguntaron a Confucio:

«¿Hay alguna palabra que le pueda servir a uno de regla de conducta para toda la vida?» Y él respondió: «¿No crees que esa palabra podría ser «Reciprocidad»? Lo que no quieres que te hagan, no se lo hagas a nadie.»

Todas estas formulaciones son negativas. No es excesivamente difícil guardarnos de tales acciones; pero es una cosa muy distinta el apartarnos de nuestro camino para hacerles a los demás lo que quisiéramos que nos hicieran a nosotros. La verdadera esencia de la conducta cristiana consiste, no en abstenernos de cosas malas, sino en hacer cosas buenas.

(ii) La ética cristiana se basa en *la gracia.* Jesús describe las maneras normales de la conducta sensata, y las califica diciendo que «eso no tiene ninguna gracia». A menudo la gente pretende ser tan buena como los demás. Es probable que lo sea; pero la pregunta de Jesús es: «¿Cuánto mejor eres tú que la mayoría?» No es con los prójimos con los que nos tenemos que comparar; así tal vez mereceríamos el aprobado; es con *Dios* con Quien nos tenemos que comparar, y ahí no merecemos más que el suspenso.

(iii) ¿Cuál es la razón suprema de la conducta cristiana? Que nos hace semejantes a Dios, porque así es como Él actúa. Dios les manda su lluvia a los justos y a los injustos; es bueno con el que Le produce alegría, lo mismo que con el que Le hiere el corazón. El amor de Dios abraza por igual al santo y al pecador. Ese es el amor que debemos imitar; si de veras procuramos todo lo mejor hasta para nuestros enemigos, seremos de veras hijos de Dios.

El versículo 38 contiene una frase extraña en la versión Reina-Valera: «Darán en vuestro regazo.» Los judíos llevaban una ropa larga hasta los pies, sujeta con un cinturón. La ropa se podía remangar un poco por debajo del cinturón formando como una bolsa donde se podían llevar cosas. Como esto ya no se usa, lo hemos traducido más a la moderna: «os echarán en la bolsa.»

REGLAS PARA LA VIDA

Lucas 6:39-45

A continuación Jesús les puso un ejemplo:

—Está claro que un ciego no puede guiar a otro, porque correrían peligro de caerse en un hoyo los dos. Un estudiante

no sabe más que su profesor; aunque, si persevera, puede llegar a saber tanto como él. ¿Cómo es que ves una pajita de nada en el ojo de tu hermano, y no te das cuenta de que tienes toda una viga en el tuyo? ¿Cómo te atreves a decirle a tu hermano que te deje quitarle la pajita del ojo, cuando ni siquiera ves, porque tienes el tuyo tapado por una vigota? Tu fallo consiste en no aplicarte lo que les dices a los demás. Empieza por quitarte la viga que tienes en el ojo, y entonces podrás ver con claridad para quitarle a tu hermano la pajita que tiene en el suyo. Un buen árbol no produce mal fruto, ni tampoco produce buen fruto un árbol que está podrido. Se puede decir qué clase de árbol es por el fruto que da. ¿A que no se cogen higos en los espinos, ni se vendimian uvas en las zarzas? Un hombre que es bueno saca cosas buenas del buen depósito de su corazón; y un hombre malo, cosas malas. Lo que habla una persona es lo que rebosa de lo que tiene en el corazón.

Este pasaje parece una serie de dichos aislados. Esto puede ser por dos razones. Puede ser que Lucas haya recogido aquí cosas que Jesús dijo en diferentes ocasiones, y nos las dé como un compendio de reglas acerca de la vida. O puede ser que tengamos aquí un ejemplo de una manera de enseñar típicamente judía. Le llamaban *jaraz,* que quiere decir *ensartar perlas.* Los rabinos decían que un predicador no debe detenerse más de dos minutos en cada asunto, sino que debe pasar pronto de uno a otro para mantener el interés. Por eso la manera de predicar de los judíos nos parece deshilvanada.

Los temas de este pasaje se agrupan naturalmente en cuatro partes.

(i) Versículos 39 y 40. Jesús señala que un profesor no puede guiar a sus alumnos más allá de donde haya llegado él. Aquí tenemos una doble advertencia. En nuestro discipulado tenemos que buscarnos el mejor profesor, porque será el único que nos pueda guiar más y más lejos. Nadie puede enseñar lo que no sabe.

(ii) Versículos 41 y 42. Aquí tenemos un ejemplo del humor de Jesús. Al trazar la escena del hombre con una viga en el ojo tratando de sacarle una pajita del suyo a un vecino, Jesús debe haber tenido una sonrisa en los labios. Quería decir que no tenemos

derecho a criticar a otros a menos que no tengamos ninguna falta. Eso quiere decir sencillamente que nunca tenemos derecho a criticar a los demás, porque «hay tanto malo en el mejor de nosotros y tanto bueno en el peor de los otros que no nos corresponde a nosotros sacarle faltas a nadie», como ha dicho alguien.

(iii) Los versículos 43 y 44 nos recuerdan que no se puede juzgar a nadie más que por sus obras. Se le decía a un maestro: «No puedo oír lo que me dices porque estoy escuchando lo que haces.» Enseñar y predicar es impartir «verdad por medio de la personalidad.» Las palabras bonitas no pueden tomar el lugar de las buenas obras. Eso viene muy a cuento hoy en día. Tenemos miedo de ideologías y de sectas extrañas; pero debemos darnos cuenta de que no las derrotaremos escribiendo libros o celebrando congresos; la única manera de demostrar la superioridad del Evangelio es mostrando en nuestras vidas que es el único poder que puede producir hombres y mujeres mejores.

(iv) Versículo 45. Jesús nos recuerda que las palabras que afloran a nuestros labios son en última instancia el producto de nuestro corazón. Nadie puede hablar de Dios con sentido a menos que tenga en el corazón el Espíritu de Dios. Nada revela el estado de un corazón humano tanto como lo que dice cuando no está midiendo cuidadosamente las palabras; cuando dice lo primero que se le ocurre. Si preguntamos dónde está un sitio, alguien nos dirá que está cerca de tal *iglesia;* otro, que está cerca de tal *cine;* otro, que está cerca de tal *campo de fútbol;* otro, que está cerca de tal *bar.* La respuesta a una pregunta casual muestra a menudo hacia dónde se vuelven naturalmente los pensamientos de una persona, y cuáles son sus intereses. Lo que decimos nos delata.

EL ÚNICO CIMIENTO SEGURO

Lucas 6:46-49

> *—¿Por qué me llamáis «Señor, Señor», y no hacéis lo que os digo? —siguió diciendo Jesús—. Os voy a decir a quién se parece uno que viene a conocerme, y que atiende a mis palabras, y las pone en práctica: se parece a uno que quiere hacerse una casa, y empieza por cavar bien hondo hasta encontrar la roca, y allí es donde pone el cimiento. Cuando se*

produce una riada, y el agua alcanza hasta la casa, no le causa ningún daño, porque estaba bien y firmemente construida. Pero al hombre que escucha mis enseñanzas, pero no las pone por obra, a ése le comparo yo con el que hace su casa sin cimientos; que, cuando la alcanza la riada, se derrumba y se pierde por completo.

Para tener una idea más completa de esta parábola tenemos que leer también la versión de Mateo (7:24-27). En la versión de Lucas parece que la riada no viene a cuento; tal vez es porque Lucas no era natural de Palestina, y no tenía una idea muy clara de la escena; mientras que Mateo, que sí era de Palestina, la conocía muy bien. En verano, muchos valles presentan el lecho arenoso totalmente seco; pero en invierno, después de las lluvias de septiembre, vuelve el torrente con toda su fuerza. Puede ser que alguien que estaba buscando dónde hacerse la casa vio ese espacio libre y se decidió a construir en él, descubriendo para su mal cuando llegó la época de las lluvias que el río también volvía a su cauce, y se llevaba la casa. Un hombre sensato habría buscado la roca, para lo cual habría tenido que realizar más trabajo; pero, cuando llegara el invierno, se vería que no había sido en vano, porque la casa permanecería segura en su sitio. En cualquiera de las dos versiones queda clara la enseñanza de que es importante que nuestra vida tenga una cimentación firme. Y la única que lo es de verdad es la obediencia a las enseñanzas de Jesús.

¿Qué le hizo al segundo hombre escoger tan insensatamente el sitio para su casa?

(i) Quería *ahorrarse trabajo.* No quería molestarse en cavar hasta encontrar la roca. La arena era mucho más atractiva y menos trabajosa. Puede que sea más fácil seguir nuestro camino que el de Jesús, pero al final acabaremos en la ruina. El camino de Jesús es el de la seguridad aquí y en el más allá.

(ii) No tenía *previsión.* No se le ocurrió pensar cómo estaría aquel lugar seis meses después. En todas las decisiones de la vida hay un corto plazo y un largo plazo. Feliz el que no se juega el bien futuro por el placer presente. Feliz el que ve las cosas, no a la luz del momento, sino a la luz de la eternidad.

Cuando aprendemos que lo que cuesta más suele ser lo que más vale la pena, y que la previsión es mejor que la improvisación, descubrimos que lo mejor es construir la vida sobre el cimiento firme de las enseñanzas de Jesús, porque no habrá adversidad que la haga vacilar.

LA FE DE UN SOLDADO

Lucas 7:1-10

Cuando Jesúa acabó de decirle al pueblo todo lo que quería enseñarle, se fue a Cafarnaún. Había allí un centurión romano que tenía un esclavo al que quería mucho, que estaba gravemente enfermo y a punto de morir. Cuando oyó hablar de Jesús, le envió un grupo de judíos respetables para pedirle a Jesús que fuera a su casa y le salvara la vida a su esclavo. Ellos se dirigieron a Jesús sin pérdida de tiempo para transmitirle el ruego del centurión, y añadieron:

—Se merece que le hagas este favor, porque nos tiene afecto a los judíos y nos ha construido una sinagoga.

Jesús se puso en camino con ellos, y no estaba ya lejos de la casa cuando el centurión le mandó a unos amigos suyos con otro recado:

—Señor, no te molestes en venir, porque no me merezco que entres en mi casa; y si no me he puesto en contacto contigo personalmente ha sido porque no me considero digno. Lo único que te ruego es que des la orden para que mi esclavo se ponga bien. Yo también sé lo que es la disciplina militar, y tengo soldados a mis órdenes. Si le digo a uno que vaya, va; y a otro que venga, y viene; y a un esclavo que haga algo, y lo hace.

Jesús se llenó de admiración cuando oyó aquello, y se volvió a la gente que le seguía para decirles:

—¡Os aseguro que no he encontrado a nadie que tuviera tanta fe en el pueblo de Israel!

Cuando los mensajeros llegaron a la casa se encontraron con que el esclavo ya estaba completamente restablecido.

El personaje central de este historia es un centurión romano. No era un hombre cualquiera.

(i) El mero hecho de que *fuera un centurión* indica que no era un cualquiera. El centurión equivalía entonces al coronel de ahora; los centuriones eran la columna vertebral del ejército romano. Todos los centuriones que aparecen en el Nuevo Testamento eran personas respetables (cp. *Lucas 23:47; Hechos 10:22; 22:26; 23:17, 23, 24; 24:23; 27:43)*. El historiador Polibio nos describe las cualidades de un centurión: «Debe ser, más que un militar temerario, uno que es capaz de mandar a la tropa, firme en la acción y de confianza; no demasiado dispuesto a entrar en combate, pero cuando es necesario debe estarlo a defender su posición y a morir en su puesto.» El centurión tenía que ser un hombre especial, o no habría podido conservar su puesto.

(ii) *Tenía una actitud muy poco corriente con su esclavo.* Amaba a su esclavo, y habría hecho lo que fuera necesario para salvarle la vida. La ley romana definía al esclavo como una herramienta viva; no tenía derechos; su amo le podía maltratar y matar si quería. Un escritor romano recomienda a los terratenientes que pasen revista a sus aperos todos los años, y que tiren los que ya están viejos o inservibles, y que hagan lo mismo con los esclavos. Era corriente abandonar a los esclavos para que se murieran cuando ya no rendían en el trabajo. Pero la actitud de este centurión era fuera de lo corriente.

(iii) *Era un hombre profundamente religioso.* Tiene que haber tenido más que un interés superficial para construir una sinagoga. Es verdad que los romanos consideraban que la religión era buena para mantener a la gente en orden; la consideraban como el opio del pueblo. Augusto recomendaba que se construyeran sinagogas por esa razón. El historiador Gibbon dice en una frase famosa: «Todas las formas de religión que existían en el Imperio Romano, la gente las consideraba como igualmente verdaderas; los filósofos, como igualmente falsas, *y los magistrados como igualmente útiles.»* Pero este centurión no era un administrador cínico, sino un hombre sinceramente religioso.

(iv) *Tenía una actitud muy poco corriente hacia los judíos.* Si los judíos despreciaban a los gentiles, los gentiles odiaban a los judíos. El antisemitismo no es nada nuevo. Los romanos decían que los judíos eran una raza asquerosa, y consideraban su religión como

una superstición bárbara; hablaban del odio que tenían los judíos a toda la raza humana; acusaban a los judíos de adorar a una cabeza de burro y de sacrificarle todos los años a un gentil. Es verdad que muchos gentiles, cansados de los muchos dioses y de la baja moralidad del paganismo, habían aceptado la doctrina judía de un solo Dios y la ética judía austera; pero el trasfondo de este relato implica un sincero lazo de amistad entre el centurión y los judíos.

(v) *Era un hombre humilde.* Sabía muy bien que a un judío estricto le prohibía su ley entrar en la casa de un gentil *(Hechos 10:28),* de la misma manera que le estaba prohibido dejar entrar a un gentil en su casa o tener ningún trato con él. Por eso no fue directamente a Jesús, sino que les pidió ese favor a sus amigos judíos. Este hombre tan acostumbrado a mandar era sorprendentemente humilde en presencia de la verdadera grandeza.

(vi) *Era un hombre de fe.* Y su fe estaba basada en los argumentos más sanos. Razonaba del aquí y ahora al allí y entonces, de su propia experiencia a Dios. Si su autoridad producía resultados, ¡cuánto más los produciría la de Jesús! Tenía la perfecta confianza del que mira hacia arriba y dice: «Señor, *yo sé* que puedes hacerlo.» Si tuviéramos una fe así, nos sucederían milagros y la vida sería nueva.

LA COMPASIÓN DE JESÚS

Lucas 7:11-17

Poco después, Jesús fue a un pueblo que se llamaba Naín, en compañía de muchos de sus discípulos y de una gran cantidad de seguidores.

Cuando ya estaba carca de la entrada del pueblo —¡fijaos!— se encontró con una comitiva de entierro; el que había muerto era el hijo único de una mujer viuda, a la que acompañaban muchos del pueblo.

Al Señor le dio mucha pena verla así, y le dijo:

—No llores más.

Y entonces se puso delante de la comitiva, y puso la mano en el féretro, de forma que los que lo llevaban se detuvieron. Y dijo:

—¡Joven, te estoy hablando a ti, levántate!

Al instante, el que había estado muerto se incorporó y empezó a hablar, y Jesús se lo devolvió a su madre. Todos los presentes estaban llenos de santo temor, y se pusieron a dar gracias a Dios y a decir:

—¡Ha aparecido entre nosotros un gran profeta como los antiguos! ¡Dios ha intervenido en ayuda de su pueblo!

La noticia de lo que había sucedido se fue extendiendo por toda Judea y por las tierras de alrededor.

En este pasaje, como en el inmediatamente anterior, el que hace el relato es el médico Lucas. En el versículo 10 nos había aparecido un término médico que tradujimos como *completamente restablecido,* que indica una total curación *de la cabeza a los pies.* En el versículo 15, la palabra para *sentarse* corresponde al término médico que se usa para *estar sentado en la cama.* Naín estaba a un día de camino de Cafarnaún, entre Endor y Sunén, donde Eliseo había resucitado al hijo de otra madre *(2 Reyes 4:18-37)*. Hasta el día de hoy, a diez minutos andando desde Endor hay un cementerio de tumbas hechas en la roca.

En muchos sentidos ésta es la historia más bonita de los evangelios.

(i) Nos habla *del dolor y de la angustia de la vida humana.* La procesión fúnebre iría precedida por una banda de plañideros profesionales, con flautas y címbalos, lanzando sus gritos y lamentos en un verdadero frenesí; pero todo el dolor inmemorial del mundo se encierra en la austera frase «hijo único de una mujer viuda.» «Nunca se pasa del crepúsculo matutino al vespertino sin que se quiebre de dolor algún corazón.» Como dice Shelley en su lamento por Keats,

Mientras los cielos estén azules y los campos verdes,
la tarde introduzca a la noche, y la noche espere al mañana,
un mes seguirá a otro con dolor
y un año a otro año con duelo.

El poeta latino Virgilio dedica una frase inmortal a «las lágrimas de las cosas» —*sunt lacrimae rerum.* Vivimos en un mundo de corazones rotos.

(ii) A lo patético de la vida Lucas superpone *la compasión de Cristo.* A Jesús se le conmovió el corazón. No hay una palabra más fuerte en griego para la compasión que la que una y otra vez se aplica en los evangelios a Jesús *(Mateo 14:14; 15:32; 20:34; Marcos 1:41; 8:2)*.

Para el mundo antiguo esto tiene que haber sido sumamente sorprendente. La filosofía más noble de la antigüedad era el estoicismo, y los estoicos creían que la característica principal de Dios era *la apatía, la incapacidad para sentir.* Y lo razonaban diciendo que, si alguien puede hacer que otro esté triste o apesadumbrado, alegre o gozoso, eso quiere decir que, al menos por un momento, puede influir en el otro, es mayor que él. Ahora bien, nadie puede ser mayor que Dios; por tanto, nadie puede producirle a Dios un sentimiento; por tanto, Dios es incapaz de sentimiento.

Pero aquí se le presentaba al hombre antiguo la sorprendente idea de Uno que era el Hijo de Dios, cuyo corazón se conmovía de piedad. La frase del profeta de que «en toda angustia de ellos Él fue angustiado» se cumple en el Hijo de Dios hecho «Varón de dolores, experimentado en quebranto» *(Isaías 63:9; 53:3)*. Para muchos de nosotros esa es la revelación más preciosa del Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo.

(iii) A la compasión de Jesús añade Lucas *el poder de Jesús.* Jesús fue y tocó el féretro. No sería un ataúd, porque no se usaban entonces, sino una especie de espuerta suficientemente grande para llevar el cadáver a la tumba. Fue un momento dramático; como dice un gran comentarista, «Jesús reclamó para sí al que la muerte había asido como su presa.» Jesús no es sólo el Señor de la vida; es también el Señor de la muerte, porque la ha vencido y ha triunfado del sepulcro, y ha prometido que, porque Él vive, los suyos vivirán también *(Juan 14:19).*

LA PRUEBA FINAL

Lucas 7:18-30

Los discípulos de Juan el Bautista le llevaban noticias a Jesús de todo lo que iba sucediendo. Una vez, Juan llamó a dos de sus discípulos y se los envió a Jesús para que le

preguntaran: «¿Eres tú el Mesías que había de venir, o tenemos que seguir esperando a otro?» Y cuando ellos llegaron adonde estaba Jesús, le dijeron:

—Juan el Bautista nos ha mandado para que te preguntemos: «¿Eres tú el Mesías que había de venir, o tenemos que seguir esperando a otro?»

En aquel momento Jesús curó a muchos que padecían enfermedades o dolencias o bajo la influencia de malos espíritus, y les devolvió la vista a muchos que estaban ciegos.

—¡Id a contarle a Juan todo lo que habéis oído y visto! Decidle que los ciegos, ven; los cojos, andan; los leprosos vuelven a estar limpios; los sordos, oyen; los muertos, resucitan, y los pobres escuchan la Buena Noticia. ¡Bendito sea el que no se escandaliza de mí!

Cuando los mensajeros se fueron, Jesús se puso a hablar de Juan a los muchos que estaban escuchándole:

—¿Qué salisteis a ver al desierto? ¿Era lo que se ve en el desierto todos los días, las hierbas altas que se doblan con el viento? Si no era eso, ¿qué es lo que fuisteis a ver? ¿A uno que iba vestido de ropas delicadas y distinguidas? ¡Los que visten así, y viven en lujos, están en los palacios reales! Pues entonces, ¿qué fue lo que salisteis a ver? ¿Era un profeta? ¡Sí, os lo digo yo, y más que un profeta! Él era el que estaba anunciado en las Escrituras: «¡Atención! Te mando mi mensajero por delante para que te vaya preparando el camino por donde has de pasar.» Os aseguro que no ha surgido nadie entre los mortales en la Historia de la Humanidad que haya sido una figura más importante que Juan el Bautista; pero también os digo que el más pequeñito en el Reino de Dios es más que él. Y toda la gente, y hasta los publicanos que le oyeron, le dieron la razón a Dios y se bautizaron con el bautismo de Juan; pero los fariseos y los escribas, al no aceptar el bautismo de Juan, rechazaron lo que Dios tenía para ellos.

Juan le envió mensajeros a Jesús para preguntarle si era Él el Mesías o si tenían que seguir esperando a otro.

(i) Este episodio ha preocupado a muchos, que se han sorprendido de que pareciera que Juan dudaba de Jesús. Se han

propuesto varias soluciones.

(*a*) Se ha sugerido que Juan dio ese paso, no para sí mismo, *sino por causa de sus discípulos.* Él estaba suficientemente seguro; pero tal vez ellos no lo estaban tanto, y necesitaban una prueba irrefutable.

(*b*) Se ha sugerido que lo que quería Juan era animar a Jesús, porque creía que era el momento de que entrara en acción de una manera definitiva.

(*c*) La explicación más sencilla es la mejor. Figuraos cómo se encontraba Juan: era un hombre del desierto y de los espacios abiertos, y estaba encerrado en una mazmorra del castillo de Maqueronte. Una vez, uno de los Macdonald, los jefes del Norte de Escocia, estaba preso en una celda del castillo de Carlisle en la que no había más que una ventana pequeña. Hasta ahora se pueden ver en la roca arenisca las marcas de las manos y los pies que dejó el prisionero al encaramarse y colgarse del alféizar de la ventana día tras día para mirar, con una nostalgia infinita, las colinas y los valles que no habría de recorrer nunca más. Encerrado en una celda entre estrechas paredes, Juan se hacía muchas preguntas porque el cruel cautiverio le ahogaba el corazón.

(ii) Fijémonos en la prueba que Jesús le ofreció. Le indicó hechos. Los enfermos, los dolientes y los pobres humildes estaban experimentando el poder de Dios y escuchando la Buena Noticia. Esa no era la respuesta que muchos judíos habrían esperado. Si Jesús era el Mesías, el Rey ungido de Dios, habrían esperado: «Mis ejércitos están en marcha. Cesarea, el cuartel general de los romanos, está a punto de caer. Se están borrando del mapa los pecadores. El juicio ha comenzado.» Pero lo que le dijo Jesús fue: «La misericordia de Dios está aquí.» Esa era la respuesta a Juan, que tal vez otros no habrían sabido comprender. Era más clara que un «sí» rotundo. Está claro que Juan conocía las Escrituras, y esperaba y anunciaba a un Mesías que cumpliría las profecías del «Siervo de Jehová», y que sería «El Cordero de Dios que carga con el pecado del mundo.» Y Jesús le dice que se están cumpliendo las señales por las que los profetas habían anunciado que se reconocería al Mesías. Donde se mitiga el dolor y la tristeza se cambia en gozo, donde se destierran el sufrimiento y la muerte, allí

está manifestándose el Reino de Dios. La respuesta de Jesús fue: «¡Volved a Juan a decirle que el amor de Dios está aquí!»

(iii) Cuando ya se habían ido los mensajeros de Juan, Jesús le dedicó el mayor elogio imaginable. Las multitudes habían salido al desierto para ver y oír a Juan, que no era precisamente una caña que se meciera al viento. Eso podía querer decir una de dos cosas.

(*a*) Nada era más corriente a orillas del Jordán que un junco que se doblara por la fuerza del viento. Era una frase proverbial que indicaba las cosas normales. Puede querer decir que la gente no fue al desierto para ver algo vulgar y corriente.

(*b*) Puede querer decir algo vacilante. Juan no era un hombre que se plegara ante las circunstancias o los poderosos de este mundo como un junco, sino inamovible como un árbol recio y fuerte.

Tampoco habían salido al desierto a ver a un tipo delicado y vestido de seda como los cortesanos de los palacios.

Entonces, ¿qué era lo que salieron a ver?

(*a*) El primer lugar, Jesús hace el más grande elogio de Juan. Los judíos esperaban que apareciera un gran profeta del pasado, Elías, para preparar el camino y anunciar la llegada del Rey ungido de Dios *(Malaquías 4:5)*. Juan fue ese heraldo del Altísimo. Jesús le coloca por encima de todas las grandes figuras de la historia de Israel y del mundo, entre los que se encuentran hombres como Abraham y Moisés, que los judíos consideraban insuperables y aun incomparables.

(*b*) En segundo lugar, Jesús reconoce claramente las limitaciones de Juan al decir que el más pequeñito en el Reino de Dios es mayor que él. ¿Por qué? Algunos han dicho que porque Juan dudó en su fe, aunque fuera sólo por un momento. Pero no es por eso, sino porque Juan estaba antes de la línea divisoria de la Historia. Desde que Juan hizo su proclamación, Jesús había venido; la eternidad había invadido el tiempo, y el Cielo la Tierra; Dios había venido en la persona de su Hijo, y la vida ya no podía ser la misma. Ponemos la fecha de todo lo que ha sucedido diciendo *antes de Cristo* (a.C.) o *después de Cristo* (d.C.). Jesús es el que divide la Historia. Por tanto, a todos los que vivimos después de su venida y le recibimos se nos ha concedido una bendición mayor que a los que vivieron antes. La entrada de Jesús en el mundo divide en dos el tiempo y

toda la vida. Si alguno está en Cristo, es una nueva creación *(2 Corintios 5:17).*

Como dijo el mártir cristiano Bilney: «Cuando leí que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, fue como si la oscuridad de la noche se hubiera convertido de pronto en luz del día.»

LA PERVERSIDAD DE LOS HOMBRES

Lucas 7:31-35

> *—Pero los fariseos y los escribas, al no aceptar el bautismo de Juan, rechazaron lo que Dios tenía para ellos —siguió diciendo Jesús—. ¿Con quién se podrían comparar los de estos tiempos? ¿A quién se parecen? Yo diría que son como los chiquillos que se ponen a jugar en la plaza del pueblo, y que se chillan unos a otros: «¡Nos pusimos a tocar la flauta, y no quisisteis bailar; y luego empezamos a jugar a entierros, y tampoco os dio la gana de poneros de duelo!» Vino Juan el Bautista, que llevaba una vida ascética, y dijisteis: «¡Está endemoniado!» Y vengo yo, que disfruto de la vida como otro cualquiera, y decís: «¡Vaya comilón y borrachín que nos ha caído! Y encima, amigo de publicanos renegados y de otra gente de mal vivir con la que no se relacionaría ningún judío decente.» Pero los sabios reconocen a la sabiduría.*

Este pasaje contiene dos grandes advertencias.

(i) Nos expone los peligros del libre albedrío. Los escribas y los fariseos habían conseguido hacer fracasar el plan que Dios tenía para ellos. La maravillosa verdad del Evangelio es que Dios no se impone por fuerza, sino que se ofrece por amor. Ahí es donde podemos vislumbrar el dolor de Dios. Siempre es la gran tragedia del amor el ver a una persona amada que ha escogido el mal camino, y ver lo que hubiera podido ser. Es el mayor dolor de la vida. Como ha dicho alguien: «De todas las palabras tristes que captan el ojo o el oído, las más tristes de todas son “pudiera haber sido”.»

La tragedia de Dios también es el «pudiera haber sido» de la vida. Como dice G. K. Chesterton: «Dios había escrito, no tanto un poema, como una comedia; una comedia que había concebido

perfecta, pero que tuvo que dejar por necesidad a directores y actores humanos, que la han convertido en una tragedia.» Que Dios nos libre de hacer de la vida un naufragio y producirle dolor de corazón al usar nuestra libertad para frustrar sus propósitos.

(ii) Nos expone la perversidad humana. Juan había venido, viviendo con la austeridad de un ermitaño, y los escribas y los fariseos habían dicho que era un loco excéntrico, y que algún demonio le había sorbido el coco. Jesús había venido, viviendo la vida de la gente y participando de sus actividades, y se burlaban de Él diciendo que le gustaban demasiado los placeres terrenales. Todos tenemos una idea de cómo se comportan los niños cuando todo les parece mal y nada les interesa. El corazón humano se puede perder en una perversidad tal que todas las llamadas de Dios le producirán un descontento pueril.

(iii) Pero hay unos pocos que responden; y «los hijos de la sabiduría» le dan la razón a la sabiduría de Dios. Los hombres pueden usar mal su libertad para frustrar los propósitos de Dios; o, en su perversidad, hacerse ciegos y sordos a todas sus llamadas. Si Dios hubiera usado una fuerza coercitiva y encadenado al hombre a una voluntad a la que no pudiera resistirse, el mundo estaría poblado por autómatas, y tal vez todo estaría en perfecto orden; pero Dios escogió el peligroso camino del amor, y el amor acabará triunfando.

EL AMOR DE UNA PECADORA

Lucas 7:36-50

Uno de los fariseos invitó a Jesús a una comida, y Él fue a la casa y se acomodó a la mesa.

Había en aquel pueblo una mujer de mala vida que, cuando se enteró de que Jesús estaba invitado a comer en casa del fariseo, tomó un frasquito de alabastro lleno de esencia y se puso a los pies de Jesús, que estaba reclinado en el sofá. En seguida se puso a llorar de tal manera que le corrían las lágrimas por los pies de Jesús, y ella se los secaba con los cabellos mientras se los cubría de besos y con el perfume que había traído.

Cuando vio aquello el fariseo que había invitado a Jesús, se dijo para sus adentros:

—Este ni es profeta ni es nada, porque ni siquiera se ha dado cuenta de la clase de mujer que le está tocando, que es una de ésas.

—Simón —le dijo Jesús—, te quiero decir una cosa.

—Di todo lo que quieras, Maestro —le contestó Simón.

—Había una vez un acreedor al que dos hombres le debían dinero —empezó a contar Jesús—. El uno le debía quinientas mil pesetas, y el otro, cincuenta mil; y como ninguno de los dos tenía para devolvérselo, les perdonó la deuda a los dos. Dime, Simón: ¿Cuál de los dos crees tú que le amará más?

—Pues, supongo que el que debía más y se le perdonó.

—Eso es lo más razonable —dijo Jesús; y añadió, volviéndose a la mujer—: ¡Fíjate en esta mujer! Cuando entré en tu casa, tú no me ofreciste agua para lavarme los pies; pero esta mujer me ha regado los pies con lágrimas y me los ha secado con sus cabellos. Tú tampoco me diste el beso de bienvenida; pero esta mujer, desde que entré, no ha dejado de besarme los pies. Tú tampoco me diste nada para el pelo; pero esta mujer me ha perfumado los pies con esencia. Por todo lo cual te digo que tienen que haber sido muchos los pecados que se le han perdonado, porque da muestras de un gran amor. Pero está claro que el que cree que no necesita gran cosa de perdón, no ama gran cosa.

Y entonces se dirigió a la mujer y le dijo:

—Tus pecados se te han perdonado.

—¿Quién se ha creído que es éste, que hasta perdona los pecados? —empezaron a decirse los otros invitados unos a otros. Pero Jesús le dijo a la mujer:

—La fe ha sido tu salvación. ¡Vete, y que Dios te bendiga!

Esta escena es tan real, que le hace pensar a uno que Lucas tiene que haber sido un artista.

(i) La escena tiene lugar en el patio de la casa del fariseo Simón. Las casas de la gente acomodada se levantaban alrededor de un patio abierto que parecía una placita. A menudo había en el patio un jardín y una fuente; y allí era donde se comía en los días de calor.

Era costumbre que, cuando se había invitado a un rabino, viniera toda clase de gente, nadie se lo impedía, para escuchar las perlas de sabiduría que salían de sus labios. Así se explica la presencia de la mujer.

Cuando entraba un invitado en una casa así, era corriente que se hicieran tres cosas. (*a*) El anfitrión le ponía la mano en el hombro al huésped y le daba un beso de paz. Esa era una señal de respeto que jamás se omitía en el caso de un rabino distinguido. (*b*) Los caminos eran de tierra, polvorientos, y el calzado no era más que suelas sujetas al pie con correas, y por eso se le echaba agua en los pies al huésped para limpiárselos y refrescárselos. (*c*) O bien se quemaba un poquito de incienso, o se le echaba un poco de esencia de rosas al invitado en la cabeza. Eran cosas que exigían los buenos modales, pero que no se cumplieron en este caso.

En el Oriente, los comensales no se sentaban, sino se reclinaban ante la mesa, en sofás bajos, apoyándose en el brazo izquierdo para dejar libre el derecho para comer. Tenían los pies extendidos hacia fuera, y se quitaban las sandalias durante la comida. Así se comprende cómo llegó la mujer a los pies de Jesús.

(ii) Simón era fariseo, es decir, uno de los *separados.* ¿Por qué invitó a Jesús a comer en su casa? Hay tres posibles razones.

(*a*) Es posible que fuera simpatizante y admirador de Jesús, porque no todos los fariseos eran sus enemigos *(*cp. *Lucas 13:31)*; pero la atmósfera de falta de cortesía lo hace improbable.

(*b*) Es posible que Simón invitara a Jesús con la intención de pillarle alguna palabra o acción para delatarle ante las autoridades. Es posible que Simón fuera un *agent provocateur.* Tampoco esto parece probable, porque Simón le da a Jesús el título de rabí en el versículo 40.

(*c*) Lo más probable es que Simón fuera un coleccionista de celebridades, y que hubiera invitado a comer al discutido joven galileo con un despectivo paternalismo. Esto explicaría la mezcla de cierto respeto con la omisión de los detalles de cortesía.

(iii) La mujer era conocida por su mala vida, y lo más probable es que fuera prostituta. Seguramente había oído a Jesús desde el borde de la multitud, y había creído que Él podía tenderle la mano para sacarla del cieno. Llevaba alrededor del cuello, como todas las

mujeres judías, un frasquito de alabastro que contenía esencia, que era algo bien costoso. Se lo quería derramar a Jesús en los pies, porque era todo lo que podía ofrecerle. Pero, cuando le vio, no pudo contener las lágrimas, que literalmente le regaron los pies. El aparecer en público con el pelo suelto era una señal de desvergüenza en una mujer judía. Las jóvenes se sujetaban el pelo el día de su boda, y ya no volvían a llevarlo suelto nunca más en público. El hecho de que esta mujer se lo soltara fue señal de hasta qué punto se había olvidado de todo el mundo menos de Jesús.

Esta historia revela el contraste entre dos actitudes de mente y de corazón.

(i) Simón no se reconocía necesitado de nada, y por tanto no sentía amor. Se consideraba un hombre bueno y respetable a los ojos de los demás y de Dios.

(ii) La mujer reconocía su suprema necesidad, y por tanto estaba inundada de amor hacia el Que podía suplirla, y por eso recibió el perdón.

Lo único que nos cierra a la salvación de Dios es el sentimiento de nuestra propia suficiencia. Y lo extraño es que, cuanto más buena es una persona, más siente su pecado. Cuando Pablo habla de los pecadores, añade: «de los cuales yo soy el primero» *(1 Timoteo 1:15)*. Francisco de Asís decía: «No hay en todo el mundo un pecador más desgraciado y miserable que yo.» Es verdad que el peor pecado es no tener conciencia de pecado; pero el sentimiento de la necesidad abre la puerta al perdón de Dios, porque Dios es amor, y la mayor gloria del amor es que se sienta su necesidad.

DE CAMINO

Lucas 8:1-3

> *Después de aquello, Jesús fue recorriendo todos los pueblos y aldeas, predicando y proclamando la Buena Noticia del Reino de Dios. Los Doce le acompañaban; y también un grupo de mujeres a las que Jesús había sanado de malos espíritus y de enfermedades. Entre ellas estaban: María, a la que todos llamaban la Magdalena, de la que habían salido siete demonios; Juana, que era la mujer de Cusa, uno de los secretarios de hacienda del rey Herodes; Susana, y otras muchas, que*

contribuían con su dinero a subvenir a las necesidades de Jesús y sus compañeros.

El tiempo que veíamos que se acercaba, ya ha llegado: Jesús está siempre de camino. Ya no le están abiertas las sinagogas, como antes. Jesús había empezado, como si dijéramos, en la iglesia, donde esperaría encontrar una audiencia interesada y receptiva cualquiera que llegara con un mensaje de Dios. En vez de la bienvenida, se había encontrado con la oposición; en vez de personas deseosas de escuchar, se había encontrado con los escribas y los fariseos acechándole para delatarle; así es que ahora salió a los caminos abiertos, a las colinas y a la orilla del lago.

(i) Una vez más nos encontramos con un hecho que ya nos ha salido. Este pasaje nombra a un grupito de mujeres que ayudaban a Jesús con su dinero. Se consideraba una obra piadosa el sostener a un rabino, y el hecho de que los fieles seguidores de Jesús le ayudaran de este modo no era nada insólito. Pero, como ya hemos notado con los discípulos, no podemos por menos de sorprendernos de lo diferentes que eran entre sí estas mujeres. Entre ellas se encontraba María Magdalena, así llamada porque era del pueblo de Magdala, de la que Jesús había echado a siete demonios; está claro que había tenido un pasado tenebroso y terrible. Estaba Juana, que era la mujer de Cusa, el *epítropos* de Herodes. Los reyes tenían muchas fuentes de ingresos y propiedades privadas, y el *epítropos* era el funcionario que se cuidaba de los intereses financieros del rey. En el Imperio Romano, el mismo emperador tenía sus *epitropoi* para salvaguardar sus intereses hasta en las provincias gobernadas por procónsules nombrados por el senado. Eran funcionarios de la mayor confianza e importancia. Es sorprendente encontrarse con María Magdalena, con su pasado tenebroso, en la misma compañía que Juana, la dama de la corte.

Es sencillamente maravilloso que Jesús pueda conseguir que vivan en armonía personas de lo más diferentes, sin que ninguna pierda en lo más mínimo su personalidad o sus cualidades. G. K. Chesterton escribe acerca del pasaje en el que se nos dice que el león se acostará con el cordero: «Pero acordaos de que este texto se interpreta muy a la ligera. Se suele dar por sentado… que, cuando el león se acuesta con el cordero, el león se vuelve como el

cordero. Pero eso sería una anexión y un imperialismo brutales por parte del cordero. Eso sería sencillamente que el cordero absorbe al león en vez de que el león se coma al cordero. El verdadero problema es: ¿Puede el león acostarse con el cordero, y seguir reteniendo su regia ferocidad? *Ese* es el problema que se plantea la Iglesia; *ese* es el milagro que logró.» No hay nada que la iglesia necesite más que el uncir en el mismo yugo los diversos temperamentos y cualidades de personas diferentes. Si estamos fallando es culpa nuestra, porque en Cristo puede hacerse, ¡y se ha hecho!

(ii) En este grupo de mujeres tenemos algunas cuya ayuda era práctica. Como eran mujeres, no se les permitiría predicar; pero aportaban lo que tenían. Había una vez un viejo zapatero que había querido hacerse pastor, pero no se le había presentado la oportunidad. Era amigo de un seminarista; y cuando instalaron a éste en una iglesia, su amigo zapatero le pidió un favor: que le dejara hacerle siempre los zapatos, para que pudiera pensar que el predicador estaba usando sus zapatos en el púlpito al que él nunca podría subir.

No es siempre el que más se ve el que hace lo más importante. Muchas personas importantes en la vida pública no podrían cumplir con su trabajo ni una semana si no fuera por la ayuda que los respalda en casa. No hay don que no se pueda usar en el servicio de Cristo. Muchos de sus servidores más valiosos están en el trasfondo, invisibles pero esenciales a la causa.

EL SEMBRADOR Y LA SEMILLA

Lucas 8:4-15

> *Se iba reuniendo un gentío impresionante, y de un pueblo tras otro no dejaba de venir gente a Jesús. Y Él les contó una parábola:*
>
> *—Un sembrador salió a sembrar su campo. Conforme iba sembrando, una parte de la semilla cayó al borde del sendero, y la pisaron, o se la comieron los pájaros. Otra parte cayó en la poca tierra que cubría la roca, y se secó tan pronto como empezó a crecer, porque no tenía humedad. Otra parte cayó donde había restos de espinos, y los espinos crecieron al*

mismo tiempo que la semilla, y la ahogaron. Pero otra parte cayó en buena tierra, y creció bien, y produjo cien veces más de lo que se había sembrado. ¡El que tenga entendederas, que se entere!

Los discípulos de Jesús le preguntaron qué quería decir aquella parábola; y Él se la explicó de la siguiente manera:

—A vosotros se os ha concedido penetrar en los secretos del Reino de Dios, porque sois discípulos; pero a los demás no se les puede hablar más que con ejemplos; para que, aunque ven, no comprendan, y aunque oyen, no se enteren. Este es el sentido de la parábola: la semilla es la Palabra de Dios. La semilla que cayó en el sendero se refiere a los que oyen, pero en seguida viene el diablo y arrebata de sus corazones la Palabra para impedir que crean y se salven. La semilla que cayó en el terreno rocoso representa a los que reciben la palabra con entusiasmo en cuanto la oyen; pero no tienen raíz; su fe está a merced del momento y, cuando se ven expuestos a dificultades, se retiran. La semilla que cayó donde había habido espinos representa a los que han oído la Palabra, pero luego vuelven a lo de antes, y dejan que las preocupaciones y los negocios y los placeres de la vida les ahoguen la Palabra; la semilla no tiene posibilidad de madurar. Y la semilla que cayó en buena tierra representa a los que reciben la Palabra con una disposición buena e íntegra, no se la dejan arrebatar y perseveran frente a todo hasta dar fruto.

En esta parábola Jesús se vale de un ejemplo que todos sus oyentes reconocerían. Es probable que hasta estuvieran viendo entonces a algún sembrador que estaba sembrando su campo mientras Jesús hablaba.

La parábola nos presenta cuatro clases de terreno.

(i) Las parcelas solían ser más bien alargadas, y estaban separadas por senderos o caminos por los que se podía pasar; cuando la semilla caía en esa parte pisoteada y endurecida no tenía posibilidad de penetrar en el suelo.

(ii) Estaba el suelo rocoso, que no quiere decir aquí un sitio lleno de piedras, sino un terreno que no era más que una capita de tierra

por encima de una lancha de roca caliza. Allí no había humedad ni nutrientes, así es que la planta, si nacía, pronto se secaba y moría.

(iii) El terreno que se llenó de espinos parecía entonces estar bastante limpio. Se puede hacer que un terreno *parezca* limpio simplemente labrándolo; pero quedaban allí las semillas de los espinos y las raíces fibrosas de las malas hierbas. Las buenas y las malas semillas crecieron juntas; pero las malas eran más fuertes y ahogaron a las buenas.

(iv) El buen terreno era profundo, y estaba limpio y bien labrado.

Los versículos 9 y 10 siempre han presentado problemas. Parece como si Jesús dijera que hablaba en parábolas para que la gente no le entendiera; pero no podemos creer que ocultara deliberadamente el sentido de su mensaje a sus oyentes. Se han propuesto algunas explicaciones.

(i) *Mateo 13:13* lo expresa de manera un poco diferente. Dice que Jesús hablaba en parábolas *porque* la gente no podía ver y entender correctamente. Mateo parece decir que las parábolas no eran para impedir que la gente viera y entendiera, sino para ayudarla a entender.

(ii) Mateo cita inmediatamente después el dicho de *Isaías, 6:9-10*, que en efecto dice: «Les he hablado la Palabra de Dios, y el único resultado es que no han entendido ni una palabra.» Según esto, el dicho de Jesús puede indicar, no el objetivo de su enseñanza por parábolas, sino su resultado.

(iii) Lo que Jesús realmente quería decir es que la gente puede llegar a ser tan obtusa y dura de mollera que no pueden entender la Palabra de Dios cuando les llega. No es culpa de Dios; es que se han vuelto tan perezosos mentalmente hablando, tan cegados por los prejuicios, tan indispuestos a ver lo que no quieren ver, que son incapaces de asimilar la Palabra de Dios.

Esta parábola tiene dos interpretaciones.

(i) Se sugiere que quiere decir que la suerte de la Palabra de Dios depende del corazón en el que se siembra.

(*a*) El sendero endurecido representa la mente cerrada que se niega a recibir la Palabra.

(*b*) El terreno superficial representa a los que aceptan la Palabra, pero que no la meditan ni se dan cuenta de lo que implica, y que se

retiran cuando llegan los problemas.

(*c*) El terreno espinoso representa a los que están tan ocupados con otras cosas que desplazan las cosas de Dios de su vida. Debemos recordar siempre que las cosas que le quitan el sitio a lo más alto no tienen que ser malas de necesidad. El peor enemigo de lo mejor es lo que es un poco menos bueno.

(*d*) El buen terreno representa al corazón bueno. El buen entendedor se caracteriza por tres cosas: la primera es que escucha con atención; la segunda, que guarda lo que oye en su mente y corazón, y lo medita hasta encontrar su sentido para su propia vida; la tercera, que lo lleva a la acción, que traduce lo que ha oído en obras.

(ii) Se sugiere que la parábola es en realidad una advertencia contra la desesperación. Consideremos la situación: a Jesús le han expulsado de las sinagogas; los escribas y los fariseos y los líderes religiosos estaban en contra suya, y era inevitable que los discípulos se desanimaran. A ellos dirige Jesús la parábola, y es como si les dijera: «Todos los campesinos saben que una parte de su semilla se perderá; no toda crecerá y dará fruto. Pero eso no los desanima hasta hacer que dejen de sembrar, porque saben que, a pesar de todo, la cosecha es segura. Sé que tenemos nuestros reveses y desánimos; sé que tenemos enemigos y adversarios; pero, no desesperéis: al final, la cosecha es segura.»

Esta parábola puede ser una advertencia acerca de cómo debemos oír y recibir la Palabra de Dios, y un estímulo para desterrar todo desánimo, en la seguridad de que las dificultades no podrán destruir la cosecha de Dios.

LEYES DE VIDA

Lucas 8:16-18

> *Jesús dijo también:*
>
> *—No se enciende una vela para esconderla debajo de un cacharro o meterla debajo de la cama, sino para ponerla en el candelero para que vean todos los que entran en la casa. No hay nada oculto que no acabe por descubrirse, ni escondido que no acabe sabiéndose y saliendo a la luz. Tened cuidado de cómo oís; porque al que tiene y retiene se le dará más; pero al que no tiene, se le quitará hasta lo que se cree que tiene.*

Aquí tenemos tres dichos, cada uno con su propia advertencia para la vida.

(i) El versículo 16 hace hincapié en el carácter visible de la vida cristiana. El Evangelio es por naturaleza algo que se ha de ver. Es fácil encontrar razones prudentes para no hacer ostentación de nuestra fe ante los demás. Casi todo el mundo tiene un miedo instintivo a ser diferente; y el mundo siempre acaba persiguiendo a los que no se someten a sus principios.

Cierto escritor nos cuenta lo que le pasaba con las gallinas: en un gallinero, cuando todas las gallinas eran iguales menos una, a ésa le hacían la vida imposible y la picoteaban hasta acabar con ella. Hasta en el reino animal es un crimen ser diferente de los demás.

Pero, aunque nos resulte difícil, se nos impone la obligación de no avergonzarnos de confesar cúyos somos y a quién servimos; y, si lo miramos como es debido, lo consideraremos no un deber sino un privilegio.

Poco antes de la coronación de la Reina Isabel II de Inglaterra, casi todas las casas y las tiendas estaban adornadas con banderitas. Yo iba entonces por un camino vecinal, y me encontré con un campamento gitano. No tenía nada más que una tienda de campaña; pero al lado tenía una bandera inglesa casi tan grande como la misma tienda. Era como si el gitano quisiera decir: «Yo no tengo muchas cosas en este mundo, pero voy a ponerle la bandera a lo que tengo.» El cristiano, aunque sea de posición humilde, nunca debe avergonzarse de su bandera.

(ii) El versículo 17 hace hincapié en la imposibilidad de mantener secretos. Hay tres clases de personas a las que tratamos de ocultarles algo.

(*a*) Algunas veces tratamos de ocultarnos cosas a nosotros mismos: cerramos los ojos a las consecuencias de ciertas acciones y hábitos, aunque las conocemos de sobra. Es como cerrar los ojos a los síntomas de una enfermedad que sabemos que tenemos. Es una estupidez increíble.

(*b*) Algunas veces tratamos de ocultarles las cosas a los demás; pero se las agencian para salir a la luz. Una persona con un secreto no puede ser feliz. La persona feliz es la que no tiene nada que ocultar. Se dice que cierto arquitecto se ofreció a hacerle una casa a Platón en la que todas las habitaciones estarían ocultas a la mirada de la gente. «Te daré el doble del dinero —le dijo Platón— si me haces una casa cuyas habitaciones se puedan ver desde todas partes.» ¡Feliz el que vive así!

(*c*) Algunas veces tratamos de ocultarle las cosas a Dios. No hay pretensión más imposible. Haremos bien en tener siempre presente el texto que dice: «Tú eres un Dios que ve» *(Génesis 16:13).*

(iii) El versículo 18 expone la ley universal de que el que tiene recibirá más, y el que no tiene, perderá lo que tiene. Si uno está físicamente bien, y se mantiene bien, tendrá el cuerpo dispuesto para nuevos esfuerzos; si se descuida, perderá la capacidad que tenía. Cuanto más estudiamos, más podemos aprender; pero, si nos negamos a estudiar, perderemos lo que sabíamos. Esto es tanto como decir que no nos podemos plantar en la vida. Cuando no vamos para adelante, vamos para atrás. El que busca, siempre encontrará más; pero el que deja de buscar, acabará por perder hasta lo que tiene.

EL VERDADERO PARENTESCO

Lucas 8:19-21

> *La madre y los hermanos de Jesús llegaron adonde él estaba, pero no podían acercársele por toda la gente que había. Entonces le pasaron recado a Jesús:*
>
> *—Tu madre y tus hermanos están ahí fuera, y te quieren ver.»*

—Mi madre y mis hermanos —contestó Jesús— son los que escuchan la Palabra de Dios y la ponen por obra.

No es difícil ver que, por lo menos durante la vida de Jesús, su familia no estaba de acuerdo con Él. *Marcos 3:21* nos dice que llegaron sus parientes, e intentaron detenerle, porque creían que estaba loco. En *Mateo 10:36*, Jesús les advierte a sus seguidores que los enemigos de uno pueden muy bien ser los de su propia familia, cosa que parecía estar diciendo por propia y amarga experiencia.

Hay en este pasaje una gran verdad práctica. Es posible que uno se encuentre más próximo a los que no son sus parientes que a su propia familia. Lo que relaciona más profundamente a las personas puede no ser la consanguinidad, sino la mente y el corazón; el tener propósitos, principios e intereses comunes, y un objetivo común en la vida constituyen el verdadero parentesco.

Recordemos la definición del Reino de Dios que hemos deducido: es una sociedad en la Tierra en la que la voluntad de Dios se realiza tan perfectamente como en el Cielo. Lo más sublime de Jesús es que Él es el único ser humano que ha conseguido tener su voluntad en perfecta armonía con la de Dios. Por tanto, todos los que tienen como suprema finalidad en la vida el hacer coincidir su voluntad con la voluntad de Dios son los verdaderos parientes de Jesús. A veces se dice que «todos somos hijos de Dios», lo cual es cierto en un sentido real y precioso, porque Dios ama al santo y al pecador; pero la más profunda cualidad de hijos está condicionada éticamente: es cuando una persona pone su voluntad en armonía con la de Dios con la ayuda del Espíritu Santo cuando llega a ser verdaderamente un hijo o una hija de Dios.

Los estoicos enseñaban que esa es la única manera de ser felices en esta vida. Tenían la convicción de que todo lo que sucede —alegría o tristeza, triunfo o desastre, pérdida o ganancia, sol o sombra— es la voluntad de Dios. Cuando uno se niega a aceptarla es como si se diera de cabezazos contra los muros del universo, y no cosecha más que problemas y dolor de corazón.

Cuando uno se dirige a Dios en su corazón y dice: «Haz conmigo lo que quieras», ha encontrado el camino de la felicidad.

De aquí se deducen dos cosas.

(i) Hay una lealtad que sobrepasa todas las lealtades terrenales; hay algo que tiene prioridad sobre las cosas más queridas de la Tierra. En este sentido, Jesucristo es un señor exigente, porque no está dispuesto a compartir el corazón humano con nada ni con nadie. El amor es por fuerza exclusivo: no podemos amar nada más que a una persona a la vez, ni servir más que a un señor a la vez.

(ii) Eso es duro; pero tiene esta maravillosa consecuencia: cuando nos entregamos totalmente a Cristo, entramos a formar parte de una familia cuyas fronteras abarcan toda la Tierra, lo cual es algo que compensa con creces todas las pérdidas que se hayan de sufrir. Como dice el himno de John Oxenham que tradujo doña Juanita R. de Balloch:

1 Ni Oriente ni Occidente hay — en Cristo, y su bondad abarca con su amor y paz — la entera humanidad.

2 En Dios, los fieles al Señor — su comunión tendrán, y con los lazos del amor — el mundo rodearán.

3 ¡De razas no haya distinción, — obreros de la fe! El que cual hijo sirve a Dios, — hermano nuestro es.

4 Oriente y Occidente en Él — se encuentran, y su amor las almas une por la fe — en santa comunión.

El que busca, por medio de Jesucristo, la voluntad de Dios, ha entrado en una familia que incluye a todos «los santos de la Tierra y los del Cielo.»

CALMA EN MEDIO DE LA TEMPESTAD

Lucas 8:22-25

Un día Jesús se embarcó con sus discípulos en una barca, y les dijo:

—Vamos a la otra parte del lago.

Así es que se pusieron a remar. Y mientras iban bogando, Jesús se quedó dormido. Al poco tiempo se desencadenó en el lago una tempestad de viento tan fuerte que corrían peligro de irse a pique. Entonces se volvieron a Jesús y se pusieron a decirle:

—¡Maestro, Maestro, que nos hundimos!

Jesús se despertó, y reprendió al viento y a las olas encrespadas, que se calmaron en seguida, produciéndose una maravillosa bonanza.

—¿Qué ha sido de vuestra fe? —dijo Jesús a sus atemorizados discípulos. Pero ellos no salían de su asombro, y se decían:

—¿Qué clase de hombre es éste, que le da órdenes hasta al viento y a la mar, y le obedecen?

Lucas nos cuenta esta escena con una extraordinaria economía de palabras, pero con gran efectividad. No cabe duda de que Jesús decidió cruzar el lago porque tenía mucha necesidad de descanso y de tranquilidad. Mientras navegaban, se quedó dormido.

Es encantador pensar en el Jesús durmiente. Estaba cansado, como a veces lo estamos todos nosotros. También Él podía llegar al punto de agotamiento en que es imperiosa la necesidad de dormir. Confiaba en sus hombres; eran pescadores del lago, y Jesús dejó de buena gana todo lo relativo a la travesía a la experiencia y habilidad de sus discípulos, y se echó a dormir. Confiaba en Dios; sabía que estaba en sus manos en el lago lo mismo que en tierra firme.

Entonces se desencadenó la tempestad. El Mar de Galilea es famoso por sus turbiones repentinos. Un viajero nos cuenta: «Apenas se había puesto el sol cuando el viento empezó a abalanzarse contra al lago, y siguió toda la noche con creciente violencia de tal manera que, cuando llegamos a la otra orilla la mañana siguiente, el lago parecía un inmenso caldero hirviendo.» La razón es la siguiente: el Mar de Galilea está a más de 200 metros por debajo del nivel del mar, y está rodeado de mesetas cercadas de grandes montañas. Los torrentes han ahondado sus lechos por la llanura hasta el mar, y estos torrentes actúan como embudos que canalizan los vientos fríos de las montañas. Y así surgen las tempestades. El mismo viajero nos cuenta cómo intentaron montar las tiendas en un vendaval semejante: «Teníamos que poner dos clavos a todas las cuerdas de la tienda, y a menudo teníamos que colgarnos con todo nuestro peso para que toda la tienda no saliera volando por la fuerza del viento.»

Fue una de esas tormentas repentinas la que atacó a la barquilla aquel día, y las vidas de Jesús y sus discípulos estuvieron en peligro. Los discípulos le despertaron, y Él calmó la tempestad con una palabra. Todo lo que hacía Jesús tenía un sentido más que temporal. Y el verdadero significado de este incidente es que *donde está Jesús, la tempestad se convierte en calma.*

(i) Cuando viene Jesús, calma *las tormentas de la tentación.* A veces nos asaltan las tentaciones con una fuerza casi arrolladora. Stevenson dijo una vez: «¿Conocéis la estación Caledonia de Edimburgo? Una inhóspita y fría mañana yo me encontré allí con Satanás.» A todos nos sorprenden encuentros semejantes. Si nos enfrentamos con la tempestad de la tentación a solas, pereceremos; pero Cristo trae la calma, y las tentaciones pierden la fuerza.

(ii) Jesús calma *las tormentas de las pasiones.* La vida le es más difícil al que tiene un corazón caliente y un temperamento fogoso. Un amigo se encontró con un hombre de ésos, y le dijo:

—Veo que has conquistado tu temperamento.

—No; no he sido yo el que lo ha conquistado: Jesús lo ha conquistado por mí.

Es una batalla perdida a menos que Jesús nos dé la calma de la victoria.

(iii) Jesús *calma la tempestad de la aflicción.* A todas las vidas llega a veces la tempestad del dolor, porque el dolor es siempre el precio del amor, y el que ama tiene que sufrir. Cuando murió la esposa de Pusey, él dijo: «Era como si hubiera una mano debajo de mi barbilla sosteniéndome la cabeza.» Ese día, en la presencia de Jesús, se nos enjugan las lágrimas y se nos suavizan las heridas del corazón.

LA DERROTA DE LOS DEMONIOS

Lucas 8:26-39

> *Luego arribaron al distrito de los gadarenos, que está en la ribera opuesta a Galilea. Y tan pronto como Jesús puso pie en tierra, le salió al encuentro un hombre del pueblo, que estaba dominado por el demonio desde hacía mucho tiempo; no iba vestido, ni vivía en una casa, sino entre las tumbas. Cuando vio a Jesús, dio un chillido tremendo y se arrojó a sus pies gritando:*

—¿Qué tienes tú que ver conmigo, Jesús, Hijo del Dios Altísimo? ¡Por favor, no me atormentes!

Eso lo decía porque Jesús le había ordenado al demonio que saliera del hombre al que había tenido dominado tanto tiempo; aunque sujetaran al hombre con cadenas y con cepos, el demonio hacía que los rompiera, y le impulsaba a huir al desierto.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó Jesús.

—«Legión» —le contestó, porque estaba invadido por una multitud de demonios; y éstos se pusieron a suplicarle a Jesús que no los mandara al abismo.

Había por allí una gran piara de cerdos paciendo en el monte, y los demonios le pidieron a Jesús que los dejara entrar en los cerdos; y Él se lo permitió. Entonces los demonios salieron del hombre y entraron en los cerdos, que se precipitaron al lago por un despeñadero y se ahogaron.

Cuando vieron lo que sucedía los que estaban apacentando los cerdos, salieron huyendo e iban dando la noticia por pueblos y campos; y empezó a salir gente de todas partes a ver lo que había sucedido; y llegaron adonde estaba Jesús, y se encontraron con que el hombre que había estado endemoniado estaba sentado a los pies de Jesús, vestido y en sus cabales; y aquello les dio mucho miedo. Los que lo habían presenciado todo les contaron a los demás cómo había salvado Jesús al endemoniado; y toda la gente de aquellos alrededores cogió un miedo terrible, y le pidieron a Jesús que se marchara de su distrito.

Así es que Jesús se subió a la barca para marcharse; y el hombre que había quedado libre de los demonios le pedía a Jesús que le dejara irse con Él, pero Jesús se despidió de él y le dijo:

—Vuélvete a tu casa, y cuéntales a todos la maravilla que Dios ha hecho contigo.

Y eso fue lo que hizo el hombre: iba por todo el pueblo diciéndole a todo el mundo lo que Jesús había hecho por él.

Jamás empezaremos a entender este relato a menos que nos demos cuenta de que, pensemos nosotros lo que pensemos, los

demonios eran algo muy real para aquella gente de Gadara, y para el mismo hombre. Ahora se diría que era un caso de demencia violenta. Era un peligro para la gente, así es que vivía entre las tumbas, que se creía que eran la morada de los demonios.

Fijémonos en el valor de Jesús al tratar con aquel hombre, que tenía una fuerza más que brutal para romper cadenas y rejas. Sus vecinos le tenían tanto miedo que no se atrevían a hacer nada por él. Pero Jesús le recibió con tranquilidad y calma.

Cuando Jesús le preguntó cómo se llamaba, el hombre contestó que «Legión». La legión romana era un regimiento de 6.000 soldados. Aquel hombre habría visto marchar a una legión romana, y su pobre mente afligida sentía que no era un demonio, sino toda una legión de ellos lo que tenía dentro de sí. Es posible que su mal hubiera empezado al ver en su infancia a una legión romana cometer atrocidades.

La cuestión de los cerdos ha constituido una gran dificultad para muchos, que no comprenden cómo Jesús pudo hacerles aquello a unos cerdos inocentes. Se ha considerado que aquello había sido una acción inmoral y cruel, ¡como si los cerdos se criaran para que disfrutaran de una vida larga y tranquila!

Podemos suponer que lo que sucedió fue que los cerdos estaban pastando por allí cerca; Jesús estaba aplicando su poder para curar un caso realmente difícil. De pronto, los chillidos y gritos salvajes del hombre causaron la estampida de los cerdos, que se precipitaron al lago, ciegos de terror. «¡Mira dónde han ido tus demonios!», diría Jesús al hombre. Fuera como fuera, ¿podemos comparar el valor de una manada de cerdos con el del alma inmortal de un hombre? ¿Nos vamos a quejar de que costara la vida de aquellos cerdos el salvar aquella alma? ¿No es una estupidez perversa el quejarnos de que murieran los cerdos para sanar a un hombre? Tenemos que mantener un sentido de la proporción. Si la única manera de convencer a ese hombre de la realidad de su cura era el que perecieran aquellos cerdos, parece señal de una necia ceguera el objetar nada.

Tenemos que considerar las reacciones de dos clases de personas.

(i) Tenemos a *los gadarenos.* Le pidieron a Jesús que se fuera.

(*a*) Les fastidiaba que les alteraran la rutina de la vida. Todo seguía su marcha en paz hasta que llegó ese revolucionario de Jesús, y le rechazaron. Hay más personas que rechazan a Jesús porque les altera la vida que por ninguna otra razón. Si le dice a uno: «Tienes que abandonar ese hábito, tienes que cambiar tu vida»; si le dice a un empresario: «No puedes ser cristiano y hacer que tus obreros trabajen en esas condiciones»; si le dice al dueño de una casa: «No puedes cobrar dinero por el alquiler de esa pocilga» —es probable que todos le digan: «¡Vete a la porra, y déjame en paz!»

(*b*) Apreciaban a sus cerdos más que al alma de un hombre. El dar más valor a las cosas que a las personas es uno de los mayores peligros de la vida. Eso es lo que crea los suburbios y las explotaciones injustas. Y, entre nosotros: eso es lo que nos hace exigir agoístamente nuestra comodidad a costa del sacrificio y de la esclavitud de otros. No hay absolutamente nada en el mundo tan importante como una persona humana.

(*c*) Tenemos *al hombre que fue curado.* Era natural que quisiera irse con Jesús, pero Jesús le mandó a su casa. El testimonio cristiano, lo mismo que la caridad, empieza en casa. Nos sería mucho más fácil hablar de Jesús entre los que no nos conocen; pero es nuestro deber, allí donde Cristo nos pone, testificar de Él. Y si resulta que somos los únicos cristianos en la tienda, en la oficina, en la escuela, en la fábrica o en el círculo en el que trabajamos o vivimos, no tenemos por qué quejarnos. Es un desafío en el que Dios nos dice: «Ve a decirles a los que te encuentras todos los días lo que Yo he hecho por ti.»

LA CURACIÓN DE UNA HIJA ÚNICA

Lucas 8:40-42 y 49-56

> *Cuando volvió Jesús adonde había estado antes, toda la gente le recibió con mucha alegría, porque le habían estado esperando. Entonces llegó un tal Jairo, que era presidente de la sinagoga, y se echó a los pies de Jesús para pedirle que fuera a su casa a curar a su hija única, de unos doce años, que se le estaba muriendo. Cuando se pusieron en camino, todo el gentío iba apretujando a Jesús.*

Todavía estaba hablando Jesús, cuando llegó uno de casa del presidente, y le dijo:

—No molestes más al Maestro, porque ya es demasiado tarde: tu hija ha muerto.

—¡No tengas miedo! —intervino Jesús cuando lo oyó—. Tú ten confianza, que tu hija se pondrá buena.

Al llegar a la casa, Jesús no dejó que entraran con Él nada más que Pedro, Santiago y Juan, con el padre y la madre de la niña. Todos estaban llorando y haciendo duelo por la niña; pero Jesús les dijo:

—No os pongáis así, que no está muerta, sino sólo dormida.

Todos se pusieron a reírse de Él, porque sabían muy bien que estaba muerta. Pero Jesús le cogió la mano a la niña, y le dijo en voz alta:

—¡Niña, levántate!

Y al instante volvió a respirar y se puso en pie. Jesús dijo que le dieran a la niña algo de comer. Los padres estaban atónitos; pero Jesús les encargó que no le dijeran nada a nadie.

La desgracia de la vida de pronto se vuelve alegría. Lucas sintió en lo más íntimo la tragedia de la muerte de esta niña. Había tres cosas que la hacían tan terrible.

(*a*) Era hija única. Sólo Lucas nos lo dice. Se había apagado la luz de la vida de sus padres.

(*b*) Tenía unos doce años de edad. Es decir, estaba en el albor de la feminidad, porque en el Este los chicos se desarrollan antes que en el Oeste. Algunas chicas hasta se casaban a esa edad. Lo que debía haber sido la mañana de la vida se había convertido en la noche.

(*c*) Jairo era el presidente de la sinagoga. Es decir, que era el responsable de la administración de la sinagoga y de mantener el culto público. Había llegado a lo más alto en la estimación de sus semejantes. Sin duda tenía una posición desahogada. Parecía como si la vida, como sucede a veces, le hubiera dado generosamente muchas cosas, pero ahora estuviera a punto de quitarle la más preciosa. Toda la desgracia de la vida estaba en el trasfondo de esta historia.

Ya habían venido las plañideras. A nosotros nos parece algo repulsivamente artificial; pero el alquiler de estas mujeres era una señal ineludible de respeto a la persona muerta. Estaban seguros de que estaba muerta. Pero Jesús dijo que estaba simplemente dormida. Fuera como fuera, la verdad es que Jesús le devolvió la vida.

Debemos fijarnos en un detalle muy práctico: Jesús dijo que le dieran algo de comer a la niña en seguida. ¿Estaría pensando tanto en la madre como en la hija? La madre, con el dolor de la pérdida y la repentina alegría de la recuperación, debía estar a punto del colapso. En momentos así, el hacer algo práctico con las manos puede salvar la vida. Y es posible que Jesús, con esa amable sabiduría que le permitía conocer la naturaleza humana tan bien, estaba dándole a la madre agotada por la emoción algo que hacer para calmarle los nervios.

Pero con mucho el personaje más interesante de la historia es Jairo.

(i) No cabe duda de que era *un hombre que podía tragarse el orgullo.* Era presidente de la sinagoga. Para entonces, las puertas de la sinagoga se le estaban cerrando a Jesús a toda prisa, si es que no estaban ya del todo cerradas. Pero en su hora de necesidad, se tragó el orgullo y fue a pedir ayuda.

La historia de Roldán, el paladín de Carlomagno, es una de las más famosas en la literatura universal. Roldán estaba a cargo de la retaguardia del ejército, y los sarracenos le cogieron por sorpresa en Roncesvalles. Los franceses luchaban valerosamente en inferioridad de condiciones. Ahora bien: Roldán tenía un cuerno al que llamaba Olifante, que le había ganado al gigante Jatmund, cuyo toque se podía oír a cincuenta kilómetros, y era tan potente que las aves caían muertas en vuelo cuando su sonido cruzaba los aires. Oliver, su amigo, le pidió que tocara el cuerno para que lo oyera Carlomagno y viniera en su ayuda; pero Roldán era demasiado orgulloso para pedir ayuda. Sus hombres fueron cayendo uno tras otro hasta que se quedó solo. Entonces, con el postrer aliento, tocó el cuerno, y Carlomagno se apresuró en su ayuda; pero fue demasiado tarde, porque Roldán estaba muerto. Fue demasiado orgulloso para pedir ayuda.

Cuando todo va bien pensamos que podemos solos con la vida. Pero para experimentar los milagros de la gracia de Dios tenemos que tragarnos el orgullo, y confesar humildemente nuestra necesidad, y pedir ayuda. «Pedid y recibiréis»; pero no se recibe nada si no se pide.

(ii) No cabe duda de que Jairo era *un hombre de fe firme.* Sintiera lo que sintiera, no aceptó sin más el veredicto de las plañideras. Esperaba contra toda esperanza. No cabe duda de que, en su corazón, algo le decía: «Nunca se sabe lo que puede hacer Jesús.» Ninguno de nosotros lo sabemos. En el día más negro podemos seguir confiando en los recursos inagotables y en la gracia y en el poder inagotable de Dios.

PERDIDA ENTRE LA MULTITUD

Lucas 8:43-48

> *Estaba también por allí una mujer que hacía doce años que padecía de flujo de sangre, y que se había gastado en médicos todo el dinero que tenía sin ningún resultado. Jesús estaba rodeado de gente; pero ella se acercó por detrás, y le tocó el borde de la ropa; y al instante se le detuvo el flujo definitivamente.*
>
> *—¿Quién me ha tocado? —preguntó Jesús; pero nadie contestó, y Pedro le dijo a Jesús:*
>
> *—Maestro, toda la gente te está apretujando, ¿y Tú preguntas que quién te ha tocado?*
>
> *—Yo sé que alguien me ha tocado —contestó Jesús—, porque me he dado cuenta de que ha salido poder de mí.*
>
> *Cuando la mujer se dio cuenta de que la habían descubierto, vino temblando, y se echó a los pies de Jesús, y confesó delante de toda la gente por qué le había tocado, y que se había curado al instante. Entonces le dijo Jesús:*
>
> *—Hija, tu fe es lo que te ha curado. ¡Vete, y que Dios te bendiga!*

Esta historia quedó grabada en la memoria y en la imaginación de la Iglesia Primitiva. Se creía que la mujer era una gentil de Cesarea de Filipo. Eusebio, el gran historiador de la Iglesia (300 d.C.), cuenta

que se decía que la mujer había costeado en su ciudad una estatua conmemorativa de su curación. Se decía que aquella estatua había estado allí hasta que Juliano el Apóstata la destruyó, y puso en su lugar una suya que destruyó un rayo que Dios mandó.

La vergüenza de la mujer se explica porque su enfermedad la hacía inmunda *(Levítico 15:19-33)*. El flujo de sangre la había separado de la vida. Por eso fue por lo que no vino a Jesús abiertamente, sino ocultándose entre la gente; y por lo que le dio tanta vergüenza darse a conocer cuando Jesús preguntó que quién le había tocado.

Todos los judíos devotos llevaban franjas en la ropa *(Números 15:37-41; Deuteronomio 22:12)*. Las franjas terminaban en cuatro borlas de hilo blanco atadas con un cordón azul. Servían para recordarles a los judíos cada vez que se vestían que eran hombres de Dios y que tenían que guardar la ley de Dios. Más adelante, cuando llegó a ser peligroso ser judíos, estas borlas se ponían en la ropa interior. Hoy en día todavía existen en el *talit* o chal que se ponen los judíos por la cabeza y los hombros para la oración. Pero en los días de Jesús los llevaban en la ropa exterior, y probablemente fue uno de esos el que tocó la mujer.

Otra vez se le nota a Lucas que es médico. Marcos dice que la mujer se lo había gastado todo en médicos, y no estaba mejor, *sino peor (Marcos 5:26)*. ¡Lucas omite ese final, porque no le gustaba esa crítica de su profesión!

Es interesante en el relato que, desde el momento en que la mujer se encuentra cara a cara con Jesús, parece que ya no hay nadie más en la escena. Todo había sucedido en medio de un gentío impresionante; pero Jesús se olvida de la gente y habla con la mujer como si estuvieran los dos solos. Era una pobre paciente sin importancia, con una dolencia que la hacía inmunda, pero Jesús se le entregó por entero.

Estamos acostumbrados a ponerle etiquetas a la gente, y tratarlos según su relativa importancia. Para Jesús, las personas no tenían esas etiquetas que hace la sociedad; un hombre o una mujer eran simplemente personas en necesidad. El amor no piensa nunca en la gente en términos de importancia humana.

Cierta visita de importancia vino una vez a ver a Thomas Carlyle. El autor escocés estaba trabajando, y no se le podía distraer; pero Jane, su mujer, consintió en llevar a la visita a la puerta, y abrirle una rendijita para que, por lo menos, pudiera ver al sabio. Así lo hizo; y mientras miraban a Carlyle, que estaba inmerso en su trabajo y ajeno a todo lo demás, escribiendo uno de los libros que le hicieron famoso, dijo su mujer en voz muy baja en escocés:

—Ese es Thomas Carlyle, de quien habla todo el mundo, *y es mi hombre.*

Jane no pensaba en términos de etiquetas del mundo, sino en los términos del amor.

Una viajera nos cuenta que iba por Georgia en los días que precedieron a la II Guerra Mundial, y la llevaron a ver a una humilde mujeruca que vivía en una cabañita. La anciana campesina le preguntó si iba a Moscú; y cuando la viajera le dijo que sí, le pidió:

—Entonces, ¿le importaría llevarle un paquetito de pastillas de café con leche caseras a mi hijo? No puede conseguir nada parecido en Moscú.

Su hijo era José Stalin. No solemos pensar en el que fue dictador de la URSS como un hombre al que le gustaban las pastillas de café con leche, ¡pero su madre sí! Para ella no contaban las etiquetas.

Casi todo el mundo habría considerado que no tenía ninguna importancia la mujer que se coló por entre la marabunta para tocar la franja de la ropa de Jesús; pero, para Él, era una persona necesitada, y por tanto, como si dijéramos, se retiró del gentío y se entregó totalmente a ella. «Dios nos ama a cada uno como si no hubiera más que uno a quien amar.»

LOS EMISARIOS DEL REY

Lucas 9:1-9

> *Jesús reunió a los Doce, y les dio poder y autoridad sobre todos los demonios y para curar enfermedades, y los envió a proclamar el Reino de Dios y a sanar a los enfermos. Y les dijo:*
>
> *—No llevéis nada para el camino, ni siquiera un bastón, o una bolsa, o pan, o dinero. No llevéis tampoco una muda. Parad en la primera casa en que entréis hasta que os marchéis de aquel lugar. Si no hay nadie en un pueblo que os acoja, marchaos de*

allí sacudiendo el polvo de vuestros pies, para que se den cuenta de lo serio que es lo que han hecho.

Así es que fueron a recorrer todas las aldeas, dándoles la Buena Noticia y curando a los enfermos por todas partes.

Cuando el tetrarca Herodes se enteró de lo que estaba pasando, no sabía cómo tomarlo, porque circulaban muy diversas versiones; unos decían que Jesús era Juan el Bautista, que había resucitado; otros, que era Elías, que se había aparecido; otros, que era uno de los profetas de la antigüedad, que había vuelto a la vida. Y Herodes se decía:

—A Juan el Bautista le hice decapitar. ¿Quién será éste, de quien se dicen tales cosas?

Y hacía todo lo posible por encontrarse con Jesús.

En el mundo antiguo no había más que una manera eficaz de transmitir un mensaje, y era mediante la palabra hablada. No existían los periódicos. Los libros se tenían que escribir a mano, y un libro del tamaño de *Lucas*-*Hechos* costaría más de 10.000 pesetas por copia. La radio y la televisión no las había soñado ni la imaginación más fantástica. Por eso Jesús mandó en misión a los Doce. Estaba limitado por el espacio y el tiempo; sus ayudantes tenían que ser bocas que hablaran por Él.

Tenían que viajar ligeros. Eso era simplemente porque el que viaja ligero puede llegar más lejos y más pronto. Cuanto más depende uno de cosas materiales tanto más atado está a un lugar. Dios necesita un ministerio estable; pero también necesita personas dispuestas a dejarlo todo para emprender la aventura de la fe.

Si no los recibían, tenían que sacudirse de los pies el polvo que se les hubiera pegado al marcharse de aquel lugar. Cuando los rabinos llegaban a Palestina de un país pagano, se sacudían hasta la última partícula de polvo pagano de los pies. Una aldea o una ciudad que no recibiera a los mensajeros de Jesús tenía que ser tratada como los judíos estrictos tratarían a un país pagano. Había rechazado la oportunidad, y había quedado excluida.

Que la misión fue efectiva se ve por la reacción de Herodes. Sucedían cosas. Tal vez había llegado Elías, el precursor anunciado. Tal vez se trataba del gran profeta esperado *(Deuteronomio 18:15)*. Pero, como ha dicho alguien, «la conciencia

nos hace a todos cobardes», y Herodes se temía que Juan el Bautista, a quien él creyó haber eliminado, había vuelto del otro mundo a acecharle.

Una cosa del ministerio que Jesús les confió a los Doce se repite varias veces en este breve pasaje: *predicar y sanar iban juntos.* Une el interés en los cuerpos y en las almas. No se trataba sólo de palabras, por muy consoladoras que fueran, sino también de hechos. Era un mensaje que no se limitaba a dar noticias de la eternidad, sino que se proponía cambiar las condiciones de la Tierra. Era lo contrario del «opio del pueblo» o del «paraíso de las huríes». Insistía en que la salud del cuerpo es parte tan integral del propósito de Dios como la del alma.

Nada ha hecho tanto daño a la iglesia como la repetida afirmación de que «las cosas de este mundo no tienen importancia.» En la década de los 30 el paro invadió muchos hogares respetables y honrados. Al padre se le enmohecía el talento de no usarlo; la madre no podía hacer que las pesetas le cundieran como duros; los chicos no sabían más que que tenían hambre. Todo el mundo estaba amargado. Decirle a gente así que las cosas materiales no importan era insultante e imperdonable, especialmente si el que lo decía vivía desahogadamente. Al General Booth del Ejército de Salvación le echaban en cara que ofrecía alimentos y comidas a los pobres en vez de predicarles el Evangelio, y el viejo guerrero devolvía la descarga diciendo: «Es imposible darle a la gente el consuelo del amor de Dios en el corazón cuando tienen los pies entumecidos de frío.»

Por supuesto que se puede exagerar la importancia de las cosas materiales; pero también se puede minimizar. La iglesia pagará muy caro el olvidarse de que Jesús empezó por mandar a sus hombres *a predicar el Reino y a sanar,* a salvar a la gente en cuerpo y alma.

COMIDA PARA LOS HAMBRIENTOS

Lucas 9:10-17

> *Cuando volvieron los apóstoles, le contaron a Jesús todo lo que habían hecho. Luego Jesús se retiró con ellos a un pueblo llamado Betsaida para estar tranquilos; pero, cuando se enteró la gente de dónde estaba, salieron en su búsqueda, y Él les*

salió al encuentro y se puso a hablarles del Reino de Dios y a sanar a sus enfermos.

Cuando el día empezaba a declinar, se le acercaron los Doce a decirle:

—Despide ya a la gente, para que vayan a las aldeas y los caseríos de por aquí cerca a buscarse dónde pasar la noche y comer algo, porque estamos en un descampado.

—Dadles vosotros de comer —les dijo Jesús. Y le contestaron:

—No tenemos más que cinco panes y dos pescados. ¿O es que quieres que vayamos a comprar comida para todos éstos? —le contestaron sorprendidos, porque había unos cinco mil.

—Decidles que se sienten en grupos de unos cincuenta —les dijo Jesús a sus discípulos.

Así lo hicieron, de forma que todos se quedaron sentados. Y entonces Jesús cogió los cinco panes y los dos pescados, miró al cielo y dio gracias a Dios por ellos. Luego empezó a partirlos en trozos y a pasárselos a sus discípulos para que se los repartieran a la gente. Y todos comieron todo lo que quisieron; y aun recogieron doce cestas llenas de lo que les sobró.

Este es el único milagro de Jesús que nos cuentan los cuatro evangelistas *(*cp. *Mateo 14:13ss; Marcos 6:30ss,* y *Juan 6:1ss)*. Empieza de una manera encantadora: con la vuelta de los Doce de su expedición. Nunca hubo un tiempo en el que Jesús necesitara más que entonces estar a solas con ellos; por eso se los llevó a los alrededores de Betsaida, una aldea al borde del Jordán, al Norte del Mar de Galilea. Pero, cuando la gente descubrió que se les había marchado, salieron en su búsqueda a millares, *y Él les salió al encuentro y les dio la bienvenida.*

Aquí tenemos toda la compasión divina. Casi todos nos habríamos molestado de que se nos invadiera la tranquilidad que tanto nos había costado conseguir. ¿Cómo nos habríamos sentido si hubiéramos buscado algún lugar solitario para estar con nuestros amigos más íntimos, y de pronto se nos presentara un ruidoso gentío con sus demandas insistentes? Algunas veces estamos demasiado ocupados para que se nos interrumpa; pero para Jesús la necesidad humana era siempre lo más importante.

Caía la tarde; los hogares estaban lejos, y todos estaban cansados y hambientos. Jesús dejó perplejos a sus discípulos cuando les dijo que le dieran de comer a toda aquella gente. Hay dos maneras honradas de considerar este milagro. La primera, se puede creer sencillamente que Jesús creó comida para aquella vasta multitud. La segunda, y esto es lo que algunos creen que sucedió, es que la gente estaba hambrienta, *pero era egoísta.* Todos llevaban algo de comer, pero no lo querían sacar para no tener que compartirlo con otros. Los Doce pusieron a disposición de todos sus reducidos recursos, y entonces otros se sintieron movidos a sacar lo que tenían, y al final hubo más que suficiente para todos. Así es que se puede considerar como un milagro que cambió a las personas reservadas y egoístas en personas generosas, un milagro en el que Cristo cambió el interés de cada uno en sí mismo en voluntad de compartir. Es posible que lo que sucedió incluía las dos cosas; porque, ¿de qué serviría un milagro que saciara el hambre de un momento pero dejara a todos tan egoístas como antes? ¿No es este milagro moral el que necesita el mundo, en el que sabemos que habría suficiente para todos si los que tienen de más estuvieran dispuestos a compartir con los que tienen de menos? Por otra parte, es la inquebrantable certeza de la fe que Dios suple y multiplica los recursos naturales cuando los usamos con gratitud y obediencia a su voluntad.

Antes de distribuir los alimentos, Jesús dio gracias a Dios por ellos. Según un dicho judío, «el que participa de algo sin darle gracias a Dios es como si le robara a Dios.» La oración que se hacía en las casas judías antes de las comidas era: «Bendito seas, Señor, Rey del Universo, que haces salir el pan de la tierra.» Jesús no quería ponerse a comer sin dar gracias antes al Dador de toda buena dádiva.

Esta es una historia que nos dice muchas cosas.

(i) *Jesús estaba preocupado porque la gente tenía hambre.* Sería interesantísimo calcular el tiempo que pasó Jesús, no hablando, sino aliviando el dolor de la gente y satisfaciendo sus necesidades. Jesús sigue necesitando la ayuda de nuestras manos. La madre que ha pasado una parte considerable de la vida preparando comidas para su hambrienta familia; el médico, la enfermera, el amigo y el

pariente que han dedicado la vida a aliviar el dolor de otros; el reformador y el obrero sociales que se han consumido tratando de mejorar las condiciones de vida de hombres y mujeres, han predicado sermones mucho más efectivos que muchos oradores elocuentes.

(ii) *La ayuda de Jesús era generosa.* Hubo de sobra para todos. El amor no escatima las cosas para que haya lo justo y nada más. Así es Dios. Cuando se siembra un paquete de semillas, es corriente que luego haya que quitar y tirar más plantitas que las que se dejan en el surco. Dios ha creado un mundo en el que hay más que suficiente para todos si estamos dispuestos a compartir.

(iii) Como siempre, hay una verdad permanente en lo que sucedió aquel día. *En Jesús se suplen todas las necesidades humanas.* Hay hambre del alma; hay en todos nosotros, por lo menos a veces, un ansia de encontrar algo a lo que valga la pena dedicar la vida. «Nuestros corazones están inquietos hasta que encuentran reposo en Él.» «Mi Dios suplirá todas vuestras necesidades», decía Pablo *(Filipenses 4:19)*. Y esto hasta en los desiertos de esta vida.

EL GRAN DESCUBRIMIENTO

Lucas 9:18-22

En cierta ocasión, Jesús se retiró a orar; y, cuando volvió con sus discípulos, les preguntó:

—¿Quién dice la gente que soy Yo?

Y le contestaron:

—Pues, unos dicen que eres Juan el Bautista; otros, que Elías; y otros, que eres alguno de los profetas de la antigüedad que ha vuelto a este mundo.

—Y vosotros, ¿Quién decís que soy? —les preguntó otra vez; y Pedro respondió por todos:

—¡El Mesías de Dios!

Al oír aquello, Jesús les prohibió terminantemente que se lo dijeran a nadie; y les dijo:

—Es necesario que el Hijo del Hombre pase muchos sufrimientos, y que le rechacen los ancianos, los jefes de los sacerdotes y los expertos en la ley; y que le apliquen la pena de muerte; y que resucite al tercer día.

Este es uno de los momentos más cruciales de la vida de Jesús. Les hizo esta pregunta a sus discípulos cuando ya había decidido ir a Jerusalén *(Lucas 9:51)*. Sabía muy bien lo que le esperaba allí, y la respuesta que dieran a su pregunta tenía una importancia capital. *Sabía* que iba a morir en una cruz; y *quería saber,* antes de ponerse en camino, si había alguien que hubiera descubierto de veras Quién era Él. De la respuesta correcta dependía todo. Por otra parte, si delataba una incomprensión obtusa, toda la obra de Jesús habría sido inútil. Si se habían dado cuenta, aunque fuera incompletamente , eso quería decir que Jesús había encendido en sus corazones una antorcha tal que el tiempo no podría apagar nunca. ¡Qué gran alivio debe de haber sido para Jesús el escuchar de labios de Pedro el gran descubrimiento! «¡Tú eres el Mesías de Dios!» Cuando Jesús oyó aquello, se dio cuenta de que no había fracasado.

Pero los Doce tenían que descubrir, no sólo Quién era Jesús, sino lo que aquello significaba. Habían crecido en un ambiente en el que se esperaba que Dios mandara un Rey conquistador que llevara al pueblo de Israel a ser el amo del mundo. A Pedro le brillarían los ojos de emoción cuando hizo su gran confesión. Pero Jesús todavía tenía que enseñarles que el Mesías, el Ungido de Dios, había venido para morir en una cruz. Jesús tenía que darles la vuelta a todas las ideas que ellos tenían acerca de Dios y de los propósitos de Dios; y eso fue lo que se dedicó a hacer desde aquel momento. Habían descubierto Quién era Él; ahora tenían que descubrir lo que aquello quería decir.

Hay dos grandes verdades generales en este pasaje.

(i) Jesús empezó por preguntarles lo que la gente decía de Él; y a continuación, les preguntó directamente a los Doce: «Y, *vosotros,* ¿quién decís que soy?» No es bastante para nadie el saber lo que los demás dicen de Jesús. Podría ser que una persona pudiera aprobar un examen acerca de lo que se ha pensado y dicho acerca de Jesús; podría ser que hubiera leído todos los libros de cristología que se han escrito en el mundo, *y todavía no ser cristiana.* Jesús tiene que ser siempre nuestro descubrimiento personal. Nuestra religión no puede ser «lo que diga la gente». Jesús llega a preguntarnos a cada uno, no: «¿Me puedes decir lo que otros han dicho o escrito acerca de Mí?», sino: «¿Quién soy Yo para *ti*?»

Pablo no dijo: «Yo sé *lo que* he creído», sino: «Yo sé *en Quién* he creído» *(2 Timoteo 1:12)*. El Evangelio no consiste en recitar un credo, sino en conocer a una Persona.

(ii) Jesús dijo: «Es necesario que vaya a Jerusalén a morir.» Es del mayor interés el ver las veces que Jesús dice *es necesario* en el evangelio de Lucas. «*Me era necesario* estar en la casa de mi Padre» (2:49); «*Me es necesario predicar* el Reino» (4:43); «*Es necesario* que recorra mi camino hoy y mañana» (13:33). Una y otra vez les dijo a sus discípulos que *le era necesario* ir a la cruz (9:22; 17:25; 24:7). Jesús sabía que tenía que cumplir su misión. La voluntad de Dios era su voluntad. No tenía otro propósito en la Tierra que hacer aquello para lo que el Padre le había mandado. El cristiano, como su Señor, es una persona *a las órdenes de Dios.*

LAS CONDICIONES DEL SERVICIO

Lucas 9:23-27

> *Jesús les decía a todos:*
>
> *—El que quiera ser seguidor mío, tiene que decirse que No a sí mismo de una vez para siempre, tiene que decidir cargar diariamente con su cruz, y tiene que seguir mi ejemplo. Los que no quieren más que poner su vida a salvo, ésos son los que la pierden; pero los que están dispuestos a perder la vida en mi causa, ésos son los que la salvan. Porque, ¿de qué le servirá a una persona el ganar para sí todo el mundo, si para ello se destruye o se pierde a sí misma? Si a alguien le da vergüenza confesar que tiene que ver conmigo y que cree en Mí, al Hijo del Hombre también le dará vergüenza decir que ése es de los suyos cuando venga revestido de la gloria de su Padre y rodeado de santos ángeles. Pero, creedme, porque os estoy diciendo la verdad: algunos de los que están aquí no van a experimentar la muerte antes de ver el Reino de Dios.*

Aquí establece Jesús las condiciones de servicio para los que quieran ser sus seguidores.

(i) Uno tiene que negarse a sí mismo. ¿Qué quiere decir eso? Un gran pensador lo explica de la siguiente manera: Pedro *negó* una vez a su Señor, y lo hizo diciendo: «No conozco a ese hombre.»

Negarnos a nosotros mismos quiere decir: «No me conozco a mí mismo.» Es ignorar nuestra misma existencia. Es tratar a nuestro *yo* como si no existiera. Lo corriente es tratarnos cada uno a nosotros mismos como si fuéramos con mucho lo más importante del mundo. Si vamos a ser seguidores de Cristo tenemos que decirle que *No* a nuestro *yo;* más todavía: tenemos que olvidarnos de que existe.

(ii) Cada uno tiene que cargar con su cruz. Jesús sabía muy bien lo que quería decir la crucifixión: cuando era un chico de unos once años, Judas el Galileo había encabezado una revuelta contra Roma; había saqueado el arsenal de armas de Séforis, que estaba a seis kilómetros de Nazaret. La venganza de Roma no se hizo esperar: redujeron Séforis a cenizas, vendieron como esclavos a sus habitantes, y crucificaron a dos mil rebeldes a lo largo de la carretera para que sirvieran de escarmiento a los que tuvieran la tentación de rebelarse. El cargar con la cruz quiere decir estar preparado a arrostrar lo que venga por lealtad a Jesús; quiere decir estar dispuesto a sufrir lo peor que nos puedan hacer a causa de nuestra fidelidad a Él.

(iii) Uno debe gastar la vida, no ahorrarla. Toda la escala de valores del mundo tiene que cambiar. La pregunta ya no es «¿Cuánto puedo *sacar*?», sino «¿Cuánto puedo *dar*?»; no «¿Qué es lo más *seguro*?», sino «¿Qué es lo *más justo?»*; no «¿Qué es lo menos que tengo que hacer en mi trabajo?», sino «¿Qué es lo más posible?» El cristiano se tiene que dar cuenta de que se le ha dado la vida, no para que se la guarde para sí, sino para que la gaste para los demás; no para abrigar su llama, sino para consumirse por Cristo y por los demás.

(iv) La lealtad a Jesús tendrá su recompensa, y la traición su castigo. Si le somos fieles en el tiempo, Él nos lo será en la eternidad; si tratamos de seguirle en este mundo, en el venidero Él nos reconocerá como suyos. Pero si con nuestra vida le negamos, aunque le confesemos con nuestros labios, llegará el día cuando Él tenga que hacer lo mismo con nosotros.

(v) En el último versículo de este pasaje, Jesús dice que algunos de los que estaban allí verían el Reino de Dios antes de morir. Algunos han mantenido que Jesús estaba pensando en su gloriosa Segunda Venida, y estaba diciendo que tendría lugar en la vida de

algunos de los presentes; y que, por tanto, estaba equivocado. Pero no es eso.

Lo que Jesús decía es que «antes que pase esta generación veréis las señales de que el Reino de Dios está en marcha.» Y no cabe duda de que aquello sí sucedió. Algo vino al mundo que, como la levadura en la masa, empezó a cambiarlo. No estaría mal que, a veces, aparcáramos nuestro pesimismo, y pensáramos más bien en la luz que ha empezado a amanecer en el mundo. ¡Ánimo! El Reino viene de camino, y haremos bien en darle gracias a Dios por todas las señales de su amanecer.

EN LA CIMA DE LA MONTAÑA DE LA GLORIA

Lucas 9:28-36

Como una semana después de esa conversación, Jesús se llevó a Pedro, Juan y Santiago, y subió a orar con ellos a un monte. Y mientras estaba orando, le cambió el aspecto de la cara, y la ropa se le puso resplandeciente de blanca como la luz de un relámpago. Y se les aparecieron rodeados de gloria dos varones, que eran Moisés y Elías, y se pusieron a hablar con Jesús acerca de cómo se iba a cumplir su partida de este mundo en Jerusalén.

Pedro y sus compañeros estaban rendidos de sueño; pero, cuando se despertaron del todo, contemplaron con sus propios ojos la gloria de Jesús, y a los dos hombres que estaban con Él. Cuando éstos se iban separando de Jesús, le dijo Pedro:

—¡Maestro! Lo mejor que podemos hacer es quedarnos aquí. Vamos a hacer tres refugios: uno para Ti, otro para Moisés y otro para Elías.

¡No sabía lo que se decía! Y, mientras hablaba, los envolvió una nube, cosa que les produjo mucho temor. Y de la nube les llegó una voz que decía:

—¡Éste es mi Hijo, mi Escogido! ¡Hacedle caso a Él!

Cuando se calló la voz, Jesús se encontraba solo; y ellos no dijeron nada más, y no le contaron nada a nadie de lo que habían visto.

Aquí tenemos otro de los momentos decisivos de la vida de Jesús en la Tierra. Debemos recordar que estaba a punto de ponerse en camino hacia Jerusalén y hacia la cruz. Ya hemos estudiado otro momento decisivo, cuando les preguntó a sus discípulos Quién creían que era Él, a fin de saber si alguien había descubierto su verdadera identidad. Pero había algo que Jesús no haría jamás: no daría ni un paso sin la aprobación de Dios. Esto es lo que le vemos buscar y recibir en esta escena.

No podemos saber exactamente qué es lo que sucedió en el Monte de la Transfiguración; pero sabemos que fue algo tremendo. Jesús había subido allí a buscar la aprobación de Dios en el paso decisivo que iba a dar. Allí se le aparecieron Moisés, el gran legislador del Pueblo de Israel, y Elías, el más grande de sus profetas. Era como si los príncipes de la vida, del pensamiento y de la religión de Israel le dijeran que siguiera adelante. Ahora Jesús podía dirigirse a Jerusalén, seguro de que por lo menos un grupito de hombres sabían Quién era, seguro de que lo que estaba haciendo era la consumación de toda la vida y el pensamiento y la obra de su nación, y seguro de que Dios estaba de acuerdo con el paso que Él daba.

Hay aquí una frase henchida de sentido. Dice que los apóstoles, «cuando se despertaron del todo, contemplaron con sus propios ojos la gloria de Jesús.»

(i) En la vida nos perdemos muchas cosas porque tenemos la mente dormida. Hay ciertas cosas que nos mantienen espiritualmente dormidos.

(*a*) Están *los prejuicios.* Tenemos las ideas tan fijas que nuestra mente está cerrada. Nuevas ideas llaman a la puerta, pero estamos tan dormidos que no las dejamos entrar.

(*b*) Existe *el letargo mental.* Hay muchos que se resisten a la fatigosa lucha del pensamiento. «No vale la pena vivir —decía Platón— una vida sin examen de conciencia.» ¿Cuántas veces nosotros pensamos las cosas realmente y a fondo?

(*c*) Está *el amor a la tranquilidad.* Tenemos una especie de mecanismo de defensa que nos hace cerrar la puerta a todo pensamiento inquietante.

Uno puede drogarse mentalmente hasta el punto de quedarse mentalmente dormido.

(ii) Pero hay innumerables cosas en la vida capaces de despertarnos.

(*a*) Está *el dolor.* Una vez dijo Elgar de una joven cantante, que era técnicamente perfecta, pero sin sentimiento ni expresión: «Será estupenda cuando algo le rompa el corazón.» A menudo el dolor nos despierta con rudeza; y en ese momento, a través de las lágrimas, vemos la gloria.

(*b*) Está *el amor.* El poeta Browning escribe de dos personas que se enamoraron. Ella le miró a él, y él a ella, «y de pronto despertaron a la vida.» El amor verdadero es un despertar a un horizonte que ni siquiera sospechábamos que existía.

(*c*) Está *el sentimiento de necesidad.* Uno puede vivir medio dormido por cierto tiempo la rutina de la vida; pero, de pronto, le asalta un problema totalmente insoluble, alguna pregunta incontestable, alguna tentación arrolladora, algún desafío que exige un esfuerzo por encima de nuestras fuerzas; y en ese momento no nos queda más remedio que clamar al Cielo. Ese sentimiento de necesidad nos despierta a Dios.

Haremos bien en pedir: «Señor, manténme siempre despierto a Ti.»

LA BAJADA DEL MONTE

Lucas 9:37-45

Al día siguiente, cuando bajaron del monte, le salió al encuentro a Jesús un montón de gente. Uno de ellos empezó a gritar:

—¡Maestro, por favor, mira a mi hijo! ¡Es mi único hijo! ¡Un espíritu se apodera de él, y le hace pegar gritos, y retorcerse, y echar espuma por la boca, y le está destrozando, y no le deja en paz! Les he pedido a tus discípulos que libraran a mi hijo del demonio, pero no han podido.

—¡Esta generación moderna tiene tan poca fe! —respondió Jesús—. ¡Es de una perversidad fatal! ¿Hasta cuándo voy a tener que estar aguantándoos? ¡Trae a tu hijo!

Cuando se iba acercando el chico, el demonio empezó a retorcerle y convulsionarle; pero Jesús reprendió al espíritu inmundo, y en seguida le devolvió al padre a su hijo sano y salvo. Todos estaban maravillados de la grandeza del poder de Dios que se manifestaba en todo lo que Jesús hacía. Y Él les dijo a sus discípulos:

—Quiero que os enteréis muy bien de lo que voy a deciros: el Hijo del Hombre va a ser entregado al poder de los hombres.

Pero los discípulos no comprendieron lo que Jesús les quería decir; todavía les estaba oculto su significado, y les daba miedo preguntárselo.

Tan pronto como Jesús bajó del monte, le asaltaron las exigencias y los desengaños de la vida. Un hombre había acudido a los discípulos en busca de ayuda, porque su hijo único padecía de un mal horrible, que se atribuía a la influencia maligna de un demonio. La palabra que se usa en el versículo 42 es muy gráfica: «Cuando se iba acercando el chico, el demonio *le arrojó al suelo* y le convulsionó.» Es la palabra que se usa cuando un boxeador o un luchador derriba a su contrario. Debe de haber sido algo horrible el ver al chico retorciéndose en el suelo, y los discípulos no habían podido hacer absolutamente nada. Pero cuando llegó Jesús, resolvió la situación con absoluto dominio, y le devolvió el chico a su padre completamente curado.

Dos cosas quedan claras.

(i) El momento en el monte era absolutamente necesario, pero no se podía prolongar. Pedro, sin darse cuenta de lo que estaba diciendo, sugirió quedarse allí en aquella gloria con Moisés y Elías en unos refugios que hubieran podido hacer; pero tenían que bajar. A veces se nos conceden momentos que quisiéramos prolongar indefinidamente; pero, después de un tiempo en la cima del monte, tenemos que volver a la lucha y a la rutina de la vida. Ese momento tiene por objeto darnos las fuerzas para la vida diaria.

Después de la gran confrontación con los profetas de Baal en el Monte Carmelo, Elías tuvo que poner tierra por medio. Se fue al desierto y allí, bajo un enebro, se echó a dormir, y un ángel le preparó la comida por dos veces. Y entonces viene la frase: «Se levantó, pues, y comió y bebió; y fortalecido con aquella comida

caminó cuarenta días y cuarenta noches» *(1 Reyes 19:1-8)*. Debemos acudir a la cima del monte de la presencia de Dios, no para quedarnos allí, sino para proseguir, en la fuerza de ese tiempo, muchos días. Se decía del gran explorador el capitán Scott, que era «una extraña mezcla de soñador y de hombre práctico, y nunca más práctico que cuando acababa de salir de uno de sus sueños.» No podemos prolongar indefinidamente el momento de la cima, pero tampoco podemos vivir sin ese momento.

(ii) Aquí se nos muestra con toda claridad la absoluta suficiencia de Jesús. Cuando Él llegó, la situación estaba fuera de control. La impresión que sacamos es que la gente iba de acá para allá sin saber qué hacer. Los discípulos estaban desbordados, y el padre del chico estaba desanimado y desesperado. A esta escena de desorden llega Jesús, se hace cargo de la situación al instante, y trae la calma. A menudo nos encontramos en situaciones así en las que todo está descontrolado: sólo el Señor de la vida puede solucionar la vida con su absoluta suficiencia y ponerlo todo bajo control.

(iii) Y aquí también termina el incidente con Jesús señalando a la Cruz. Había sido un momento triunfal: Jesús había dominado al demonio y admirado a la gente; y en ese momento, cuando todos estaban dispuestos a aclamarle, Jesús les dice que se dirige a la muerte. Habría sido fácil seguir por el camino del éxito popular; pero la grandeza de Jesús se vio en que lo rechazó, y escogió la Cruz. Él no quiso evitar la Cruz a la que llamó a sus seguidores.

LA VERDADERA GRANDEZA

Lucas 9:46-48

> *Entonces los apóstoles se pusieron a discutir quién de ellos era el más importante. Jesús se daba cuenta de lo que estaba pensando cada uno, y tomó a un chiquillo, y le puso a su lado, y les dijo:*
>
> *—El que reciba a este chiquillo en mi nombre, es como si Me recibiera a Mí; y el que Me recibe a Mí, recibe al que Me envió, que es Dios. Así que el que se considera el más insignificante de todos vosotros, ese es verdaderamente grande.*

Mientras los Doce siguieran pensando que el Reino de Jesús era de este mundo, era inevitable que se disputaran los puestos más altos. Hace mucho tiempo, el historiador inglés conocido como el venerable Beda sugirió que esta pelea surgió porque Jesús se había llevado a la cima del monte a Pedro, Santiago y Juan, y los otros estaban celosos.

Jesús sabía lo que estaban pensando. Tomó a un chiquillo y le puso a su lado; es decir, en el lugar de máximo honor. Seguidamente les dijo que el que recibiera a un chiquillo, le recibía a Él, y el que le recibía a Él, recibía a Dios. ¿Qué quería decir? Los Doce eran los lugartenientes de Jesús; pero ese chico no ocupaba ninguna posición oficial. Jesús estaba diciendo: «Si estáis dispuestos a pasaros la vida sirviendo, ayudando y amando a personas que a los ojos del mundo no tienen ninguna importancia, estáis sirviéndome a mí y a Dios. Si estáis dispuestos a pasaros la vida haciendo cosas que parece que no tienen ninguna importancia, sin proponeros ser lo que el mundo llama *grande,* seréis grandes a los ojos de Dios.»

Hay muchos que están dispuestos a prestar servicios por razones falsas.

(i) Por el deseo de *prestigio.* A. J. Cronin habla de cierta enfermera que conoció cuando era médico rural. Aquella mujer llevaba veinte años al servicio de un distrito de quince kilómetros a la redonda, ella sola. «A mí me admiraba su paciencia, su resistencia y su alegría. Nunca estaba demasiado cansada para levantarse a media noche cuando tenía una llamada urgente. Ganaba el sueldo base, y una noche, a las tantas, después de un día especialmente agobiado, me atreví a preguntarle por qué no pedía que la pagaran más, porque Dios sabía que se lo merecía. Y me contestó que si Dios sabía que se lo merecía, eso era lo único que le importaba a ella.» No trabajaba para los hombres, sino para Dios; y cuando trabajamos para Dios, el prestigio es lo último que se nos ocurrirá pensar, porque sabemos que Él se lo merece todo.

(ii) Por el deseo de *una posición.* Si se le da a una persona una tarea o una posición o un puesto en la iglesia, debe considerarlo, no como un honor, sino como una responsabilidad. Hay quienes sirven en la iglesia, no pensando realmente en aquellos a los que sirven,

sino en sí mismos. A cierto primer ministro inglés le estaban felicitando por su elección, y dijo: «Lo que necesito no son vuestras felicitaciones, sino vuestras oraciones.» El ser elegidos para un cargo es serlo para un servicio, no para un honor.

(iii) Por el deseo de *prominencia.* Muchas personas están dispuestas a servir o a dar siempre que se les reconozca el servicio o la generosidad. Las instrucciones de Jesús son que no debemos dejar que nuestra mano izquierda sepa lo que hace la derecha. Si damos o hacemos algo sólo para recibir algo para nosotros, eso no tiene ninguna gracia *(Lucas 6:32-34).*

DOS LECCIONES DE TOLERANCIA

Lucas 9:49-56

> *—Maestro —le dijo Juan a Jesús—, hemos visto a uno echar demonios en tu nombre. Se lo prohibimos, porque no es seguidor tuyo como nosotros.*
>
> *—No teníais por qué prohibírselo; porque el que no está en contra de nosotros está a favor de nosotros.*
>
> *Cuando se le iba acercando a Jesús el momento de volver al Cielo, hizo la decisión irrevocable de ponerse en camino hacia Jerusalén. Envió a unos mensajeros por delante para que fueran a prepararle alojamiento en una aldea samaritana; pero la gente de allí se negaron a darles hospitalidad, porque tenían aspecto de dirigirse a Jerusalén. Cuando lo supieron los apóstoles Santiago y Juan, le dijeron a Jesús:*
>
> *—¡Señor! ¿Nos dejas que mandemos bajar fuego del cielo que los consuma, como hizo el profeta Elías?*
>
> *Pero Jesús se volvió hacia ellos, y los regañó:*
>
> *—¡Todavía no os habéis enterado de qué espíritu sois! El Hijo del Hombre no ha venido a perder a las personas, sino a salvarlas.*
>
> *Así es que siguieron andando hasta otra aldea.*

Aquí tenemos dos lecciones en materia de tolerancia.

En Palestina había muchos exorcistas, y todos pretendían ser capaces de echar demonios; parece que Juan veía un rival en ese hombre, y quería eliminarlo; pero Jesús no estaba de acuerdo.

El camino más directo de Galilea a Jerusalén pasaba por Samaria; pero la mayor parte de los judíos lo evitaban. Había una enemistad de siglos entre los judíos y los samaritanos *(Juan 4:9)*. De hecho, los samaritanos hacían todo lo posible para molestar, y hasta hacer daño a los grupos de peregrinos que intentaban pasar por su territorio. Para Jesús no era corriente ir a Jerusalén por ese camino, y menos aún el buscar alojamiento en una aldea samaritana. Al hacerlo, estaba ofreciendo una mano amiga a un pueblo enemigo. En este caso no se trataba sólo de negar la hospitalidad, sino también de rechazar la amistad. A Santiago y a Juan les parecía que estaban haciendo algo digno de alabanza cuando se ofrecieron a pedir la ayuda del Cielo para erradicar aquella aldea. Pero Jesús no se lo permitió.

No hay pasaje en el que Jesús nos enseñe más directamente el deber de la tolerancia. En muchos casos la tolerancia es una virtud perdida y, cuando existe, es por razones injustificadas. De todos los grandes líderes cristianos ninguno ha superado a John Wesley como dechado de la tolerancia: «No tengo —decía— más derecho a objetar a un hombre por tener una opinión distinta de la mía, que por usar una peluca mientras yo tengo mi propio pelo; pero si se quita la peluca y me sacude el polvo en la cara, consideraré un derecho el desmarcarme de él lo más pronto posible… Lo que más trato de evitar es la estrechez de espíritu, el partidismo, el estar aprisionado en las propias entrañas… en fin, ese fanatismo miserable que hace que muchos no estén dispuestos a creer que hay obra de Dios nada más que entre ellos… Pensamos y dejamos pensar.» Cuando su sobrino Samuel, hijo de Charles, se hizo católico, John le escribió: «No me importa en qué iglesia estés. Puedes salvarte o condenarte en cualquiera de las dos; pero me temo que no has nacido de nuevo.» La invitación a participar de la Santa Cena que se hace en las iglesias metodistas es sencillamente: «Acercaos todos los que amáis al Señor.»

La convicción de que los únicos métodos y creencias correctos son los nuestros ha traído más angustia y desgracia a la iglesia cristiana que ninguna otra cosa. Oliverio Cromwell escribió una vez a los escoceses intransigentes: «Os ruego por las entrañas de Cristo que consideréis que es posible que estéis equivocados.» T. R.

Glover cita en alguna parte un dicho: «Recuerda que, sea lo que sea lo que tengas entre manos, alguien lo verá de manera diferente.»

Todos los caminos conducen a Dios, y Él tiene su propia escalera secreta para llegar a cada corazón. Dios se revela de muchas maneras, y ninguna persona ni iglesia tiene el monopolio de su verdad.

Pero —y esto es tremendamente importante— nuestra tolerancia debe basarse, no en la indiferencia, sino en el amor. Debemos ser tolerantes, no porque nos importa un pito, sino porque miramos a la otra persona con ojos de amor. A Abraham Lincoln le criticaban por ser demasiado cortés con sus enemigos, y le recordaban que nuestro deber es acabar con ellos. «¿Y no acabo yo con mis enemigos —dijo— cuando los hago mis amigos?» Aunque alguien esté completamente equivocado, no debemos considerarle un enemigo al que tenemos que destruir, sino como un amigo extraviado al que tenemos que recuperar con amor.

LA HONRADEZ DE JESÚS

Lucas 9:57-62

> *Cuando iban de camino, uno le dijo a Jesús:*
>
> *—¡Señor, yo voy contigo hasta el fin del mundo!*
>
> *—Las zorras tienen guaridas, y las aves, nidos; pero este Hijo del Hombre no tiene ni dónde recostar la cabeza —le contestó Jesús.*
>
> *—¡Sígueme! —le dijo Jesús a otro; y él le contestó:*
>
> *—Déjame que antes vaya a enterrar a mi padre.*
>
> *—¡Deja a los muertos enterrar a sus muertos —le contestó Jesús—, y tú ve a anunciar la noticia del Reino de Dios!*
>
> *Otro también le dijo:*
>
> *—Quiero ser seguidor tuyo, Señor; pero déjame que primero me despida de mi familia.*
>
> *—El que está arando y vuelve la vista atrás no vale para el Reino de Dios.*

Aquí tenemos lo que les dijo Jesús a tres posibles seguidores.

(i) Su consejo al primero fue: «Antes de hacerte seguidor mío, considera lo que te va a costar.» Nadie podrá decir que le indujeron

a seguir a Jesús con falsas promesas. Jesús le hacía a la gente el honor de colocarles el listón tan alto que ya no cabía más. Es posible que le hayamos hecho un flaco servicio a la iglesia dejando que la gente se crea que no hay gran diferencia entre el que es miembro y el que no lo es. Deberíamos decir que impone la mayor diferencia del mundo. Tendríamos menos gente; pero los que hubiera estarían comprometidos con Cristo de verdad.

(ii) Lo que le dijo Jesús al segundo suena duro, pero puede que no lo fuera tanto. Lo más seguro es que el padre de aquél no estuviera muerto, ni casi. Es probable que quisiera decir: «Te seguiré cuando se me haya muerto mi padre.» Un funcionario inglés en el Este cuenta que a un joven árabe muy brillante se le ofreció una beca para estudiar en Oxford o Cambridge, y contestó: «La aceptaré cuando haya enterrado a mi padre.» Y su padre no tenía muchos más de cuarenta años, y sí buena salud.

Lo que Jesús quería dejar bien claro es que en todo hay un momento crucial; si se deja pasar la oportunidad, lo más probable es que no vuelva a presentarse. Este hombre sentía en el corazón la llamada a salir de un ambiente espiritualmente muerto; si dejaba pasar ese momento, no saldría nunca.

Los psicólogos nos dicen que cada vez que tenemos un sentimiento noble y no lo llevamos a la acción se hace menos probable que lo cumplamos nunca. La emoción se convierte en un sustituto de la acción. Por ejemplo: algunas veces nos da la idea de escribir una carta, puede que de agradecimiento, o de pésame, o de felicitación. Si lo dejamos para mañana, lo más probable es que no la escribamos nunca. Jesús nos anima a actuar en seguida cuando tenemos ese sentimiento.

(iii) Lo que le dice al tercero es una verdad que nadie puede negar. El que está arando no podrá jamás hacer un surco derecho si vuelve la cabeza para mirar atrás por encima del hombro. Algunos tienen el corazón en el pasado; siempre andan mirando hacia atrás con añoranza, pensando que «cualquiera tiempo pasado fue mejor.» Watkinson, el gran predicador, nos cuenta que una vez en la playa, cuando iba con un nietecito, se encontraron a un anciano pastor. El vejete tenía muy mal genio y, entre otras cosas, había cogido una ligera insolación (*sunstroke*). El chiquillo había oído algo de la

conversación, pero no se había enterado mucho; así es que cuando dejaron atrás al viejo quejica, se volvió a su abuelo y le dijo: «¡Abuelito, espero que tú no sufras nunca de puesta de sol!» (*sunset*).

El cristiano está en marcha, no hacia el poniente, sino hacia la aurora. La consigna del Reino no es «¡Atrás!», sino «¡Adelante!» A este hombre, Jesús no le dijo ni «¡Sigue!» ni «¡Vuelve!», sino «No acepto un servicio tibio», y dejó que el hombre hiciera su propia decisión.

OBREROS PARA LA COSECHA

Lucas 10:1-16

> *Después de lo que queda dicho, Jesús nombró a otros setenta, a los que mandó por delante de dos en dos a todos los pueblos y caseríos que Él se proponía visitar; y les decía:*
>
> *—La cosecha promete ser grande, pero todavía hay muy pocos obreros. Pedidle al Señor de la cosecha que mande más obreros a su campo. ¡Hala, en marcha! Yo os envío como a corderos a una manada de lobos. No llevéis bolsa, ni mochila, ni sandalias; y no os paréis en el camino a saludar a nadie. Cuando entréis en una casa, decid: «¡A la paz de Dios!»; y si vive allí algún hijo de paz, recibirá vuestro saludo; y si no, la bendición que habéis echado se volverá a vosotros. Parad en la misma casa todo el tiempo que estéis en ese lugar, comiendo y bebiendo lo que os den, porque el obrero se merece la paga; no vayáis de casa en casa. Y cuando lleguéis a un pueblo y os reciban bien, comed lo que os pongan por delante; curad a los enfermos que haya, y decidles: «¡El Reino de Dios se ha acercado a vosotros!» Pero cuando lleguéis a un pueblo en el que no os quieran recibir, marchaos de allí diciéndoles por las calles: «Hasta el polvo de vuestro pueblo que se nos haya pegado a los pies lo sacudimos para que os deis cuenta de lo que habéis hecho. ¡Pero tened presente que el Reino de Dios se os ha acercado!» Os aseguro que el Día del Juicio será más leve el castigo que se le imponga a Sodoma que el de ese pueblo. ¡Pobre de ti, Corazín! ¡Pobre de ti, Betsaida! Si los milagros que se han hecho en vosotras se hubieran hecho en*

> *Tiro y en Sidón, hace mucho que se habrían sentado en saco y en ceniza para mostrar su arrepentimiento; y en cuanto a ti, Cafarnaún, ¿te has creído que te vas a elevar hasta el Cielo? ¡Hasta el infierno vas a hundirte! En cuanto a vosotros, mensajeros míos, el que os escucha a vosotros es como si me escuchara a Mí; y el que os rechaza a vosotros, como si me rechazara a Mí; y el que me rechaza a Mí es como si rechazara a Dios, que es Quien me ha enviado.*

Este pasaje se refiere a una misión más amplia que la primera de los Doce.

El número *setenta* era simbólico para los judíos.

(*a*) Era el número de los ancianos que se eligieron para ayudar a Moisés con la tarea de gobernar y dirigir al pueblo en el desierto *(Números 11:16, 17, 24, 25).*

(*b*) Era el número de los miembros del Sanedrín, el consejo supremo de los judíos. Los Setenta fueron elegidos para ayudar a Jesús.

(*c*) También se creía que habían sido setenta los traductores del Antiguo Testamento al griego, por lo que se llama esa versión Septuaginta, y se indica corrientemente como LXX.

(*d*) Se decía que ese era el número de las naciones del mundo. Lucas tenía una visión universalista, y puede ser que estuviera pensando en el día cuando todas las naciones conocerán y amarán a su Señor.

Hay aquí un detalle interesante. Uno de los pueblos que Jesús cita aquí es Corazín. Se supone que Jesús hizo allí muchos milagros; pero este lugar no se menciona en los evangelios nada más que aquí, así que no sabemos nada de lo que Jesús hizo o dijo allí. Aquí tenemos un ejemplo de lo mucho que ignoramos de la vida de Jesús. Los evangelios no son biografías, sino meros bocetos de la vida de Jesús *(*cp. *Juan 21:25)*.

Este pasaje nos dice algunas cosas de suprema importancia sobre el transmisor y el receptor del Evangelio.

(i) El predicador tiene que estar descargado de cosas materiales; tiene que viajar ligero. Es fácil liarse con las cosas de la vida. Una vez el doctor Johnson, después de ver las dependencias de un gran

castillo, observó gravemente: «Estas son las cosas que le hacen a uno difícil morir.» La Tierra no debe nunca borrar el Cielo.

(ii) El predicador se tiene que concentrar en su tarea; no tiene que saludar a nadie en el camino. Esto nos recuerda las instrucciones que le dio Elías a Giezi en *2 Reyes 4:29*. Ya sabemos lo ceremoniosos y prolijos que son los orientales en sus saludos. No se nos manda que seamos maleducados; lo que quiere decir esto es que el hombre de Dios no debe dejarse distraer ni retrasar por cuestiones menores cuando las mayores le requieren.

(iii) El predicador no debe tener espíritu mercenario; debe comer lo que le pongan por delante, y no debe andarse mudando de casa en casa en busca de mayores y mejores comodidades. No pasó mucho tiempo antes de que surgieran aprovechados en la Iglesia Primitiva. Hay un tratado llamado *La Enseñanza de los Doce Apóstoles,* que se escribió hacia el año 100 d.C., y que es el primer libro de orden eclesiástico. Había entonces *profetas* que iban visitando las iglesias de pueblo en pueblo. Se advierte que, si un profeta quiere quedarse en el mismo lugar más de tres días sin trabajar, es un falso profeta; y si habla en el Espíritu para pedir dinero o comida, es un falso profeta. El obrero merece su paga, pero el siervo del Señor crucificado no puede buscar lujos.

(iv) El haber escuchado la Palabra de Dios conlleva una gran responsabilidad. Seremos juzgados según lo que hayamos tenido oportunidad de saber. A un niño se le consienten cosas que se condenarían en un adulto; a un salvaje se le perdonan cosas que se castigarían en un civilizado. La responsabilidad es la otra cara del privilegio.

(v) Es un error terrible el rechazar la invitación de Dios. En cierto sentido, todas las promesas de Dios que hayamos escuchado pueden convertirse en nuestra condenación. Si las recibimos, son nuestra mayor gloria; pero cada una de las que hemos rechazado será algún día un testigo en contra nuestra.

LA VERDADERA GLORIA DEL HOMBRE

Lucas 10:17-20

Los Setenta volvieron jubilosos, y le dijeron a Jesús:

—¡Señor, hasta los demonios se nos sometían cuando actuábamos en tu nombre!

—Yo vi a Satanás caer del Cielo como un rayo —les contestó Jesús—. Fijaos bien: os he dado autoridad para pisotear a las serpientes y a los escorpiones y a todos los poderes del enemigo sin sufrir el menor daño; pero no os congratuléis de eso, sino de algo mucho mejor: ¡de que vuestro nombre está escrito en el Cielo!

A su vuelta, los Setenta estaban jubilosos por las maravillas que habían realizado en nombre de Jesús. y Él les dijo: «Yo vi a Satanás caer del Cielo como un rayo.» Eso es difícil de entender. Puede querer decir dos cosas.

(i) Puede querer decir: «Yo vi caer derrotadas las fuerzas de las tinieblas y del mal; el cuartel general de Satanás está asediado, y el Reino de Dios viene de camino.» Puede querer decir que Jesús sabía que Satanás y todos sus poderes habían recibido el golpe de muerte, aunque aún no se hubiera producido su conquista definitiva.

(ii) También puede ser una advertencia contra el orgullo. Fue el orgullo lo que hizo que Satanás se rebelara contra Dios, y en consecuencia fuera arrojado del Cielo, él, que había sido el jefe de los ángeles. Puede que Jesús les estuviera diciendo a los Setenta: «Habéis tenido vuestros triunfos; pero tened cuidado con el orgullo, porque cuando el jefe de los ángeles sucumbió al orgullo fue arrojado del Cielo.»

No cabe duda de que Jesús prosiguió advirtiendo a sus discípulos contra el orgullo y el pasarse de confiados. Era cierto que se les había dado todo poder, pero su mayor gloria era que su nombre estaba escrito en el Cielo.

Siempre será la mayor gloria del hombre, no lo que él mismo ha hecho, sino lo que Dios ha hecho por él. Es posible que el descubrimiento del cloroformo le haya evitado al mundo más dolor que ningún otro descubrimiento médico. Una vez, alguien le preguntó a James Simpson, que fue el pionero en su uso: «¿Qué descubrimiento tuyo consideras el más grande?», esperando que le contestara «El cloroformo.» Pero contestó: «Mi mayor descubrimiento fue que Jesucristo es mi Salvador.» Hasta el hombre más grande sólo puede decir en la presencia de Dios:

No ya he de gloriarme jamás, oh Dios mío,
de aquellos deberes que un día cumplí.
Mi gloria era vana: confío tan sólo
en Cristo y su sangre vertida por mí.

JOSÉ M. DE MORA

El orgullo bloquea el camino del Cielo; la humildad es el pasaporte a la presencia de Dios.

LA EXIGENCIA INSUPERABLE

Lucas 10:21-24

En aquel preciso momento, el Espíritu Santo hinchió de gozo el corazón de Jesús, que exclamó:

—¡Bendito seas, Padre, Señor del Cielo y de la Tierra! ¡Gracias por haberles escondido todo esto a los que se creen muy inteligentes y muy listos y habérselo revelado a los pequeños! Sí, Padre: gracias porque las cosas son como a Ti te ha parecido que deben ser. El Padre me lo ha confiado absolutamente todo. Nadie conoce al Hijo más que el Padre; y tampoco nadie conoce al Padre más que el Hijo, y aquellos a los que el Hijo se Le quiere revelar—. Y, volviéndose a sus discípulos, prosiguió: —¡Qué afortunados son los ojos que ven lo que vosotros estáis viendo! Os aseguro que muchos profetas y reyes habrían dado cualquier cosa por ver lo que vosotros estáis viendo, y por oír lo que estáis oyendo, y no se les concedió.

Hay tres grandes pensamientos en este pasaje.

(i) El versículo 21 nos habla de la sabiduría de la sencillez. La mente sencilla podía recibir verdades que las mentes cultivadas no podían admitir. Una vez dijo Arnold Bennet: «La única manera de escribir un gran libro es escribirlo con los ojos de un niño que ve las cosas por primera vez.» Es posible pasarse de listo. Es posible ser tan erudito que los árboles no le dejan a uno ver el bosque. Alguien ha dicho que la prueba de un pensador verdaderamente grande es cuánto es capaz de olvidar. Después de todo, la fe evangélica no consiste en saberse todas las teorías acerca del Nuevo Testamento; y menos saberse todas las teologías o las cristologías; no consiste

en *saber acerca de Cristo,* sino en *conocer a Cristo;* y para eso lo que hace falta no es sabiduría terrenal, sino gracia celestial.

(ii) El versículo 22 nos habla de la relación única y exclusiva que hay entre Jesús y Dios. Esto es lo que el Cuarto Evangelio quiere decir con «El Verbo se hizo carne» *(Juan 1:14)*, o cuando pone en labios de Jesús «Yo y el Padre, una cosa somos», o «El que me ha visto, ha visto al Padre» *(Juan 10:30,* y *14:9)*. Para los griegos, Dios era incognoscible. Había una sima infranqueable entre la materia y el espíritu, entre el hombre y Dios. «Es muy difícil —decían— conocer a Dios; y, si se llega a conocerle, es imposible comunicarle a otro ese conocimiento.» Pero cuando vino Jesús, dijo: «Si queréis saber cómo es Dios, miradme a mí.» Más que hablar a los hombres acerca de Dios, lo que Jesús hizo fue mostrarles a Dios, porque en Él estaban la mente y el corazón de Dios.

(iii) Los versículos 23 y 24 nos dicen que Jesús es la consumación de toda la Historia. Jesús dice en esos versículos: «Yo soy el que todos los profetas y los santos y los reyes esperaban y anhelaban.» Eso es lo que quería decir Mateo cuando una y otra vez escribe en su evangelio: «Esto sucedió para que se cumpliera lo que dijo el profeta…» *(*cp. *Mateo 2:15, 17, 23)*.

Jesús es la cima que la Historia trataba de escalar, la meta que quería alcanzar, el imán que atraía a los hombres de Dios. Si quisiéramos decirlo en términos modernos para los que creen en la evolución, la lenta escalada del hombre desde el nivel de las bestias: Jesús es el clímax y el punto omega del proceso evolucionario, porque en Él el hombre llega a Dios; es a un tiempo la perfección de la humanidad y la plenitud de la divinidad.

QUIÉN ES MI PRÓJIMO

Lucas 10:25-37

Atención: un experto en la ley se le presentó a Jesús para ponerle a prueba, y le preguntó:

—Maestro: ¿qué es lo que tengo que hacer para poseer la vida eterna que Dios ha prometido?

—¿Qué es lo que está escrito en la Ley? —le preguntó a su vez Jesús—. ¿Qué has aprendido tú?

—«Ama al Señor tu Dios con todo el corazón, y con toda el alma, y con todas tus fuerzas y con toda tu inteligencia»; «y a tu prójimo, como te amas a ti mismo» —le contestó el experto en la ley.

—¡Buena respuesta! Pues, hazlo, y tendrás la vida —le dijo Jesús; pero el hombre, queriendo quedar bien, le preguntó otra vez:

—¿Y a quién se refiere eso del prójimo?

Jesús, entonces, le puso un ejemplo:

—Cierto hombre iba por el camino que baja de Jerusalén a Jericó, cuando le salieron al paso unos bandidos que le dieron de palos, le quitaron todo lo que llevaba y le dejaron medio muerto. Sucedió que le vio un sacerdote que iba bajando por aquel camino; pero no le hizo caso y pasó de largo. Luego sucedió lo mismo con un levita que se acercó por allí; que también le vio, pero pasó de largo. Por último pasó un samaritano que iba de viaje; y cuando llegó por allí le vio, y le dio lástima de él; así es que se le acercó y le curó las heridas con aceite y vino y se las vendó; luego le montó es su cabalgadura y le llevó al mesón, donde siguió cuidando de él. Al día siguiente, como tenía que seguir su viaje, sacó el jornal de dos días y se lo dio al mesonero, y le dijo: «Cuídamele, y yo te pagaré lo que te gastes de más la próxima vez que pase.» Y ahora, dime: ¿Cuál de los tres dirías tú que fue el prójimo del que había caído en manos de los bandidos?

—El que le trató con misericordia —contestó el experto en la ley.

—Pues, anda; obra tú de la misma manera —le dijo Jesús.

En primer lugar, vamos a mirar *la escena* de esta historia. La carretera de Jerusalén a Jericó era notoriamente peligrosa. Jerusalén está a 800 metros sobre el nivel del mar; el Mar Muerto, cerca del cual está Jericó, está a 400 metros bajo el nivel del mar; así que, en menos de 30 kilómetros, la carretera salva un desnivel de 1.200 metros. Era una carretera estrecha, bordeada por rocas, con vueltas y revueltas que la hacían terreno abonado para los bandoleros. En el siglo v, Jerónimo nos cuenta que todavía la llamaban «El Camino Rojo», o «de la Sangre.» En el siglo xix

todavía había que pagar dinero de seguridad a los jeques locales para usar esa carretera. Hasta el principio de la década de los 30, el famoso autor de libros de viaje H. V. Morton nos dice que le advirtieron que llegara a su destino antes de que se hiciera oscuro, porque un cierto Abu Yildah acostumbraba detener los coches y robar a los viajeros o turistas, escapándose a las montañas antes de que la policía pudiera llegar. Cuando Jesús contó esta historia, hablaba de algo que sucedía con frecuencia en la carretera de Jerusalén a Jericó.

En segundo lugar, fijémonos en los *personajes.*

(*a*) Tenemos al *viajero.* A menos que tuviera una urgente necesidad, no fue muy prudente poniéndose en camino de Jerusalén a Jericó a solas, y menos si llevaba mercancías de valor. Los viajeros solían ir en convoyes o caravanas. Parece ser que este hombre estaba corriendo un riesgo innecesario.

(*b*) Tenemos al *sacerdote.* Se apresuró a pasar de largo. Sin duda tenía presente que, si tocaba a un muerto, quedaba siete días en estado de impureza legal *(Números 19:11)*. Eso le impediría cumplir sus deberes en el templo, y no podía arriesgarse. Las exigencias rituales estaban por encima de la caridad. El templo y la liturgia contaban más para él que la vida de un hombre.

(*c*) Tenemos al *levita.* Este parece que se acercó más al herido antes de pasar de largo. A veces los bandidos usaban reclamos así: uno de ellos se haría el herido; y, cuando un viajero ingenuo se paraba a ayudar, los otros bandidos se le echaban encima y le robaban. Tal vez el levita tenía la consigna de que «lo primero es la seguridad.» No valía la pena correr riesgos para ayudar a nadie.

(*d*) Tenemos al *samaritano.* La audiencia esperaría que ése fuera el más despiadado de todos. A lo mejor no era samaritano *de raza,* porque los judíos no tenían trato con los samaritanos, y sin embargo parece que éste era un viajante de comercio al que conocía bien el mesonero. En *Juan 8:48* los judíos llaman samaritano a Jesús. Se daba ese nombre a los herejes y a los que no cumplían la ley ceremonial. Tal vez este hombre era samaritano en el sentido de que los judíos fanáticos le despreciaban.

Notamos dos cosas interesantes acerca de él.

(i) ¡Tenía buen crédito! El mesonero estaba dispuesto a fiarse de él. Tal vez no fuera muy sano teológicamente, pero era honrado.

(ii) Fue el único que estuvo dispuesto a ayudar. Puede que fuera hereje, pero tenía amor en el corazón. No es tan raro encontrar que los religiosos están más interesados en los dogmas que en la ayuda al necesitado, y que el que desprecian los religiosos es el que ama a su prójimo. A fin de cuentas se nos ha de juzgar, no por nuestro credo, sino por la vida que vivimos.

En tercer lugar, fijémonos en la enseñanza de la parábola. El escriba que le hizo la pregunta a Jesús iba en serio. Jesús le preguntó que qué decía la ley sobre eso. Los judíos practicantes llevaban en las muñecas unas cajitas llamadas filacterias en las que guardaban ciertos textos de la ley: *Éxodo 13:1-10*, *11-16; Deuteronomio 6:4-9; 11:13-20*. «Ama al Señor tu Dios» es de *Deuteronomio 6:4, y 11:13*. Es como si Jesús le dijera: «Lee lo que pone en tus filacterias, y encontrarás la respuesta a tu pregunta.» A esos pasajes añadió el escriba *Levítico 19:18*, que manda al hombre amar a su prójimo como a sí mismo; pero, con su pasión por las definiciones, los rabinos se preguntaban quién era el prójimo; los más estrechos contestaban que el *prójimo* era *otro judío.* Algunos hasta llegaban a decir que era ilegal ayudar a una mujer gentil en el momento del parto, porque eso sólo sería ayudar a que hubiera otro gentil en el mundo. Así que la pregunta del escriba «¿Y a quién se refiere eso del prójimo?» era normal.

La respuesta de Jesús implica tres cosas.

(i) Debemos ayudar al necesitado aunque se haya metido en líos por su propia culpa o imprudencia, como era probablemente el caso del viajero de la parábola.

(ii) Cualquier persona de cualquier nación que está necesitada es nuestro prójimo.

(iii) La ayuda debe ser práctica y no limitarse a *sentirlo mucho.* Es posible que a eso sí llegaron el sacerdote y el levita, pero no *hicieron* nada más. La compasión, para ser real, tiene que desembocar en obras.

Lo que Jesús le dijo al escriba nos dice también a nosotros: «Pues, anda; obra tú de la misma manera.»

EL CHOQUE DE TEMPERAMENTOS

Lucas 10:38-42

> *Prosiguiendo su viaje, Jesús llegó a una aldea. Una mujer de allí que se llamaba Marta, le dio hospitalidad. Tenía una hermana, María, que se sentaba a los pies de Jesús para escuchar lo que decía.*
>
> *Marta estaba muy ocupada con los quehaceres de la casa, y se acercó a Jesús para decirle:*
>
> *—Señor, ¿es que no te haces cargo de que mi hermana me deja sola con todo el trabajo de la casa? Dile siquiera que me eche una mano.*
>
> *—¡Marta, Marta! Estás demasiado ajetreada, y te complicas innecesariamente la vida con muchas cosas cuando con cualquier cosita bastaría. María ha sabido escoger la mejor parte, y no hay por qué quitársela.*

Sería difícil encontrar un boceto de caracteres más pintoresco y con mayor economía de palabras que éste.

(i) Aquí tenemos *un choque de temperamentos.* Algunas personas son polvorillas de actividad; otras son naturalmente tranquilas. Y a las activas les cuesta comprender a las contemplativas, y viceversa. No es que la una sea buena y la otra no. Dios no nos ha hecho a todos iguales. Dios necesita sus Martas y sus Marías. Como decía Teresa de Jesús, en el servicio del Señor deben estar juntas Marta y María.

(ii) Estos versículos nos muestran algo más: a veces se muestra *una amabilidad equivocada.* Recordemos adónde iba Jesús cuando esta escena tuvo lugar: se dirigía a Jerusalén, a morir en la Cruz. Todas sus facultades estaban tensas por la batalla interior que estaba librando para someter su voluntad a la voluntad de Dios. Cuando llegó Jesús a aquella casa de Betania, fue un gran día; y Marta quería celebrarlo ofreciéndole a Jesús lo mejor que hubiera en la casa; así es que iba de acá para allá llevando, y haciendo, y guisando, y preparando cosas… *y eso era lo que menos quería Jesús entonces.* Quería tranquilidad. Con la Cruz por delante y la tensión dentro de sí, había acudido a Betania buscando un oasis de calma alejado de las multitudes exigentes aunque sólo durara una o

dos horas. Y eso fue lo que le ofreció María; y Marta, con la mejor intención, hizo lo posible por quitárselo. «Con cualquier cosita bastaría.» Posiblemente quería decir: «No quiero un gran banquete; un solo plato, de lo que sea, es más que suficiente.» María comprendió, y Marta no.

Aquí tenemos una de las cosas difíciles de la vida. A menudo queremos ser amables con la gente, pero *a nuestra manera.* Y si no acertamos, nos damos por ofendidos y nos quejamos de que no se aprecia nuestro esfuerzo. Si queremos de veras ser amables, lo primero que debemos intentar es comprender a la persona a la que queremos ayudar, y olvidarnos de todo lo que querríamos hacer nosotros. Jesús amaba a Marta, y Marta le amaba a Él; pero, cuando Marta se proponía ser amable, tenía que serlo a su manera, que era precisamente la contraria de la que Jesús necesitaba. Jesús amaba a María, y María le amaba a Él, y María le comprendió.

ENSÉÑANOS A ORAR

Lucas 11:1-4

> *Sucedió una vez en cierto lugar que Jesús estuvo orando algún tiempo y, cuando acabó, le dijo uno de sus discípulos:*
>
> *—Señor, enséñanos a orar, como hizo Juan con sus discípulos.*
>
> *Jesús les dijo:*
>
> *—Cuando os pongáis a orar, decid:*
>
> *«¡Oh Padre!, que tu nombre sea tratado con reverencia. — Venga tu Reino. — Danos cada día el alimento que necesitamos. — Y perdónanos nuestros pecados, como también nosotros perdonamos a todos los que nos fallan. — Y no nos dejes a merced de duras pruebas.»*

Era costumbre que los rabinos enseñaran a sus discípulos una oración sencilla para uso frecuente. Juan el Bautista lo había hecho con sus discípulos, y ahora le pedían a Jesús los suyos que Él también les enseñara una oración.

Aquí tenemos la versión de la Oración Dominical que nos da Lucas. Es más corta que la de Mateo, pero nos enseña todo lo que necesitamos saber acerca de cómo y qué pedir en oración.

(i) Empieza llamando a Dios *Padre.* Es la manera característicamente cristiana de dirigirnos a Dios *(*cp. *Gálatas 4:6; Romanos 8:15; 1 Pedro 1:17)*. La primera palabra ya nos dice que al orar no nos estamos dirigiendo a alguien que no está dispuesto a ayudarnos, sino a un Padre que se complace en suplir las necesidades de sus hijos.

(ii) En hebreo *el nombre* quiere decir mucho más que el nombre propio de una persona. Quiere decir la totalidad del carácter de la persona que se nos ha revelado y que conocemos. El salmo 9:10 dice: «Los que conocen tu Nombre ponen en Ti su confianza.» Eso quiere decir mucho más que saber que el nombre de Dios es Jehová. Quiere decir que, los que conocen todo el carácter y la mente y el corazón de Dios, ponen en Él su confianza con alegría.

(iii) Debemos fijarnos especialmente en el orden de la Oración Dominical. Antes de pedir nada para nosotros mismos, Dios y su

gloria y el respeto que le es debido ocupan el primer lugar. Sólo cuando damos a Dios el lugar que le corresponde se colocan todas las cosas en su debido lugar.

(iv) La oración incluye toda la vida.

(*a*) Incluye *la necesidad presente.* Nos dice que pidamos nuestro pan cotidiano; es decir, el alimento *para el día* que oramos. Esto nos recuerda la antigua historia del maná en el desierto *(Éxodo 16:11-21)*: sólo se podía recoger lo necesario para la necesidad del día. No nos tenemos que preocupar del futuro desconocido, sino de «vivir al día».

(*b*) Incluye *los pecados pasados.* Cuando oramos, no podemos olvidarnos de pedirle perdón a Dios, porque todos somos pecadores ante la santidad de Dios.

(*c*) Incluye *las pruebas futuras. Tentación* quiere decir situación de prueba, e incluye mucho más que la seducción al pecado: todas las situaciones que constituyen un desafío y una prueba a la integridad y fidelidad de una persona. No podemos librarnos de ellas, pero las podemos arrostrar en comunión con Dios.

Alguien ha dicho que la Oración Dominical se puede usar de dos maneras diferentes en nuestra vida devocional: si la usamos al principio, despierta toda clase de deseos santos que nos conducen por los auténticos senderos de la oración; y si la usamos al final, resume y completa todas las peticiones que traemos a la presencia de Dios.

PEDID Y RECIBIRÉIS

Lucas 11:5-13

Jesús les dijo también:

—Supónte que un amigo tuyo te viene a casa a medianoche y te dice desde la puerta: «Oye, amigo: déjame tres panes; que un amigo mío ha llegado de viaje a casa, y no tengo nada que darle de comer.» Y supónte que tú le dices desde dentro: «¡Déjame en paz, que ya he atrancado la puerta y tengo a los chicos conmigo en la cama! ¡No puedo ahora levantarme a dártelos!» Te aseguro que, si no te levantas a dárselos porque es tu amigo, acabarás por levantarte y darle todo lo que sea si el otro sigue insistiendo y molestándote. Y por eso os digo Yo:

Pedid hasta que se os dé; buscad hasta encontrar; llamad hasta que se os abra la puerta. Porque el que sabe pedir, acaba recibiendo; el que sabe buscar, acaba encontrando, y al que sabe llamar a la puerta, al fin se le abre. Si tu hijo te pide pan a ti que eres su padre, ¿verdad que no le darás una piedra? O si te pide pescado, ¿a que no le das en vez una serpiente? ¿O si un huevo, un alacrán? Pues si vosotros, que sois malos, les sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¡cuánto más dará vuestro Padre celestial el Espíritu Santo a los que se lo pidan!

Los viajeros solían ir de camino hasta bien entrada la tarde para evitar el calor del mediodía. En la historia de Jesús, un viajero de ésos había llegado en medio de la noche a casa de un amigo. En Oriente, la hospitalidad es un deber sagrado; no se salía del paso dándole al recién llegado cualquier cosa, sino que había que ofrecerle una buena comida.

Cuando un viajero llegaba a las tantas, el de la casa se podía encontrar en un apuro para cumplir el sagrado deber de la hospitalidad; sobre todo si tenía la panera vacía. Aunque era de noche, éste fue a pedirle ayuda a un amigo, que ya había atrancado la puerta. En Oriente uno no llamaría a una puerta cerrada si no fuera un caso de grave necesidad. Por la mañana, se abrían las puertas y no se cerraban en todo el día; pero si ya estaba cerrada la puerta, era señal de que no se debía molestar. Pero el amigo importuno no se daba por vencido.

Las casas de los pobres en Palestina no tenían nada más que una habitación, con un ventanuco para ventilar. El suelo era de tierra pisonada cubierta con cañas o paja. La habitación estaba dividida en dos partes, no mediante una pared, sino con una especie de plataforma; dos terceras partes de la habitación estaban a nivel del suelo, y el otro tercio estaba un poco elevado; allí era donde estaba el brasero, encendido toda la noche, alrededor del cual dormía toda la familia, no en camas, sino en esterillas. Era corriente que las familias fueran numerosas, y dormían juntitas para darse calor. Al levantarse uno molestaba a toda la familia. Además, en las aldeas era costumbre meter en la casa por la noche el ganado, corrientemente gallinas y cabras.

¿Todavía nos sorprende que el hombre de la casa no quisiera levantarse? Pero el amigo necesitado seguía llamando sin vergüenza (eso es lo que quiere decir la palabra en el original), hasta que el de dentro, con toda la comunidad inquieta para entonces, acababa por levantarse a darle lo que necesitaba.

«Esta historia —diría Jesús— os enseñará algo acerca de la oración.» La lección de esta parábola no es que debemos persistir en la oración, que tenemos que aporrear la puerta de Dios hasta que no tenga más remedio que darnos lo que le pedimos, como si Dios no estuviera dispuesto a molestarse. La lección aparece clara precisamente por contraste.

Parábola quiere decir *poner una cosa al lado de otra.* Si ponemos dos cosas una al lado de la otra para explicar una lección, ésta se puede deducir del hecho de que las dos cosas se parecen, o del hecho de que una es la contraria de la otra. La lección aquí se deduce, no de la semejanza, sino del *contraste.* Lo que Jesús quiere decir es que «si la insistencia desvergonzada y molesta de un supuesto amigo acaba por obligar a otro supuesto amigo egoísta y comodón a levantarse de la cama comunal y darle lo que necesita, *¡cuánto más Dios,* que es un Padre modelo, suplirá las necesidades de sus hijos! «Si vosotros —añade Jesús—, que sois malos, sabéis darles cosas buenas a vuestros hijos, *¡cuánto más Dios, que es el Padre perfecto!»*

Lo dicho no nos exime de la insistencia en la oración. Después de todo, la prueba de la realidad y la sinceridad de nuestro deseo está en la pasión con que lo pedimos. Pero esto no quiere decir que le tenemos que sacar las cosas a la fuerza a un Dios despreocupado, sino que acudimos a un Dios que conoce nuestras necesidades aún mejor que nosotros, y cuyo corazón está henchido de amor generoso hacia nosotros. Si no recibimos lo que pedimos, no es porque Dios es tacaño y nos lo niega, sino porque tiene algo mejor para nosotros. No hay tal cosa como una oración incontestada. La respuesta puede no ser la que queríamos o esperábamos; pero, aun cuando no se nos conceda lo que pedimos, la respuesta viene de la sabiduría y el amor de Dios.

UNA CALUMNIA MALICIOSA

Lucas 11:14-23

En cierta ocasión, Jesús estaba echando a un demonio de mudez; y, cuando salió el demonio, el hombre que había sido mudo se puso a hablar, y la gente estaba maravillada. Pero había algunos que decían:

—¡Este echa a los demonios porque está de acuerdo con Beelzebú, que es el príncipe de los demonios!

Y otros, para ponerle a prueba, le pedían una señal verdaderamente sobrenatural. Pero Él sabía lo que estaban pensando, y les dijo:

—Cuando un reino está dividido, acaba destruyéndose, y cuando una casa real está dividida, está perdida. Si Satanás está en guerra consigo mismo, su reino está condenado a desaparecer, si es verdad lo que decís de que Yo echo a los demonios porque estoy de acuerdo con Belzebú. Y además, si yo echo a los demonios porque tengo un trato con Belzebú, ¿cómo los echan los de vuestra casta? ¡Vuestro veredicto se vuelve contra vosotros mismos! Pero si Yo echo a los demonios por el dedo de Dios, eso quiere decir que el Reino de Dios está obrando aquí y ahora. Cuando un guerrero está armado y guardando su castillo, tiene bien seguro todo lo suyo; pero, si llega otro más fuerte que él y le vence, le quita todas las armas de las que dependía, y las reparte como botín entre los suyos. El que no está de mi parte está en contra mía; el que no recoge conmigo, no hace más que esturrear.

Cuando los enemigos de Jesús se vieron incapaces de atacarle con medios limpios, recurrieron a la calumnia. Dijeron que Jesús tenía poder sobre los demonios porque estaba en trato con el príncipe de los demonios. Atribuían su poder, no a Dios, sino al diablo. Jesús les dio una doble respuesta irrefutable.

En primer lugar les asestó un hábil golpe. Había muchos exorcistas en Palestina en tiempos de Jesús. Josefo dice que ese poder lo había tenido Salomón, que era experto en el uso de las hierbas y había inventado encantamientos para echar a los demonios de manera que no volvieran; y Josefo dice que había visto usar con éxito en su tiempo los métodos de Salomón (*Antigüedades de los Judíos, 8:5:2)*. Así es que Jesús les toca en lo más vivo: «Si

yo echo a los demonios porque tengo un trato con el príncipe de los demonios, ¿cómo los echan los de vuestra casta? ¡Si me condenáis a mí, os estáis condenando a vosotros!»

En segundo lugar, usó un razonamiento incontestable. Un reino que tiene una guerra civil interminable no puede sobrevivir. Si el príncipe de los demonios le está dando a alguien poder para derrotar a sus emisarios, está acabado. No hay más que una manera de dominar al guerrero fuerte armado, y es cuando se es más fuerte que él y se le vence. «Por tanto —dice Jesús— si Yo echo a los demonios, más que probar que estoy de acuerdo con el príncipe de los demonios, lo que prueba eso es que la fortaleza del diablo ha sido expugnada, el poderoso malvado ha sido dominado y el Reino de Dios está aquí.»

De este pasaje surgen ciertas verdades permanentes.

(i) No es raro que se recurra a la calumnia cuando no se tienen buenas razones. Gladstone estaba interesado en la reforma de las mujeres que se prostituían en las calles de Londres. Sus enemigos sugerían que estaba interesado en ellas por otras razones muy inferiores. No hay nada tan cruel como la calumnia, porque mucha gente presta oídos más fácilmente a lo malo que a lo bueno, por aquello de «piensa mal, y acertarás.» No nos creamos que estamos ninguno libre de ese pecado. ¿No es verdad que nos resulta fácil suponer razones impuras, sobre todo cuando no nos gusta la persona? ¿O es que no repetimos nunca las críticas maliciosas que oímos, como la cosa más inocente? Esto nos llama a un serio examen de conciencia.

(ii) Una vez más notamos que para Jesús la prueba de que el Reino de Dios había venido era el hecho de que los que sufrían eran sanados, y la salud ocupaba el terreno de la enfermedad. La meta de Jesús no era sólo la salvación del alma, sino de la persona entera.

(iii) Lucas concluye este pasaje con el dicho de Jesús de que el que no está de acuerdo con Él está en contra de Él, y que el que no ayuda a reunir el rebaño está dispersándolo. No hay lugar para la neutralidad en la vida cristiana. El que se mantiene al margen del bien, automáticamente ayuda al mal.

EL PELIGRO DEL ALMA VACÍA

Lucas 11:24-28

> *—Cuando un espíritu inmundo sale de una persona —siguió diciendo Jesús—, va por sitios áridos buscando un lugar tranquilo; pero, como no lo encuentra, dice: «¡Me volveré a la casa de donde salí!» Y, cuando llega, y se la encuentra limpita y curiosa, va y se trae a otros siete espíritus todavía peores que él, y se quedan todos allí a vivir, y la persona acaba peor que antes.*
>
> *Cuando Jesús estaba diciendo esto, una mujer que estaba entre la gente gritó con todas sus fuerzas:*
>
> *—¡Bendita sea la madre que te parió y la leche que mamaste!*
>
> *—¡Pero más benditos sean todos los que prestan atención a la palabra de Dios y la ponen por obra! —respondió Jesús.*

Aquí tenemos una historia tenebrosa y de miedo. Se trata de una persona de la que echaron a un espíritu malo. Éste fue vagando por ahí en busca de un sitio donde descansar, pero no lo encontró; así que decidió volver a su antigua morada. Y se encontró con que la persona estaba limpia y ordenada —pero vacía. Así que el espíritu malo se fue a buscar a otros siete espíritus todavía peores que él, y se los trajo a vivir con él en su antigua casa… y aquella persona acabó peor de lo que había estado antes.

(i) Aquí tenemos la verdad fundamental de que no se puede dejar vacía el alma de nadie. No basta con desterrar los malos pensamientos y hábitos, y dejar el alma vacía. Un alma vacía es un alma en peligro. A Adam C. Welch le gustaba predicar sobre el texto «No os embriaguéis con vino, en lo cual hay disolución; antes bien sed llenos del Espíritu» *(Efesios 5:18)*, y solía empezar diciendo: «Hay que llenar a las personas con algo.» No basta con echar al mal; hay que dejar entrar al bien.

(ii) Eso quiere decir que no se puede cimentar una experiencia espiritual con negativos. Tomemos como ejemplo el mandamiento de santificar el Día del Señor *(Éxodo 20:8-11*, y *Deuteronomio 5:12-15)*, que es una asignatura pendiente en muchas iglesias. Lo que se suele hacer es presentar una lista de lo que hace la gente, y que los cristianos no debemos hacer en el Día del Señor. Pero el que se

encuentra con todas esas prohibiciones nos preguntará: «Bueno, ¿y qué es lo que *puedo* hacer?» A menos que se lo digamos, va a acabar peor de lo que estaba, porque le vamos a condenar a la inactividad, que es terreno abonado para el tentador. Es peligroso cuando la religión se presenta como una serie de negativos. Es necesario limpiar; pero después de desarraigar el mal hay que plantar y cultivar el bien.

(iii) La mejor manera de evitar el mal es practicar el bien. El mejor jardín que recuerdo haber visto estaba tan lleno de flores que no les quedaba sitio a las ortigas. Para tener una buena huerta hay que quitar los hierbajos y preparar la tierra; pero, si no se ponen y se cultivan buenas plantas, pronto estará peor que antes. Esto es igualmente cierto en el mundo del pensamiento. A veces nos asaltan malos pensamientos. Si todo lo que hacemos es decirnos: «No voy a pensar en eso», seguimos pensando en ello cada vez más. El remedio está en pensar en otra cosa, en desterrar el pensamiento malo con uno bueno. No se es bueno por no hacer cosas malas, sino llenando la vida de cosas buenas.

Los versículos 27 y 28 nos presentan a Jesús diciendo una verdad muy seria. La mujer se había dejado llevar por la emoción del momento, y Jesús la devolvió a la realidad. La emoción momentánea no tiene por qué ser mala, pero lo más valioso de la vida es la obediencia de cada día. Los mejores sentimientos no pueden ocupar el lugar de la fidelidad.

La mujer que le echó a Jesús aquella bendición tan española no sabía que la bienaventuranza verdadera de la madre de Jesús la recibió cuando creyó la Palabra de Dios y se entregó a Él en perfecta obediencia *(Lucas 1:38* y *45).*

LA RESPONSABILIDAD DEL PRIVILEGIO

Lucas 11:29-32

> *La gente estaba apiñada escuchando a Jesús, y Él se puso a decirles:*
>
> *—La gente de este tiempo es mala. Pide una señal sobrenatural, pero Dios no le va a dar más señal que la del profeta Jonás: como Jonás fue una señal para los habitantes de Nínive, lo es ahora el Hijo del Hombre a los de este tiempo. La*

Reina del Sur testificará el Día del Juicio en contra de la gente de este tiempo y hará que sea condenada; porque ella vino del otro extremo del mundo para escuchar la sabiduría de Salomón, y aquí hay Uno que es más que Salomón. Y los habitantes de Nínive testificarán el Día del Juicio en contra de la gente de este tiempo, y harán que sea condenada; porque cuando oyeron predicar a Jonás se arrepintieron, y aquí hay Uno que es más que Jonás.

Los judíos querían que Jesús hiciera algo realmente sensacional para demostrarles que era el Mesías. Unos años después, hacia el 45 d.C., un tal Teudas pretendió ser el Mesías e inició una revolución. Hizo que la gente le siguiera, porque les prometió detener las aguas del Jordán haciendo un camino por en medio para pasar al otro lado. No hace falta decir que fracasó, y los romanos acabaron pronto con los rebeldes; pero eso era la clase de cosa que la gente le exigía a Jesús para probar que era el Mesías. No se daba cuenta de que la mayor señal que Dios había de dar nunca era Jesús mismo.

De la misma manera que Jonás había sido una señal de Dios a Nínive, lo era Jesús para los de su tiempo, pero ellos no le reconocieron. Cuando Salomón era rey, la Reina de Sabá reconoció que su sabiduría era sobrenatural, y vino de muy lejos para beneficiarse de ella; cuando Jonás predicó a los habitantes de Nínive, reconocieron en él la auténtica voz de Dios, y se arrepintieron y salvaron de la destrucción. El Día del Juicio, estas personas se levantarán a dar testimonio en contra de los judíos del tiempo de Jesús, porque éstos habían tenido una oportunidad y un privilegio incomparablemente mayores que los suyos y se habían negado a recibirlos. La condenación de los judíos sería tanto más definitiva cuanto fueron mayores sus privilegios.

El privilegio y la responsabilidad van siempre de la mano. Considerad dos de nuestros mayores privilegios y cómo los usamos.

(i) Todos tenemos a nuestra disposición la Biblia, la Palabra de Dios. Se ha pagado un alto precio para que llegara hasta nosotros. Los traductores de la Biblia al español, Casiodoro de Reina y Cipriano de Valera, fueron perseguidos por la Inquisición, y se salvaron de morir en la hoguera gracias a que pudieron huir al

extranjero; otros, como Julianillo Hernández, fueron torturados para que delataran a todos los protestantes que conocieran, y dieron su vida para que la Palabra de Dios entrara en España. Y otro tanto sucedió en otros países, como Inglaterra, donde Wyclif, el primer traductor, y Tindale, el que dio a Inglaterra la primera biblia impresa, sufrieron lo indecible y por último dieron sus vidas por la Palabra de Dios. No hay libro que haya costado tanto como la Biblia. En los países de habla española se consiera a la Biblia Reina-Valera como un clásico, lo que quiere decir para muchos un libro del que se ha oído hablar, pero que casi nadie ha leído. Tenemos el privilegio de poseer un ejemplar de la Biblia, de cualquiera de las varias ediciones ahora disponibles: es un privilegio del que tendremos que dar cuenta.

(ii) Disfrutamos de libertad de cultos, que consideramos como un derecho; y esto también es un privilegio que ha costado muchas vidas. Lo malo es que muchos, como ha dicho humorísticamente alguien, consideran ahora que la *libertad de cultos* quiere decir *libertad para no ir al culto.* Este también es un privilegio del que tendremos que dar cuenta.

Si una persona tiene a Cristo, y el Libro de Cristo, y la Iglesia de Cristo, es heredera de todos los privilegios de Dios. Si, poseyéndolos, no los usa, o los rechaza como hicieron los judíos en tiempos de Jesús, ¿cómo responderá cuando se le pidan cuentas de los privilegios que se le concedieron?

EL CORAZÓN ENTENEBRECIDO

Lucas 11:33-36

> *Jesús siguió diciéndoles:*
>
> *—No se enciende una vela para encerrarla en un armario o ponerla debajo de un cajón, sino para ponerla en el candelero, para que vean los que entran en la habitación. Las ventanas por las que entra la luz al cuerpo son los ojos; cuando los ojos están como es debido, todo el cuerpo tiene toda la luz que necesita; pero cuando los ojos están malos, el cuerpo está en tinieblas. Ándate con cuidado, no sea que lo que debiera darte luz esté apagado. Así es que, si todo tu cuerpo está iluminado,*

sin ningún rincón oscuro, es como cuando hay una lámpara en la habitación, que lo ilumina todo con su luz.

No es fácil entender este pasaje, pero es probable que lo que se nos quiere decir sea lo siguiente. El cuerpo depende de los ojos para captar la luz; si están sanos, el cuerpo recibe la luz que necesita; pero, si están enfermos, la luz se convierte en oscuridad. De la misma manera, *la luz de la vida depende del corazón;* si éste es como es debido, toda la vida está iluminada; si no, toda la vida está en tinieblas. Jesús nos advierte que comprobemos que la luz interior está encendida.

¿Qué es lo que oscurece la luz interior? ¿Qué es lo que puede fallar en nuestro corazón?

(i) El corazón se nos puede *endurecer.* A veces, cuando tenemos que hacer algo con las manos a lo que no estamos acostumbrados, se nos irrita la piel, y nos produce dolor; pero, si lo hacemos con cierta frecuencia, se nos endurece la piel y podemos hacer sin problemas lo que nos hacía daño. Y lo mismo con el corazón. La primera vez que hacemos lo que no debemos sentimos temor y hasta dolor de corazón. Cada vez que lo repetimos sentimos menos temor, hasta que por último no nos produce ni la más mínima inquietud. El pecado tiene un poder endurecedor terrible. No hay nadie que haya dado el primer paso hacia el pecado sin sentir la advertencia de su corazón; pero si comete ese pecado repetidas veces, llegará un momento cuando lo haga como si tal cosa. Lo que antes nos daba miedo o reparo, luego se convierte en un hábito. A nadie le podemos echar la culpa nada más que a nosotros mismos por haber llegado a ese estado.

(ii) El corazón se nos puede *insensibilizar.* Es trágico cómo nos acostumbramos a aceptar las cosas. Al principio sentimos dolor en nuestros corazones al contemplar el sufrimiento y el dolor del mundo; pero muchos acaban por acostumbrarse y aceptarlo sin sentirlo ni lo más mínimo.

Está demostrado que muchas personas sienten más intensamente las cosas cuando son jóvenes que más adelante en la vida. Eso es especialmente cierto en relación con la Cruz de Jesucristo. Florence Barclay nos cuenta cuando la llevaron por primera vez a la iglesia cuando era niña. Era Viernes Santo, y

leyeron toda la historia de la crucifixión. Ella escuchó con atención la negación de Pedro y la traición de Judas; oyó todo lo que dijo Pilato en el juicio; vio la corona de espinas, y las bofetadas de los soldados; oyó que les entregaron a Jesús para que le crucificaran y, cuando llegaron las palabras «Y le crucificaron allí», parecía que a ninguno de los que estaban en la iglesia le importaba; pero la niña escondió la carita en el abrigo de su madre llorando amargamente, y su vocecita quebrantada recorrió el silencio de la iglesia: «¿Por qué le hicieron eso? ¿Por qué se lo hicieron?»

Así es como deberíamos sentir todos la Cruz; pero lo hemos oído tantas veces que ya no nos hace ninguna impresión. Que Dios nos guarde de tener un corazón que ha perdido el poder de sentir la agonía de la Cruz —que Cristo sufrió por nosotros.

(iii) El corazón se nos puede volver *rebelde.* Una persona puede llegar a saber lo que debe hacer, y hacer lo contrario; sentir la mano de Dios sobre su hombro, y encogerlo y retirarlo, y seguir el camino que conduce al país lejano cuando Dios la está llamando para que vuelva a casa.

¡Que Dios nos libre de tener un corazón entenebrecido!

EL CULTO DE LOS DETALLES Y EL OLVIDO DE LO ESENCIAL

Lucas 11:37-44

Cuando Jesús acabó de hablar, un fariseo le invitó a comer con él.

Jesús entró en la casa, y se reclinó a la mesa; y el fariseo se sorprendió mucho de que no se hubiera lavado las manos antes de comer. Entonces Jesús le dijo:

—El hecho es que vosotros los fariseos limpiáis los vasos y los platos por fuera, y por dentro los dejáis llenos de codicia y maldad. ¡Tontos! ¿Es que Dios no ha hecho el interior lo mismo que el exterior? Compartid lo que tenéis con los necesitados, y veréis como todo se os vuelve limpio. ¡Pobres de vosotros, fariseos! Porque consagráis a Dios el diezmo de la menta, y de la ruda, y de todas las hortalizas, y pasáis por alto la equidad y el amor de Dios. El cumplir en lo pequeño no os da derecho a

olvidar lo mayor. ¡Pobres de vosotros, fariseos, porque os encanta ocupar los asientos más importantes de la sinagoga, y que os saluden ceremoniosamente en las plazas! ¡Pobres de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que sois como tumbas tan disimuladas por fuera que uno las puede pisar sin darse cuenta!

El fariseo se sorprendió de que Jesús no se lavara las manos antes de comer. No era cuestión de limpieza, sino de leyes ceremoniales. Se tenían que cumplir los detalles más insignificantes. Se tenían grandes vasijas de agua especialmente para ese fin, porque el agua ordinaria podía estar contaminada; había que usar por lo menos la cuarta parte de un *log,* es decir, lo suficiente para llenar una cáscara de huevo y media. Primero había que verter el agua en la mano empezando por la punta de los dedos de forma que corriera hasta la muñeca; luego había que limpiar cada palma restregándola con el puño de la otra mano; y por último se vertía agua en la mano otra vez, ésta empezando por la muñeca para que corriera hasta la punta de los dedos. Para el fariseo, el omitir el más mínimo de estos detalles era pecado; y el comentario de Jesús fue que, si tuvieran el mismo cuidado en mantener limpio el corazón como en limpiarse las manos, serían mejores personas.

Había algunos impuestos que un judío practicante no se olvidaría de pagar jamás.

(*a*) *Los primeros frutos o primicias de la tierra.* Se ofrecían en el templo siete clases de primeros frutos: los de los trigales, de la cebada, de la viña, de la higuera, del granado, del olivo y de la colmena.

(*b*) *Estaba la «terumá».* Los primeros frutos se ofrecían a Dios, pero la terumá era la contribución al mantenimiento de los sacerdotes, y eran las primicias de todo lo que se cultivaba; había que dar la quincuagésima parte de la producción.

(*c*) *Estaba el diezmo.* Este se pagaba directamente a los levitas, que a su vez pagaban a los sacerdotes el diezmo de todo lo que recibían. Era la décima parte de «todo lo que se puede usar como alimento y se cultiva o crece en la tierra.» Hasta qué punto eran meticulosos en el diezmo los fariseos se ve en que diezmaban hasta la ruda, que la ley decía que no había que diezmar. No les

importaba cómo fueran sus corazones o sus sentimientos, ni si dejaban de cumplir con la equidad u olvidaban el amor; pero no omitían los diezmos.

Los asientos más importantes de la sinagoga eran los que estaban al frente, de cara al auditorio. Los mejores asientos de la congregación eran los de la primera fila, e iban disminuyendo en honor hacia atrás. ¡La ventaja de los asientos principales era que todo el mundo los podía ver!

Cuanto más exageradas eran las muestras de respeto que recibían los fariseos de los que los saludaban en las calles y plazas, mejor para ellos.

El detalle del versículo 44 está en que en *Números 19:16* se establece que «cualquiera que tocare sobre la faz del campo una tumba, siete días será inmundo.» Los inmundos no podían asistir a los cultos. Y podía ser que alguien pisara una tumba sin darse cuenta; pero quedaba inmundo lo mismo. Jesús dijo que los fariseos son exactamente así: aunque no se diera cuenta la gente, su influencia era nociva. El que entrara en contacto con ellos, aunque no se diera cuenta de su corrupción, se contaminaba de ideas falsas acerca de Dios y de lo que Él nos manda.

Dos cosas sobresalían en los fariseos, y por ellas los condenaba Jesús.

(i) Se limitaban a *lo externo.* Mientras se cumpliera eso, lo demás no importaba. Podían tener el corazón tan negro como el infierno, absolutamente falto de caridad y equidad; pero, mientras cumplieran con todos los detalles rituales a su debido tiempo, creían que eran buenos a los ojos de Dios.

Una persona puede que asista regularmente a la iglesia; que estudie la Biblia meticulosamente; que eche mucho dinero en las colectas… Pero si hay en su corazón orgullo y desprecio, si no hay amor en sus relaciones cotidianas con los demás, si es injusto con sus subordinados o fraudulento en su trabajo, no es una persona cristiana. No se puede ser cristiano cuando se cumplen meticulosamente las convenciones de la religión y se olvidan sus realidades.

(ii) Se limitaban a *los detalles.* Comparados con el amor, la amabilidad, la equidad y la generosidad, el lavarse las manos con

meticulosidad y el pagar los diezmos con exactitud matemática son detalles sin importancia. Una vez vino un hombre al doctor Johnson con una historia tétrica: trabajaba en una fábrica de papel, y se había quedado con un trocito de papel y con una cuerdecita, y estaba convencido de que había cometido un pecado mortal, y no hacía más que hablar de ello. Por último, el doctor Johnson le interrumpió: «¡Hombre, deje ya de preocuparse del papelillo y de la guita cuando todos estamos viviendo en un mundo que está a reventar de pecado y de dolor!» ¡Qué a menudo los tribunales y los funcionarios de las iglesias se pierden en detalles de gobierno y de administración eclesiástica que no tienen la menor importancia, y hasta discuten y se pelean sobre ellos, y olvidan las grandes realidades de la vida cristiana!

LOS PECADOS DE LOS LEGALISTAS

Lucas 11:45-54

Uno de los intérpretes de la ley le interpeló:

—¡Maestro, que cuando hablas así nos ofendes a nosotros también!

—¡Pobres de vosotros también, intérpretes de la ley! —le respondió Jesús—. A los demás les imponéis cargas insoportables, pero vosotros no les echáis una mano… ¡ni siquiera un dedo! ¡Pobres de vosotros, que erigís monumentos funerarios a la memoria de los profetas a los que asesinaron vuestros antecesores! Bien se ve que sois sus dignos sucesores: porque ellos los mataron, y vosotros les erigís el memorial. Por eso dijo Dios en su sabiduría: «Les enviaré profetas y apóstoles; pero ellos matarán a algunos, y a otros los perseguirán,» hasta que se les pida cuenta a los de este tiempo de la sangre de todos los profetas que se ha derramado desde el principio de la Historia, es decir, desde la sangre de Abel hasta la de Zacarías, al que mataron entre el altar y el templo; sí, os lo aseguro: de toda esa sangre se le pedirá cuenta a la actual generación. ¡Pobres de vosotros, intérpretes de la ley, que habéis escondido la llave del conocimiento espiritual! No habéis entrado en él vosotros, y a los que querían entrar se lo habéis impedido.

A partir de entonces, los escribas y los fariseos le iban estrechando más y más el cerco, y le provocaban para que diera su opinión de muchas cosas, acechándole para cogerle alguna palabra por la que pudieran acusarle de herejía o blasfemia.

Aquí se exponen tres cargos contra los escribas.

(i) Eran expertos en la ley; les imponían a los demás mil y una cargas de la ley ceremonial, pero ellos no las cumplían, porque eran expertos en la exención. Veamos algunas de sus exenciones.

Lo máximo que se permitía recorrer el sábado eran 2.000 codos, algo menos de un kilómetro, desde su lugar de residencia. Pero si se ataba la cuerda al final de la calle, ése se consideraba su residencia, y podía alejarse de allí un kilómetro; si el viernes por la tarde dejaba en algún sitio alimentos suficientes para dos comidas, ese sitio se consideraba técnicamente como su residencia, y podía recorrer otro kilómetro a partir de allí. ¡Y así sucesivamente!

Uno de los trabajos prohibidos en sábado era hacer nudos, ya fueran de marino, o de camellero, o nudos en sogas. Pero una mujer se podía atar un nudo en el cinturón. ¡Así que, si había que atar el cubo para sacar agua del pozo, se ataba con el cinturón de una mujer, y en paz!

Estaba prohibido llevar cargas; pero estaba escrito en las leyes codificadas que «el que lleva algo, ya sea en la mano derecha o en la izquierda, o en el seno, o al hombro, es culpable; pero el que lleva algo en el reverso de la mano, o con el pie, o en la boca, o al codo, o en la oreja, o en el pelo, o en la bolsa del dinero puesta al revés, o entre la bolsa del dinero y la camisa, o en el forro de la camisa, o en el zapato o la sandalia, no es culpable, porque no lo lleva como se lleva corrientemente.»

Es increíble que pudieran pensar que Dios había hecho leyes semejantes, y que el tener en cuenta esos detalles era un deber religioso, y el cumplirlos era una cuestión de vida o muerte; pero ésa era la religión de los escribas. No nos sorprende que Jesús se metiera con los escribas, y que ellos le consideraran hereje e impío.

(ii) La actitud de los escribas con los profetas era paradójica. Les profesaban una profunda admiración a los de tiempos pasados; pero, si se encontraran con uno, tratarían de matarlo. Honraban a

los profetas muertos con monumentos memoriales, pero deshonraban a los profetas vivos con persecución y muerte.

«Aborrezco en el alma —dice Isaías— vuestras lunas nuevas y vuestras fiestas solemnes» (1:14). «Dios te ha enseñado, oh hombre —dice Miqueas —, dónde está el bien; ¿qué espera Dios de ti sino que obres la justicia, y que ames la misericordia, y que te conduzcas humildemente con tu Dios?» (6:8). Esa era la esencia del mensaje profético, y era la antítesis de la enseñanza de los escribas. No nos sorprende que los escribas, tan dados a los detalles externos, odiaran a los profetas —y Jesús estaba en la línea de los profetas. El asesinato de Zacarías se nos describe en *2 Crónicas 24:20-21.*

(iii) Los escribas bloqueaban el acceso a la Sagrada Escritura. Sus interpretaciones eran tan fantásticas que a la gente corriente le era imposible entenderlas. En manos de los escribas la Escritura se había convertido en un libro de enigmas. En su errado virtuosismo rehusaban ver el mensaje de las Escrituras para ellos mismos, y no se lo dejaban ver a nadie más. Ellos las habían convertido en algo exclusivo de los expertos y en un misterio tenebroso para todos los demás.

No pensemos que esto son sólo cosas del pasado. Sigue habiendo quienes les imponen a los demás unas obligaciones que ellos mismos no se sienten obligados a cumplir. Todavía existen personas para quienes religión no es más que legalismo. Y también hay supuestos eruditos que hacen la Palabra de Dios tan difícil que desconciertan a las personas corrientes, que ya no saben lo que deben creer ni cómo agradar a Dios.

EL CREDO DEL VALOR Y LA CONFIANZA

Lucas 12:1-12

En otra ocasión se había reunido una multitud de decenas de millares de personas, hasta tal punto que se atropellaban unos a otros. Para empezar, Jesús se puso a decirles a sus discípulos:

—Tened cuidado de que no se os pegue la levadura de los fariseos, que es la hipocresía. Lo que está encubierto acaba por descubrirse, y lo que está escondido acaba por saberse. Así

que todo lo que se ha susurrado a escondidas se oirá a la luz del día, y lo que se ha dicho dicho al oído en las habitaciones privadas se voceará desde las azoteas. Pero os tengo que advertir de una cosa, amigos: No les tengáis miedo a los que no pueden hacer más que matar el cuerpo. Os descubriré a Quién debéis temer: Al Que, después de quitar la vida, tiene poder para arrojaros al infierno. A Ese es a Quien debéis temer. ¿No es verdad que se venden cinco pajarillos por dos pesetas? Pues, a pesar de todo, a Dios no se le pasa por alto ninguno de ellos. En cuanto a vosotros, Dios tiene contados hasta los pelos de vuestra cabeza. No tengáis miedo; porque para Dios vosotros valéis más que muchos pajarillos. Y otra cosa: Si alguien reconoce delante de la gente que me conoce y es de los míos, también el Hijo del Hombre que soy Yo le reconoceré a él en presencia de los ángeles de Dios; pero si alguien niega que me conoce y es de los míos ante la gente, tampoco Yo le reconoceré a él ante los ángeles de Dios. A todos los que digan algo contra el Hijo del Hombre, se les puede perdonar; pero al que insulte al Espíritu Santo, a ese no se le puede perdonar. Cuando os lleven prisioneros a las sinagogas, o ante los jueces o los gobernadores, no os preocupéis de cómo o qué tenéis que decir o contestar; porque el Espíritu Santo os enseñará en aquel momento lo que tenéis que decir.

Cuando leemos pasajes como este, nos acordamos de la definición judía de la predicación, *jaraz,* que quiere decir *sarta de perlas.* Este pasaje parece una colección de perlas ensartadas, sí, pero sin la rígida conexión que exige la moderna predicación. Aquí encontramos varias ideas sobresalientes.

(i) Se nos habla del *pecado prohibido,* que es *la hipocresía.* La palabra *hipócrita* empezó significando *alguien que contesta;* así es que *hipocresía* quería decir originalmente *contestación.* En un principio esta palabra se refería al fluir ordinario de preguntas y respuestas en una conversación o diálogo; y luego se usó para referirse al diálogo *de una comedia;* y de ahí pasó a significar *hacer un papel.* El hipócrita no es una persona genuina, sino alguien que está representando a un personaje; de ahí que lleva consigo la idea

de insinceridad. Dios prefiere habérselas con un pecador auténtico antes que con un farsante que se finge bueno.

(ii) Se nos dice que *la actitud correcta ante la vida* debe ser *la intrepidez.* Hay dos razones para no tener miedo.

(*a*) El poder de un hombre sobre otro se limita a esta vida: se puede matar el cuerpo, *pero no* el alma. En la guerra de 1914-18 se publicó un chiste en un periódico de humor, en el que se representaba al Emperador alemán diciéndole al rey Alberto de Bélgica: «Así es que ahora lo has perdido todo.» A lo que contestaba el belga: «¡Menos el alma!»

Dios es el único que tiene poder sobre el alma humana; por tanto, es absolutamente razonable temer a Dios y no a los hombres. Del reformador escocés John Knox se dijo al depositar su cuerpo en la tumba: «Aquí yace uno que tuvo tanto temor de Dios que nunca temió a ningún hombre.»

(*b*) El cuidado de Dios es individualizado. Para Él nunca se pierde nadie en la multitud. Mateo dice: «¿No se venden dos pajarillos por una peseta?» (10:29). Y Lucas dice aquí: «¿No es verdad que se venden *cinco* pajarillos por dos pesetas?» Al que estaba dispuesto a gastarse, no una peseta sino dos, le daban cinco pajarillos en vez de cuatro; es decir, que le daban uno de propina. Pero ni siquiera ese que no tiene precio está olvidado de Dios. Hasta los cabellos de nuestra cabeza están contabilizados. ¡Se calcula que una persona rubia tiene unos 145.000 cabellos, una morena 120.000, y una pelirroja 90.000! Los judíos estaban tan impresionados con el cuidado individual de Dios que decían que cada brizna de hierba tiene su ángel de la guarda. Ninguno tiene por qué temer, porque podemos decir: «¡Dios cuida de *mí*!»

(iii) Aquí se nos habla del *pecado imperdonable,* que es el pecado contra el Espíritu Santo. Mateo y Marcos especifican que Jesús habló de este pecado cuando los escribas y fariseos atribuyeron su poder sanador al príncipe de los demonios en vez de a Dios *(Mateo 12:31, 32; Marcos 3:28, 29)*. Aquellos hombres estaban viendo la gracia y el poder de Dios en acción, y decían que era el diablo el que estaba obrando. Para entender esto tenemos que recordar que Jesús hablaba del Espíritu Santo según lo que los judíos sabían, y no en el pleno sentido cristiano.

Para un judío, el Espíritu de Dios tenía dos grandes funciones. Por medio de su Espíritu Dios comunicaba la verdad a los hombres, y estos sólo podían reconocer y captar la verdad de Dios por la acción del Espíritu Santo en su mente y corazón. Ahora bien, si una persona no ejercita una facultad, acaba por perderla. Si prescindimos de usar alguna parte de nuestro cuerpo, acabará por atrofiarse. Darwin decía que, cuando era joven, le gustaban mucho la música y la poesía; pero se dedicó tan totalmente a la biología que las abandonó completamente. En consecuencia, la poesía llegó a no tener ningún valor para él, y la música no era más que un ruido; y decía que, si viviera otra vez, se cuidaría de cultivar y no perder la facultad de disfrutar de la poesía y de la música.

Exactamente de la misma manera podemos perder la facultad de reconocer a Dios. Si persistimos en rechazar su Palabra, y no seguimos más que nuestro propio criterio, cerrando los ojos y los oídos para no ver ni oír a Dios, podemos llegar a la condición de no poder reconocerle cuando le veamos u oigamos, y para nosotros el bien sea como el mal y el mal como el bien. Eso es lo que les había sucedido a los escribas y fariseos: habían llegado a ser tan sordos y ciegos para Dios que cuando Él vino le tomaron por el diablo.

¿Por qué es imperdonable ese pecado? Porque en ese estado *el arrepentimiento ya es imposible.* Si una persona ni siquiera se da cuenta de que es pecadora, si la bondad ya no la atrae, no se puede arrepentir. No es Dios quien la ha excluido: se ha excluido a sí misma con su actitud cerrada. Eso quiere decir que el que teme haber cometido el pecado imperdonable, no lo ha cometido; porque, si lo hubiera cometido estaría tan muerto para Dios que ya no le preocuparía esa posibilidad.

(iv) Aquí se nos habla de *la lealtad recompensada.* Esa recompensa no es una cosa material. Es que, en el Cielo, Jesús dirá de nosotros: «Esa persona era mía. ¡Bien hecho!»

(v) Aquí se nos habla de *la ayuda del Espíritu Santo.* En el cuarto evangelio, el título preferido del Espíritu Santo es el *Paráclito.* En griego, *parakletos* es *uno que está cerca para ayudar.* Se puede referir a un testigo, o a un abogado que nos defiende en un juicio. En el día de la prueba no tenemos por qué temer, porque nada

menos que el Espíritu Santo de Dios estará a nuestro lado para defendernos.

EL LUGAR DE LAS POSESIONES EN LA VIDA

Lucas 12:13-34

Uno de tantos se dirigió a Jesús, y le pidió:

—Maestro, hazme el favor de decirle a mi hermano que reparta la herencia conmigo.

—¡Pero, hombre! —le contestó Jesús— ¿quién me ha puesto a mí de juez o repartidor entre vosotros? —Y entonces se dirigió a todos—: ¡Guardaos muy mucho de toda clase de avaricia! La vida humana no consiste en la cantidad de riquezas que se tienen—. Y entonces les contó una parábola—: Érase una vez un tío muy rico, y su hacienda producía unas cosechas de miedo. Y él cabilaba y se decía para sus adentros: ¿Qué voy a hacer ahora? Porque ya no tengo sitio donde meter toda la cosecha.» Y tuvo una idea: «¡Ya sé lo que voy a hacer! Voy a derribar los almacenes y a construirlos más grandes, y así podré guardarme todas mis cosechas y mis riquezas. Y entonces me diré: ¡Venga, tú! ¡Ahora sí que tienes un montón de cosas buenas seguras para mucho tiempo! ¡Deja ya de trabajar, y dedícate a comer y a beber lo que te dé la gana, y a pasártelo bien!» Pero entonces Dios le dijo: «¡Idiota! Esta misma noche te vas a morir, ¿y quién va a disfrutar de todo lo que has almacenado?» Eso es lo que le pasa al que no se preocupa más que de amasar riquezas, y para Dios es un pobre hombre.

Luego les dijo Jesús a sus discípulos:

—Por eso Yo os digo que no os aperreéis por las cosas de la vida como qué vais a comer o qué os vais a poner; porque la vida es mucho más que lo que se come, y el ser persona es mucho más que lo que se lleva puesto. Fijaos en los pájaros, que ni siembran, ni siegan, ni tienen frigorífico ni despensa, y Dios los alimenta. ¿Es que no valéis vosotros más que los pájaros? ¿Podéis acaso añadirle un palmo a vuestra vida a base de preocuparos? Pues, si no os sirve para cambiar lo que tiene menos importancia, ¿para qué preocuparos por lo que

está por encima de vosotros? Fijaos en cómo crecen los lirios, que ni labran la tierra, ni hilan, ¡pero os aseguro que ni Salomón, con toda su gloria, se vistió como uno de ellos! Pues si Dios viste así a la hierba, que tal que hoy está en el campo, y mañana la usan para encender el horno, ¿os cuesta creer que Dios lo hará más todavía con vosotros? Así que no os preocupéis por lo que vais a comer o a beber, ni viváis sobre ascuas, como les pasa a los que no conocen a Dios. ¡Vuestro Padre celestial sabe que necesitáis todo eso, y Él se preocupa de que no os falte! Así que vosotros, si os dedicáis por entero al Reino de Dios, recibiréis además todo lo demás que necesitáis. ¡No tengáis miedo, rebañito mío: a vuestro Padre le encanta daros el Reino! Vended vuestras posesiones y dadles el producto a los que no tienen nada; así es como se adquiere una riqueza que no se gasta nunca, y un tesoro que no se agota jamás; porque ahí no llegan las polillas, ni se introducen los ladrones. Así es que poned todas las ilusiones de vuestro corazón allí donde está vuestro verdadero tesoro.

No era extraño en la Palestina de aquel tiempo el llevar los pleitos a los rabinos más respetables; pero Jesús se negó a dejarse involucrar en cuestiones de dinero. Eso sí: aprovechó la ocasión para establecer cuál había de ser la actitud de sus seguidores en relación con las cosas materiales. Jesús tenía algo que decirles tanto a los que tenían abundancia de bienes materiales como a los que no.

(i) Jesús dirigió esta parábola del Rico Insensato a los que tienen muchos bienes de este mundo. Dos cosas resaltan en ese hombre.

(*a*) *Nunca veía más allá de sí mismo.* Es la parábola en que aparecen más palabras de la primera persona: yo, me, mí, mi, mío. A un alumno le preguntaron una vez qué clase de palabras eran *mío* y *tuyo,* y contestó: «Pronombres agresivos» —en vez de *posesivos*. El rico insensato era agresivamente egoísta. Si le sobraba algo, no pensaba en dárselo a nadie. Toda su actitud era lo contrario del Evangelio: en vez de negarse a sí mismo se afirmaba agresivamente a sí mismo; en vez de encontrar la felicidad en el dar, la buscaba en el guardar para sí.

El principio de John Wesley era *ahorrar* todo lo que pudiera, y *dar* todo lo que pudiera. Cuando estaba en Oxford tenía unos ingresos de 30 libras al año: vivía con 28 y daba las otras 2. Cuando sus ingresos ascendieron a 60 libras, a 90 y a 120 al año, todavía vivía con 28 y daba el resto. El inspector general de la plata le dijo que tenía que pagar un impuesto, y Wesley contestó: «Tengo dos cucharillas de plata en Londres y otras dos en Bristol. Esa es toda la plata que tengo de momento, y no tengo intención de comprar más mientras haya tantas personas a mi alrededor que necesitan pan.» Los romanos tenían el dicho de que el dinero es como el agua del mar: cuanta más se bebe, más sed se tiene. Mientras se tenga la actitud del rico insensato, el deseo es tener más —y eso es lo contrario del Evangelio.

(*b*) *Nunca veía más allá de este mundo.* Todos sus planes eran para esta vida. Una vez estaban hablando un joven ambicioso y un hombre mayor que conocía la vida. El joven decía: «Me prepararé para una profesión.» Y el hombre le preguntaba: «¿Y luego?» «Pondré un negocio.» «¿Y luego?» «Haré una fortuna.» «¿Y luego?» «Supongo que me iré haciendo viejo, y me retiraré y viviré de las rentas.» «¿Y luego?» «Bueno, supongo que algún día me tendré que morir.» *«¿Y luego?»* ¡Inquietante final! El que no quiere acordarse de que hay otra vida está destinado a sufrir la más trágica desilusión.

(ii) Pero Jesús tenía algo que decirles a los que tenían pocos bienes de este mundo. En todo este pasaje, lo que Jesús prohíbe es *la ansiedad* o *la preocupación.* Jesús no dijo nunca que tenemos que vivir como unos vagos, o manirrotos, o pródigos. Lo que sí dijo es que tenemos que hacerlo todo lo mejor posible, y dejar el resto a Dios. Los lirios de los que habla Jesús eran las amapolas, que pueblan las laderas de los montes después de los infrecuentes chubascos veraniegos. En un día florecen y mueren. La leña escaseaba en Palestina, y se usaba la hierba y las flores secas para calentar el horno. «Si Dios —dijo Jesús— se cuida de los pájaros y de las flores, ¡cuánto más se cuidará de vosotros!»

Jesús dijo: «Buscad en primer lugar el Reino de Dios.» Ya hemos visto que el Reino de Dios se hace realidad en la Tierra cuando se hace la voluntad de Dios tan perfectamente como en el Cielo; así es

que Jesús estaba diciendo: «Aplicad todo vuestro esfuerzo a obedecer a la voluntad de Dios, y contentaos con eso. Mucha gente aplica todos sus esfuerzos a amontonar cosas que por naturaleza no pueden durar. Trabajad por las cosas que duran para siempre, que no tendréis que dejar atrás cuando salgáis de este mundo, sino que podréis llevar con vosotros.»

En Palestina, como en el resto del mundo, la riqueza se veía muchas veces en la manera de vestir; ¡pero la ropa lujosa puede ser presa de las polillas! En cambio, si una persona viste su alma con ropa de honor y pureza y bondad, nada de este mundo la puede estropear. Si buscamos nuestro tesoro en el Cielo, allí se orientarán los anhelos del corazón; y, si en la Tierra, en ella quedará retenido nuestro corazón, y algún día tendremos que decirles adiós; porque, como dice el tenebroso y realista proverbio español, «Una mortaja no tiene bolsillos.»

ESTAD PREPARADOS

Lucas 12:35-48

Jesús siguió diciéndoles:

—Tened bien ajustado el cinturón, y mantened las lámparas encendidas; figuraos que sois unos siervos que están esperando a su Señor, que vuelve de celebrar su boda, y que están listos para abrirle en seguida en cuando llegue y llame a la puerta. ¡Felices los siervos a los que halle velando su Señor cuando regrese! ¡Os aseguro que se pondrá el delantal, los invitará a sentarse a la mesa y se pondrá a servirles! Aunque llegue al filo de la medianoche, o de madrugada, ¡felices los siervos a los que su Señor encuentre así! Tened esto bien presente: que si el amo de la casa supiera a qué hora se le puede presentar el ladrón, no correría el riesgo de que le minaran la casa por haberse ido a la cama. Así es que vosotros, aplicaos el cuento, y manteneos alerta, ¡porque este Hijo del Hombre se os va a presentar a cualquier hora inesperada!

Pedro entonces le preguntó:

—Señor, ¿esa parábola va sólo por nosotros, o es para todo el mundo?

—¿Quién crees tú que puede ser el mayordomo fiel y precavido al que su Señor va a poner al cuidado de toda su casa para que organice el trabajo de todos y le dé a cada uno su tarea y su ración? —le contestó Jesús—. ¡Feliz el siervo al que encuentre su Señor haciéndolo así a su regreso! Os aseguro que será a ese al que pondrá al cuidado de todos sus bienes. Pero si el tal siervo dice para sus adentros: «El regreso de mi Señor va para largo»; y se pone a maltratar a los criados y a las criadas, y no se dedica más que a comer y a beber y a emborracharse, el día y la hora que llegue inesperadamente el Señor de ese siervo le dará su merecido y le retirará totalmente su confianza. El siervo que sabía lo que quería su Señor que hiciera, y no se organizó, ni lo hizo, recibirá más palos que otro, que a lo mejor no sabía lo que quería su amo, y que en su ignorancia mereció el castigo. Está claro que, al que se le haya confiado mucho, se le pedirán cuentas de mucho; y al que se haya encargado mucho, mucho se le exigirá.

Este pasaje tiene dos sentidos. El más literal se refiere a la Segunda Venida de nuestro Señor Jesucristo; y un sentido más amplio se refiere a cuando el Señor nos llama a su servicio, y que debemos estar preparados para rendirle cuentas.

Se alaba al siervo que está preparado. La ropa larga y suelta de los orientales no era la más adecuada para ciertos trabajos; así es que cuando uno se disponía a trabajar se sujetaba bien el cinturón para tener más movilidad. La lámpara oriental era una mecha de algodón que flotaba en una jarrita de aceite; había que mantener la mecha recortada y el depósito de aceite lleno para que no se apagara.

Nadie sabe el día ni la hora en que la eternidad invadirá el tiempo y habremos de dar cuenta. ¿Cómo queremos que nos encuentre Dios?

(i) Querríamos que nos encontrara *con nuestra tarea terminada.* Para muchos de nosotros la vida está llena de cabos sueltos: tenemos cosas sin acabar y cosas a medio hacer, cosas aplazadas y cosas que ni siquiera hemos intentado. Siempre ha habido quienes se han dado cuenta de esta tendencia humana, como Lope de Vega:

¿Qué tengo yo, que mi amistad procuras?
¿Qué interés se te sigue, Jesús mío,
que a mi puerta, cubierto de rocío,
pasas las noches del invierno oscuras?
¡Ah, cuánto fueron mis entrañas duras
pues no te abrí! ¡Qué extraño desvarío,
si de mi ingratitud el hielo frío
secó las llagas de tus plantas puras!
¡Cuántas veces el ángel me decía:
«Alma, asómate ahora a la ventana,
verás con cuánto amor llamar porfía!»
¡Y cuántas, Hermosura soberana,
«Mañana le abriremos», respondía
para lo mismo responder mañana!

Jesús pudo decirle al Padre: «He acabado la obra que me diste que hiciera» *(Juan 17:4)*. Y Pablo: «He acabado la carrera» *(2 Timoteo 4:7)*. No debe sorprendernos la noche con nuestro trabajo sin terminar.

(ii) Querríamos que Dios nos encontrara *en paz con los demás.* Sería horrible salir de este mundo llevando o dejando amargura. No debiéramos dejar que se pusiera el sol sin zanjar un desacuerdo *(Efesios 4:26),* y menos si el sol se ha de poner por última vez para nosotros —que no sabemos cuándo será.

(iii) Querríamos que Dios nos encontrara *en paz con Él.* Al final todo dependerá de si pensamos que vamos a encontrarnos con un extraño o con un enemigo, o a dormir en los brazos de un Padre.

En la segunda sección de este pasaje, Jesús traza las semblanzas del mayordomo fiel y del infiel. En Oriente, el mayordomo tenía unos poderes casi ilimitados. Era un esclavo como los demás, pero estaba a cargo de los otros. Un mayordomo de confianza gobernaba la casa de su amo y administraba su hacienda. El mayordomo insensato cometió dos errores.

(i) Se dijo: *Haré lo que me dé la gana mientras mi amo esté fuera.* Olvidó que el día de rendir cuentas tenía que llegar. Tenemos la costumbre de dividir la vida en compartimentos estancos: hay una parte en la que nos acordamos de Dios, y otra en la que no. Trazamos una línea entre lo sagrado y lo profano. Pero, si nos

hemos enterado de lo que es el Evangelio, sabremos que no hay una parte de nuestra vida de la que el Señor está ausente. Trabajamos y vivimos siempre ocupados en los negocios del Señor, y Él nos ve siempre.

(ii) Se dijo: *Me sobra tiempo para arreglar las cosas antes que venga el amo.* No hay nada más fatal que el creernos que hay tiempo de sobra. Jesús dijo: «Me es necesario hacer las obras del que me envió entre tanto que el día dura; la noche viene, cuando nadie puede trabajar» *(Juan 9:4)*. Denis Mackail nos cuenta que cuando Sir James Barrie era viejo no quería hacer planes o invitaciones para dentro de mucho tiempo, sino que decía: «Todo a corto plazo.» Los españoles sabemos muy bien las oportunidades que perdemos y lo que se queda sin hacer por dejar las cosas para mañana.

Este pasaje termina advirtiéndonos que el conocimiento y el privilegio siempre conllevan responsabilidad. El pecado es doblemente pecaminoso en una persona que sabe lo que se hace; el fracaso es doblemente culpable en el que ha tenido la oportunidad de hacer las cosas bien.

LA VENIDA DE LA ESPADA

Lucas 12:49-53

> *—Yo he venido para pegarle fuego al mundo. ¡Qué más quisiera que ya estuviera ardiendo! —siguió diciendo Jesús—. Tengo que sumergirme en la marea del sufrimiento, ¡y cómo me angustio hasta pasarlo todo hasta el fin! ¿Es que creéis que he venido para que el mundo descanse en paz? ¡De eso nada! He venido para producir inquietud. Desde ahora en adelante, si en una familia son cinco, van a estar divididos tres contra dos y dos contra tres. Se van a enfrentar el padre contra el hijo y el hijo contra el padre; la madre contra la hija y la hija contra la madre; la suegra contra la nuera y la nuera contra la suegra.*

A los que estaban empezando a ver en Jesús al Mesías, el Ungido de Dios, estas palabras tienen que haberles producido una terrible conmoción. Esperaban un Mesías que fuera un rey conquistador, y una era mesiánica que fuera la edad de oro.

(i) En el pensamiento judío el fuego suele ser un símbolo del *juicio.* Así es que Jesús veía la venida de su Reino como un tiempo de juicio. Los judíos estaban convencidos de que Dios juzgaría a los demás pueblos con una medida, y a ellos con otra; que, por el mero hecho de ser judíos, ya tenían garantizada la absolución. Pero, por mucho que nos esforcemos en ignorar el elemento de juicio del mensaje de Jesús, ahí sigue firmemente establecido.

(ii) La versión Reina-Valera y otras muchas traducen el versículo 50: «De un bautismo tengo que ser bautizado.» El verbo griego *baptizein* quiere decir *sumergir,* y en la voz pasiva *ser sumergido.* A menudo se usa metafóricamente. Por ejemplo: se usa de un barco que se hunde bajo las olas; se puede usar refiriéndose a un hombre que «se sumerge» en la bebida y está borracho; o acerca de un estudiante que «se sumerge» en el estudio, o que «naufraga» en un examen. Pero principalmente se usa acerca de una persona sumergida en alguna experiencia tenebrosa y terrible; como dice el salmista: «Todas tus ondas y tus olas han pasado sobre mí» *(Salmo 42:7).*

En este sentido habla aquí Jesús. «Tengo que pasar una experiencia terrible, y la vida está llena de tensión hasta que la pase y salga triunfante de ella.» La cruz siempre estaba presente en su pensamiento. ¡Qué diferente de la idea judía del Mesías! Jesús no vino al mando de ejércitos vengadores con banderas desplegadas, sino para dar su vida en rescate por muchos *(Mateo 20:28,* y *Marcos 10:45).*

1 Jerusalén, ¡despierta ya, — oye de hosannas el clamor!
Tu redención cercana está: — ¡las puertas abre al Salvador!

2 Manso y humilde viene a ti, — sin mundanal ostentación,
Vástago regio de Isaí — que hereda el trono de Sión.

3 Grata recibe al Adalid — que pueblos viene a conquistar.
Nunca tal gloria el rey David — logró en sus tiempos alcanzar.

4 Inmenso, eterno es su poder; — grande sin límites su amor.
Solo y muriendo ha de vencer, — sin otras armas que el dolor.

JUAN BAUTISTA CABRERA

(iii) Su venida era inevitable que trajera división; y así sucedió. Esa fue una de las razones por las que los romanos odiaron el cristianismo: dividía las familias. Una y otra vez una persona tenía que decidir si amaba más a su familia que a Cristo. La esencia del Evangelio está en que la lealtad a Cristo tiene prioridad sobre todas las demás de la Tierra. Todos tenemos que estar dispuestos a darlo todo por perdido por el excelente conocimiento de Jesucristo *(Filipenses 3:8).*

MIENTRAS HAY TIEMPO

Lucas 12:54-59

Jesús les decía también a todos los que se habían reunido:

—Cuando veis venir una nube del Poniente, decís: «Agua viene.» Y no os equivocáis. Y cuando sopla el viento del Sur, decís: «Va a hacer calor.» Y lo hace. ¡Sois unos farsantes! ¿Cómo es que sabéis distinguir las señales del Cielo y de la Tierra, y no reconocéis las señales de este tiempo? ¿Por qué no os dais cuenta de lo que tenéis que hacer? Cuando te dirijas al juez en compañía de tu adversario, aprovecha el camino para llegar a un acuerdo con él; no sea que te deje a merced del juez, y el juez te entregue al guardia, y el guardia te meta en la cárcel. Te aseguro que no vas a salir de allí hasta que hayas pagado hasta el último céntimo.

Los judíos de Palestina eran muy listos para predecir el tiempo atmosférico. Cuando veían formarse nubes en el Oeste, donde está el Mediterráneo, sabían que venían lluvias. Cuando soplaba el siroco, es decir, el viento del desierto, sabían que se les echaba encima el calor. Pero los que eran tan listos para interpretar las señales de los cielos no sabían, o no querían, leer las señales del plan de Dios en la Historia. Si lo hubieran hecho, habrían visto que el Reino de Dios estaba al llegar.

Jesús usó una ilustración muy clara. Dijo: «Cuando te van a meter en un pleito, llega a un acuerdo con tu contrario antes de que el asunto llegue al tribunal; porque si no vas a acabar en la cárcel y no vas a salir de allí hasta que sueltes todo lo que se te imponga.» Se supone que la persona en cuestión lleva las de perder. «Todos —

implica Jesús— estamos en deuda con Dios. Si nos queda algo de sentido común haremos las paces con Él antes que sea demasiado tarde.»

Jesús y todos sus fieles servidores han tenido muy en cuenta que el tiempo no espera. Como decía Francisco de Quevedo:

Ayer se fue; mañana, no ha llegado;
Hoy se está yendo sin parar un punto.
Soy un fue y un será y un es cansado.

Hay cosas que no se pueden dejar para mañana, y la principal es hacer las paces con Dios.

En el versículo 59 se menciona en la versión Reina-Valera «la última blanca». Ya nos hemos encontrado con algunas referencias al dinero de entonces, y nos será útil resumir la información de que disponemos sobre las monedas de tiempos de Jesús. Eran las siguientes:

El *lepton,* que R-V traduce *blanca.* Esta palabra quiere decir *delgado;* era la moneda más pequeña, la que echó la viuda de *Marcos* 12:42. Valía 1/8 de *assarion.*

El *kodrantes*, R-V *cuadrante*, equivalía a dos blancas. Se menciona en *Mateo* 5:26. = 1/4 de *assarion.*

El *assarion,* R-V *cuarto,* valía menos de 1 peseta. Se menciona en *Mateo* 10:29, y *Lucas* 12:6, donde lo hemos traducido por pesetas. 1/16 de *denario.*

El *denario,* de cuyo nombre deriva el español *dinero,* que valía 1 duro, y era el salario de un día de trabajo *(Mateo 20:2)*; fue la moneda de la que el Buen Samaritano le dio dos al mesonero *(Lucas 10:25)*.

La *drachma* era una moneda de plata que valía lo mismo que 1 denario. Era la moneda que buscaba la mujer de la parábola *(Lucas 15:8)*.

La *didrachma* o el *medio siclo* valía como 15 pesetas, era el impuesto que pagaban todos los israelitas en el templo, y fueron 30 didracmas las que le pagaron a Judas por traicionar a Jesús.

El *shekel* o *siclo,* R-V *estatero,* valía 30 pesetas, y fue la moneda que encontró Pedro dentro del pez *(Mateo 17:27)*.

La *mina* es la moneda que se nos menciona en la parábola de *Lucas 19:11-27.* Valía 100 dracmas, unas 5.000 pesetas.

El *talento,* no era una moneda sino algo más de 20 kilos de plata, y equivalía a 6.000 dracmas, es decir, unas 30.000 pesetas. Se menciona en *Mateo 18:24*, y en la parábola de los talentos *(Mateo 25:14-30)*.

Para hacernos una idea aproximada de la equivalencia relativa de estas monedas con la nuestra actual debemos tener presente que el denario era el salario diario de un obrero.

EL SUFRIMIENTO Y EL PECADO

Lucas 13:1-5

> *Por entonces estaban allí unos que le contaron a Jesús la matanza que había ordenado Pilato de ciertos galileos, cuya sangre se mezcló con la de los sacrificios que habían ido a ofrecer. Jesús les dijo:*
>
> *—¿Creéis que a esos galileos les pasó todo aquello porque eran más pecadores que el resto de los galileos? Pues Yo os digo que no. Más aún: os advierto que si no cambiáis de vida, todos vais a sucumbir lo mismo que ellos. ¿O creéis que la torre de Siloé les cayó encima a aquellos dieciocho, y los mató, porque habían acumulado más culpas que todos los demás habitantes de Jerusalén? Pues Yo os digo que no; y os lo advierto: si no cambiáis de vida, todos vais a sucumbir exactamente igual.*

Aquí se hace referencia a dos desastres de los que no tenemos otra información, así es que no podemos más que hacer conjeturas.

En primer lugar, el asunto de los galileos a los que asesinó Pilato en medio de sus sacrificios. Como ya hemos visto, los galileos eran bastante propensos a meterse en líos políticos, porque se inflamaban fácilmente. Por aquel tiempo Pilato había tenido serios problemas. Había decidido que Jerusalén necesitaba renovar y mejorar su provisión de agua. Propuso financiar la construcción con parte del dinero del templo. Era una buena causa, y el gasto estaba más que justificado. Pero ante la mera sugerencia de que se usara el dinero del templo, los judíos se rebelaron. Cuando empezaron a

reunirse multitudes, Pilato ordenó a sus soldados que se mezclaran con la gente llevando mantos por encima de su uniforme militar para disimularlo. Se les dijo que llevaran porras en vez de espadas. A la señal convenida tenían que caer sobre la multitud y dispersarla. Así se hizo; pero los soldados aplicaron más violencia de la convenida y conveniente, y murió bastante gente. Es casi seguro que habría galileos mezclados en el asunto. Sabemos que Pilato y Herodes estaban enemistados, y sólo se reconciliaron cuando Pilato le mandó a Jesús a Herodes para que le juzgara *(Lucas 23:6-12)*. Puede que fuera este incidente de aquí el que produjo la enemistad.

En cuanto a los dieciocho que murieron cuando se les cayó encima la torre de Siloé, todavía sabemos menos. La versión Reina-Valera les aplica la palabra *culpables,* y la palabra original quiere decir literalmente *deudores,* que, como era corriente en hebreo y aparece en la Oración Dominical, quería decir lo mismo. Pero es posible que ahí esté la clave. Se ha sugerido que eran hombres que habían aceptado trabajar para Pilato en aquel odiado acueducto; y en ese caso, el dinero que ganaban pertenecía a Dios y había que devolvérselo, porque se le había robado; y puede que se hubiera corrido la voz entre la gente de que se les había caído encima la torre porque se habían prestado a hacer un trabajo que Dios no aprobaba.

Pero hay más que un problema histórico en este pasaje. Los judíos consideraban que el pecado y el sufrimiento estaban inseparablemente unidos. Hacía mucho, Elifaz le había dicho a Job: «Recapacita ahora: ¿qué inocente se ha perdido jamás?» *(Job 4:7)*. Esa era una doctrina demoledora y cruel, como Job sabía muy bien; y Jesús la negó rotundamente en el plano individual. Como todos sabemos muy bien, son a menudo los más buenos los que tienen que sufrir más.

Pero Jesús siguió diciendo que, si los que le estaban escuchando no se arrepentían, también perecerían. ¿Qué quería decir? Una cosa está fuera de toda duda, y es que Jesús previó y predijo la destrucción de Jerusalén, que sucedió el año 70 d.C. *(*cp. *Lucas 21:21-24)*. Jesús sabía muy bien que si los judíos seguían con sus intrigas, revoluciones, conspiraciones y ambiciones políticas, sencillamente iban a cometer un suicidio nacional; Jesús sabía que,

a fin de cuentas, Roma iba a intervenir y acabar con la nación; y eso fue lo que sucedió. Así que lo que Jesús quería decir era que si la nación judía seguía buscando un reino terrenal y rechazando el Reino de Dios sólo podía tener un fin.

Si lo tomamos así, nos deja, a primera vista, en una situación paradójica: no podemos decir que el sufrimiento del individuo sea la consecuencia inevitable del pecado, pero sí podemos decir que el pecado y el desastre nacionales están íntimamente relacionados. La nación que escoge el mal camino acabará sufriendo por ello. Pero el caso del individuo es muy diferente. No es una unidad aislada, sino unida con otros en la solidaridad de la vida. A menudo puede que uno objete, hasta enérgicamente, al curso que está tomando su nación; pero, cuando llegan las consecuencias de esa decisión nacional, no puede escapar a ellas. El individuo se ve involucrado a menudo en una situación de la que no es personalmente responsable, y si sufre no es por su culpa; pero la nación es una unidad, y escoge su propia política y cosecha su fruto. Siempre es peligroso atribuir el sufrimiento humano al pecado humano; pero es indudable que la nación que se rebela contra Dios va camino del desastre.

EL EVANGELIO DE LA NUEVA OPORTUNIDAD Y LA AMENAZA DE LA ÚLTIMA OPORTUNIDAD

Lucas 13:6-9

> *Jesús les contó una parábola:*
>
> *—Érase un hombre que tenía una higuera en medio de la viña; y venía a ver si daba fruto, pero nada. Así es que le dijo al viñador: «Llevo tres años viniendo a recoger el fruto de esta higuera, y no da ni un higo; así que, córtala, porque no hace más que esquilmar la tierra de alrededor.» Pero el viñador le contestó: «Señor, déjala todavía este año, para que yo la cave y abone bien; y si después da fruto, bien; y si no, la cortas.»*

Aquí tenemos una parábola que irradia gracia, pero que está preñada de advertencias al mismo tiempo.

(i) La higuera *estaba en una situación privilegiada.* No era raro ver higueras y otros frutales en las viñas. La buena tierra escaseaba, y había que aprovecharla bien; la higuera de esta historia tenía buenas posibilidades, pero no las aprovechaba. Repetidamente, directa e indirectamente Jesús nos recuerda que se nos va a juzgar por las oportunidades que hayamos tenido. C. E. M. Joad dijo una vez: «Tenemos poderes de dioses, y los usamos como escolares irresponsables.» Nunca ha habido una generación a la que se le confiara más que a la nuestra y, por tanto, será la que tenga que responder de más.

(ii) La parábola nos enseña que *la inutilidad invita al desastre.* Se ha pretendido que todo el proceso de la evolución en este mundo consiste en producir cosas útiles, y que lo útil irá de fortaleza en fortaleza, mientras que lo inútil será eliminado. La pregunta más inquietante que se nos puede dirigir es: «¿Para qué has servido tú en este mundo?»

(iii) Además, la parábola nos enseña que *lo que no hace más que recibir no debe sobrevivir.* La higuera estaba chupando la sustancia y esquilmando la tierra a su alrededor, y a cambio no producía nada. Ahí estaba su pecado. En última instancia no hay más que dos clases de personas en el mundo: los que sacan más de lo que aportan, y los que aportan más de lo que sacan.

En cierto sentido, todos estamos en deuda con la vida. Entramos gracias a que alguien arriesga su vida para dárnosla, y no habríamos podido sobrevivir a no ser por el cuidado de los que nos amaban. Hemos heredado una civilización cristiana y una libertad por las que otros dieron la vida. Tenemos la obligación de dejar las cosas mejor que las encontramos.

«Me moriré cuando sea —decía Abraham Lincoln—, pero quiero que se diga de mí que arranqué una ortiga y planté una flor donde pensaba que podía crecer.» Una vez un estudiante estaba viendo bacterias al microscopio; podía ver nacer una generación de seres microscópicos, y luego morir, y otra generación que nacía y tomaba el lugar de la anterior. Veía lo que no había visto nunca: cómo se suceden las generaciones. «Después de lo que he visto —dijo—, me comprometo a no ser un eslabón débil.» Para cumplir ese compromiso tenemos que aportar a la vida por lo menos tanto como sacamos de ella.

(iv) La parábola nos presenta *el evangelio de la segunda oportunidad.* Es normal que la higuera tarde tres años en alcanzar la madurez, y si no da fruto entonces es probable que no lo dé nunca. Pero a esta higuera se le dio otra oportunidad.

Jesús suele darnos oportunidad tras oportunidad. Pedro y Marcos y Pablo nos darían encantados su testimonio. Dios es infinitamente amable con el que cae y se levanta otra vez.

(v) Pero la parábola también deja bien claro que *hay una última oportunidad.* Si desaprovechamos oportunidad tras oportunidad, si recibimos en vano la llamada y el desafío de Dios, llegará el día, no en que Dios nos cierre la puerta, sino en que nosotros mismos nos la cerremos a fuerza de no querer entrar. ¡Que Dios nos libre de esa condición!

LA MISERICORDIA ES MÁS QUE LA LEY

Lucas 13:10-17

> *Un sábado estaba Jesús enseñando en una sinagoga, y estaba allí una mujer que llevaba dieciocho años bajo la influencia de un espíritu de enfermedad que la tenía tan encorvada que le era imposible ponerse derecha. Cuando Jesús la vio, la llamó y le dijo:*

—Mujer, ya estás libre de tu enfermedad.

Y puso sus manos sobre ella, y ella se puso derecha en seguida y empezó a dar gloria a Dios.

Pero el presidente de la sinagoga se puso furioso porque Jesús había obrado una curación el día de reposo, y empezó a decirle a la gente:

—Hay seis días de la semana en los que hay que trabajar, y en cualquiera de ellos podéis venir a que se os cure, ¡pero no el sábado!

—¡Farsante! —le cortó Jesús—. ¿Es que todos vosotros no desatáis del pesebre a vuestras vacas o borricos para llevarlos a beber los sábados? Y a esta hija de Abraham, a la que Satanás ha tenido atada dieciocho años, ¿no se la podía soltar de su atadura hoy porque es sábado?

Cuando Jesús decía estas cosas, todos sus adversarios se quedaban chafados; pero la gente corriente se lo pasaba muy bien con todas las cosas gloriosas que hacía Jesús.

Esta es la última vez que se nos dice que Jesús estuvo en una sinagoga. Está claro que a estas alturas las autoridades ya le tenían marcado para pillarle en alguna palabra o acción por la que pudieran condenarle. Jesús sanó a una mujer que no había podido ponerse derecha en dieciocho años; y entonces intervino el presidente de la sinagoga. No tuvo valor para decírselo a Jesús en la cara, sino dirigió sus protestas al público, aunque iban contra Jesús. Jesús había obrado una curación en sábado; técnicamente, eso era hacer un trabajo, así es que había quebrantado el sábado. Pero Él contestó a sus oponentes con los argumentos de estos. Los rabinos denunciaban la crueldad con los animales, y aun en sábado era perfectamente legal soltar a los animales de los establos para llevarlos a beber. Y Jesús les preguntó: «Si se puede desatar a un animal para llevarlo a beber el sábado, Dios ve bien el que se desate a esta pobre mujer de su enfermedad en sábado.»

(i) El presidente de la sinagoga y sus semejantes eran *personas que amaban más el sistema que a la gente.* Les parecía más importante que se cumplieran sus leyecillas que que se curara a una mujer.

Uno de los grandes problemas de la civilización y del desarrollo es la relación del individuo con el sistema. En tiempo de guerra el individuo no cuenta. Deja de ser una persona para convertirse en un número de un conjunto por edad, trabajo que puede hacer, etc. Se mete en el mismo saco a un grupo de hombres, no como individuos, sino como munición viva; se los designa con una terrible palabra: «prescindibles». Una persona se convierte en un mero artículo en una estadística.

En el Evangelio, el individuo está por encima del sistema. Se puede decir que sin el Evangelio no puede haber democracia, porque el Evangelio es lo único que garantiza y defiende el valor de la persona individual. Si se llegan a desterrar de la vida política y económica los principios cristianos, no quedará nada que pueda mantener a raya el estado totalitario en el que el individuo se pierde en el sistema y existe, no por sí, sino por y para el sistema.

Lo sorprendente es que el culto del sistema también suele invadir la iglesia. Hay muchos *eclesiásticos* —sería un error llamarlos cristianos— que están más interesados en métodos de gobierno eclesiástico que en el culto a Dios y el servicio a los hombres. Trágicamente es verdad que la mayor parte de los problemas y conflictos de las iglesias se producen por cuestiones legalistas de procedimiento.

En el mundo y en la iglesia corremos siempre peligro de amar el sistema más que a las personas.

(ii) La intervención de Jesús en este asunto deja suficientemente claro que no es la voluntad de Dios que ningún ser humano sufra ni un momento más de lo que sea absolutamente necesario. La ley judía establecía que era legal el ayudar a alguien el sábado si estaba en peligro de muerte. Si Jesús hubiera pospuesto la curación de aquella mujer hasta el día siguiente, nadie se lo habría criticado; pero para Él no se debe permitir que el sufrimiento continúe hasta mañana si se puede remediar hoy. Una y otra vez se pospone en la vida un buen proyecto hasta que se cumplan ciertos requisitos técnicos o legales. «El que da pronto da dos veces», decía un proverbio latino. No hay razón suficiente para dejar para mañana la ayuda que se puede prestar hoy.

EL IMPERIO DE CRISTO

Lucas 13:18, 19

> *Así es que Jesús les dijo:*
>
> *—¿A qué se parece el Reino de Dios, y con qué lo compararía Yo? Es como una semillita de mostaza, que uno coge y la siembra en su huerto, y se pone a crecer y a crecer hasta que se hace tan grande como un árbol, y los pájaros vienen a hacer el nido en sus ramas.*

Esta es una ilustración que Jesús usó más de una vez, con diferentes enseñanzas. En Oriente, la mostaza no es una planta de jardín, sino del campo. No se hace tan grande literalmente como un árbol, pero sí llega a alcanzar los dos metros, y un viajero cuenta que vio una de tres metros de altura, debajo de la cual cabía un caballo con su jinete. Es corriente ver una nube de pájaros en estos arbustos, porque les encantan las semillitas negras de la mostaza.

Mateo 13:31, 32 también cuenta esta parábola, pero con otra enseñanza. Su versión es:

> *Jesús también les contó otra parábola:*
>
> *—El Reino del Cielo se parece a la semilla de mostaza que uno coge y planta en su campo. Es verdad que es la más pequeñita de todas las semillas; pero una vez que ha crecido, es la mayor de las hortalizas, porque se hace como un árbol, hasta tal punto que vienen los pájaros y se ponen a hacer el nido en sus ramas.*

La enseñanza de la parábola es diferente en *Mateo* y en *Lucas.* Mateo hace hincapié en *la pequeñez de la semilla,* que es un detalle que Lucas ni menciona; y la enseñanza de *Mateo* es que las cosas más grandes pueden proceder de principios muy pequeños, y eso es lo que sucede con el Reino del Cielo. La versión de Lucas hace hincapié en el hecho de que los pájaros anidan en sus ramas. En Oriente, el símbolo corriente de un gran imperio era un árbol grande y frondoso; y las aves representaban a las naciones súbditas que encontraban protección en el imperio (cp. *Ezequiel 31:6; 17:23)*. Como ya hemos visto más de una vez, Lucas es un universalista que sueña con un mundo para Cristo; y nos presenta el Reino de

Dios como un gran imperio, a cuya sombra todos los pueblos y naciones se reunirán y encontrarán el cobijo y la protección de Dios. Aquí hay mucho que debemos aprender.

(i) En el Reino cabe *una gran diversidad de creencias.* No hay persona ni iglesia que tenga el monopolio de toda la verdad. El creer que nosotros estamos en la verdad y los demás en el error sólo puede conducir a problemas, amargura y peleas. En tanto en cuanto las creencias de todos proceden de Cristo, son facetas de la verdad de Dios.

(ii) En el Reino cabe *una gran variedad de experiencias.* Se causa mucho daño cuando se trata de estandarizar la experiencia cristiana y se insiste en que todo el mundo tiene que venir a Cristo de la misma manera. Uno puede que haya tenido una experiencia repentina extraordinaria, y puede decir el día y la hora en que Dios entró en su vida. El corazón de otro puede que se abriera a Cristo de una manera natural y sin crisis, «como se abre al sol la flor». Ambas experiencias proceden de Dios, y ambas personas pertenecen a Dios.

(iii) En el Reino cabe *una gran variedad de formas de culto.* Uno se pone en contacto con Dios con un ritual elaborado y una liturgia espléndida; otro Le encuentra en una sencillez desprovista de todo ornamento. No es que el uno tiene razón y el otro no. La gloria de la Iglesia consiste en que todos, por muy diferentes que seamos, podemos encontrar en su comunión la forma de culto que nos acerca a Dios. Que cada cual encuentre la suya; pero que no crea que es la única, y critique las demás.

(iv) En el Reino cabe *toda clase de gente.* El mundo tiene sus etiquetas, distinciones y barreras. Pero en el Reino no se hacen diferencias entre ricos y pobres, pequeños y grandes, famosos y desconocidos. La Iglesia es el único sitio del mundo en el que las distinciones no tienen lugar legítimo.

(v) En el Reino caben *todas las naciones.* En el mundo hay muchas barreras nacionales, pero ninguna de ellas tiene valor para Dios. En *Apocalipsis 21:16*, se nos dan las dimensiones de la Santa Ciudad. Es un cuadrado cuyos lados miden 12.000 estadios, es decir, unos 2.500 kilómetros. ¡Por tanto su área es 6.250.000

kilómetros cuadrados! En la Ciudad de Dios cabe todo el mundo, y más.

LA LEVADURA DEL REINO

Lucas 13:20, 21

Jesús les dijo otra vez:

—¿Con qué compararía Yo el Reino de Dios? Es algo así como la levadura, que coge una mujer y la mete bien dentro entre tres medidas de harina hasta que toda la masa queda fermentada.

Esta es una ilustración que Jesús tomó de su propio hogar. En aquellos días el pan se cocía en las casas. La levadura no era más que un pellizco de la masa anterior que había acabado de fermentar. La levadura simbolizaba para los judíos una influencia mala, porque identificaban la fermentación con la putrefacción. Jesús habría visto a su madre María meter un poco de levadura en la masa, y que toda la masa cambiaba de aspecto. «Así —dijo— es como viene mi Reino.»

Esta parábola se puede interpretar de dos maneras. Según la primera, se obtienen las siguientes enseñanzas:

(i) El Reino del Cielo surge *de unos principios muy pequeños.* El trozo de levadura era muy pequeño, pero cambió el carácter de toda la masa. Sabemos que una persona puede ser un foco de problemas o de paz en una junta o en un departamento. El Reino del Cielo empieza con las vidas dedicadas de hombres y mujeres individuales. Donde vivimos o trabajamos puede que seamos los únicos cristianos practicantes. En ese caso, nuestra misión es ser la levadura del Reino *allí.*

(ii) El Reino del Cielo *no se ve cómo obra.* No vemos cómo obra la levadura, pero está realizando su labor de una manera continua. El Reino está en camino. Todo el que sepa un poco de Historia se dará cuenta. Séneca, el más alto pensador latino, llegó a decir: «Ahorcamos a un perro peligroso; matamos a un toro acorneador; le metemos el cuchillo a las reses enfermas para que no contagien a todo el rebaño; a los niños que nacen débiles o deformes, los ahogamos.» En el año 60 d.C. eso era corriente. Ya no seguimos

esas normas, porque el Reino sigue avanzando lenta pero imparablemente.

(iii) El Reino del Cielo *obra de dentro afuera.* Mientras la levadura estaba fuera de la masa, no podía influir; tenía que estar dentro. Nunca podremos cambiar a nadie desde fuera. Las casas, las condiciones y las cosas materiales nuevas no cambian más que la superficie. La misión del Evangelio es hacer nuevas a las personas. Cuando aparecen nuevas criaturas el mundo no puede por menos de cambiar. Por eso es por lo que la Iglesia es la institución más importante del mundo: porque es la fábrica donde se producen *los hombres nuevos.*

(iv) El poder del Reino *viene de fuera.* La masa no tiene poder para cambiarse. Ni nosotros tampoco. Lo hemos intentado y hemos fracasado. Para cambiar la vida necesitamos un poder fuera y más allá de nosotros. Necesitamos al Autor de la Vida, que está siempre dispuesto a darnos el secreto de la vida victoriosa.

La segunda interpretación de esta parábola señala el hecho de que, lejos de ser algo imperceptible, la acción de la levadura está a la vista, porque la masa se pone como a hervir y a burbujear. Según esto, la levadura representa el poder disturbador del Evangelio. En Tesalónica se decía de los cristianos: «¡Ya están aquí estos que están poniendo el mundo patas arriba!» *(Hechos 17:6)*. La verdadera religión no es una droga que nos desmarca de la realidad y nos adormece para que aceptemos los males contra los que hay que luchar. El Evangelio es lo más revolucionario del mundo. Produce una revolución en la vida individual y en la sociedad. Unamuno decía: «Y Dios no te dé paz, y sí gloria.» El Reino del Cielo es la levadura que nos llena al mismo tiempo de la paz de Dios y de un descontento divino que no tendrá reposo hasta que los males de la Tierra sean barridos por el poder revolucionario y transformador del Evangelio.

EL RIESGO DE QUEDARSE FUERA

Lucas 13:22-30

De camino hacia Jerusalén Jesús iba pasando por pueblos y aldeas en los que aprovechaba para enseñar. Uno le dijo una vez:

—Señor, ¿son muy pocos los que se van a salvar?

—Vosotros haced el máximo esfuerzo para entrar, aunque sea por la puerta trasera —les dijo Jesús—. Porque os aseguro que muchos van a querer estar dentro, y no lo van a conseguir. Una vez que el Cabeza de familia se haya levantado a cerrar la puerta de la casa, aunque empecéis a llamar desde fuera y a suplicarle: «¡Señor, Señor, ábrenos!», Él os contestará: «¡Yo no sé de dónde sois vosotros!» A lo mejor entonces os ponéis a decir: «¡Pero si hemos comido y bebido contigo, y has enseñado en nuestras plazas!» Pero os dirá: «¡Os repito que no sé de dónde habéis salido! ¡Largo de aquí todos vosotros, que no sois más que mala gente!» Allí todo será llorar y rechinar los dientes, cuando veáis a Abraham, Isaac, Jacob y todos los profetas en el Reino de Dios, y os veáis excluidos. Porque llegarán otros de Oriente, de Occidente, del Norte y del Sur, y se sentarán a la mesa en el Reino de Dios; pero, fijaos bien lo que os digo: hay quienes parecen los últimos, y van a estar los primeros; y quienes se creen con más derecho que nadie, y van a estar al final de todo.

Cuando ese hizo la pregunta, es probable que diera por sentado que el Reino de Dios era para los judíos, y que los gentiles se quedarían fuera. La respuesta de Jesús le habrá dejado alucinado.

(i) Jesús declaró que la entrada en el Reino no es automática, sino el resultado y la recompensa de la lucha. «Vosotros haced el máximo esfuerzo para entrar», les dijo. En el original griego se usa aquí la palabra de la que deriva la castellana *agonía.* El esfuerzo que hay que hacer para entrar debe ser tan intenso que bien se puede describir como una agonía de alma y espíritu.

Corremos un cierto riesgo. Es fácil creer que, una vez que nos hemos entregado a Jesucristo, ya estamos dentro y nos podemos sentar tranquilamente como si hubiéramos llegado a la meta. No hay tal en la vida cristiana. Si uno no está avanzando continuamente es que está retrocediendo.

La vida cristiana es como una escalada en la que vamos siguiendo senderos hacia una cima que no se alcanza en este mundo. De dos nobles escaladores que murieron en el Everest se dijo: «La última vez que se vieron iban hacia la cima.» En la tumba

de un guía alpino que murió en una ladera se inscribió: «Murió escalando.» Para el cristiano la vida es un constante ir hacia adelante y hacia arriba.

(ii) En lo que confiaban esas personas se vio en su respuesta: «¡Pero si hemos comido y bebido contigo, y has enseñado en nuestras plazas!» Hay algunos que creen que basta con haber vivido en una civilización cristiana. Se consideran diferentes de los paganos ciegos e ignorantes. Pero la persona que vive en una llamada civilización cristiana no es cristiana por eso. Sin duda disfruta de muchas de sus ventajas; está beneficiándose de un capital que otros han acumulado; pero no hay razón para conformarse, sino más bien para aceptar el desafío: «¿Qué has hecho tú para iniciar todo esto? ¿Qué has hecho para conservarlo y desarrollarlo?» No podemos vivir de una bondad prestada.

(iii) Habrá sorpresas en el Reino de Dios. Los que ocupan puestos importantes en este mundo puede que no tengan mucha importancia en el siguiente; y otros en los que nadie se fija aquí, puede que sean los príncipes en el mundo venidero. Se cuenta de una señora que estaba acostumbrada a muchos lujos y a que la trataran con respeto. Se murió y, cuando llegó al Cielo, vino un ángel para guiarla a su casa. Pasaron por delante de muchos palacios estupendos, y la mujer esperaba que cualquiera de ellos fuera el suyo. Salieron de la calle principal del Cielo y recorrieron las afueras, donde las casas eran mucho más modestas; y por último llegaron a una que no era mucho más que una chabola. «Esa es tu casa», le dijo el ángel guía. «¿Qué? —protestó la mujer—. ¡Esa no puede ser mi casa!» «Lo siento —le dijo el ángel—, pero eso es todo lo que pudimos construirte con los materiales que nos mandaste desde abajo.»

La posición en el Cielo no es como en la Tierra. Los primeros de la Tierra resultarán los últimos, y los últimos de aquí serán los primeros en el Cielo.

VALOR Y TERNURA

Lucas 13:31-35

Aquel mismo día vinieron unos fariseos a decirle:
—¡Sal huyendo de aquí, que Herodes te quiere matar!

—Id a decirle a ese zorro de mi parte —les respondió Jesús —: Toma nota de que estoy echando a los demonios y curando a los enfermos hoy y mañana, hasta que acabe mi labor pasado mañana. Así es que hoy y mañana y pasado tengo que seguir adelante, porque un profeta no puede morir fuera de Jerusalén. ¡Ay, Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los enviados de Dios! ¡Cuántas veces quise reunir a tus hijos como reúne la gallina a sus polluelos debajo de las alas, pero tú no me dejaste! Daos cuenta de que vuestra morada se va a quedar desierta. Os aseguro que ya no me veréis más hasta que llegue el momento en que digáis: «¡Bendito el que viene en nombre del Señor!»

Este es uno de los pasajes más interesantes del evangelio de *Lucas* por lo que nos permite saber del trasfondo de la vida de Jesús.

(i) A primera vista parece que nos da información sorprendente acerca de algunos fariseos que no eran hostiles a Jesús. Aquí aparecen unos que le advierten del peligro y le aconsejan que se ponga a salvo. Es verdad que los evangelios nos dan una imagen unilateral de los fariseos. Los mismos judíos sabían que había buenos y malos fariseos. Los dividían en siete categorías:

(*a*) *Los fariseos del hombro.* Llevaban sus buenas obras al hombro y las hacían para que los vieran.

(*b*) *Los fariseos de espera-un-poco.* Siempre podían encontrar una razón para dejar una buena acción para mañana.

(*c*) *Los fariseos con cardenales*. Ningún rabino judío debía dejarse ver hablando con una mujer en la calle, aunque fuera su mujer, o su madre, o su hermana. Pero algunos fariseos llegaban más lejos: ni siquiera miraban a una mujer en la calle, y hasta andaban con los ojos cerrados para no verlas. Así es que se iban dando trompazos con las esquinas, y luego exhibían los cardenales como señales de piedad extraordinaria.

(*d*) *Los fariseos de la joroba.* Andaban doblados con una falsa y rastrera humildad.

(*e*) *Los fariseos de la contabilidad.* Siempre estaban apuntando sus buenas obras, como llevando la cuenta de Debe y Haber con Dios.

(*f*) *Los fariseos tímidos y temerosos.* Siempre estaban obsesionados con la ira de Dios. Su religión los perseguía más que los ayudaba.

(*g*) *Los fariseos que amaban a Dios.* Seguían el ejemplo de Abraham y vivían la fe y el amor.

Tal vez había seis fariseos malos por cada uno bueno; pero este pasaje nos hace ver que también había fariseos que admiraban y respetaban a Jesús.

(ii) Este pasaje nos muestra a Jesús hablando del rey de Galilea Herodes Antipas, que quería poner fin a su carrera. Para los judíos, el zorro representaba tres cosas: se le consideraba el más astuto de los animales; el más destructivo; el símbolo de la bajeza y de la insignificancia.

Hacía falta valor para llamar zorro al Rey. El reformador inglés Latimer estaba predicando una vez en la Abadía de Westminster, y Enrique VIII estaba presente. En el púlpito, se decía: «¡Latimer, Latimer, Latimer: Cuidado con lo que dices! ¡El Rey de Inglaterra está aquí!» Pero inmediatamente se dijo: «¡Latimer, Latimer, Latimer: Cuidado con lo que dices! ¡El Rey de Reyes está aquí!» Por su fidelidad al Rey de Reyes murió en la hoguera en el reinado de María Estuardo.

Jesús recibía órdenes de Dios, y no estaba dispuesto a abreviar su misión un día para agradar a ningún rey humano.

(iii) El llanto por Jerusalén es de suma importancia, porque es otro de los pasajes que nos hacen ver lo poco que sabemos de la vida de Jesús. Está claro que no habría hablado así si no hubiera ofrecido su amor a Jerusalén más de una vez; pero los primeros tres evangelios no nos hablan de tales visitas. Una vez más comprobamos que los evangelios no nos dan más que un boceto de la vida de Jesús.

Nada duele tanto como ir a alguien para ofrecerle amor y que le reciba a uno con burla y desprecio. No hay mayor tragedia en la vida que darle a alguien el corazón sólo para que se lo destroce a uno. Eso es lo que le sucedió a Jesús con Jerusalén; pero Él sigue viniendo a los hombres, y le siguen rechazando. ¿Qué se puede esperar si se rechaza el amor de Dios, si se desprecia una Salvación tan grande y tan costosa?

BAJO EL ESCRUTINIO DE GENTE HOSTIL

Lucas 14:1-6

> *Un cierto sábado ocurrió que Jesús fue a comer a casa de un hombre importante que era fariseo, es decir, de los que le acechaban continuamente. Y, mira por dónde, estaba allí, precisamente enfrente de Jesús, un hidrópico.*
>
> *Jesús se dirigió en primer lugar a los intérpretes de la ley y a los fariseos para preguntarles:*
>
> *—¿Está permitido curar en sábado, o no?*
>
> *Ellos no le contestaron. Y entonces Jesús cogió y curó al enfermo, y luego le dijo que se fuera. Después se dirigió a los demás, y les dijo:*
>
> *—¿A que cualquiera de vosotros, si se le cae un burro o una vaca en un pozo, lo saca a toda prisa aunque sea sábado?*
>
> *Y no le podían decir que no.*

En los evangelios hay siete situaciones en las que Jesús curó en sábado. En *Lucas* ya hemos estudiado el relato de la curación de la suegra de Pedro (4:38); del hombre que tenía el brazo seco (6:6), y de la mujer que llevaba doblada dieciocho años (13:13). En *Juan* tenemos dos más: la del paralítico de Betesda (5:9), y la del ciego de nacimiento (9:14). *Marcos* cuenta otra, la del poseso de la sinagoga de Cafarnaún (1:21).

Uno creería que un curriculum así habría hecho que todo el mundo amara a Jesús; pero es un hecho lamentable que, cada vez que Jesús hacía una curación en sábado, los escribas y los fariseos se convencían más de que era impío y peligroso, y había que acabar con Él a toda costa. Para entender lo que le pasó a Jesús es esencial recordar que, para los judíos de su tiempo, era un transgresor de la ley. Curaba en sábado, lo cual era hacer un trabajo y, por tanto, quebrantar la ley.

En esta ocasión, un fariseo le invitó a comer un sábado. Había unas reglas muy rigurosas acerca de las comidas del sábado. Por supuesto que no se podía cocinar, porque eso era un trabajo. Había que hacer la comida el viernes; y, si se tenía que mantener caliente, había que hacerlo de manera que no siguiera cocinándose. Así que se establecía que, para mantener caliente la comida del sábado «no

se podía meter en orujo de aceituna, estiércol, sal, yeso o arena, ya fueran húmedos o secos, ni en paja, orujo de uva, o verduras, si estaban húmedos, pero sí se podía si estaban secos. Se podía poner entre paños, frutas, plumas de pichón y estopa de lino.» El cumplimiento de tales reglas era lo que los escribas y fariseos llamaban religión. ¡No nos sorprende que no entendieran a Jesús!

No es improbable que los fariseos hubieran colocado allí al hidrópico a ver lo que hacía Jesús. Le estaban *acechando* —palabra que quiere decir en el original «espiando con interés siniestro.»

Jesús no dudó en sanar al enfermo. Sabía perfectamente bien lo que estaban planeando, y citó sus leyes y costumbres. En Palestina abundaban los pozos sin brocal, y no menos los accidentes que causaban *(*cp. *Éxodo 21:33)*. Se podía sacar un animal del pozo en sábado. Jesús pregunta con ironía, si se puede ayudar a un animal en sábado, por qué no a una persona.

Este pasaje nos dice varias cosas sobre Jesús y sobre sus enemigos.

(i) Nos muestra la serenidad con que Jesús se enfrentaba con la vida. A uno le pone nervioso que le estén acechando constantemente. Mucha gente pierde los estribos, y luego vienen muchos problemas y dolores. Pero, en circunstancias que habrían puesto a otros a cien, Jesús se mantenía sereno. Si vivimos con Él, Jesús acabará por gustarnos…

(ii) Es curioso que Jesús nunca rehusó ninguna invitación. Nunca perdió la esperanza en nadie. Esperar cambiar a otros y seguir intentándolo es una de las esperanzas más desesperantes; pero Jesús nunca dejaba pasar la ocasión. No rehusaba una invitación ni de un enemigo. Está claro que nunca conseguiremos hacer amigos de nuestros enemigos si no nos prestamos a verlos y hablar con ellos.

(iii) Lo que más nos sorprende de los escribas y fariseos es la falta de sentido de proporción. Estaban dispuestos a todo para cumplir sus reglitas y preceptillos, y consideraban un pecado aliviar el dolor de una persona en sábado.

Si se nos diera la posibilidad de pedir nada más que una cosa, valdría la pena pedir el sentido de proporción. A menudo no son más que pequeñeces las cosas que alteran la paz de una

congregación. Lo que muchas veces separa a la gente y destruye amistades suelen ser cosas a las que no daríamos importancia en nuestros momentos normales. Esas minucias se hacen tan grandes que llenan todo el horizonte. Cuando tenemos las prioridades en orden, todo está en su lugar —y el amor es lo primero.

LA NECESIDAD DE LA HUMILDAD

Lucas 14:7-11

> *Jesús no pudo por menos de ver que los invitados se disputaban los puestos de honor a la mesa, y les contó una parábola:*
>
> *—Cuando alguien te convide a un banquete de boda, no te apresures a ocupar el sitio más distinguido, no sea que esté también invitado otro que sea más honorable que tú, y venga el que os convidó a los dos a decirte: «Déjale el sitio a este»; y tengas que ponerte colorado buscando un sitio al final de todo. Más bien, cuando te convide alguien, ocupa el último asiento; y cuando llegue el anfitrión te dirá: «No, amigo mío; ahí no. Sube más cerca de la presidencia.» Y entonces recibirás mayor honor entre todos los demás invitados. Y es que todos acaban por despreciar al que se da importancia; y a todos les cae bien el que actúa con sencillez.*

Jesús puso un ejemplo casero para ilustrar una verdad eterna. Cuando llega temprano a la fiesta un invitado sin importancia y se coloca en la mesa presidencial, lo más probable es que luego llegue otro más distinguido, y se le diga al primero que le deje el sitio al otro y él se busque otro sitio, que lo más seguro es que tendrá que ser al final de todos; con lo cual le saldrá el tiro por la culata, porque lo que él quería era cubrirse de gloria. Y por otra parte, si un invitado empieza por colocarse en el último asiento, y el anfitrión le dice que se acerque más a la presidencia, ese sí queda bien ante la concurrencia.

Esa es la actitud que, cuando es sincera, llamamos *humildad,* y que es una característica de las personas verdaderamente grandes. Cuando Thomas Hardy ya era tan famoso que cualquier periódico habría pagado bien el honor de publicar algo suyo, algunas veces

mandaba un poema acompañado de un sobre franqueado para que se lo devolvieran si no les interesaba. Aun cuando se encontraba en la cumbre de la fama, era lo suficientemente humilde como para considerar que sus obras se podían rechazar.

La humildad del rector Cairns se hizo legendaria. Nunca entraba el primero en ningún sitio. Siempre decía: «Usted primero, por favor.» Una vez, al subir a la plataforma, resonó un imponente aplauso de bienvenida. Él se puso a un lado, cedió el paso al que venía detrás de él y se puso a aplaudirle. Nunca pensaba que el aplauso fuera para él; sería para otro. Para creerse importante, uno tiene que ser bastante mezquino.

¿Cómo se puede conservar la humildad?

(i) Dándonos cuenta de las cosas. Por mucho que sepamos, sabemos muy poco en comparación con lo que se puede saber. Aunque hayamos logrado mucho, no es gran cosa a fin de cuentas. Por muy insustituibles que nos creamos, cuando nos quitemos de en medio o nos aparque la muerte la vida seguirá lo mismo sin nosotros.

(ii) Podemos conservar la humildad por comparación con los mejores. Cuando vemos u oímos a los expertos nos damos cuenta de lo pobre que es nuestra actuación. Muchos jugadores de lo que sea han decidido retirarse después de presenciar un campeonato, y muchos intérpretes han decidido no aparecer más en público después de escuchar a un maestro. Y muchos predicadores se han sentido empequeñecer hasta casi desaparecer cuando han escuchado a un verdadero hombre de Dios. Pero, sobre todo: si nos ponemos al lado del Maestro y Señor veremos nuestra indignidad en comparación con su radiante pureza y será la muerte de nuestro orgullo.

CARIDAD DESINTERESADA

Lucas 14:12-14

> *— Mira: cuando quieras organizar una comida o una cena — le dijo también Jesús al que le había invitado—, no invites a tus amigos, o a tus hermanos o parientes, ni tampoco a tus vecinos ricos; porque ellos luego te invitan a ti, y así quedan todos en paz contigo. Cuando quieras hacer un banquete, invita a los*

mendigos, a los mancos, los cojos y los ciegos; entonces sí que saldrás ganando: porque ellos no te pueden devolver lo que haces por ellos, así es que queda en tu cuenta para el tiempo de la resurrección de los justos.

Aquí tenemos un pasaje inquietante, porque nos invita a examinar los motivos que hay tras nuestra generosidad.

(i) Puede que uno dé por sentimiento del deber. Algo así como cuando pagamos los impuestos: para cumplir con una obligación que no podemos evitar.

(ii) Puede que uno dé sencillamente por interés, considerándolo consciente o inconscientemente como una inversión: Dios queda en deuda con él. Eso no es dar por generosidad, sino por calculado egoísmo.

(iii) Puede que uno dé para mostrar su superioridad. Ese dar puede ser hasta cruel. Humilla al que lo recibe más que una negativa. Es mirar por encima del hombro. Es mejor no dar, que dar para satisfacer la propia vanidad y el deseo de quedar por encima. Los rabinos decían que la mejor forma de dar es cuando el que da no sabe quién lo va a recibir, ni el que recibe sabe quién se lo ha dado.

(iv) Puede que uno dé porque no puede por menos. Ese es el único motivo aceptable. El que piense que Jesús nos enseña a dar para recibir la recompensa en el Cielo en vez de en la Tierra no lo ha comprendido. El principio del Reino de Dios es que, cuando se da para recibir una recompensa, no se recibe ninguna recompensa; y cuando se da sin pensar en recibir una recompensa, y eso es lo difícil, se recibe. La única manera de dar es cuando sale de dentro porque hay amor. Dios dio porque amó de tal manera al mundo: así debemos dar nosotros.

EL BANQUETE DEL REY Y SUS HUÉSPEDES

Lucas 14:15-24

Cuando uno de los comensales oyó lo que había dicho Jesús, exclamó:

—¡Felices los que estén invitados al banquete del Reino de Dios!

Entonces Jesús les contó otra parábola:

—Una vez un hombre organizó un gran banquete e invitó a mucha gente. Y cuando llegó el momento, mandó a su siervo a decirles a los convidados: «¡Venid, porque ya está todo preparado!» Pero los convidados empezaron a disculparse como si se hubieran puesto de acuerdo. Uno dijo: «Acabo de comprar una propiedad y no tengo más remedio que ir a verla. Discúlpame, por favor.» Y otro dijo: «Acabo de comprar cinco yuntas de bueyes, y ahora mismo iba a probarlos; así que haz el favor de excusarme.» Y otro dijo: «Acabo de casarme. Comprenderás que no puedo ir.» Cuando volvió el siervo, se lo hizo saber todo a su señor, que se puso furioso y le dijo: «¡Sal a toda prisa por las plazas y por las calles de la ciudad, y tráete para acá a todos los pordioseros, mancos, cojos y ciegos que te encuentres!» Al cabo de un rato el siervo volvió y le dijo a su señor: «Señor, ya se ha hecho como mandaste; pero todavía queda sitio.» Y el señor le dijo al siervo: «¡Pues salte por los caminos y los senderos, y obliga a entrar a todos los que encuentres, hasta que se me llene la casa! Porque os aseguro que ninguno de los que estaban convidados va a probar mi banquete!»

Los judíos tenían una serie de historias acerca de lo que iba a suceder cuando llegara la nueva era. Una de estas era la del banquete mesiánico, en el que leviatán, el monstruo marino *(Job 41:1)*, sería el plato de pescado y behemot *(Job 40:15)* el de carne. En este banquete estaba pensando el que dijo: «¡Felices los que estén invitados al banquete del Reino de Dios!» Naturalmente, estaba pensando sólo en los buenos judíos, porque los gentiles y los pecadores no tendrían parte en la fiesta de Dios. Y por eso contó Jesús esta parábola.

En Palestina, cuando se hacía una fiesta, se fijaba la fecha con mucha antelación y se mandaban las invitaciones para que se dijera si se aceptaban. Pero no se decía la hora; así es que, cuando llegaba el día y todo estaba preparado, iban los siervos a avisar a los invitados. Era un grave insulto el haber aceptado la invitación y luego no asistir.

El dueño de la casa de la parábola representa a Dios. Los convidados originales eran los judíos. A lo largo de toda su historia habían estado esperando el día en que Dios interviniera; ese día había llegado, y ellos rechazaron la invitación. Los pordioseros y minusválidos de la calle representan a los publicanos y pecadores que recibieron a Jesús, mientras que los religiosos le rechazaron. Los de los caminos y las sendas del campo eran los gentiles, para los que había sitio en la fiesta de Dios. Belgel, el gran comentarista de tiempos de la Reforma, dice: «Tanto la naturaleza como la gracia aborrecen los vacíos.» Así que, cuando los judíos no acudieron a la invitación de Dios, la recibieron los gentiles.

Hay una frase de esta parábola que desgraciadamente se usa mal: «¡Pues salte por los caminos y los senderos, y *obliga a entrar* a todos los que encuentres!» Hace mucho, Agustín de Hipona usaba este texto para justificar la persecución religiosa. Se tomaba como una orden para hacer cristianos a la fuerza, y como la razón para la Inquisición, las torturas, los autos de fe, las campañas contra los herejes, el bautismo o la muerte para los vencidos en supuestas guerras santas, etcétera, etcétera, cosas que son la vergüenza de la llamada civilización cristiana. Debemos entender esa frase de acuerdo con otra: «El amor de Cristo nos constriñe» *(2 Corintios 5:14)*. En el Reino de Dios no existe más que una obligatoriedad: la del amor.

Pero, aunque esta parábola presenta una amenaza a los judíos que rechazan la invitación de Dios y una gloriosa oportunidad para los pecadores y los gentiles que nunca habían soñado con recibirla, también contiene verdades de carácter permanente que son tan actuales hoy como entonces. Los convidados presentan excusas nada diferentes de las que se ponen hoy.

(i) El primer invitado dijo que había comprado un terreno, y que iba a verlo. Esto sucede cuando dejamos que los negocios usurpen los derechos de Dios. Es posible estar tan inmerso en las cosas de este mundo que no se tiene tiempo para dar culto a Dios ni aun para orar.

(ii) El segundo invitado dijo que había comprado cinco yuntas de bueyes y que iba a probarlos. Esto es dejar que las novedades usurpen los derechos de Cristo. Sucede a menudo que, cuando se

entra en una nueva situación se está tan absorto que no se tiene tiempo para ir al culto ni para orar. Se da el caso de personas que se compran un coche, o un chalé, y dicen: «Antes íbamos al culto los domingos; pero ahora salimos al campo, que buena falta nos hace a todos, y especialmente a los chicos.» Es peligrosamente fácil que algo nuevo, como un juego, o un *hobby*, o un amigo, desalojen de nuestro horario los deberes espirituales.

(iii) El tercer invitado dijo, más enfáticamente que los otros: «Acabo de casarme. Comprenderás que no puedo ir.» Una de las leyes maravillosamente humanitarias del Antiguo Testamento establecía: «Cuando alguno fuere recién casado, no saldrá a la guerra, ni en ninguna cosa se le ocupará; libre estará en su casa por un año, para hacer feliz a la mujer que tomó» *(Deuteronomio 24:5)*. Sin duda esa ley era la que se aplicaba este hombre. Una de las tragedias de la vida es que las cosas buenas hacen que nos olvidemos de Dios. No hay nada más maravilloso que el hogar; pero no se pretende que se use de una manera egoísta. Los que viven juntos, viven todavía mejor con Dios; se sirven mejor mutuamente si sirven también a otros; el ambiente del hogar es aún más maravilloso cuando los que viven en él se acuerdan de que también son miembros de la familia y de la casa de Dios.

EL BANQUETE DEL REINO

Antes de salir de este pasaje, conviene que nos fijemos en que los versículos 1 a 24 tratan de fiestas y banquetes. Jesús comparaba su Reino y su servicio con una fiesta. El Reino se parecía a la ocasión más feliz que se conocía en la vida. No cabe duda de que no hay que pensar que el Evangelio prohíbe pasarlo bien.

Siempre ha habido un tipo de cristianismo que le quita toda la gracia a la vida. Juliano hablaba de esos cristianos paliduchos y con pecho de tabla que nunca veían que el sol brillaba también para ellos. Swinburne apostrofaba contra Cristo:

«Tú has ganado, pálido Galileo;
El mundo se ha puesto gris con tu aliento.»

Ruskin, que se crió en un hogar rígido y estrecho, cuenta que le regalaron una vez un caballito de juguete, y que una tía suya muy «piadosa» se lo quitó, diciendo que los juguetes no eran para los niños cristianos. Hasta un pensador tan sanote como A. B. Bruce dice que uno no se puede figurar al niño Jesús jugando con los otros chicos cuando era pequeño, o sonriendo cuando era hombre. W. M. Macgregor, en sus Conferencias Warrack, habla con su magistral ironía de uno de los pocos errores de John Wesley, que fundó un colegio en Kingswood, cerca de Bristol, y dispuso que no se debían permitir juegos ni en el colegio ni en sus terrenos, porque «el que juega de niño sigue jugando de mayor.» No se tenían vacaciones. Los chicos se levantaban a las 4 de la mañana, y pasaban la primera hora del día de oración y meditación, y los viernes ayunaban hasta las 3 de la tarde. W. M. Macgregor califica todo el sistema de «estúpido desafío a la naturaleza.»

Tenemos que tener presente que Jesús pensaba en el Reino como una fiesta. Un cristiano lúgubre es un monstruo de la naturaleza. El gran filósofo Locke definía la risa como «una gloria repentina.» Al cristiano no se le prohíbe ningún placer sano, porque para él la vida es una fiesta de bodas.

CALCULANDO EL COSTO

Lucas 14:25-33

Muchísima gente iba de camino con Jesús; y Él se volvió y les dijo:

—El que quiera venir conmigo y ser discípulo mío, tiene que aborrecer a su padre y a su madre, a su mujer y a sus hijos, a sus hermanos y hermanas, y hasta a sí mismo. El que no cargue con su cruz y siga mi ejemplo, no puede ser discípulo mío. ¿A que cualquiera de vosotros, si quiere construir una torre, lo primero que hace es sentarse a calcular lo que le va a costar, para ver si tiene bastante para acabarla? Porque si no, cuando ya ha echado el cimiento, si no tiene lo necesario para terminar, todos los que lo vean se van a reír de él y a decir: «¡Mira este, que empezó a construir y no pudo acabar!» ¿Es que un rey que va a librar batalla contra otro, lo primero que hace no es sentarse a considerar si puede hacer frente con diez

mil soldados al que le va a atacar con veinte mil? Porque, si se da cuenta de que no puede, lo que hace es mandarle una embajada al otro cuando todavía está lejos para negociar la paz. Pues lo mismo pasa con vosotros: el que no renuncia a todo lo que posee, no puede ser discípulo mío.

Cuando Jesús dijo esto iba camino de Jerusalén. Sabía que le esperaba la cruz; pero la gente es posible que creyera que iba a ocupar el trono. Por eso les habló así. De la manera más clara posible les dijo que el que le siguiera no iba camino de la gloria y el poder terrenales, sino que tenía que estar dispuesto a sacrificar lo que más quisiera en la vida, y a abrazar un sufrimiento que sólo se podía comparar con la agonía de un crucificado.

No debemos tomar sus palabras con un literalismo frío. El lenguaje oriental es siempre tan pictórico y vivo como la mentalidad oriental. Cuando Jesús nos dice que tenemos que aborrecer a nuestros seres más queridos, quiere decir que ningún amor de este mundo puede compararse con el amor que le debemos tener a Él.

Hay dos verdades impresionantes en este pasaje.

(i) Es posible ser seguidor de Jesús sin ser discípulo suyo, ser del partido del Rey sin ser su soldado, estar a favor de algo sin sacrificar nada. Una vez le dijo alguien a un gran profesor: «Fulano de tal dice que fue alumno suyo.» «Puede que asistiera a mis clases —le contestó—; pero no era uno de mis estudiantes.» Uno de los problemas más graves de la iglesia es que en ella hay muchos que siguen a Jesús de lejos, pero muy pocos verdaderos discípulos de Jesús.

(ii) El cristiano tiene la obligación de calcular lo que le va a costar seguir a Jesús. La torre de la que se habla aquí era la que se tenía en las viñas, desde la que se podía vigilar para que no entraran los ladrones a robar la cosecha. Un edificio a medio hacer es algo que da vergüenza. Hay ejemplos de esto en las ciudades principales de España y de otros países.

En todas las esferas de la vida hay que calcular el costo. En la liturgia de la boda de la Iglesia de Escocia, el pastor dice: «El matrimonio es un estado en el que no se ha de entrar a la ligera y descuidadamente; sino después de pensarlo, con respeto y en el temor del Señor.» El hombre y la mujer deben calcular el costo.

Y lo mismo sucede con el Evangelio. Pero si bien las exigencias de Cristo imponen respeto, debemos recordar que Él no nos deja solos a la hora de cumplirlas. El que nos invita a subir la cuesta estará todo el tiempo con nosotros, y esperándonos en la cima.

LA SAL INSÍPIDA

Lucas 14:34, 35

> *—La sal es una cosa buena; pero, si pierde su sabor característico, no hay manera de hacerla salada otra vez. No sirve absolutamente para nada; ni para la tierra ni para el estercolero. No se puede hacer más que tirarla. ¡El que tenga entendederas, que se dé por enterado!*

Algunas veces hay una seria advertencia en las palabras de Jesús. Cuando una persona es criticona y quejica, no se la toma muy en serio cuando murmura de algo; pero, cuando Alguien que siempre habla en un tono de amor, nos dirige una advertencia, no tenemos más remedio que escucharle. Lo que Jesús nos quiere decir es que, cuando algo pierde su cualidad esencial y deja de cumplir su misión esencial, ya no sirve para nada, y se tira.

Jesús cita la sal como símbolo de la vida cristiana. ¿Cuáles eran sus características esenciales? En Palestina tenía tres:

(i) La sal se usaba como *condimento.* Los alimentos sin sal pueden ser hasta repugnantes. Por tanto, el cristiano debe ser alguien que le da sabor a la vida. El «evangelio» que no es más que un aguafiestas no es el Evangelio. El cristiano le presta sabor a la vida con su valor, esperanza, optimismo y amabilidad.

(ii) La sal se usaba como *conservante.* Es el más antiguo de los conservantes. Los griegos decían que la sal le devuelve el alma a las cosas muertas. Sin sal, las cosas se pudren y se echan a perder; con sal, conservan su frescor. Eso quiere decir que el Evangelio actúa como protección contra la corrupción del mundo. Todo cristiano tiene que ser la conciencia de su entorno; y la iglesia, la conciencia de la nación. El cristiano debe ser tal que, en su presencia no se puede usar lenguaje sucio, ni contar historias cuestionables, ni sugerir acciones deshonrosas. Debe ser un antiséptico en el círculo en que se mueve. La iglesia debe hablar sin

miedo contra todo lo malo, y apoyar todas las causas nobles. No debe guardar silencio por miedo de nadie, ni para lograr su favor.

(iii) La sal se usaba *en la tierra.* Su usaba para que crecieran más fácilmente las buenas plantas. El cristiano debe hacerle más fácil a la gente el ser buena, y más difícil ser mala. Todos conocemos a personas en cuya compañía no se harían ni se hacen ciertas cosas, y personas en cuya compañía uno se rebaja a hacer lo que no nos atreveríamos a hacer solos. Hay almas nobles en cuya compañía es más fácil ser valiente, y animoso, y bueno. El cristiano debe llevar el grato olor de Cristo, que hace florecer las buenas plantas, y que agosta las malas hierbas.

Esa es la misión del cristiano. Si fracasa, no hay razón que justifique su existencia; ya hemos visto que, en la economía de Dios, la inutilidad invita al desastre. «¡El que tenga entendederas, que se dé por enterado!»

LA ALEGRÍA DEL PASTOR

Lucas 15:1-7

> *Todos los publicanos y los pecadores se acercaban a Jesús para escucharle; y los fariseos y los escribas se lo criticaban:*
>
> *—Este se relaciona con gente de mal vivir, y hasta come con ellos.*
>
> *Jesús entonces les contó una parábola:*
>
> *—¿A que cualquiera de vosotros, si tiene cien ovejas y se le pierde una, deja las noventa y nueve en el desierto y va a buscar a la perdida hasta que la encuentra? Y cuando la encuentra, la lleva a hombros rebosando de contento; y en llegando a casa, reúne a los amigos y a los vecinos para decirles: «¡Alegraos conmigo, que he encontrado la oveja que se me había perdido!» De la misma manera, os aseguro que da más alegría en el Cielo el que se arrepienta un pecador, que los noventa y nueve «justos» que no sienten la necesidad de arrepentirse.*

Probablemente este es el capítulo que mejor conocen y más quieren muchos lectores del Nuevo Testamento. Se le ha llamado

«el Evangelio dentro del Evangelio», porque contiene la quintaesencia de la Buena Noticia que Cristo vino a traer.

Estas parábolas surgieron de una situación determinada. Los escribas y los fariseos se escandalizaban de que Jesús se asociara con hombres y mujeres que los judíos practicantes consideraban *pecadores.* Los fariseos ponían en la misma categoría a todos los que no cumplían todos los detalles de la ley tradicional, y los llamaban *la gente de la tierra;* y había una barrera infranqueable entre estas dos clases de personas. El permitir que una de sus hijas se casara con un hombre de la tierra era para un fariseo como dejarla indefensa a merced de una fiera. Las reglas fariseas establecían: «A nadie de la gente de la tierra le confíes dinero, ni aceptes su testimonio, ni le reveles ningún secreto, ni le nombres tutor de ningún huérfano, ni le pongas a cargo de un fondo de caridad, ni le acompañes en un viaje.» Un fariseo tenía prohibido hospedarse en casa de un hombre de la tierra e invitarle a la suya. Tenía prohibido hasta donde fuera posible tener ningún trato con él. Los fariseos tenían el propósito deliberado de evitar todo contacto con los que no cumplían todos los detalles de la ley tradicional. Está claro que se escandalizaban a tope de que Jesús se relacionara con gente que ellos consideraban no sólo extraños, sino pecadores, cuyo solo contacto contaminaba. Comprenderemos mejor estas parábolas si recordamos que un judío estricto no diría: «Hay alegría en el Cielo cuando se arrepiente un pecador», sino: «Hay alegría en el Cielo cuando se pierde un pecador.» Deseaban sádicamente, no la salvación de los pecadores, sino su destrucción.

Así es que Jesús les contó la parábola de la oveja perdida y de la alegría del pastor cuando la encontró. Los pastores de Judea tenían un trabajo duro y peligroso. El pasto era escaso. La meseta central tenía pocos kilómetros de anchura, y estaba bordeada de precipicios que la comunicaban con la terrible devastación del desierto. No había muros protectores, y las ovejas vagaban sin rumbo. George Adam Smith escribió acerca de esos pastores:

«Cuando le encuentras en algún cerro en el que aúllan las hienas, insomne, con la vista acostumbrada a la lejanía, curtido por el tiempo, armado, apoyado en el cayado y siguiendo con la mirada a sus ovejas esturreadas, con cada una de ellas en el corazón,

comprendes por qué el pastor de Judea saltó a la cabeza en la historia de su pueblo; por qué dio su nombre a los reyes, y se convirtió en un símbolo de la Providencia; por qué Cristo le tomó como prototipo del sacrificio.»

El pastor era responsable de las ovejas. Si una se perdía, el pastor tenía que encontrarla, o presentar la piel para demostrar que había muerto. Los pastores eran expertos en el rastreo, y podían seguir las huellas de una oveja perdida a lo largo de kilómetros por el monte. No había pastor que no considerara parte de su trabajo el arriesgar la vida por las ovejas.

Muchos rebaños eran comunales —es decir, no de uno solo, sino de todo el pueblo— y tenían dos o tres pastores. A veces pasaría que los que tenían sus rebaños completos volvían antes al pueblo, y decían que el otro estaba todavía en el monte buscando una oveja que se le había perdido. Todo el pueblo estaría velando hasta que, por fin, aparecía el pastor en la distancia, saltando de alegría, con su oveja a hombros. Y entonces se elevaría de toda la comunidad un clamor de alegría y de gracias a Dios.

Esa es la escena del Cielo que pintó Jesús. Así es como es Dios. Dios se alegra cuando se encuentra a un pecador que se había perdido como se alegra el pastor cuando vuelve a casa con la oveja extraviada. Como dijo un gran santo: «Dios también conoce la alegría de encontrar lo que se le había perdido.»

Aquí hay una idea maravillosa. Es realmente tremendo el hecho de que Dios es más amable que los hombres. Los religiosos excluían del pueblo de Dios a los publicanos y a los pecadores, que no merecían, según ellos, más que la destrucción; pero Dios no. Los hombres pueden perder la esperanza, pero Dios no. Dios ama a los que no se han extraviado; pero hay una alegría indecible en su corazón cuando uno que estaba perdido vuelve a casa. Es mil veces más fácil volver a Dios que a las frías críticas y recriminaciones de algunos hogares, y de algunas iglesias.

Pastor, que con tus silbos amorosos
me despertaste del profundo sueño;
Tú, que hiciste cayado de ese leño
en que tiendes los brazos poderosos:

vuelve los ojos a mi fe piadosos,
pues te confieso por mi autor y dueño,
y la palabra de seguir te empeño
tus dulces silbos y tus pies hermosos.
Oye, pastor: pues por amores mueres
no te espante el rigor de mis pecados,
pues tan amigo de rendidos eres;
espera, pues, y escucha mis cuidados;
pero, ¿cómo te digo que me esperes,
si estás, para esperar, los pies clavados?

LOPE DE VEGA

LA MUJER QUE PERDIÓ Y ENCONTRÓ UNA MONEDA

Lucas 15:8-10

Jesús les contó también otra parábola:

—Si una mujer tiene diez dracmas, y pierde una, ¿verdad que enciende la luz y se pone a barrer la casa y a buscar por todas partes hasta que la encuentra? Y en cuanto la encuentra, junta a todas sus amigas y vecinas, y les dice: «¡Fijaos qué estupendo es lo que me ha pasado! ¡He encontrado la dracma que se me había perdido!» Pues os aseguro que eso es lo que pasa en el Cielo: los ángeles de Dios se ponen jubilosos cuando se arrepiente un pecador.

Que se perdiera una moneda en la casa de unos campesinos de Palestina no sería difícil, pero sí encontrarla. Las casas eran oscuras, sin más ventana que una circular de un par de palmos de diámetro. El suelo era de tierra cubierta de paja o cañas; así es que era como buscar una aguja en un pajar. La mujer se puso a barrer con la esperanza de ver brillar la moneda u oírla tintinar.

Hay dos razones por las que la mujer tendría tanto interés en encontrar la moneda:

(i) Puede que fuera sencillamente por necesidad. Era el jornal de un día en Palestina. Los obreros vivían al día. Tal vez el perder aquella moneda desequilibraba la economía familiar, o ponía en peligro la comida del día.

(ii) Puede que fuera por una razón más romántica. El adorno de una mujer casada era una diadema formada por diez moneditas de plata enlazadas con una cadenita de plata. Era el equivalente del anillo de boda, cuyo valor era aún superior al precio. Se consideraba algo tan personal que no se podía expropiar por deudas. Tal vez se trataba de una de esas monedas, y la mujer la buscaba como buscaría una casada ahora su anillo de boda.

Es fácil imaginar la alegría de la mujer cuando vio relucir la moneda y la pudo apretar cariñosamente entre sus dedos otra vez. Así es Dios, dijo Jesús. El júbilo de Dios y de todos los ángeles cuando vuelve al hogar un pecador es como el de un hogar que recupera el sustento del día, o como el de una mujer que había perdido algo muy personal y valioso, y lo encuentra otra vez.

Ningún fariseo habría soñado que Dios fuera así. Un gran pensador judío ha admitido que esto que Jesús enseñó acerca de Dios es algo completamente nuevo: que Dios busca a los hombres y se alegra cuando vuelven a estar con Él. Los judíos podrían haber llegado a creer que, si uno se humillaba hasta lo último y se postraba ante Dios suplicando misericordia, tal vez se le concediera; pero nunca se les habría ocurrido pensar que Dios buscara amorosa e insistentemente a los pecadores. Nosotros creemos en este amor de Dios, porque lo vemos encarnado en Jesucristo, el Hijo de Dios, que vino a buscar y a salvar lo que se había perdido *(Lucas 19:10).*

LA HISTORIA DEL AMOR DE UN PADRE

Lucas 15:11-32

También les contó Jesús la siguiente historia: «Había una vez un hombre que tenía dos hijos. Un día, el más joven le dijo:

—¡Venga, Padre: dame lo que me corresponde de todo lo que tienes!

El padre entonces repartió todo entre sus dos hijos. Al cabo de unos pocos días, el hijo más joven reunió el producto de toda su parte y se marchó a un país lejano… y allí lo fundió todo viviendo a lo loco. Cuando ya se lo había gastado todo, hubo una hambruna en aquel país, y él empezó a pasar necesidad. Entonces fue y se puso al servicio de un terrateniente que le empleó para estar al cuidado de sus cerdos. El joven a veces

tenía tanta hambre que se habría puesto a comer las algarrobas de los cerdos, pero ni eso le daban. Cuando volvió en sí, se dijo:

—¡Mira que hay jornaleros en la finca de mi padre que se hartan de comida, y aquí estoy yo muriéndome de hambre! Ya sé lo que haré: volveré a la casa de mi padre, y le diré: «Padre, he pecado contra Dios y contra ti, y no merezco que se me tenga por hijo tuyo; acéptame como a un jornalero más.»

Y dicho y hecho: se puso en camino hacia la casa de su padre. Todavía estaba a una cierta distancia, cuando le vio su padre; y se compadeció de él, y fue corriendo a su encuentro, y le abrazó y le besó con mucho cariño. El hijo empezó a decirle:

—Padre, he pecado contra Dios y contra ti, y no merezco que se me tenga por hijo tuyo…

Pero el padre le cortó, y se puso a darles órdenes a los siervos:

—¡Venga! ¡Sacad la mejor ropa para que se vista, y traedle un anillo y zapatos! ¡Y traed el becerro cebón y matadlo, que vamos a tener un banquete y a hacer una fiesta! Porque a este hijo mío, ya le daba yo por muerto y ha vuelto sano y salvo; se me había perdido, y le he recuperado!

Y se pusieron a celebrarlo. A todo esto el hijo mayor estaba en el campo; y cuando volvió y se acercó a la casa, oyó el jaleo de la música y del baile. Entonces llamó a uno de los criados para preguntarle qué era lo que pasaba.

—¡Es que ha vuelto tu hermano! —le dijo—. Y tu padre se ha puesto tan contento de tenerle otra vez en casa sano y salvo que ha dicho que se matara el becerro cebón.

Entonces el hermano mayor se puso tan furioso que no quería entrar por nada del mundo. Salió el padre a buscarle, y le pedía por favor que entrara. Pero él se enfrentó con su padre y se puso a decirle:

—¡Fíjate! ¡Hace tantos años que estoy trabajando para ti como un esclavo, y haciendo siempre lo que me mandas, y nunca me has dado ni un cabrito para pasármelo bien con mis amigos! ¡Y va este «hijo de papá» tuyo, que no ha hecho nunca

nada, más que fundir tus propiedades con putas, y vuelve a casa, y dices que maten el becerro cebón para celebrarlo!

El padre entonces le dijo:

—Hijo mío, tú has estado siempre conmigo, y puedes disponer de todo lo mío. Pero teníamos que hacer fiesta y celebrarlo: porque a este hermano tuyo ya le dábamos por muerto, ¡y es como si hubiera resucitado!; creíamos que le habíamos perdido para siempre, ¡y le hemos recuperado!»

Les sobra razón a los que dicen que esta es la historia breve más maravillosa del mundo. Según la ley judía, un padre no podía repartir sus bienes como quisiera: el primogénito tenía que recibir dos terceras partes, y el segundo, el resto *(Deuteronomio 21:17)*. No era raro que se repartiera la herencia antes de morir el padre, especialmente si éste quería retirarse de la dirección del negocio; pero había una innegable dureza en la actitud del segundo hijo cuando dijo: «¡Venga, Padre: dame lo que me corresponde de todo lo que tienes!», como si dijera «lo que va a ser mío de todas maneras cuando te mueras.» El padre no discutió. Sabía que, si su hijo iba a aprender, tendría que ser por las malas; así que accedió a su petición. Sin perder tiempo, el hijo reunió el producto de todo lo que le correspondió, y se marchó de casa.

No pasó mucho tiempo antes de que se lo gastara todo, y acabó cuidando cerdos, un trabajo prohibido para los judíos, porque la ley decía: «Maldito el que cría cerdos.» Y entonces Jesús le dirigió a la humanidad pecadora el mayor cumplido de la Historia: «Cuando volvió en sí», dijo. Jesús creía que, mientras uno está lejos de Dios, no es él mismo; solamente lo es cuando emprende el regreso a casa. No hay duda que Jesús no creía en la «total depravación» de la naturaleza humana como algunos teólogos. Jesús no creía que se puede glorificar a Dios vilipendiando al hombre; lo que sí creía es que el hombre no es realmente él mismo hasta que vuelve a Dios.

Así es que el hijo pródigo decidió volver a casa y pedir que se le recibiera, no como hijo, sino como uno de los que estaban en el nivel más bajo: los contratados para trabajar por días. Los esclavos corrientes eran en cierto modo miembros de la familia; pero los jornaleros se podían despedir de un día para otro; no eran parte de la familia. El hijo volvió a casa; y, según el mejor texto original, su

padre no le dejó decir lo que se había preparado de que le dejara quedarse como jornalero. Le cortó antes. La ropa representa el honor; el anillo, la autoridad, porque el que una persona le diera a otra el anillo era como darle poder notarial; los zapatos distinguían, a los hijos, de los esclavos, que no los tenían. (De ahí el *espiritual negro* en el que el esclavo negro expresa su sueño de libertad diciendo que «Todos los hijos de Dios llevan zapatos»). Y empezó la fiesta para que todos pudieran celebrar la vuelta del ausente.

Parémonos aquí para contemplar la verdad de esta parábola:

(i) No es justo que se la conozca como «la parábola del Hijo Pródigo», porque el hijo no es el héroe de la historia. Debería llamarse «del Padre Amante», porque nos habla más del amor del Padre que del pecado del hijo.

(ii) Nos dice un montón del perdón de Dios. El padre tiene que haber estado esperando y observando el camino, porque vio al hijo cuando aún estaba a una distancia considerable. Y cuando llegó, le perdonó sin echarle nada en cara. Hay un perdón que se otorga por hacer un favor; o aún peor: cuando se sigue recordando el pecado con insinuaciones o alusiones o amenazas. Una vez uno le preguntó a Lincoln cómo iba a tratar a los rebeldes sudistas cuando fueran derrotados y volvieran a la Unión. Él esperaba que Lincoln hablara de venganza; pero sólo recibió por respuesta: «Los trataré como si nunca hubieran estado separados.» Es maravilloso que el amor de Dios nos trate así.

Ese no es el final de la historia. En la última parte aparece el hermano mayor, que sentía que su hermano hubiera vuelto. Representa a los fariseos que se creían justos, y que habrían preferido que el pecador fuera destruido, y no salvo. Fíjemonos en algunos detalles:

(i) Se ve por su actitud que los años que había pasado sirviendo y obedeciendo a su padre los había pasado más cumpliendo con una obligación desagradable que sirviendo por amor.

(ii) Su actitud era de absoluta falta de compasión. Se refiere al pródigo, no como *mi hermano,* sino como *tu hijo,* probablemente despectivamente. Parece ser uno de esos tipos que se complacen en hundir aún más al desgraciado.

(iii) Tenía una mente sucia. No se mencionan las prostitutas hasta que lo hace él. Parece que acusaba a su hermano de pecados que le habría gustado cometer a él.

Otra vez nos encontramos con la verdad sorprendente y admirable de que es más fácil confesarnos con Dios que con muchos hombres; que Dios es más misericordioso en sus juicios que muchos supuestos piadosos; que el amor de Dios es más amplio que el de los hombres, y que Dios está dispuesto a perdonar cuando los hombres no. Ante un amor así, no podemos más que perdernos en admiración, amor y alabanza.

TRES COSAS PERDIDAS Y EL GOZO DE ENCONTRARLAS

Para terminar, debemos darnos cuenta de que las tres parábolas de este capítulo no son sencillamente tres maneras de decir lo mismo. Hay diferencias. La oveja se perdió *porque era un animal estúpido.* No pensaba; y muchos se librarían de caer en el pecado si pensaran un poco y a tiempo. La moneda se perdió *sin que fuera culpa suya,* diríamos que por accidente. El hijo *se perdió a posta y a sabiendas,* volviéndole la espalda a su padre.

El amor de Dios puede vencer la estupidez humana, las circunstancias que tantas veces influyen para mal, y hasta la consciente rebeldía del corazón. Porque Dios es amor, no se resigna a perder lo que ama, sino que busca y espera, y se alegra con gozo inefable y glorioso cuando recupera lo que se le había perdido.

EL EJEMPLO DE UN HOMBRE MALO

Lucas 16:1-13

Jesús les contó también a sus discípulos: «Érase una vez un hombre muy rico, al que hicieron saber que el administrador que tenía al frente de su hacienda le estaba defraudando. El hombre hizo comparecer al administrador, y le dijo tajantemente:

—¿Qué es lo que me dicen que estás haciendo conmigo? ¡Presenta todas las cuentas! ¡Quedas despedido!

—¿Que voy a hacer yo ahora que mi jefe me ha despedido? —se dijo el administrador para sus adentros—. No puedo

ponerme a cavar; y sería una vergüenza tener que pedir limosna. ¡Ya sé lo que haré para encontrar otro empleo cuando se me termine este chollo!

Y dicho y hecho: se puso a llamar a los deudores de su amo uno por uno.

—¿Tú cuánto le debes a mi amo? —le preguntó al primero.

—Yo mil arrobas de aceite —contestó el deudor.

—Pues, venga: toma tu recibo, siéntate ahora mismo a la mesa, y haz otro recibo en el que ponga «quinientas».

Luego llegó otro, y el administrador le dijo:

—Y tú, ¿cuánto debes?

—Cien quintales de trigo —contestó el deudor.

—Pues, venga: toma tu recibo y haz otro por «ochenta».

Cuando el amo descubrió lo que había hecho el tramposo de su administrador, tuvo que reconocer que por lo menos había tenido vista.

Y es que —siguió diciéndoles Jesús—, por lo que se refiere al trato con sus semejantes, los «mundanos» son más inteligentes que los «espirituales». Lo que quiero deciros es que uséis los bienes de este mundo para ganar amigos; para que, cuando os fallen aquéllos, éstos os acojan en las moradas eternas. El que es de confianza en lo que no tiene gran importancia, también lo es en lo que la tiene; y el que hace trampas en el juego, también las hace en los negocios. Si no habéis sido fieles en las cosas de este mundo, ¿cómo se os va a confiar lo que vale de veras? Y si no habéis sido honrados cuando se trataba de lo de los demás, ¿cómo vais a esperar que se os reconozcan vuestros derechos? No hay siervo que pueda servir a dos señores; porque siempre querrá más a uno que a otro, o respetará más a uno que a otro. Por eso no se puede servir al mismo tiempo a Dios y a los negocios de este mundo.»

No es fácil interpretar esta parábola. Nos presenta un ejemplo de la picaresca que se puede encontrar en la vida real aún más que en la literatura.

El administrador era un pícaro. No sabemos si era un esclavo o un empleado; pero el caso es que estaba a cargo de la administración de las propiedades de su amo o patrono. En

Palestina había muchos terratenientes que vivían lejos de sus tierras. Es probable que el amo fuera uno de ellos, por lo que le había encargado a otro la administración de sus fincas, y este había emprendido una carrera de desfalcos.

Los deudores no eran menos pícaros. Parece que eran arrendatarios, y lo que debían era la renta que pagaban en especie, la parte proporcional que hubieran acordado de las cosechas. El administrador sabía que había perdido el empleo; y entonces se le ocurrió una gran idea: falsificar las cuentas de los deudores, de acuerdo con ellos, para que la deuda fuera menor. Esto produciría dos efectos: el primero, que los deudores contraerían con él una deuda de gratitud; y el segundo, todavía más efectivo, que los involucraba en sus fraudes y, si las cosas llegaban a lo peor, ¡podía hacerles un bonito chantaje!

Y por último, el amo parece que era otro pícaro; porque, en vez de escandalizarse cuando descubrió todo el tinglado, reconoció que el administrador había obrado con vista, y hasta se lo alabó.

Lucas nos sugiere no menos de cuatro aplicaciones diferentes:

(i) En el versículo 8, la lección es que, por lo que se refiere al trato con sus semejantes, los «mundanos» son más inteligentes que los «espirituales» o «los hijos de luz» (R-V). Lo que quiere decir que los cristianos lo serían más auténticamente si estuvieran tan interesados en vivir su fe hasta las últimas consecuencias como los mundanos lo están en conseguir dinero y lo que se obtiene con él. Nuestra vida cristiana empezará a ser real y efectiva cuando le dediquemos tanto tiempo e interés al Evangelio como algunos le dedican al placer, o al *hobby,* o al deporte.

(ii) En el versículo 9, la lección es que las posesiones materiales deben usarse para fraguar las amistades en las que se hallan los valores reales y permanentes de la vida. Eso se puede hacer de dos maneras:

(*a*) Se puede hacer para que surta efecto en la eternidad. Los rabinos decían: «Los ricos ayudan a los pobres en este mundo, y los pobres ayudan a los ricos en el mundo venidero.» Ambrosio, el gran teólogo del siglo IV, comentando la parábola del Rico Insensato que se construyó graneros más grandes para almacenar sus cosechas, dijo: «Los regazos de los pobres, las casas de las viudas, las bocas

de los niños son los graneros que permanecen para siempre.» Los judíos creían que lo que se da a los pobres queda reflejado en la cuenta del dador en el mundo venidero. La verdadera riqueza de una persona consiste, no en lo que ha guardado para sí, sino en lo que ha dado a los necesitados.

(*b*) Se puede hacer para que surta efecto en este mundo. La riqueza se puede usar de una manera egoísta, o para hacer la vida más fácil para otros. Muchos estudiantes agradecerán siempre el haber podido hacer una carrera a alguna persona rica, a la que no conocieron, que dejó dinero para becas de estudiantes necesitados. Y muchos agradecemos a un amigo algo más acomodado el que nos ayudara a salir de una necesidad de la manera más práctica. Las posesiones no son en sí mismas un pecado, pero sí una gran responsabilidad; y la persona que las usa para ayudar a otros lleva camino de cumplir con esa responsabilidad.

(iii) En los versículos 10 y 11, la lección es que la manera en que uno realiza una tarea pequeña es la mejor demostración de si está capacitado o no para encargarse de algo mayor. Así es en las cosas de este mundo: nadie ascenderá hasta que haya dado pruebas de su honradez y capacidad de trabajo en su nivel anterior. Pero Jesús aplica este principio a la eternidad cuando dice: «En la Tierra te tienes que hacer cargo de cosas que no son realmente tuyas, porque no te las puedes llevar contigo cuando salgas de este mundo. Sólo las tienes prestadas, y no eres más que un administrador; no pueden llegar a ser tuyas permanentemente. Por otra parte, en el Cielo recibirás lo que será tuyo realmente y para siempre. Y lo que recibas en el Cielo dependerá de cómo hayas usado las cosas de la Tierra. Lo que se te dé como tuyo propio dependerá de cómo hayas usado las cosas cuando no eras más que administrador de bienes ajenos.»

(iv) En el versículo 13, la lección es que un esclavo no puede servir a dos amos distintos, porque un esclavo no tiene más que un amo. Ahora un trabajador puede tener varios trabajos y estar al servicio de varias empresas al mismo tiempo; pero eso era absolutamente imposible para un esclavo, porque todo su tiempo y todas sus energías pertenecían a un solo amo. Así sucede con el servicio de Dios: no puede ser algo a tiempo parcial o fuera de

horas. Cuando aceptamos servir a Dios, todos los momentos de nuestro tiempo y todas las energías de nuestro ser le pertenecen a Él. O somos suyos por entero, o no lo somos.

LA LEY QUE NO CAMBIA

Lucas 16:14-18

> *Los fariseos, que tenían más interés de la cuenta en el dinero, se burlaban de Jesús cuando le escuchaban.*
>
> *—Vosotros siempre pretendéis tener la razón ante todo el mundo; pero Dios sabe cómo sois por dentro, y lo que a la gente le parece estupendo, no es más que basura para Dios —les decía Jesús. Y siguió diciendo—: El tiempo de vigencia de la Ley y los Profetas fue hasta Juan el Bautista. Desde entonces se proclama la Buena Noticia del Reino de Dios, y todos se esfuerzan para entrar en él. Antes desaparecerán el Cielo y la Tierra que se anule ni una tilde de la Ley. El que se divorcia de su mujer y se casa con otra, comete adulterio; y el que se casa con la divorciada, también.*

Este pasaje tiene tres partes:

(i) Empieza con una acusación a los fariseos. Dice que *se burlaban* de Jesús. Los judíos propendían a relacionar la prosperidad material con la bondad; la riqueza era una señal de que la persona era buena. Los fariseos presumían de ser muy buenos, y consideraban la riqueza como una justa recompensa. Pero, cuanto más se exaltaban ante la gente, tanto más abominables eran para Dios. Ya está bastante mal el que una persona se considere buena; pero está todavía peor el que presente su riqueza como prueba irrefutable de su bondad.

(ii) Hasta que llegó Jesús, la Ley y los Profetas del Antiguo Testamento habían sido la última Palabra de Dios; pero Jesús vino a proclamar el Reino, y los publicanos y los pecadores acudían entusiasmados a entrar, aunque los escribas y los fariseos querían impedírselo por todos los medios. Pero Jesús insistía en que el Reino no es la revocación de la Ley, sino su cumplimiento. Es verdad que los detalles insignificantes y las reglas ceremoniales se habían borrado; pero nadie debía pensar que el Evangelio suprimía

todas las leyes. Los mandamientos de la Ley de Dios seguían inalterados e inalterables. Algunas letras hebreas se parecen mucho, y se distinguen por unos puntitos diacríticos, como los acentos y la diéresis y la virgulilla de la eñe del castellano. Ni siquiera uno de esos puntitos o rayitas de las grandes leyes desaparecería.

(iii) Como un ejemplo de la Ley que no se cambiará nunca Jesús citó la ley de la castidad. Esta tajante afirmación de Jesús se ha de leer en el contexto de la vida judía. Los judíos tenían una opinión muy alta de la castidad y la fidelidad. Los rabinos decían: «Dios puede pasar por alto muchas cosas, pero no la falta de castidad, que es una cosa que hace que se ausente la gloria de Dios.» Un judío debe dejarse matar antes de cometer idolatría, homicidio o adulterio. Pero lo trágico era que, en los tiempos de Jesús, el vínculo matrimonial estaba a punto de desaparecer. Para las leyes judías la mujer era una cosa. Podía divorciarse de su marido sólo si él era leproso, o apóstata, o violador. Aparte de eso, una mujer no tenía más derecho ni compensación cuando su marido la divorciaba que la devolución de la dote. La ley judía decía: «El marido puede divorciar a su mujer con o contra la voluntad de esta; para divorciarse el marido basta con su voluntad.» La Ley de Moisés decía: «Cuando alguno tomare mujer y se casare con ella, si no le agradare por haber hallado en ella alguna cosa indecente, le escribirá carta de divorcio, y se la entregará en su mano, y la despedirá de su casa» *(Deuteronomio 24:1)*. La llamada «carta de divorcio» había que firmarla ante dos testigos, y decía: «Sea esta escritura de divorcio que te otorgo documento de despido y certificado de libertad para que te puedas casar con quien quieras.» Así de fácil era el divorcio para el hombre.

La cosa se complicaba cuando se interpretaba la frase *alguna cosa indecente* de la ley mosaica. Había dos escuelas de pensamiento: la de Shammai sostenía que quería decir *adulterio,* y nada más. La escuela de Hillel sostenía que podía querer decir «cualquier cosa que desagradara a su marido como, por ejemplo, si echaba a perder un plato de comida, si se daba una vuelta por la calle, si hablaba con un extraño, si hablaba sin el debido respeto de los parientes de su marido, si era alborotadora.» Esto último se

definía como «que se la pudiera oír en la casa de al lado.» Rabi Akiba llegó hasta el punto de decir que un hombre podía divorciar a su mujer si encontraba otra más guapa. Tal como es la naturaleza humana, fue la escuela de Hillel la que prevaleció; así que, en los tiempos de Jesús, las mujeres no querían casarse, y la vida familiar estaba en peligro de desaparecer.

Jesús aquí establece la santidad del vínculo matrimonial. Esto aparece en *Mateo 5:31s,* donde el adulterio es la única excepción a la regla universal. A menudo pensamos que nuestro tiempo es malo; pero Jesús vivía en un tiempo en el que las cosas estaban por lo menos igual de mal. Si destruimos la vida familiar destruimos algo que es fundamental al Evangelio, y Jesús establece aquí una ley que es peligroso soslayar.

EL CASTIGO DEL INSENSIBLE

Lucas 16:19-31

—Érase un rico que se vestía de púrpura y de seda y que organizaba unos banquetes impresionantes todos los días. Y érase también un pobre que se llamaba Lázaro, que estaba tirado en el suelo a la puerta del rico, con el cuerpo lleno de llagas, y tan hambriento que se hubiera conformado con que le dejaran comerse las migajas que caían al suelo de la mesa del rico; y, era tal su indefensión que hasta los perros venían a lamerle las llagas. Cuando se murió aquel pobrecito, los mismísimos ángeles vinieron a llevarle al Seno de Abraham. En cuanto al rico, también se murió, y le enterraron. Estaba en el Infierno entre tormentos, y miró hacia arriba y vio a lo lejos a Abraham, y a Lázaro en su Seno; y el rico se puso a dar voces: «¡Padre Abraham, compadécete de mí, y manda a Lázaro que moje la puntita del dedo en agua y me refresque un poquitín la lengua, porque estoy sufriendo tormento en este fuego!» Pero Abraham le contestó: «Hijo, acuérdate de que tú recibiste todos los bienes en la vida, y Lázaro no recibió más que males. Así que ahora él recibe cosas buenas, y tú tormentos. Además, hay una gran sima infranqueable entre nosotros y vosotros que hace imposible el que se pueda pasar de aquí allí, o de allí aquí.» El rico entonces le dijo: «Entonces, por favor, Padre, mándale a la casa de mi padre donde están mis cinco hermanos, para que les advierta de

la verdad y no vengan a este lugar de tormento.» Y Abraham le contestó: «¡Ya tienen a Moisés y a los profetas! ¡Que les presten atención!» Y el rico siguió suplicando: «Eso no es bastante. Pero si se les aparece un muerto, se arrepentirán.» Y Abraham le contestó: «Si no hacen caso de Moisés y de los profetas, tampoco se convencerán si resucita un muerto.»

Esta parábola está tan perfectamente construida que no le sobra ni una sola frase. Vamos a fijarnos en los personajes:

(i) En primer lugar tenemos al rico, al que a veces se le llama Dives, que quiere decir «rico» en latín. Cada frase añade algún detalle al lujo en que vivía. Vestía púrpura y lino fino, que es la descripción de las ropas del sumo sacerdote, que costaban una inmensa fortuna. Celebraba banquetes suntuosos todos los días; la palabra que se usa aquí indica los manjares que harían las delicias de un gastrónomo. Y así *todos los días.* No cabe duda de que así quebrantaba el cuarto mandamiento, que dispone que se ha de trabajar seis días *(Éxodo 20:9)*.

En un país y época en que la gente corriente tendría suerte si comía carne una vez a la semana después de trabajar seis días, Dives es el prototipo del indolente ricachón. Lázaro habría querido recoger las migajas que caían de la mesa de Dives; y es que en aquel tiempo no se usaban tenedores ni cuchillos ni servilletas, sino que se comía con las manos y, en las casas de los ricos, las manos se limpiaban restregándolas con pan, que caía al suelo. De eso querría hartarse Lázaro.

(ii) En segundo lugar, tenemos a Lázaro. Es curioso que es el único personaje de las parábolas que tiene un nombre, que es la forma latina de Eleazar, que quiere decir *Dios es mi ayuda.* Era un mendigo, y estaba cubierto de llagas ulcerosas, y en tal estado que ni siquiera se podía defender de los perros callejeros que le asediaban con sus lametones.

Esta es la escena en este mundo, que cambia bruscamente para que veamos lo que sucede en el mundo venidero: allí Lázaro está en el Cielo y Dives en el Infierno. Naturalmente, la descripción del *más allá* refleja las ideas de los judíos de aquel tiempo, no necesariamente las de los cristianos de ahora. ¿Cuál había sido el pecado de Dives? ¡Al fin y al cabo no había mandado que quitaran a

Lázaro de su puerta! Y, al parecer, no se oponía a que se le dieran las migas del pan que se tiraba de la mesa. Tampoco le daba de patadas cuando pasaba. No era deliberadamente cruel con él. El pecado de Dives fue que no se preocupó ni lo más mínimo de Lázaro, que le consideró parte del entorno y aceptó como lo más natural que Lázaro estuviera tirado a su puerta, sufriendo la enfermedad y el hambre, mientras él se regodeaba en el lujo. Como ha dicho alguien: «No fue tanto lo que hizo, sino lo que no hizo, lo que le llevó al Infierno.» El pecado de Dives era que podía ver el sufrimiento y la necesidad del mundo a su alrededor, y no sentir que nada le tocara el corazón, ni hacer nada para remediarlo. Sufrió las consecuencias de haber sido insensible.

Parece excesivamente duro que no se le concediera que se advirtiera a sus hermanos; pero es un hecho que, si uno tiene la Palabra de Dios, y ve el dolor y la necesidad y no se siente llamado a ofrecer alivio o ayuda pudiendo hacerlo, nada le hará cambiar.

Es una seria advertencia que el pecado de Dives no fuera lo que hizo mal, sino lo que no hizo. El Evangelio deja bien claro que el pecado está en ver el bien que se puede hacer, y no hacerlo *(Santiago 4:17)*.

LAS LEYES DE LA VIDA CRISTIANA

Lucas 17:1-10

> *—Es inevitable que se produzcan tropiezos —dijo Jesús a sus discípulos—; pero ¡ay del que los provoque! Más le valiera que le ataran al cuello una piedra de molino y le tiraran al mar, antes que hacer tropezar a uno de estos pequeñitos. Andaos con mucho cuidado. Si tu hermano te causa algún daño, échaselo en cara; si lo siente, perdónale. Aunque te lo haga siete veces al día, si lo reconoce y dice que lo siente, perdónale.*
>
> *—Haz que tengamos más fe —le dijeron al Señor los apóstoles.*
>
> *—Si tuvierais algo de fe, aunque fuera tan pequeña como una semillita de mostaza, le podríais decir a este sicomoro: «¡Desarráigate y plántate en el mar!» Y os obedecería. —Y siguió diciendo—: «Si uno de vosotros tiene un siervo que*

vuelve a casa de arar o de apacentar el ganado, ¿a que no le dice que entre y se siente a la mesa? Lo que le dice es que primero le prepare a él la cena, y se ponga el delantal y le sirva a él primero hasta que acabe de cenar, y que ya comerá y beberá él después. Y a mí me parece que no le da las gracias al siervo por haber hecho lo que le ha mandado, ¿verdad? Pues esta debe ser vuestra actitud cuando acabéis de hacer todo lo que se os ha mandado. Debéis deciros: «Lo que se dice como siervos, no somos nada del otro mundo; porque no hemos hecho más que cumplir con nuestro deber.»

Este pasaje se divide en cuatro secciones claramente definidas e independientes:

(i) Los versículos 1 y 2 condenan a la persona que enseña a otros a pecar. La palabra que se usa en griego es *skándalon,* de la que procede la castellana *escándalo,* que es la que se usa en casi todas las traducciones españolas. La Hispano-Americana (1916) puso *tropiezo,* que luego pasó a la Reina Valera (1960). La Versión Popular introduce una buena circunlocución: «cosas que hacen pecar a la gente.» La palabra original tiene dos significados:

(*a*) En un principio quería decir el cebo que se pone en una trampa o anzuelo.

(*b*) De ahí pasó a significar, en sentido figurado, la piedra de tropiezo que se pone en el camino para que la gente se caiga. Jesús quería decir que es imposible construir un mundo en el que no haya tentaciones; pero, ¡ay de aquel que enseña a otros a pecar, o les hace perder la inocencia!

Siempre tiene que haber una primera invitación a pecar, un primer empujón hacia el mal camino. Kennedy Williamson nos habla de un anciano que se estaba muriendo. Estaba claro que algo le preocupaba; y, por último, lo dijo: «Cuando era un muchacho solía jugar en el cruce de dos carreteras en el que había un indicador de direcciones. Y recuerdo que un día lo torcí, cambiando la orientación de las flechas. No sé a cuántos viajeros habré despistado de su ruta mandándolos adonde no querían ir.» Dios no dará por inocente al que, en el transcurso de la vida, introduce a un joven o a un hermano débil en el mal camino.

(ii) Los versículos 3 y 4 hablan de la necesidad de perdonar. Nos dicen que perdonemos siete veces al día. Los rabinos decían que si uno perdona *tres* veces, es un hombre perfecto. En *Mateo 18:21s*, Jesús le dice a Pedro, que le ha preguntado si debe perdonar hasta siete veces: «No te digo hasta siete, sino aun hasta setenta veces siete» (cambiando de signo el himno de venganza de Lamec de *Génesis 4:24.) Siete veces al día* o *setenta veces* quiere decir, no que hay un límite, por amplio que sea, sino que no lo hay: que se debe perdonar *sin llevar la cuenta.*

(iii) Los versículos 5 y 6 nos dicen que la fe es la mayor fuerza del mundo. Recordemos que la manera oriental de hablar es de lo más gráfica. Aquí se nos quiere decir que hasta lo que parece imposible se hace posible para la fe. No tenemos más que pensar en las innumerables maravillas de la ciencia, de las operaciones quirúrgicas, los diversos récords que se han logrado en diversos terrenos y que hace cincuenta años se habrían considerado imposibles. Si nos enfrentamos con algo diciendo: «¡Es imposible!», ni lo intentaremos; pero si decimos: «¡Puede hacerse!», por lo menos existe la posibilidad de que se haga. Debemos siempre tener presente que no estamos solos; que el Señor está con nosotros, y con Él todo es posible.

(iv) Los versículos 7-10 nos dicen que Dios no está nunca en deuda con nosotros, que nunca nos podemos pasar en su servicio. Cuando lo hemos hecho todo lo mejor posible, no hemos hecho más que lo que estábamos obligados a hacer.

El mundo entero no será
dádiva digna de ofrecer.
Amor tan grande, sin igual,
en cambio exige todo el ser.

ISAAC WATTS - W. T. T. MILLHAM

Tal vez se puedan satisfacer las exigencias de la ley; pero todos los que aman saben que no se pueden abarcar los límites del amor.

ESCASEZ DE LA GRATITUD

Lucas 17:11-19

Cuando Jesús se dirigía hacia Jerusalén iba pasando entre Samaria y Galilea. A la entrada de una aldea le salieron al encuentro diez leprosos, que se pararon a lo lejos y empezaron a gritarle:

—¡Maestro Jesús, apiádate de nosotros!

—¡Id a presentaros a los sacerdotes! —les contestó Jesús cuando los vio.

Mientras iban de camino, ¡su lepra desapareció! Uno de ellos, en cuanto se dio cuenta de que estaba curado, volvió adonde estaba Jesús, alabando a Dios a voces, y se postró rostro a tierra a los pies de Jesús, dándole las gracias. Aquel hombre era samaritano. Dijo Jesús:

—¿No se curaron los diez? Pues, ¿dónde están los otros nueve? ¿Este extranjero es el único que ha vuelto a darle gracias a Dios? —Y, dirigiéndose al samaritano, le dijo—: ¡Hala, ponte en pie y vete! La fe que tienes es lo que ha sido tu salvación.

Jesús iba por la línea que separaba Galilea y Samaria cuando se encontró con aquel grupo de diez leprosos. Sabemos que los judíos no se trataban con los samaritanos *(Juan 4:9)*; sin embargo, en este grupo había por lo menos uno que era samaritano.

Aquí tenemos un ejemplo de una de las leyes de la vida: la común desgracia había roto las barreras raciales y nacionales haciéndoles olvidar las diferencias que había entre judíos y samaritanos, y recordar sólo que eran seres humanos necesitados de compañía y ayuda mutua.

Si se produce una inundación en un terreno y se reúnen diferentes clases de animales en algún lugar más alto, conviven pacíficamente los que en circunstancias normales serían enemigos y lucharían a muerte. Lo que más debería hacer que los seres humanos convivieran en paz es su común necesidad de Dios.

Los leprosos se pararon a lo lejos (véase *Levítico 13:45, 46; Números 5:2)*. No era una distancia fija; pero una autoridad establecía que fueran por lo menos cincuenta metros los que separaran al leproso de los sanos. Ahí vemos el absoluto aislamiento en que tenían que vivir los leprosos.

Esta es la historia evangélica que nos muestra más a las claras la realidad de la ingratitud. Los leprosos clamaron a Jesús en una situación desesperada; Él los curó, y nueve de los diez no volvieron a darle las gracias. Eso es lo que suele pasar: una vez que se ha obtenido lo que se necesitaba, no se vuelve ni para dar las gracias.

(i) A menudo somos desagradecidos con nuestros padres. Hubo una época de nuestra vida en la que, si nos hubieran abandonado unos pocos días, nos habríamos muerto. De todas las criaturas, el ser humano es el que tarda más en independizarse de sus padres. Pero a veces llega el día en que los padres son una molestia, y muchos jóvenes no están dispuestos a pagar la deuda de gratitud que les deben. W. Shakespeare pone en boca del rey Lear:

> *«¡Cuánto más aguda que los dientes de una serpiente es la ingratitud de un hijo!»*

(ii) A menudo somos desagradecidos con nuestros semejantes. Será raro entre nosotros el que no haya recibido una ayuda considerable en algún momento de necesidad, y más raro el que haya devuelto la deuda de gratitud que contrajo. A veces un amigo, o maestro, o médico, hace algo por nosotros que nunca podremos pagar; pero lo malo es que hasta lo olvidamos.

(iii) A menudo somos desagradecidos con Dios. En algún momento de amarga necesidad hemos orado con intensidad desesperada; pero pasó aquella situación, y nos olvidamos de Dios. Dios dio a su amado Hijo por nosotros a la muerte de cruz, y muchos no le hemos dado ni siquiera las gracias. La mejor gratitud es tratar de ser un poco más dignos, o menos indignos, de su bondad y misericordia. «Bendice, alma mía al Señor, *y no olvides ninguno de sus beneficios» (Salmo 103:2).*

LAS SEÑALES DE SU VENIDA

Lucas 17:20-37

Una vez le preguntaron a Jesús los fariseos cuándo iba a venir el Reino de Dios, y Él les contestó:

—El Reino de Dios no vendrá con señales que uno pueda observar, ni se dirá: «¡Aquí está!», o «¡Por allí viene!» Porque, fijaos: el Reino de Dios está dentro de vosotros—. Y siguió diciendo a sus discípulos—: Llegará un tiempo en que querréis ver uno de los días del Hijo del Hombre, y no lo veréis. Y os dirán: «¡Aquí está!», o «¡Por allí viene!» Pero no vayáis ni les hagáis caso; porque el Hijo del Hombre se presentará en su Día como el relámpago que resplandece de una punta a otra de los cielos. Pero antes es necesario que padezca mucho, y que le rechacen los de este tiempo. Los días del Hijo del Hombre serán como cuando vivía Noé: que la gente comía y bebía, se casaba y celebraba bodas, hasta el momento en que Noé se metió en el arca y se descargó el Diluvio y acabó con todos. O como sucedió cuando vivía Lot: que se comía y se bebía, se compraba y se vendía, se plantaba y se edificaba; pero, en cuanto salió Lot de Sodoma, se puso a llover fuego y azufre de los cielos, y murieron todos. Así sucederá el Día que se manifieste el Hijo del Hombre: entonces, el que esté en la azotea, que no intente bajar a las habitaciones a recoger sus bienes; y el que esté en el campo, que no trate de volver a casa. ¡Acordaos de la mujer de Lot! El que haga todo lo posible para salvar la vida, la perderá; y el que esté dispuesto a perderla, la salvará. Os aseguro que esa noche estarán dos en una cama, y uno será arrebatado y otro dejado. Habrá dos mujeres juntas moliendo, y una será arrebatada y otra dejada. Estarán dos trabajando juntos en el campo, y uno será arrebatado y otro dejado.

—¿Adónde, Señor? —le preguntaron entonces.

—«Donde estén los cuerpos, allí se juntarán los buitres» —respondió Jesús.

Aquí tenemos dos pasajes difíciles:

En los versículos 20 y 21, Jesús contesta a la pregunta de los fariseos acerca de cuándo vendrá el Reino de Dios. Dijo que no vendrá con señales que podamos esperar. La palabra que se usa sugiere un médico que está observando a un paciente para descubrir los síntomas de la enfermedad que sospecha. Y no estamos seguros de lo que Jesús dijo a continuación, porque el original puede querer decir dos cosas:

(*a*) Puede querer decir que *el Reino de Dios está dentro de vosotros;* es decir, que es algo que obra en los corazones de las personas; no va a producir cosas nuevas, sino personas nuevas. Lo que debemos buscar no es una revolución que vaya a afectar a las cosas materiales, sino una revolución en los corazones.

(*b*) Puede querer decir que *el Reino de Dios está entre vosotros.* Querría decir Él, Jesús mismo. Él era la personificación del Reino, aunque no le reconocían. Es como si dijera: «Aquí están la oferta total y el secreto de Dios, y vosotros no los queréis aceptar.»

Los versículos 22-37 hablan de la Segunda Venida de Cristo. De este pasaje sólo podemos sacar algunas cosas que son seguras, ¡y ya es bastante!

(i) Habrá tiempos en que los cristianos anhelen la venida de Cristo. Como los mártires, clamarán: «¡Señor! ¿Hasta cuándo?» *(Apocalipsis 6:10)*. Pero tendrán que aprender a mantener encendidas las lámparas de la paciencia, y esperar. Dios tiene su momento.

(ii) La venida de Cristo es segura, pero no sabemos cuándo será. Es inútil especular. Vendrán personas con profecías y predicciones falsas; pero no debemos inquietarnos ni hacerles caso. La mejor manera en que puede encontrarnos Cristo es cumpliendo con nuestro deber paciente y fielmente. Como dice un comentarista: «Nadie lo podrá *prever,* pero todos lo *verán.*»

(iii) Cuando llegue ese Día, el juicio de Dios se hará realidad, y de dos personas que han estado juntas toda la vida, una será arrebatada y otra dejada. Aquí hay una advertencia: el haber estado cerca de una persona que es fiel al Señor no es una garantía de salvación. «Nadie puede librar a su hermano.» No hace mucho que era corriente el entregar uno de los hijos a la iglesia para que cumpliera por todos. Y todavía lo es el que un marido se descargue

dejando a la mujer que cumpla con la iglesia. Pero el juicio de Dios es individual. No podemos delegar en otro el cumplimiento de nuestros deberes con Dios. A menudo uno es arrebatado y otro dejado.

(iv) Cuando le preguntaron a Jesús cuándo pasaría todo eso, contestó citando un conocido refrán: «Donde estén los cuerpos se juntarán los buitres», que quería decir que una cosa sucedía cuando se cumplían las condiciones necesarias. Para nosotros quiere decir que Dios enviará otra vez a Jesucristo a Su debido tiempo —el de Dios. No podemos saber cuándo, y no osaremos especular. Debemos vivir de tal manera que cuando Él venga nos encuentre preparados.

INCANSABLES EN LA ORACIÓN

Lucas 18:1-8

> *Jesús les contó otra parábola sobre la necesidad de ser constantes en la oración y no desanimarse:*
>
> *—En cierta ciudad había un juez que no tenía temor de Dios ni respetaba a nadie. Y en aquella ciudad vivía una viuda que iba a ver al juez con frecuencia para pedirle que le hiciera justicia en un pleito que tenía con uno que le hacía la vida imposible. El juez no le hizo caso durante bastante tiempo; pero llegó un momento en que se dijo para sus adentros: «Es verdad que yo no tengo temor de Dios ni respeto a nadie; pero esta viuda no deja de fastidiarme, de modo que le haré justicia, no sea que acabe por hacerme polvo del todo»—. Y el Señor insistió—: ¡Fijaos lo que acabó por decir aquel juez tan malvado! ¿Y creéis que Dios no les hará justicia a sus amigos que se lo piden día y noche? ¿Creéis que le dará largas al asunto? ¡Os aseguro que se dará prisa a hacerles justicia! Pero, cuando vuelva el Hijo del Hombre, ¿quedará algo de fe en la Tierra?*

Esta parábola tiene dos personajes:

(i) El *juez,* que parece no haber sido un juez judío. Todas los pleitos judíos ordinarios se llevaban a los ancianos, y no a los tribunales públicos. Según la ley judía, si se llevaba una causa a

litigio, un solo hombre no constituía un tribunal. Había siempre tres jueces: uno por cada una de las partes, y otro independiente.

Este juez parece haber sido uno de los magistrados pagados nombrados por Herodes o los romanos, y que eran ellos mismos un caso; a menos que el demandante tuviera influencia o dinero para sobornar al juez, no podía esperar que se decidiera su pleito. Se decía que estos jueces pervertían la justicia «por un plato de lentejas.» Hasta se hacían chistes con su nombre, que era *dayyané-guezerot,* que quería decir jueces de faltas, y lo cambiaban por *dayyané-guezelot,* que quería decir «jueces bandidos».

(ii) La *viuda* era el símbolo de todos los pobres y marginados. Estaba claro que, como no tenía recursos de ninguna clase, no podía esperar que tal juez le hiciera justicia. Pero tenía un arma: la insistencia. Es posible que lo que el juez temiera fuera la violencia física. La palabra que hemos traducido como «no sea que acabe por hacerme polvo del todo» puede querer decir «me ponga un ojo morado». Se le podía cerrar el ojo a un juez así de dos maneras: o sobornándole, o pegándole un puñetazo. El caso es que la insistencia consiguió su objeto.

Esta parábola se parece a la del Amigo Importuno *(Lucas 11:5-10)*. *No compara* a Dios con un juez injusto, sino *le contrasta* con tal persona. Jesús está diciendo: «Si al fin y al cabo se puede hacer que un juez rapaz e injusto le haga justicia a una viuda *por cansancio, ¡cuánto más* Dios, que es un Padre amante, les dará a sus hijos lo que necesitan!

Eso es verdad, pero no tenemos por qué suponer que vamos a obtener siempre lo que pidamos. A menudo un padre tiene que negarse a darle a su hijo lo que le pide, especialmente cuando sabe que aquello le va a hacer más mal que bien. Así es Dios.

Nosotros no sabemos lo que nos reserva el futuro; sólo Dios lo sabe, y por tanto sólo Dios sabe si aquello va a ser para nuestro bien *a la larga.* Por eso Jesús nos dice que no tenemos que desanimarnos en la oración, y por eso dijo que no sabía si quedaría fe en la Tierra cuando Él viniera otra vez. No nos cansaremos nunca de orar, y nunca nos faltará la fe si, una vez que le hemos hecho a Dios *nuestras* oraciones y peticiones, añadimos la perfecta oración: *«¡Hágase tu voluntad!»*

EL PECADO DEL ORGULLO

Lucas 18:9-14

> *También les dijo Jesús una parábola a los que presumían de buenos y despreciaban a los demás:*
>
> *—Dos hombres fueron al templo a orar: el uno era fariseo, y el otro publicano. El fariseo se puso en pie, y empezó a orar de una manera que más parecía que estaba hablando consigo mismo que con Dios: «¡Dios, te doy gracias porque no soy como los demás, que son ladrones, injustos, adúlteros, y menos como ese publicano! Ayuno dos veces a la semana, doy diezmos de todo lo que gano, etc., etc.» Pero el publicano se puso al final de todo, y no se atrevía ni a levantar la vista, sino que se daba sinceros golpes de pecho y decía: «Dios, ten misericordia de este pecador que soy yo.» Os aseguro —siguió diciendo Jesús— que el publicano se fue a su casa en paz con Dios más que el fariseo; y es que, el que se chulea con Dios se hunde hasta lo más bajo; pero al que es humilde, Dios le tiende la mano y le levanta.*

Los judíos religiosos practicaban la oración tres veces al día: a las 9 de la mañana, al mediodía y a las 3 de la tarde. Se consideraba que la oración era más eficaz si se ofrecía en el templo, por lo cual el templo era frecuentado a esas horas. Jesús nos presenta a dos personajes:

(i) El uno era fariseo. Realmente no oraba a Dios, sino *consigo mismo.* La verdadera oración se dirige solamente a Dios. Cierto reportero norteamericano describió una vez la oración de un predicador como «la oración más elocuente que se haya ofrecido jamás a una audiencia de Boston.» El fariseo estaba presentando sus credenciales delante de Dios.

La ley judía no prescribía más que un ayuno obligatorio, el del Día de la Expiación. Pero los que querían ganar méritos ayunaban también todos los lunes y los jueves. Es curioso que esos eran los días de mercado cuando Jerusalén se llenaba de campesinos. Los que ayunaban se ponían polvos para parecer más pálidos, y se vestían con cuidadoso descuido y salían a la calle para que los viera el público. Los levitas tenían que recibir los diezmos de todos los

productos *(Números 18:21; Deuteronomio 14:22)*; pero este fariseo lo diezmaba todo, hasta lo que no era de precepto.

Su actitud era la típica de los peores fariseos. Se conserva la oración de un cierto rabino que decía: «Te doy gracias, oh Señor Dios, porque me has dado parte con los que se sientan en la Academia, y no con los que se sientan por las esquinas. Porque yo madrugo, como ellos; pero yo para buscar las palabras de la ley, y ellos para cosas vanas. Yo trabajo, como ellos; pero yo trabajo para recibir una recompensa, y ellos trabajan y no reciben ninguna recompensa. Yo corro, como ellos; pero yo corro hacia la vida del mundo venidero, y ellos hacia el pozo de la destrucción.» Dijo una vez el rabino Simeón ben Yocai: «Si no hay más que dos justos en el mundo, somos mi hijo y yo; y si no hay más que uno, ¡soy yo!»

El fariseo realmente no iba a orar; iba a informar a Dios de lo bueno que era.

(ii) El otro era publicano. Se quedaba al final, y no se atrevía ni a levantar la vista ante Dios. Aquí otra vez casi todas las traducciones españolas de la Biblia pierden un importante matiz del original al traducir *a mí, pecador;* Bover-Cantera y Nueva Biblia Española se acercan más con *este pecador.* El publicano dijo realmente: «¡Dios, ten misericordia de mí, *el* pecador», como si se considerara, no meramente *un* pecador, sino *el* pecador *por antonomasia.* Y Jesús dijo: «Y fue esa oración, surgida de un corazón quebrantado y avergonzado de sí mismo, la que le granjeó la aceptación de Dios.»

No hay duda que esta parábola nos enseña ciertas cosas importantísimas acerca de la oración:

(i) Ningún orgulloso puede orar. La puerta del Cielo tiene el dintel tan bajo que no se puede entrar más que de rodillas.

No ya he de gloriarme jamás, ¡oh Dios mío!
de aquellos deberes que un día cumplí.
Mi gloria era vana; confío tan sólo
en Cristo y su sangre vertida por mí.

JOSÉ M. DE MORA

(ii) Nadie que desprecie a sus semejantes puede orar. En la oración no nos podemos encumbrar por encima de los demás. Recordamos que somos cada uno parte de una humanidad

pecadora, doliente e indigna, que se arrodilla ante el trono de la gracia de Dios.

(iii) La verdadera oración brota cuando colocamos nuestras vidas al lado de la vida de Dios. Sin duda todo lo que dijo el fariseo era verdad: ayunaba; diezmaba meticulosamente; no era como los hombres que menciona, y menos como el publicano. Pero la pregunta no es: «¿Soy yo tan bueno como mis semejantes?», sino: «¿Soy yo tan bueno como Dios?» Una vez hice un viaje en tren a Inglaterra. Cuando pasábamos por los montes de Yorkshire vi una casa de campo enjalbegada que parecía irradiar blancura inmaculada. Unos días después, al volver a Escocia, había nevado; y cuando vi la cabañita, me pareció sucia y casi gris en comparación con la blancura virginal del paisaje.

Todo depende de con qué nos comparamos. Cuando ponemos nuestra vida al lado de la de Jesús y al lado de la santidad de Dios, todo lo que podemos decir es: «Dios, ten misericordia de este pecador que soy yo.»

EL MAESTRO Y LOS NIÑOS

Lucas 18:15-17

> *Había personas que le querían traer a Jesús a sus niños, para que los tocara. Pero cuando los veían los discípulos, les decían que se marcharan. Cuando Jesús se dio cuenta, llamó a sus discípulos y les dijo:*
>
> *—Dejad que los niños vengan a Mí, y no se lo impidáis; porque el Reino de Dios es de los que son como ellos. Os aseguro que el que no reciba el Reino de Dios como un niño, no entrará en él.*

Era corriente que las madres trajeran a sus niños en su primer cumpleaños a algún rabino distinguido para que los bendijera. Y para eso se los traían a Jesús. No tenemos que pensar que los discípulos fueran duros o crueles. Lo hacían por el respeto y el cariño que le tenían a Jesús. Recordemos que se dirigía a Jerusalén a morir en una cruz. Los discípulos podían ver en su rostro la tensión de su corazón; y no querían que le molestaran. En casa les decimos a veces a los niños: «Deja a papá en paz, que está muy

cansado y preocupado esta noche.» Eso es precisamente lo que hicieron los discípulos.

Es una de las escenas más encantadoras del Evangelio el ver que Jesús tenía tiempo para los niños hasta cuando se dirigía a Jerusalén para morir en la cruz.

Cuando Jesús dijo que los que componen el Reino de Dios son los que son como los niños, ¿qué quería decir? ¿En qué cualidades estaba pensando?

(i) El niño no ha perdido *el sentido de lo maravilloso.* Tennyson nos cuenta que una mañana temprano entró en la habitación de su nietecito y le sorprendió «siguiendo embelesado con la mirada al rayo de sol que jugaba en los postes de la cama.» Cuando nos hacemos mayores, vivimos en un mundo gris y cansado. Los niños viven en un mundo que conserva el lustre de lo nuevo, y en el que Dios siempre está cerca.

(ii) Toda la vida del niño se apoya en *la confianza.* Cuando somos pequeños, nunca nos preguntamos de dónde nos va a venir la próxima comida, o de dónde va a salir la ropa. Cuando vamos al colegio estamos seguros de que nuestra casa estará en su sitio cuando volvamos, con todo listo para nuestras necesidades. Cuando vamos de viaje no nos preocupamos por los gastos, ni dudamos de que nuestros padres sepan el camino y nos lleven sin problemas. La confianza del niño en sus padres es absoluta, y así debería ser la nuestra en nuestro Padre, Dios.

(iii) El niño es *obediente* por naturaleza. Es cierto que a veces desobedece y se queja de lo que le mandan sus padres; pero su instinto es obedecer. Sabe muy bien que debe obedecer, y no está contento cuando no ha sido obediente. En su fuero interno reconoce que la palabra de sus padres es ley. Así debiera ser para nosotros la Palabra de Dios.

(iv) El niño tiene una capacidad admirable para *perdonar.* Casi todos los padres somos injustos con nuestros niños. Les exigimos un nivel de obediencia, de modales, de lenguaje y de diligencia que rara vez alcanzamos nosotros. Una y otra vez los regañamos o castigamos por hacer cosas que hacemos nosotros. Si otros nos trataran de la forma que tratamos nosotros a nuestros hijos, probablemente no se lo perdonaríamos. Pero los niños perdonan y

olvidan, y ni siquiera se dan cuenta de que se los trata con injusticia. El mundo sería un lugar mucho más agradable si perdonáramos todos como lo hace un niño.

El mantener despierto el sentido de lo maravilloso, vivir con una confianza inquebrantable, obedecer con naturalidad, perdonar y olvidar… En eso consiste el espíritu del niño, que es el pasaporte para entrar en el Reino de Dios.

EL QUE NO QUERÍA PAGAR EL PRECIO

Lucas 18:18-30

Un hombre importante le preguntó a Jesús:

—Maestro bueno, ¿qué es lo que tengo que hacer para poseer la vida eterna que Dios ha prometido?

—¿Por qué me llamas «bueno»? No hay nadie que sea bueno más que Dios —le contestó Jesús—. Tú sabes los mandamientos: No adulteres, no mates, no robes, no des falso testimonio, respeta a tu padre y a tu madre…

—Todo eso lo he cumplido desde pequeño —contestó el hombre; y cuando le oyó Jesús, le dijo:

—Pues todavía te falta algo: vende todas tus posesiones y dales el producto a los pobres. Así tendrás riquezas en el Cielo. Y luego ponte a seguir mi ejemplo.

Cuando el hombre oyó esto, se le cayó el alma a los pies; porque era extremadamente rico. Jesús se dio cuenta de su reacción, y dijo:

—¡Qué difícil les es entrar en el Reino de Dios a los que tienen riquezas! Le es más fácil a un camello pasar por el ojo de una aguja, que a un rico entrar en el Reino de Dios.

Los que lo estaban oyendo, dijeron:

—Entonces, ¿quién se va a poder salvar?

—Tenéis razón: los hombres no se pueden salvar a sí mismos, pero Dios sí los puede salvar.

Pedro entonces le dijo a Jesús:

—Ten en cuenta que nosotros hemos dejado todo lo que teníamos para seguirte.

—Os doy mi palabra que no habrá nadie que haya dejado casa, o padres, o hermanos, o mujer, o hijos por causa del

Reino de Dios, que no reciba en este mundo mucho más de lo que ha dejado, y la vida eterna en el mundo venidero.

Este aristócrata se dirigió a Jesús de una manera totalmente inusitada. En toda la literatura judía no se encuentra ningún caso de un rabino al que se llamara «Maestro bueno.» Los rabinos decían siempre que «no hay nada que sea bueno más que la ley.» El dirigirse así a Jesús sonaba a cumplido exagerado, y Jesús empezó por hacer volver los pensamientos a Dios. Jesús siempre reconocía que su poder y su mensaje procedían de Dios. Cuando los nueve leprosos no volvieron, Jesús se entristeció, no porque no habían vuelto a darle las gracias a Él, sino a Dios *(Lucas 17:18)*.

No hay duda que este aristócrata era un buen hombre; pero reconocía en lo íntimo de su corazón que algo faltaba en su vida. La respuesta de Jesús fue que si quería encontrar todo lo que estaba buscando tenía que vender sus posesiones y distribuir el producto entre los pobres, y entonces seguir a Jesús. ¿Por qué hizo aquella demanda precisamente a aquel hombre? Cuando el gadareno al que curó Jesús le pidió que le dejara ser seguidor suyo, le contestó que volviera a su casa *(Lucas 8:38s)*. ¿Por qué le dio al aristócrata un consejo diferente?

En un evangelio apócrifo que se llama *El Evangelio según los Hebreos,* que se ha perdido en su mayor parte, uno de los fragmentos cuenta este incidente de forma que nos da una clave.

«El otro hombre rico le dijo a Jesús:

—Maestro, ¿qué cosa buena debo hacer para vivir de veras?

—Hombre, obedece la ley y los profetas —le respondió Jesús.

—Ya lo he hecho —añadió el hombre.

—Entonces, ve —le dijo Jesús—, vende todo lo que tienes, distribúyelo entre los pobres, y ven a seguirme.»

El rico entonces empezó a rascarse la cabeza, porque no le gustaba este mandamiento. El Señor le dijo:

—¿Cómo dices que has obedecido la ley y los profetas? En la ley está escrito: «Ama a tu prójimo como a ti mismo.» Y fíjate que hay muchos hermanos tuyos, hijos de Abraham, que se

están muriendo de hambre, y tú tienes la casa llena de cosas buenas, y no les das ni una a los pobres.

Y Jesús se volvió a decirle a su discípulo Simón, que estaba sentado a su lado:

—Simón, hijo de Jonás: le es más fácil a un camello pasar por el ojo de una aguja que a un rico entrar en el Reino de los Cielos.

Aquí tenemos el secreto y la tragedia de aquel aristócrata. Llevaba una vida egoísta. Era rico, pero no daba nada. Su verdadero dios era la comodidad, y a lo que daba culto era a sus posesiones y a su riqueza. Y por eso Jesús le dijo que tenía que darlo todo. Muchos ricos usan la riqueza que tienen para darles a sus semejantes lo que necesitan para vivir mejor. Pero este hombre no lo usaba más que para sí. Si el dios de una persona es aquello a lo que da todo su tiempo, pensamiento, energía y devoción, entonces el dios de este hombre era la riqueza. Si había de encontrar la verdadera felicidad, tenía que librarse de todo aquello, y vivir para los demás con la misma intensidad con la que había vivido antes para sí mismo.

Jesús siguió diciendo que le es más fácil a un camello pasar por el ojo de una aguja que a un rico entrar en el Reino de Dios. Los rabinos solían hablar de un elefante que quisiera pasar por el ojo de una aguja como un ejemplo de algo imposible o absurdo. Pero el ejemplo de Jesús puede que tuviera uno de estos dos orígenes:

(i) Se dice que al lado de la gran puerta de Jerusalén por la que entraba todo el tráfico había una puertecilla suficientemente ancha y alta para que pudiera pasar por ella una persona; y se dice que a esa puertecilla la llamaban «ojo de aguja», y de ahí el ejemplo del camello que quería entrar y no cabía.

(ii) La palabra griega para camello es *kamelos,* y ya en aquel tiempo se pronunciaría lo mismo que *kamilos,* que quería decir *soga de barco.* Puede que Jesús quisiera decir que sería más fácil enhebrar una aguja con una guindaleza que entrar un rico en el Reino de Dios.

En cualquier caso se trata de una exageneración graciosa que nos han conservado los tres sinópticos, como cuando Jesús dijo que

los escribas y fariseos hipócritas «colaban el mosquito y se tragaban el camello» *(Mateo 23:24)*.

¿Por qué? Las posesiones tienden a encadenar el corazón a este mundo y a no dejar que se piense en nada más. No tiene por qué ser pecado el tener riquezas, pero sí entraña un peligro y una gran responsabilidad.

Pedro mencionó que él y sus compañeros lo habían dejado todo para seguir a Jesús; y Jesús prometió que nadie dejaría nada por el Reino de Dios que no recibiera mucho más. Todos los cristianos sabemos que es verdad. Alguien dijo al misionero David Livingstone que cuántos sacrificios había hecho, porque había pasado muchas pruebas y dolores, perdido a su mujer y arruinado su salud en África. Y Livingstone le contestó: «¿Sacrificios? ¡No he hecho ningún sacrificio en toda la vida!»

Al que sigue a Cristo puede que le esperen y le pasen cosas que el mundo consideraría malas; pero todas ellas producen una paz y una felicidad que el mundo no puede ni dar ni quitar.

LA CRUZ ESTÁ AL ACECHO

Lucas 18:31-34

> *Jesús se apartó con los Doce, y les dijo:*
>
> *—Fijaos bien: ahora nos dirigimos a Jerusalén, y se van a cumplir todas las cosas que escribieron los profetas acerca del Hijo del Hombre. El pueblo de Dios le entregará a los que no son el pueblo de Dios, le escarnecerán, afrentarán y escupirán; después de azotarle, le matarán; pero resucitará al tercer día.*
>
> *Los Doce no se enteraron de nada, porque les parecía misterioso todo lo que les decía Jesús.*

Hay dos clases de valor: el de la persona que se encuentra ante una emergencia o crisis que se le presenta de improviso, y que se lanza sin considerar el riesgo; y el de la persona que prevé una situación terrible que le acecha más adelante, y sabe que sólo la podrá evitar si sale huyendo, y sin embargo sigue adelante y se enfrenta con ella con los ojos abiertos. No hay duda acerca de cuál es la superior. Muchos tal vez somos capaces de actuar valerosamente de improviso; pero requiere un valor muy superior el

seguir adelante al encuentro de algo terrible que acecha a una distancia de días y que podríamos evitar volviéndonos hacia atrás.

En una novela se nos describen dos chicos que van jugando mientras recorren un camino, y uno le dice al otro: «Cuando vas por un camino, ¿te imaginas a veces que hay algo terrible esperándote a la vuelta de una esquina, y que tienes que seguir adelante y enfrentarte con ello? ¡Resulta emocionante!» En el caso de Jesús no se trataba de ningún juego: era algo inmensamente malvado y terrible. Jesús sabía lo que era la cruz; y sin embargo, siguió adelante. No cabe duda de que Jesús fue, entre otras muchas cosas, un maravilloso ejemplo del más acendrado valor.

En vista de las frecuentes advertencias de Jesús a sus discípulos acerca de lo que le esperaba en Jerusalén, algunas veces nos preguntamos por qué la cruz los pilló tan de sorpresa y les causó un efecto tan demoledor. La verdad es que no podían entender lo que Jesús les decía. Estaban tan obsesionados con la idea de un Mesías conquistador, que seguían esperando que Jesús desplegara su poder en Jerusalén y barriera a sus enemigos de la faz de la Tierra.

Aquí hay una seria advertencia para todos. La mente humana tiene capacidad para entender sólo lo que quiere. No hay nadie más ciego que el que no quiere ver. Nos resistimos a creer que lo desagradable pueda ser cierto, y que suceda lo que no queremos. Todos tenemos que resistir la tendencia a oír sólo lo que queremos oír.

Y además: Jesús nunca anunció la cruz sin nombrar también la resurrección. Sabía que Le esperaban la vergüenza y el horror, pero estaba igualmente seguro de que obtendría la victoria y entraría en la gloria que también Le aguardaba. Sabía lo que Le vendría de la maldad de los hombres, pero también sabía lo que Le vendría del poder de Dios. La seguridad de la victoria final Le ayudó a arrostrar la aparente derrota de la cruz. Sabía que sin la cruz no podría haber una corona.

UNO QUE NO QUERÍA CALLAR

Lucas 18:35-43

Cuando Jesús se iba acercando a Jericó, sucedió que había un ciego que estaba pidiendo limosna sentado al borde del camino; y, cuando oyó que pasaba mucha gente, preguntó qué sucedía, y le dijeron que es que pasaba por allí Jesús el Nazareno. Entonces el ciego se puso a gritar:

—¡Jesús, hijo de David, ten compasión de mí!

Los que estaban delante se metían con él para que se callara; pero él chillaba cada vez más:

—¡Hijo de David, ten compasión de mí!

Entonces Jesús se paró donde estaba, y dijo que le trajeran al ciego; y cuando le tuvo cerca, le preguntó:

—¿Qué es lo que quieres de Mí?

—¡Pues que pueda ver, Señor! —le contestó el ciego.

—¡Pues ve! ¡Tu fe te ha salvado! —le dijo Jesús.

E inmediatamente el ciego pudo ver, y seguía a Jesús dando gloria a Dios; y todo el pueblo que había presenciado el milagro también se puso a alabar a Dios.

Lo que más resalta en esta historia es la insistencia a toda prueba del ciego. Jesús iba de camino hacia Jerusalén para la Pascua, y en esa época del año había muchos peregrinos que hacían el viaje juntos. Una de las maneras más corrientes de enseñar que tenían los rabinos era mientras andaban, y eso era lo que Jesús estaba haciendo en aquel momento, mientras todos los otros peregrinos se agolpaban a su alrededor para no perder nada de lo que decía. Cuando pasaba por un pueblo un grupo tal de peregrinos, los del pueblo que no podían ir a la fiesta se ponían en fila al borde del camino para ver a los que pasaban y desearles buen viaje.

El ciego estaba sentado entre todos los que había al borde del camino; y, cuando oyó el murmullo del gentío que se acercaba, preguntó qué sucedía, y le dijeron que era que pasaba Jesús. Inmediatamente se puso a gritar pidiéndole a Jesús que se compadeciera de él. La gente hizo lo posible para que se callara. Los que estaban cerca de Jesús no podían escucharle en paz por culpa del ciego. Pero no se callaba por nada del mundo, sino que chillaba todavía más. La palabra que se usa en el versículo 39 para *chillar* es diferente de la del 38, que sólo indica dar voces para atraer la atención. La del 39 representa el grito instintivo que surge

de una emoción incontrolable, casi un aullido animal. La palabra indica la total desesperación del ciego. Jesús se detuvo, y el ciego recibió la vista que tan apasionadamente deseaba.

Esta historia nos enseña dos cosas:

(i) Acerca del ciego, nos dice que estaba empeñado en encontrarse cara a cara con Jesús. Nada le hacía cejar. Se negaba a callarse y contenerse. El sentimiento de necesidad le impulsaba a la presencia de Jesús. Esa es la actitud que debe tener todo el que espera un milagro. No es suficiente tener un deseo sentimental para poner en acción el poder de Dios; hace falta un ansia intensa y apasionada que brota de lo más íntimo del corazón.

(ii) Acerca de Jesús, nos dice también algo. En aquel momento estaba hablando con la multitud como un rabino; pero se detuvo y lo dejó todo ante la llamada angustiosa del ciego. Había un alma necesitada, y eso era más importante que lo que estaba diciendo. Alguien ha dicho que muchos maestros no hacen más que lanzar consejos impertinentes a alguien que se está ahogando en un mar tempestuoso. Jesús no era así, sino que se tiraba al agua para salvar al que se estaba ahogando. Hay personas que no saben decir cosas bonitas, pero que siempre están dispuestos a ayudar al que está en necesidad. Admiramos al orador elocuente, pero amamos al de buen corazón que deja lo que sea para socorrer al necesitado.

EL HUÉSPED DEL QUE TODOS DESPRECIABAN

Lucas 19:1-10

> *Luego entró Jesús en Jericó, e iba cruzándolo cuando sucedió algo. Allí vivía un tal Zaqueo, que era el jefe de los publicanos, y era muy rico. Tenía interés en ver quién era Jesús; pero no podía porque era muy bajito y había mucha gente rodeando a Jesús. Así es que lo que hizo fue adelantarse corriendo, y encaramarse a un sicomoro para verle cuando pasara por allí.*
>
> *Cuando llegó Jesús a aquel lugar, miró hacia arriba y le dijo:*
>
> *—¡Zaqueo, bájate de ahí a toda prisa, que hoy necesito parar en tu casa!*
>
> *Y Zaqueo se bajó del árbol a toda prisa, y se alegró mucho de que Jesús le visitara; pero toda la gente no hacía más que*

criticar a Jesús por haberse alojado con un pecador despreciable. Zaqueo se puso en pie, y le dijo al Señor:

—Mira, Señor: voy a darles a los pobres la mitad de todo lo que tengo, y a los que haya cobrado de más se lo voy a devolver cuadruplicado.

—Hoy ha venido a esta casa la salvación —dijo Jesús—; porque, al fin y al cabo, este también es hijo de Abraham. El Hijo del Hombre ha venido a buscar y a salvar lo que se había perdido.

Jericó era una ciudad muy importante y rica. Estaba en el valle del Jordán, y controlaba el acceso a Jerusalén y el paso al Este del Jordán. Tenía un gran palmeral, y bosques de balsameras mundialmente famosos que perfumaban el aire varios kilómetros a la redonda. Sus jardines de rosas también eran célebres. También lo llamaban «La Ciudad de las Palmeras», y Josefo dice que era «una región divina», «la más feraz de Palestina.» Los romanos comercializaron e hicieron famosos sus dátiles y bálsamo.

Todo eso convirtió a Jericó en uno de los principales centros de impuestos de Palestina. Ya hemos estudiado los impuestos y el negocio de los publicanos *(Lucas 5:27-32)*. Zaqueo había llegado a la cima de su profesión, por lo que sería el hombre más odiado del distrito. La historia tiene tres etapas:

(i) Zaqueo era rico, pero no era feliz. No podía por menos de sentirse solo, porque había escogido una profesión que le convertía en un descastado. Había oído hablar de Jesús, que recibía a los publicanos y a los pecadores, y quería saber si tendría algo para él. Despreciado y odiado por los hombres, Zaqueo buscaba el amor de Dios.

(ii) Zaqueo decidió ver a Jesús, y no dejó que nada se lo impidiera. El mezclarse con la multitud requería valor en su caso, porque muchos aprovecharían la oportunidad para pegarle una patada o un puñetazo o algo peor, de forma que Zaqueo acabaría el día con más cardenales que la curia romana. Pero aun así no podía ver nada, porque era bajito; así es que tuvo una gran idea: salió corriendo, se adelantó a la comitiva, se subió a un árbol corpulento y frondoso cuyas ramas daban sombra a la carretera, y allí se dispuso a ver lo que pasaba sin ser visto ni molestado.

(iii) Zaqueo se comprometió con la comunidad al anunciar su cambio. Cuando Jesús le hizo saber que pararía en su casa aquel día, y cuando Zaqueo descubrió que había encontrado un nuevo amigo maravilloso, hizo la mayor decisión de su vida: decidió darles a los pobres la mitad de todo lo que tenía; y la otra mitad no se la reservó para sí mismo, sino para hacer restitución de los fraudes que hubiera cometido. En esto de la restitución fue mucho más allá de lo que mandaba la ley, que obligaba a devolver por cuadruplicado o quintuplicado sólo lo que se hubiera robado violentamente *(Éxodo 22:1)*. Si se trataba de un robo ordinario y no se podían devolver las cosas, había que pagar el doble de su valor *(Éxodo 22:4, 7)*. Si se confesaba el robo y se hacía restitución voluntariamente, había que devolver el valor de lo robado más una quinta parte *(Levítico 6:5; Números 5:7).* Zaqueo estaba decidido a hacer más de lo que demandaba la ley, y mostrar en sus obras que era un hombre cambiado. La conversión es algo que no se demuestra con palabras, sino con obras.

(iv) La historia termina con una gloriosa afirmación: «El Hijo del Hombre ha venido a buscar y a salvar lo que se había perdido.» Debemos tener cuidado con el sentido que damos a la palabra *perdido.* En el Nuevo Testamento no quiere decir *condenado,* sino sencillamente que *no está en su sitio,* y que no se sabe dónde está. Cuando encontramos aquello que habíamos perdido, lo volvemos a poner en su sitio. Una persona está perdida cuando no está en contacto con Dios; y es hallada cuando una vez más ocupa su debido lugar como hijo o hija obediente en la casa y familia de su Padre Dios.

EL REY CONFÍA EN SUS SIERVOS

Lucas 19:11-27

Cuando le estaban escuchando estas cosas, Jesús siguió hablando y les contó una parábola, porque se iban acercando a Jerusalén y ellos creían que el Reino de Dios se haría realidad de manera inmediata: «Una vez hubo un hombre de la nobleza que se iba a marchar a un país lejano para que le reconocieran como rey y luego volver; y antes de nada llamó a diez siervos suyos, y les confió diez minas, diciéndoles:

—Haced negocios hasta mi vuelta.

Pero los de su país le aborrecían, y enviaron tras él a unos emisarios que dijeran que no querían tenerle como rey. El caso es que él consiguió que le reconocieran su derecho al trono y volvió a su tierra; y al poco tiempo mandó llamar a los siervos a los que les había confiado el dinero, para que le presentaran las cuentas de su gestión. El primero llegó diciendo:

—Señor, tu mina se ha convertido en diez minas.

—¡Bien hecho, buen siervo! —le contestó el rey—. Has sido fiel en una empresa pequeña, y ahora vas a tener diez ciudades a tu cargo.

—Señor, tu mina ha producido cinco minas —dijo otro.

—¡Bien hecho, buen siervo! Tú vas a gobernar cinco ciudades —le dijo el rey. Y entonces llegó otro diciendo:

—Señor, aquí tienes tu mina, que he tenido envuelta en un paño; porque tenía miedo de ti, que eres tan duro que recoges lo que no has depositado y siegas lo que no has sembrado.

—¡Conque sí, mal siervo! Por tus propias palabras te juzgo. Si sabías que soy tan duro que me apropio lo que no he trabajado y siego lo que no he sembrado, ¿por qué no dejaste mi dinero en un banco para que yo sacara siquiera los intereses a mi vuelta? —Y dijo a los que estaban presentes—: ¡Quitadle la mina y dádsela al que tiene diez minas!

—Señor —le contestaron—, ese ya tiene diez minas.

—¡Pues yo os digo que al que tiene se le dará más, y al que no tiene se le quitará lo poco que tenga! Y en cuanto a mis enemigos que no querían que yo fuera su rey, ¡traedlos a mi presencia y decapitádmelos aquí delante de mí!»

Esta es la única parábola de Jesús, por lo que nosotros sabemos, que está basada en un hecho histórico. Cuando murió Herodes el Grande el 4 a.C., dejó su reino dividido entre Herodes Antipas, Herodes Felipe y Arquelao. Aquel reparto tenía que ser ratificado por los romanos antes de ser efectivo. Arquelao, al que le había correspondido Judea, fue a Roma a tratar de convencer a Augusto para que le reconociera su derecho; pero los judíos mandaron una embajada de cincuenta hombres para decirle a Augusto que no querían a Arquelao. De hecho, Augusto le confirmó en su herencia,

aunque sin título de rey. Así es que, cualquiera que oyera esta parábola en Judea se acordaría del hecho histórico.

Pero lo importante es que ilustra grandes verdades de la vida cristiana:

(i) Nos habla de *la confianza* de un Rey, que dio dinero a sus siervos cuando se marchó, y les dejó usarlo como mejor les pareciera, sin imponerles ninguna condición. Se lo dejó a su criterio. Así es como se porta Dios con nosotros. Alguien ha dicho: «Lo más bonito es que Dios se fía de que vamos a hacer muchas cosas por nuestra cuenta.»

(ii) Nos habla de *la prueba* del Rey. Como siempre, la confianza era una prueba para ver si sus hombres eran de fiar en las cosas pequeñas. A veces se justifica el descuido o la ineficacia en los asuntos ordinarios pretendiendo que «se está por encima de esas fruslerías.» Pero Dios no, y es precisamente en esos deberes rutinarios en los que está probando a los hombres. Jesús es en esto, como en todo, el ejemplo supremo. De sus treinta y tres años de vida pasó treinta en Nazaret. Si no hubiera cumplido con absoluta fidelidad las obligaciones del taller de carpintería y del mantenimiento de su familia, no habría estado preparado para ser el Salvador del mundo.

(iii) Nos habla de *la recompensa* del Rey. La que recibieron los siervos fieles no fue que se les dejara sentarse tranquilos para no hacer nada. Uno se encontró a cargo de diez ciudades, y otro de cinco. La recompensa por un trabajo bien hecho es más trabajo. El mayor cumplido que se le puede hacer a una persona es darle mayores responsabilidades. La gran recompensa de Dios al que ha satisfecho la prueba es más confianza. El mismo Cielo no se nos presenta como una jubilación; porque se nos dice que «sus siervos le servirán» *(Apocalipsis 22:3).*

(iv) La parábola concluye con una de las leyes inexorables de la vida: «Al que tiene se le dará más, y al que no tiene se le quitará lo poco que tenga.» Si practicamos algún deporte, y seguimos entrenándonos, iremos dominándolo cada vez más; pero, si dejamos de practicarlo, perderemos las habilidades que tuviéramos. Si disciplinamos y entrenamos nuestros cuerpos, los tendremos más capaces y fuertes; si hacemos lo contrario, perderemos la agilidad y

la fuerza que tuviéramos. Si se nos da bien una asignatura o un arte y nos aplicamos a su estudio, se nos abrirán sus secretos y cada vez disfrutaremos y podremos utilizar más de sus riquezas; pero, si no nos aplicamos, perderemos hasta la habilidad que teníamos al principio.

No hay tal cosa como plantarse en la vida cristiana: o avanzamos, o vamos para atrás; o recibimos más, o perdemos lo que teníamos.

LA ENTRADA DEL REY

Lucas 19:28-40

> *Después de decir estas cosas, Jesús se adelantó en el camino de subida a Jerusalén. Y sucedió cuando llegaron al monte que se llama de los Olivos cerca de Betfagé y de Betania, que Jesús mandó por delante a dos discípulos suyos con estas instrucciones:*
>
> *—Dirigíos a la aldea de enfrente y, a la entrada, encontraréis atado un borriquillo que todavía no ha montado nadie. Lo desatáis, y os lo traéis. Y si os pregunta alguien que por qué lo estáis haciendo, le decís: «Porque el Señor lo necesita.»*
>
> *Los que mandó Jesús fueron y lo encontraron todo como les había dicho Jesús. Cuando estaban desatando el borriquillo, les preguntaron los dueños:*
>
> *—¿Por qué estáis desatando el borriquillo?*
>
> *—Porque el Señor lo necesita —contestaron.*
>
> *Y se lo trajeron a Jesús, y pusieron sus mantos encima del borriquillo, y ayudaron a Jesús a montar. Y cuando echó a andar alfombraron con sus mantos el camino por donde había de pasar.*
>
> *Cuando llegaron cerca del monte de los Olivos, toda la multitud de los discípulos no pudieron ya contener la alegría, y se pusieron a dar voces alabando a Dios por todos los acontecimientos maravillosos que habían presenciado; y gritaban:*
>
> *—¡Bendito el Rey que viene en el nombre del Señor! ¡Paz en el Cielo y gloria en las Alturas!*
>
> *Algunos fariseos que iban entre la gente le dijeron a Jesús:*
>
> *—¡Maestro, diles a tus discípulos que se contengan!*

—¡Os aseguro —les contestó Jesús—, que si ellos se callan gritarán las piedras!

De Jerusalén a Jericó no hay más que 28 kilómetros, así es que Jesús ya estaba llegando a la meta. Jerusalén, el final del viaje, estaba ahí delante. Los profetas, cuando las palabras no producían efecto, cuando la gente se resistía a recibir o a aceptar el mensaje, recurrían a algún gesto dramático para que nadie dejara de enterarse. Tenemos ejemplos de tales acciones dramáticas en *1 Reyes 11:29-31; Jeremías 11:1-11; 27:1-11; Ezequiel 4:1-3; 5:1-4.* Algo así era lo que Jesús se proponía hacer entonces: entrar en Jerusalén cabalgando de una manera que le hiciera comprender a todo el mundo que Él era el Mesías, el Rey Ungido por Dios. Tenemos que fijarnos en algunos detalles de la entrada de Jesús en Jerusalén.

Nos da la impresión de que aquella no fue una acción improvisada, sino algo cuidadosamente preparado. Jesús no dejaba las cosas para el último momento. Lo más seguro es que ya hubiera llegado a un acuerdo con los dueños del borriquillo. «Porque el Señor lo necesita» era la consigna convenida de antemano.

(ii) Fue un gesto de glorioso desafío y de valor superlativo. Ya entonces los líderes judíos le habían puesto precio a su cabeza *(Juan 11:57)*. Habría sido natural que, si Jesús tenía que ir a Jerusalén, entrara de incógnito y secretamente; pero lo hizo de una manera que le colocó en el centro de atención de toda la ciudad. Es algo sobrecogedor el pensar en un hombre a cuya cabeza se había puesto precio, un proscrito, cabalgando a cara descubierta en la capital de forma que todos pudieran verle y saber que estaba allí. Es imposible exagerar el valor de Jesús.

(iii) Fue una declaración deliberada de su derecho al trono, en cumplimiento de la profecía de *Zacarías 9:9*. Pero, hasta en este acto, Jesús subrayó el carácter del Rey que pretendía ser. El asno no era en Palestina la acémila humilde de otros países, sino un animal noble. Los reyes iban a caballo a la guerra; cuando iban en son de paz usaban el asno. Al escoger su montura, Jesús se ofrecía como rey de amor y de paz, y no como el héroe militar y conquistador que la gente esperaba.

(iv) Fue la última invitación. Jesús vino, como si dijéramos, con los brazos abiertos, como diciendo: «¿Me queréis ahora aceptar como vuestro Rey?» Antes de que el odio de los hombres le tragara totalmente, una vez más los confrontó con la invitación del amor.

LA PIEDAD Y LA IRA DE JESÚS

Lucas 19:41-48

Cuando Jesús llegó cerca de Jerusalén y empezó a verla, rompió en sollozos por ella, clamando:

—¡Ah, si por lo menos este día tan especial para ti reconocieras lo que se te ofrece para tu paz! Pero ahora te está oculto su significado. Te sobrevendrán días en los que tus enemigos te rodearán con sus máquinas de guerra, y te sitiarán, y te apretarán por todas partes hasta derribarte a tierra con tus hijos en tu interior hasta no dejar en ti piedra sobre piedra; y todo esto porque no te diste cuenta cuando Dios vino a visitarte.

Después entró en el templo, y se puso a echar a todos los que estaban allí vendiendo y comprando, y les dijo:

—¡Escrito está: «Mi casa será casa de oración»; pero vosotros la habéis convertido en «una guarida de bandidos»!

A partir de entonces Jesús estaba enseñando en el templo todos los días. Los jefes de los sacerdotes, los escribas y los más importantes del pueblo hacían todo lo posible para matarle; pero no encontraban motivo, porque toda la gente estaba pendiente de sus palabras.

En este pasaje hay tres incidentes diferentes:

(i) Está el llanto de Jesús por Jerusalén. Al descender el monte de los Olivos se tiene una magnífica vista panorámica de Jerusalén. Cuando Jesús llegó a un recodo del camino, se detuvo, y lloró por Jerusalén. Sabía lo que le iba a suceder a Él y a la ciudad. Los judíos se estaban embarcando en la carrera de maniobras e intrigas políticas que acabó en la destrucción de Jerusalén el año 70 d.C., cuando la ciudad quedó tan devastada que se pasó un arado de lado a lado. La tragedia consistió en que, si hubieran renunciado a

sus sueños de grandeza política y hubieran aceptado el yugo manso y humilde de Cristo, aquella desgracia nacional no había sucedido.

Las lágrimas de Jesús son las de Dios cuando ve el dolor y el sufrimiento innecesario que los hombres se echan encima cuando se rebelan estúpidamente contra su voluntad.

(ii) Está la limpieza del templo. El relato de *Lucas* está muy resumido; el de *Mateo* es más extenso (21:12-13). ¿Por qué Jesús, que era la misma encarnación del amor, actuó con tal violencia con los cambistas y los que vendían animales en los atrios del templo?

Primero, vamos a considerar a los cambistas. Todo judío varón tenía que pagar un tributo anual de medio siclo al templo, lo que equivalía al salario de dos días de un obrero. Un mes antes de la Pascua se instalaban puestos en todas las ciudades y aldeas donde se podía pagar; pero la mayor parte la pagaban los peregrinos en Jerusalén cuando venían a la fiesta. En Palestina circulaban varios tipos de moneda —griego, romano, tirio, sirio, egipcio—, y todos eran válidos para los usos ordinarios; pero el tributo del templo se tenía que pagar, o en los medios siclos del santuario, o en los siclos galileos ordinarios. Y ahí es donde entraban los cambistas: para cambiar otras monedas del mismo valor exactamente cobraban una *ma'á,* digamos que una peseta; pero, si había que dar cambio, se cobraba otra ma'á más. Se ha calculado que estos cambistas sacaban una ganancia de unos dos millones al año, lo que era un robo y un abuso para los pobres fieles, que eran los que siempre salían perdiendo.

Segundo, los que vendían animales. Casi todas las visitas al templo se hacían para ofrecer un sacrificio. Las víctimas se podían comprar fuera a precios razonables; pero las autoridades del templo habían puesto inspectores que comprobaran que las víctimas no tenían mancha ni defecto. Por tanto, ¡era más seguro comprar los animales en los puestos oficiales del templo! Pero había veces en que un par de palomas costaba quince veces más que en la calle. Aquí también se abusaba de los pobres peregrinos de una forma que era realmente un robo legal. Además, estos puestos se conocían como «las tiendas de Anás», y eran propiedad de la familia del sumo sacerdote. Por eso, cuando detuvieron a Jesús le llevaron primeramente a Anás *(Juan 18:13)*, que estaría encantado

de vengarse del que había desafiado y atentado contra su malvado monopolio. Jesús desplegó aquella violencia porque aquel tráfico se estaba usando para explotar a los pobres indefensos. No es que el comprar y vender manchaba la dignidad y la solemnidad del culto; sino que, además, la casa de Dios se usaba para explotar a los adoradores. Jesús también se inflamaba al contemplar aquellos flagrantes atentados a la justicia social.

(iii) Hay algo increíblemente audaz en la acción de Jesús poniéndose a enseñar en el templo cuando se había puesto precio a su cabeza. Era un desafío abierto. Entonces las autoridades no le podían prender, porque la gente estaba prendida de sus labios. Pero cada vez que hablaba exponía su vida, y sabía que era cuestión de poco tiempo el que llegara el fin. El valor del cristiano debe parecerse al de su Señor: Él nos ha dejado un ejemplo a seguir para mostrar Cúyos somos y a Quién servimos.

¿CON QUÉ AUTORIDAD?

Lucas 20:1-8

Un día, cuando Jesús estaba enseñando al pueblo y proclamando la Buena Nueva en el templo, sucedió que llegaron los principales sacerdotes y los escribas con los ancianos, y se dirigieron a Jesús para preguntarle:

—Dinos con qué autoridad haces todo esto, y quién te ha dado esa autoridad.

—Yo también quiero haceros una pregunta —les dijo Jesús —: A ver, decidme vosotros si el bautismo de Juan era cosa de Dios, o cosa de hombres.

Aquellos hombres se pusieron a discutir entre sí, y se decían:

—Si decimos que de Dios, nos dirá que por qué no le creímos; y si decimos que era cosa de hombres, nos apedreará todo el pueblo, porque están convencidos de que Juan era un profeta.

Así es que le contestaron a Jesús que no sabían; y entonces Jesús les dijo:

—Pues tampoco Yo os diré con qué autoridad hago todo esto.

Este capítulo describe «el día de los interrogatorios», como se le suele llamar. Las autoridades judías, en sus diferentes secciones, le vinieron a Jesús con toda clase de preguntas encaminadas a atraparle, pero que Él contestó con tal sabiduría que los dejó sin argumentos.

La primera pregunta se la dirigieron los principales sacerdotes, los escribas y los ancianos. Los principales sacerdotes eran los que habían sido sumos sacerdotes y los miembros de sus familias; es decir, la aristocracia religiosa del templo. Las tres clases —principales sacerdotes, escribas y ancianos— componían las fuerzas vivas que estaban representadas en el Sanedrín, que era el tribunal supremo y el gobierno de los judíos. Podemos suponer que la pregunta la habían urdido en el Sanedrín para formular una acusación contra Jesús.

¡No nos sorprende que le preguntaran con qué autoridad hacía esas cosas! El entrar en Jerusalén de esa manera, y luego tomar la ley en sus manos y limpiar el templo, requerían alguna explicación. Para los judíos ortodoxos de entonces, la manera en que Jesús se había tomado la autoridad era algo pasmoso. Ningún rabino decidía una cuestión o emitía un juicio sin citar sus autoridades, diciendo: «Hay una enseñanza de que…», o «esto se confirma con lo que dijo rabí Tal y Tal…» Pero ninguno se habría atribuido la autoridad independiente con la que Jesús actuaba. Lo que querían era que Jesús dijera claramente que era el Mesías y el Hijo de Dios. Entonces le podrían acusar de blasfemia, y le podrían arrestar inmediatamente. Pero Él no les dio esa respuesta, porque no había llegado su hora.

La contestación de Jesús se describe a veces como una contra inteligente, usada simplemente para apuntarse un tanto; pero es mucho más. Les preguntó: «¿Era divina o humana la autoridad de Juan el Bautista?» La cosa era que la respuesta que dieran a la pregunta de Jesús sería también la contestación a su propia pregunta. Todos sabían cómo consideraba Juan a Jesús, y que él se presentaba como el precursor del Mesías. Si reconocían que la autoridad de Juan el Bautista era divina, entonces tenían que reconocer también que Jesús era el Mesías, porque eso es lo que Juan había dicho. Si negaban la autoridad divina de Juan, todo el

pueblo se levantaría contra ellos, porque estaban convencidos de que era un profeta. En su respuesta, Jesús les devolvía la pregunta: «¿De dónde decís vosotros que Yo he recibido la autoridad?» No tenía que contestar a la pregunta de ellos si ellos contestaban a la suya.

Los emisarios del Sanedrín se negaron a enfrentarse con la verdad, y tuvieron que retirarse fracasados y desacreditados ante todo el mundo.

UNA PARÁBOLA QUE ERA UNA CONDENACIÓN

Lucas 20:9-18

Entonces Jesús se puso a contarle a la gente esta parábola:

—Hubo una vez un hombre que plantó una viña, y se la arrendó a unos labradores y se marchó a vivir a otra parte. A su debido tiempo les mandó a los labradores a un siervo suyo para que le diesen la parte que le correspondía a él de la vendimia; pero los labradores le apalearon y le mandaron con las manos vacías. Luego el señor volvió a enviar a otro siervo; pero a ese también le apalearon y maltrataron vergonzosamente, y le mandaron con las manos vacías. El señor volvió a enviar a un tercer siervo, y también a ese le echaron de la propiedad malherido. Entonces el señor de la viña se dijo: «¿Qué voy a hacer ahora? Ya sé: les enviaré a mi querido y único hijo. Espero que, cuando le vean, le tendrán respeto.» Pero los labradores, cuando le vieron venir, se pusieron a tramar: «¡Este es el heredero! ¡Venga, vamos a matarle, y entonces nos quedaremos con la heredad!» Así es que le echaron de la viña, y le mataron. ¿Qué pensáis que haría entonces el señor de la viña? ¡Iría a destruir a aquellos labradores, y luego les confiará la viña a otros!

Cuando los que escuchaban a Jesús oyeron esto, exclamaron:

—¡Dios nos libre!

—¿Qué si no es lo que está escrito? —les dijo Jesús clavando en ellos la mirada—: «La piedra que desecharon los constructores ha llegado a ser la piedra fundamental del

ángulo.» El que caiga en esta piedra se hará trizas; pero, si la piedra le cae a alguien encima, le hará polvo del todo.

Los principales sacerdotes y los escribas se dieron cuenta de que esta parábola iba por ellos, y habrían querido echarle mano a Jesús en seguida; pero tenían miedo a la reacción del pueblo.

Esta parábola estaba más clara que el agua para los primeros que la escucharon. La viña representa al pueblo de Israel *(*cp. *Isaías 5:1-7)*. Los arrendatarios son los gobernantes judíos a los que se ha confiado la nación. Los siervos son los profetas que Dios envió, que fueron despreciados, perseguidos y muertos. El hijo es Jesús mismo. Y la sentencia es que el lugar que hubiera correspondido a Israel será dado a otros.

La parábola misma indica lo que podía suceder, *y sucedió.* En los días de Jesús, Judea estaba en una agonía de problemas económicos y laborales. Había muchos terratenientes ausentes que arrendaban sus tierras como el de la parábola. La renta rara vez se pagaba en dinero; más corrientemente en especie, ya fuera una cantidad fija independientemente de cómo hubiera ido la cosecha, o una parte proporcional cada año.

En su enseñanza, esta es una de las parábolas más ricas. Nos dice ciertas cosas acerca del hombre:

(i) Nos habla del *privilegio humano.* Los arrendatarios no habían plantado la viña, y sin embargo, era como si fuera suya. El dueño no les hacía trabajar con el látigo, sino que se marchó y los dejó trabajar a su manera.

(ii) Nos habla del *pecado humano.* El pecado de los arrendatarios consistió en que se negaron a darle al dueño lo que legalmente le correspondía, y querían controlar lo que el dueño solo podía controlar. El pecado consiste en no darle a Dios lo que le pertenece, y en tratar de usurpar su poder.

(iii) Nos habla de *la responsabilidad humana.* Los arrendatarios pudieron actuar con libertad bastante tiempo; pero llegó el día del ajuste de cuentas. Más tarde o más temprano todos tendremos que dar cuenta de lo que se nos ha confiado.

La parábola nos dice ciertas cosas acerca de Dios:

(i) Nos habla de *la paciencia* de Dios. El dueño no castigó a los labradores a la primera señal de rebelión, sino que les dio una

oportunidad tras otra para que se corrigieran. No hay nada más maravilloso que la paciencia de Dios. Si cualquiera de nosotros hubiera estado en su lugar, habría perdido la paciencia con la humanidad mucho antes.

(ii) Nos habla del *juicio* de Dios. Los labradores creyeron que podían contar con la paciencia del dueño y salirse con la suya. Pero Dios no ha abdicado. Por mucho que nos parezca que podemos hacer lo que nos dé la gana, llegará el día de rendir cuentas. Como decían los romanos: «La Justicia sostiene la balanza en un equilibrio perfecto y escrupuloso, y tiene la última palabra.»

La parábola nos dice ciertas cosas acerca de Jesús:

(i) Nos dice que *Él sabía lo que iba a suceder.* No fue a Jerusalén abrigando la esperanza de evitar la cruz; fue con los ojos y el corazón abiertos.

(ii) Nos dice que *Jesús nunca puso en duda la victoria final de Dios.* Por encima del poder de los malvados estaba la majestad invencible de Dios. La maldad puede dar la impresión de que va a prevalecer, pero no puede escapar al castigo.

«Dime, Padre común, pues eres justo,
¿por qué ha de permitir tu providencia
que, arrastrando prisiones la inocencia,
suba la fraude a tribunal augusto?
¿Quién da fuerzas al brazo que robusto
hace a tus leyes firme resistencia,
y que el celo que más las reverencia
gima a los pies del vencedor injusto?
Vemos que vibran victoriosas palmas
manos inicuas, la virtud gimiendo
del vicio en el injusto regocijo.»
Esto decía yo, cuando riendo
celestial ninfa apareció y me dijo:
«¡Ciego!, ¿es la Tierra el centro de las almas?»

BARTOLOMÉ LEONARDO DE ARGENSOLA (1562-1631).

(iii) Jesús *presenta sus credenciales como Hijo de Dios* de una manera irrefutable. Deliberadamente se separa de la sucesión de los profetas. Ellos eran siervos; Él es *el Hijo.* En esta parábola,

Jesús se presenta abiertamente como el Rey Ungido de Dios. La cita de la Piedra que los constructores rechazaron está tomada del *Salmo 118:22s*, que la Iglesia Primitiva reconoció como profecía de la muerte y resurrección de Cristo *(Hechos 4:11; 1 Pedro 2:7).*

CÉSAR Y DIOS

Lucas 20:19-26

> *Los principales sacerdotes y los escribas se dieron cuenta de que esta parábola iba por ellos, y habrían querido echarle mano a Jesús en seguida; pero tenían miedo a la reacción del pueblo. Lo que hicieron para seguir acechándole fue enviarle espías que se fingieran sinceramente interesados en hacer las cosas como Dios manda, para pescarle en algo que dijera que les permitiera entregarle al poder y a la autoridad del gobernador romano. Con esa intención le preguntaron a Jesús:*
>
> *—Maestro: sabemos que Tú dices y enseñas las cosas como son, y que no tienes favoritismos, sino que enseñas sinceramente cómo Dios quiere que vivamos. Dinos: ¿es justo que le paguemos tributo a César, o no?*
>
> *Jesús se dio cuenta de sus intenciones, y les dijo:*
>
> *—¿Por qué me estáis tendiendo una trampa? Enseñadme la moneda del impuesto. ¿De quién son la imagen y la inscripción?*
>
> *—Del César —le contestaron; y Jesús entonces les dijo:*
>
> *—¡Pues dadle al César lo que es suyo! Y a Dios, lo que es de Dios.*
>
> *Así es que no pudieron pillarle en nada que le comprometiera con el pueblo, ni decir nada más después de una respuesta tan maravillosa.*

Aquí los emisarios del Sanedrín pasaron al ataque. Sobornaron a unos para que fueran a hacerle una pregunta a Jesús pretendiendo que era algo que les preocupaba sinceramente. El tributo al César era un impuesto de un denario por cabeza que tenían que pagar todos los varones de 14 a 65 años y todas las mujeres de 12 a 65, simplemente por el privilegio de existir. Este tributo era una cuestión polémica entre los judíos, y ya había sido la causa de más de una rebelión. No era una mera cuestión económica, sino que se consideraba como una imposición ofensiva. Los judíos fanáticos pretendían que no tenían más rey que Dios, y por tanto era contra su religión el pagar tributo al César. Era una cuestión religiosa por la

que muchos estaban dispuestos a morir. Ya se comprende que los emisarios querían poner a Jesús entre la espada y la pared. Si decía que no se debía pagar tributo al César, le denunciarían inmediatamente a Pilato, lo que conduciría a su arresto tan seguro como que el día sigue a la noche; y si decía que estaba bien que se pagara el tributo, muchos de sus presuntos seguidores, especialmente los galileos, se pondrían en contra suya.

Jesús les contestó en sus propios términos. Les pidió que le enseñaran un denario del tributo. En el mundo antiguo la señal de autoridad suprema era poder acuñar moneda; por ejemplo, los Macabeos sacaron su propia moneda en cuanto liberaron a Jerusalén de los sirios. Más aún, se reconocía universalmente que el que acuñara moneda tenía derecho a cobrar impuestos. Si un hombre tenía derecho a poner su imagen y nombre en la moneda, *ipso facto* tenía derecho a imponer un tributo. Así que Jesús dijo: «Si aceptáis y usáis la moneda del César estáis obligados a aceptar su derecho a cobrar impuestos; pero —dijo además— hay un área de la vida en la que la autoridad del César no tiene vigencia, porque pertenece solamente a Dios.»

Al rey, la hacienda y la vida
se ha de dar; pero el honor
es patrimonio del alma,
y el alma sólo es de Dios.

CALDERÓN DE LA BARCA

(i) Si una persona vive en un estado y goza de todos sus derechos, no puede descargarse de sus responsabilidades. Cuanto mejores cristianos seamos, mejores ciudadanos seremos. Una de las tragedias de la vida moderna es que los cristianos se resisten a asumir su parte en el gobierno de su país. Si ellos abandonan sus responsabilidades y dejan la tarea de gobernar en las manos de los políticos materialistas, no pueden luego justificar sus críticas de lo que se hace mal o no se hace.

(ii) Pero en cualquier caso, está claro que en la vida de los cristianos es Dios y no el Estado el que tiene la última palabra. Pedro y los apóstoles le dijeron al Sanedrín: «Es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres» *(Hechos 5:29)*. La voz de

la conciencia debe ser más clara que la de las leyes hechas por los hombres. El cristiano es al mismo tiempo servidor y conciencia del Estado. Precisamente por ser el mejor ciudadano, el cristiano se negará a hacer todo lo que no pueda hacer un ciudadano cristiano. En su vida temerá a Dios y honrará al rey *(1 Pedro 2:17).*

LA PREGUNTA DE LOS SADUCEOS

Lucas 20:27-40

Después de aquello se le acercaron a Jesús unos saduceos, que dicen que no hay resurrección, y le presentaron su pregunta:

—Maestro: Moisés nos ha dejado escrito que si un hombre casado se muere sin dejar hijos, su hermano se tiene que casar con la viuda, y el hijo que tengan se considerará el descendiente del difunto. Ahora bien: en una ocasión había siete hermanos, y el mayor se casó, y murió sin dejar hijos. Entonces el segundo se casó con la viuda, pero también murió sin tener ningún hijo; y así siguió la cosa con el tercero, y luego todos los demás hasta el séptimo, que también murió sin dejar descendencia; y por último murió también la mujer. Entonces, en la resurrección, ¿con cuál de ellos estará casada, si en realidad fue la mujer de los siete?

Cuando acabaron, Jesús les contestó:

—En este mundo la gente se casa y contrae matrimonio; pero los que tengan el privilegio de llegar a la eternidad y a la resurrección de los muertos, ni se casarán ni contraerán matrimonio, porque ya no serán mortales, sino como los ángeles de Dios: hijos de Dios e hijos de la resurrección. En cuanto a si hay o no resurrección de los muertos, el mismo Moisés al que habéis citado da la respuesta afirmativa en el pasaje de la zarza ardiendo, donde llama al Señor «Dios de Abraham, Dios de Isaac y Dios de Jacob». Y Dios no es Dios de muertos, sino de vivos; así es que los muertos están vivos para Dios.

—¡Bien dicho, Maestro! —exclamaron algunos escribas, que sí creían en la resurrección.

Y los saduceos ya no se atrevieron a hacerle más preguntas.

Cuando los emisarios del Sanedrín agotaron sus tretas, aparecieron en la escena los saduceos. Su pregunta dependía de dos cosas:

(i) La primera era la ley del levirato *(Deuteronomio 25:5)*. Según esa ley, cuando un casado moría sin dejar hijos, su hermano se tenía que casar con la viuda, y el hijo que tuvieran se consideraría descendiente legal del primer marido. No es probable que esa ley se aplicara en tiempo de Jesús, pero formaba parte de las leyes mosaicas, y los saduceos la consideraban vigente.

(ii) La pregunta tenía que ver con las creencias de los saduceos. A veces se los nombra con los fariseos, pero eran diametralmente opuestos en sus creencias.

(*a*) Los fariseos eran una denominación exclusivamente religiosa; es decir, no tenían ambiciones políticas, y se conformaban con cualquier gobierno que les permitiera cumplir la ley tradicional. Los saduceos eran pocos, pero ricos e influyentes. Los sacerdotes y los aristócratas eran casi todos saduceos. Eran la clase que estaba en el gobierno. Eran colaboracionistas con los romanos, porque querían conservar su riqueza y posición.

(*b*) Los fariseos aceptaban las Escrituras del Antiguo Testamento y la tradición de los antepasados, que incluía miles de reglas y normas que se habían transmitido oralmente, tales como las leyes referentes al sábado y a las abluciones. Los saduceos no aceptaban más que la ley escrita del Antiguo Testamento, y especialmente el Pentateuco o Torá, Ley, a la que daban más importancia que a los Profetas y demás Escritos.

(*c*) Los fariseos creían en la resurrección de los muertos y en ángeles y espíritus. Los saduceos no creían en ninguna de estas cosas *(Hechos 23:8)*.

(*d*) Los fariseos creían en la predestinación; es decir, que la vida humana está planificada y ordenada por Dios. Los saduceos creían en el libre albedrío.

(*e*) Los fariseos creían en la venida del Mesías y le esperaban; pero los saduceos no, porque habría perturbado sus vidas y planes materialistas.

Los saduceos, pues, vinieron con la pregunta de los siete hermanos que habían estado casados con la misma mujer, y que de

cuál de ellos sería esposa en la resurrección, pretendiendo ridiculizar la fe en la resurrección. La respuesta de Jesús tiene un valor permanente. Dijo que el Cielo no es como la Tierra, que la vida futura será diferente de la actual, porque *nosotros* seremos diferentes. Nos ahorraríamos muchas discusiones inútiles y aun disgustos si dejáramos de especular acerca de la vida futura y dejáramos esas cuestiones al amor de Dios.

Jesús fue aún más lejos. Como hemos dicho, los saduceos no creían en la resurrección del cuerpo; y decían que es que no se nos enseña en las Escrituras, y menos en la Ley de Moisés. Hasta entonces ningún fariseo había podido argumentar con ellos, pero Jesús los hizo callar: les citó el pasaje de la zarza ardiendo en el que el mismo Moisés oyó que el Señor le decía: «Yo soy el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob» *(Éxodo 3:1-6)*, lo que quiere decir que Abraham, Isaac y Jacob no están muertos para siempre, porque Dios no es Dios de muertos, sino de vivos. No nos sorprende que la respuesta de Jesús arrancara un grito de aprobación de los escribas que estaban escuchando. Jesús había contestado a los saduceos usando su misma suprema autoridad. *Jesús usaba argumentos que sus interlocutores podían comprender y aceptar.* Les hablaba en su propio lenguaje, y por eso la gente de su tiempo le oía de buena gana.

Jesús no satisface la curiosidad acerca de «cómo resucitarán los muertos, o con qué cuerpo» *(1 Corintios 15:35)*; pero da el fundamento firme y fiel de nuestra confesión: «Creo en la resurrección de los muertos y en la vida eterna.»

LA ADVERTENCIA DE JESÚS

Lucas 20:41-44

> *También les dijo Jesús:*
>
> *—¿Cómo es que dicen algunos que el Mesías es hijo de David? El mismo David dice en el Libro de los Salmos: «Dijo el SEÑOR a mi Señor: ‘Siéntate a mi diestra hasta que ponga a tus enemigos debajo de tus pies.’» Pues, si David le llama «mi Señor», ¿cómo puede tratarse de su hijo?*

Vale la pena estudiar por separado este breve pasaje, porque es difícil de entender. El título más popular del Mesías era *Hijo de David.* Así llamó a Jesús el ciego de Jericó *(Lucas 18:38, 39)*, y también la multitud que presenció su entrada en Jerusalén *(Mateo 21:9)*. Sin embargo, aquí parece que Jesús pone en duda la validez de tal título. La cita está tomada del *Salmo 110:1*, que es el versículo del Antiguo Testamento más citado en el Nuevo. Muchos salmos se atribuían a David, y éste se suponía que hablaba del Mesías. En él David dice que oyó que Dios le decía a su Ungido, el Mesías, que se sentara a su diestra hasta que todos sus enemigos estuvieran a sus pies; y en él David llama al Mesías *mi Señor.* ¿Cómo puede ser a la vez *hijo* y *Señor* de David?

Jesús hace aquí lo mismo que en otras ocasiones: corregir la idea popular acerca del Mesías como el Rey conquistador que haría del pueblo de Israel el más poderoso de la Tierra e iniciaría la Edad de Oro, idea que estaba inextricablemente unida al título de Hijo de David.

En realidad, lo que Jesús dice aquí es: «Vosotros pensáis en el Mesías como el Hijo de David, y lo es; *pero es mucho más.* Es *Señor.»* Estaba diciéndole a la gente que tenían que revisar sus ideas acerca de lo que quería decir Hijo de David. Tenían que abandonar esos sueños fantásticos de poder terrenal, y reconocer al Mesías como el Señor de los corazones y de las vidas de los hombres. Jesús les dice que tienen una idea demasiado pequeña de Dios. Siempre ha sido la tendencia humana el hacer a Dios a nuestra imagen, despojándole de su plena majestad.

EL AMOR A LA GLORIA HUMANA

Lucas 20:45-47

> *Jesús les dijo a sus discípulos en presencia de toda la gente:*
>
> *—Tened mucho cuidado con los escribas; porque les encanta ir por ahí con vestiduras largas, y que los saluden ceremoniosamente en las plazas, y ocupar los asientos preferentes en las sinagogas y los mejores sitios en los banquetes y en las cenas; y luego, con el pretexto de hacer muchos rezos, devoran las haciendas de las viudas. Esos son los que van a recibir una condenación más severa.*

Los escribas y los rabinos esperaban recibir honores extraordinarios. Para ello habían establecido toda clase de reglas. En los centros de estudios, eran los rabinos más eruditos los que tenían preferencia; en los banquetes, los más viejos. Se cuenta que dos rabinos estaban muy ofendidos porque varias personas los habían saludado con «¡Que tengáis mucha paz!», sin añadir «¡Maestros míos!» Pretendían que se los considerara por encima de los padres. Decían: «El respeto que debes a tu maestro es casi como el que debes a Dios.» «El respeto que se le tiene a un maestro debe estar por encima del que se le tiene al padre, porque tanto el padre como el hijo deben respetar al maestro.» «Si el padre y el maestro pierden algo, lo que pierde el maestro es más importante, porque el padre no ha hecho más que traerle a uno a este mundo, pero el maestro le enseña la sabiduría que le permitirá entrar en el mundo venidero… Si el padre y el maestro de alguien llevan cargas, debe ayudar al maestro en primer lugar, y luego a su padre. Si su padre y su maestro están cautivos, debe redimir primero a su maestro, y después a su padre.» Tales pretensiones parecen increíbles; no era bueno que nadie las tuviera, pero mucho menos que se le tuvieran en cuenta.

Jesús también acusa a los escribas de devorar las haciendas de las viudas. La ley obligaba al rabino a no cobrar por enseñar. Todos los rabinos se suponía que tenían negocios o trabajos para mantenerse, y enseñar de balde. Eso suena muy bien; pero también se enseñaba que el mantener a un rabino era un acto de suprema piedad. Decían: «Todo el que pone parte de sus ingresos en la cartera de los sabios es merecedor de un sitio en la academia celestial.» «Al que da asilo a un discípulo de los sabios en su casa se le cuenta como si ofreciera un sacrificio todos los días.» «Deja que tu casa sea lugar de reunión de los sabios.» No cuesta creer que ciertas mujeres impresionables fueran presas fáciles de rabinos poco escrupulosos y muy dados a la codicia. Estos a veces devorarían las casas de las viudas.

Todo ese negocio le disgustaba y repugnaba a Jesús. Y además, eran precisamente los hombres que tenían acceso a la cultura y que tenían puestos de responsabilidad en la comunidad. Dios no dará

por inocente al que usa una posición de confianza para aprovecharse y abusar de los que confían en él.

EL PRECIOSO DON

Lucas 21:1-4

> *Jesús miró hacia arriba desde donde estaba, y vio cómo echaban sus ofrendas los ricos en los cepillos del templo. Y vio también a una pobrecita viuda que echaba dos blancas. Y dijo Jesús:*
>
> *—Os aseguro que esa pobrecita viuda es la que más ha echado. Porque todos esos echaron en la ofrenda de Dios lo que tenían de más; pero ella, que no tiene más que pobreza, ha echado todo lo que tenía para vivir.*

En el Atrio de las Mujeres del templo había trece grandes cepillos que se llamaban «Las Trompetas», por la forma que tenían, con la parte estrecha para arriba y lo más ancho abajo. Cada cepillo recogía las ofrendas para un fin determinado: para la leña para los holocaustos; para el incienso; para la conservación de los utensilios de oro, etc. Jesús estaba sentado cerca de las trompetas.

Después de los agotadores debates con los emisarios del Sanedrín y de los saduceos, Jesús estaba tan cansado que se sentó y apoyó la cabeza entre las manos. En cierto momento levantó la vista y vio a la gente echar sus ofrendas en las trompetas; y luego vio a una viuda pobre: todo lo que tenía en el mundo eran dos *leptas,* blancas. El *lepton* era la moneda más pequeña, y su nombre quería decir «la delgada», así es que la compararemos con la moneda más pequeña de nuestro país; pero Jesús dijo que la ofrenda de la viuda valía más que lo que habían echado los ricos, porque era todo lo que tenía.

El valor de una ofrenda lo determinan dos cosas:

(i) *El espíritu con que se da.* Una ofrenda que se hace por obligación, a regañadientes o para presumir, pierde casi todo su valor. La única ofrenda que vale la pena es la que sale de un corazón de amor, la que se da con libertad y voluntad.

(ii) *El sacrificio que supone.* Lo que es una miseria para uno puede ser una fortuna para otro. Las ofrendas que los ricos dejaban

caer para que todos las vieran y oyeran tintinar no les suponían ningún sacrificio; pero las dos blancas de la viuda eran todo lo que tenía. Probablemente los ricos ofrendaban después de calcular el valor de cada moneda. Ella daba con la máxima generosidad, porque no tenía más.

El dar no empieza a ser real hasta que duele. Un regalo no es señal de amor a menos que hayamos tenido que privarnos de algo o trabajar horas extraordinarias para hacerlo. ¡Qué pocos son los que le dan a Dios así! Alguien ha descrito a uno que cantaba fervorosamente

Mi espíritu, alma y cuerpo,
mi ser, mi vida entera,
cual viva, santa ofrenda,
entrego a Ti, mi Dios.
Mi todo a Dios consagro…

mientras, sobaba cuidadosamente las monedas en el bolsillo para asegurarse de que no había ninguna de más de 5 pesetas entre las que iba a echar en la colecta.

Sería una señal de suprema insensatez el ser capaz de leer la historia de las dos blancas de la viuda sin hacer un examen de conciencia.

NUEVAS DE PROBLEMAS

Lucas 21:5-24

Había unos que hablaban de las bellezas del templo, como sus piedras labradas y sus ofrendas votivas; pero Jesús dijo:

—De todas esas cosas que admiráis, se acerca el tiempo en que no quedará una piedra sobre otra y serán destruidos todos los edificios.

—Maestro —le preguntaron—, ¿cuándo pasará eso, y cómo podremos saber que está a punto de suceder?

—Tened cuidado con que no os engañen —siguió diciéndoles Jesús—. Vendrán muchos que pretenderán ser el Mesías, y que dirán: «¡Yo soy él!», y «¡Ha llegado el momento!»; pero no los sigáis. Y no os alarméis cuando oigáis que se producen guerras y sediciones; porque hace falta que todo eso suceda antes,

pero todavía no será el fin. —Y Jesús siguió diciéndoles—: Unas naciones se levantarán contra otras, y unos reinos contra otros; habrá unos terremotos terribles, y hambrunas y plagas; todo el mundo estará aterrado, y habrá grandes portentos en los cielos. Pero antes de que suceda todo eso os apresarán, y os perseguirán, y os entregarán a las sinagogas y a las cárceles, y os harán comparecer ante reyes y gobernadores porque tenéis relación conmigo. Entonces tendréis ocasión de dar testimonio de Mí. Haceos el propósito de no preocuparos por lo que vais a decir en defensa vuestra; porque en ese momento Yo os daré una palabra y una sabiduría que no podrán resistir ni contradecir los que estén en contra vuestra. Os delatarán hasta vuestros mismos padres, hermanos, parientes y amigos; y matarán a algunos de vosotros, y todo el mundo os odiará por vuestra relación conmigo. Pero no se perderá inútilmente ni un cabello de vuestra cabeza. Mantendréis el control de vuestras personas a base de firmeza de carácter. Cuando veáis ejércitos sitiar a Jerusalén, no dudéis que ha llegado su destrucción. Los que estén entonces en Judea, que huyan a los montes; y los que estén en medio de Jerusalén, que se vayan; y los que estén en el campo, que no vuelvan a la ciudad. Porque esos serán los días de la retribución del Señor en los que se han de cumplir las Escrituras. ¡Pobres de las que estén entonces embarazadas o criando! Porque habrá innumerables desgracias en la Tierra, y violencia desatada sobre el pueblo. Y caerán muchos a filo de espada, y a muchos llevarán cautivos a todas las naciones; los paganos hollarán a Jerusalén hasta que se cumpla el tiempo de los gentiles.

EL TRASFONDO DEL CAPÍTULO

Desde el versículo 5 este capítulo es muy difícil. Su dificultad consiste en que se reflejan en él cuatro ideas diferentes:

(i) Está la idea del *Día del Señor.* Los judíos creían que el tiempo tiene dos edades: está la *edad presente,* que es completa e irremediablemente mala y que acabará en destrucción, y la *era por venir,* que sería la edad de oro de Dios y de la supremacía de los

judíos. Pero entre ambas estaba el *Día del Señor,* que sería un tiempo terrible de cataclismos cósmicos y destrucción, los dolores de parto de la nueva era.

Sería un día de terror. «He aquí el Día del Señor viene, terrible y de indignación y ardor de ira, para convertir la Tierra en soledad, y raer de ella a sus pecadores» *(Isaías 13:9*; comparar con *Joel 2:1, 2; Amós 5:18-20; Sofonías 1:14-18)*. Vendría repentinamente: «El Día del Señor vendrá así como ladrón en la noche» *(1 Tesalonicenses 5:2;* comparar con *2 Pedro 3:10)*. Sería un día en el que el universo sufriría sacudidas: «Las estrellas de los cielos y sus luceros no darán su luz; y el sol se oscurecerá al nacer, y la luna no dará su resplandor… Haré estremecer los cielos, y la Tierra se moverá de su lugar, en la indignación del Señor de los Ejércitos, y en el día del ardor de su ira» *(Isaías 13:10-13; Joel 2:30, 31; 2 Pedro 3:10)*.

El Día del Señor era una de las ideas básicas del pensamiento religioso en tiempos de Jesús; todo el mundo conocía estas terribles premoniciones. En este capítulo las vemos reflejadas en los versículos 9, 11, 25 y 26.

(ii) Está la *profecía de la destrucción de Jerusalén,* que se cumplió el año 70 d.C., después de un asedio en el que los habitantes llegaron al canibalismo y la ciudad fue tomada literalmente piedra a piedra. Josefo dice que un número increíble de 1.100.000 personas perecieron en el asedio, y 97.000 fueron llevadas cautivas. La nación judía fue borrada del mapa; el templo fue incendiado y desolado. En este pasaje se hace referencia a ese acontecimiento todavía futuro en los versículos 5, 6, 20-24.

(iii) Está *la Segunda Venida de Cristo.* Jesús estaba seguro de que iba a volver otra vez, y la Iglesia Primitiva esperaba su vuelta. Nos ayudará a comprender los pasajes del Nuevo Testamento que hablan de la Segunda Venida si tenemos en cuenta que muchos de los detalles que estaban en relación con el Día del Señor se le aplicaron, como los versículos 27 y 28 de este capítulo. Antes de la Segunda Venida se esperaba que muchos pretendieran ser el Mesías, y que tuvieran lugar muchos cataclismos. A eso se refieren los versículos 7-9.

(iv) Está la idea de *la persecución por venir.* Jesús previó y predijo las cosas terribles que habrían de sufrir los suyos por su relación

con Él en los días por venir. Se refieren a esto los versículos 12-17.

Este pasaje nos resultará más fácil de entender y provechoso si tenemos presente que no trata exclusivamente de un tema, sino de cuatro íntimamente relacionados.

EL PASAJE

Fue la referencia a las bellezas del templo lo que movió a Jesús a profetizar. Los pilares de los pórticos y de las columnatas eran de mármol blanco, de 12 metros de alto, hechos de un solo bloque de piedra. El adorno más famoso era la representación de una parra, toda de oro, con racimos de la altura de una persona. La mejor descripción del templo en los días de Jesús nos la ha dejado Josefo en su libro *Las Guerras de los Judíos,* libro V, sección 5: «La fachada del templo no carecía de nada que pudiera sorprender a los ojos o a la imaginación, porque estaba recubierta por todas partes de planchas de oro de gran peso, y a los primeros rayos del Sol reflejaba un esplendor ardiente, y obligaba a apartar la mirada a los que intentaban fijar en ella los ojos, exactamente igual que si hubieran querido mirar al Sol. Pero el templo les parecía a los extraños que lo miraban a distancia como una montaña cubierta de nieve; porque las partes que no estaban chapadas de oro eran extremadamente blancas.» A los judíos les parecía imposible que la gloria del templo fuera reducida a polvo.

En este pasaje aprendemos algunas cosas fundamentales acerca de Jesús y de la vida cristiana:

(i) Jesús sabía leer las señales de la Historia. Todos estaban ciegos al desastre que se les avecinaba, pero Él vio el alud que se le venía encima a Israel. Las cosas sólo se ven claras cuando se ven con la óptica de Dios.

(ii) Jesús era absolutamente sincero. «Eso —dijo a sus discípulos — es lo que podéis esperar si decidís seguirme.» Una vez, en medio de una gran lucha por causa de la justicia, un líder heroico le escribió a un amigo: «Las cabezas ruedan por la arena; ven a añadir la tuya.» Jesús creía lo bastante en los hombres como para ofrecerles, no un camino fácil, sino un camino heroico.

(iii) Jesús les prometió a sus discípulos que nunca estarían solos cuando se enfrentaran con sus tribulaciones. Es evidente en la

historia que han escrito los cristianos con sus vidas que, cuando estaban sufriendo torturas y esperando la muerte, sentían la presencia del Señor de una manera especialísima. La cárcel se convierte en un palacio, el patíbulo en un trono, la tormenta en una brisa grata, *cuando Cristo está con nosotros.*

(iv) Jesús les habló de una seguridad que sobrepasa a todas las amenazas de la Tierra. «Ni un pelo de vuestra cabeza va a sufrir daño.»

1 Castillo fuerte es nuestro Dios, — defensa y buen escudo;
con su poder nos librará — en este trance agudo.
Con furia y con afán — acósanos Satán;
por armas deja ver — astucia y gran poder.
Cual él no hay en la Tierra.

2 Nuestro valor es nada aquí, — con él todo es perdido;
mas por nosotros pugnará — de Dios el Escogido.
¿Sabéis quién es? ¡Jesús, — el que venció en la Cruz,
Señor de Sabaot! — ¡Y, pues Él solo es Dios,
Él triunfa en la batalla!

MARTÍN LUTERO - JUAN B. CABRERA

¡EN GUARDIA!

Lucas 21:25-37

—Entonces habrá portentos en el Sol, en la Luna y en las estrellas, y las naciones no sabrán qué camino tomar, aterradas por el rugido del mar y de las olas, y los hombres desfallecerán de miedo ante lo que amenaza con sobrevenirle a la Tierra. Porque los cuerpos celestes sufrirán sacudidas. Y entonces verán al Hijo del Hombre venir en una nube, con gloria y poder inmensos. Cuando todo esto empiece a suceder, erguíos y levantad la cabeza, porque ya faltará poco para vuestra redención.

Jesús les dijo también una parábola para ilustrar su enseñanza:

—Fijaos en la higuera y en todos los demás árboles: cuando veis que ya empiezan a brotar, sabéis sin que nadie os lo diga que se acerca el buen tiempo. Pues, lo mismo cuando veáis

suceder estas cosas: tomad nota de que el Reino de Dios está cerca. Os aseguro que no pasará el tiempo de esta generación sin que suceda todo esto. Antes desaparecerán los cielos y la Tierra que dejen de cumplirse mis palabras. Andaos con mucho cuidado para que no se os entorpezca el corazón por causa de la glotonería y la embriaguez y de los intereses de esta vida, y ese Día os sobrecoja por sorpresa; porque caerá como una red sobre los pobladores de la Tierra. Manteneos en guardia, orando continuamente para estar en forma para sobrevivir a todo lo que ha de suceder y estar firmes ante el Hijo del Hombre. Jesús se pasaba el día enseñando en el templo, y de noche salía de la ciudad y se iba a dormir al raso en el monte de los Olivos. Y a la mañana siguiente venía otra vez toda la gente a escucharle en el templo.

Aquí hay dos ideas principales:

(i) La de la *Segunda Venida de Cristo.* Sobre esto ha habido muchas discusiones y especulación; cuándo y cómo será no se nos ha concedido saber. Pero lo más importante es que la Historia se dirige a una culminación. Los estoicos pensaban en la Historia como un movimiento circular. Decían que cada tres mil años el mundo sufría una gran conflagración, y luego empezaba otra vez y la Historia se repetía. Eso quería decir que la Historia no iba a ninguna parte, y que la humanidad no hacía más que darle vueltas a la noria. La concepción cristiana de la Historia es que tiene una meta, y esa meta se alcanzará cuando Jesucristo sea Señor de todo. Eso es todo lo que sabemos y necesitamos saber.

(ii) Se hace hincapié en la *necesidad de estar en guardia.* El cristiano no debe llegar a creer que se encuentra en una situación definitiva; sino más bien en un continuo estado de espera. Cierto novelista tiene en uno de sus libros un personaje que no se rebaja a hacer ciertas cosas. «Yo sé —dice— que algún día sucederá algo importante en mi vida, y quiero estar preparada para recibirlo.» Debemos vivir constantemente a la sombra de la eternidad, en la seguridad de que nos estamos preparando para aparecer ante Dios. No puede haber nada más interesante para un cristiano.

(iii) Jesús pasaba el día en el templo entre la gente, y la noche bajo las estrellas con Dios. Recibía la fuerza para encontrarse con

las multitudes en aquellos momentos de soledad con Dios. Podía enfrentarse con los hombres porque venía de la presencia de Dios.

Y SATANÁS ENTRÓ EN JUDAS

Lucas 22:1-6

> *Estaba próxima la fiesta de los ázimos, más generalmente conocida como la Pascua. Los principales sacerdotes y los escribas estaban buscando la manera de acabar con Jesús, pero no les resultaba fácil porque tenían miedo de la reacción de la gente. Entonces Satanás entró en Judas, alias «El Iscariote», que era uno de los Doce, y este fue a los principales sacerdotes y los oficiales de la policía del templo para convenir con ellos la manera de entregarles a Jesús. Ellos se alegraron de que se les presentara una oportunidad, y llegaron al acuerdo de darle dinero a Judas por sus servicios, y él se comprometió a buscar la ocasión para entregarles a Jesús a espaldas de la gente.*

Era el tiempo de la Pascua cuando Jesús llegó a Jerusalén para morir. La fiesta de los ázimos, o pan sin levadura, no era exactamente lo mismo que la Pascua. La fiesta de los ázimos duraba una semana, del 15 al 21 de Nisán (Abril), y la Pascua se comía el 15 de Nisán, en conmemoración de la liberación del pueblo de Isreal de la esclavitud de Egipto *(Éxodo 12)*. Aquella noche, el ángel de la muerte había matado a los primogénitos de todas las familias egipcias, pero *había pasado por alto* —eso quiere decir la palabra *pésaj, pascua*— los hogares de los israelitas, porque tenían el dintel de sus puertas marcado con la sangre del cordero. Aquella noche tomaron con tanta prisa su última cena en Egipto para salir huyendo inmediatamente que no comieron pan con levadura, porque habría requerido más tiempo esperar a que se leudara la masa antes de cocerla.

Se elaboraban muchos preparativos para la fiesta de la Pascua; se reparaban las carreteras, se aseguraban los puentes, y se enjalbegaban las tumbas que estaban cerca de los caminos para que ningún peregrino se contaminara por tocarlas inadvertidamente. El mes anterior la tradición y el significado de la Pascua eran el

tema de la enseñanza en las sinagogas. Dos días antes de la Pascua se llevaba a cabo en todos los hogares una búsqueda ritual de levadura: el cabeza de familia llevaba un candil y buscaba solemnemente y en silencio por todos los rincones y las rendijas hasta que se tiraba la última partícula de levadura, es decir, de pan normal.

Todos los varones judíos mayores de edad que vivieran a un máximo de 25 kilómetros de Jerusalén tenían que ir allí a celebrar la Pascua; pero era el sueño de todos los judíos, y aún lo es, el celebrar la Pascua en Jerusalén por lo menos una vez en la vida. Por eso había tantos peregrinos en Jerusalén en el tiempo de la Pascua. El gobernador de Palestina en tiempos de Nerón era un tal Cestio. Nerón trataba de quitarle importancia a la religión judía, y Cestio, para convencerle, hizo el censo de los corderos que se mataron en cierta Pascua. Josefo nos dice que fueron 256.500. Ahora bien, la ley establecía que habían de ser diez los comensales para celebrar la Pascua; lo que quiere decir que, en aquella ocasión, si las cifras son correctas, habría más de 2.700.000 entre peregrinos y residentes en Jerusalén. Fue en una ciudad abarrotada de público donde se representó el último acto del drama final de la vida de Jesús.

La atmósfera siempre era inflamable en el tiempo de la Pascua. El cuartel general del gobierno romano estaba en Cesarea y, normalmente, bastaba con un destacamento reducido de tropas estacionadas en Jerusalén; pero en la Pascua había muchos más.

Así que el problema de las autoridades judías era cómo arrestar a Jesús sin provocar un levantamiento; y vieron la solución en la traición de Judas. Satanás entró en Judas.

(i) De la misma manera que Dios está siempre buscando personas que sean sus instrumentos, también Satanás. Una persona puede ser un instrumento para bien o para mal, de Dios o del diablo. Los seguidores del zoroastrismo creen que el universo es el campo de batalla entre el dios de la luz y el de las tinieblas, y todos los seres humanos tienen que escoger un bando. Nosotros también sabemos que una persona puede estar al servicio de la luz o de las tinieblas.

(ii) Pero es verdad que Satanás no podría haber entrado en Judas si Judas no le hubiera abierto la puerta. La puerta del corazón humano no tiene la manija por fuera, y sólo se puede abrir desde dentro.

De nosotros depende si vamos a ser un instrumento de Satanás o de Dios. Podemos alistarnos al servicio de uno de los dos. ¡Que Dios nos ayude a escoger su partido!

LA ÚLTIMA CENA JUNTOS

Lucas 22:7-23

Cuando llegó el día de los ázimos, que es cuando hay que sacrificar el cordero pascual, Jesús mandó por delante a Pedro y a Juan, a los que dijo:

—Id a prepararnos la cena de la Pascua que vamos a comer juntos.

—¿Dónde quieres que la preparemos? —le preguntaron ellos.

—Fijaos —les dijo—: cuando entréis en la ciudad os encontraréis con un hombre que lleva un cántaro de agua. Seguidle hasta que le veáis entrar en una casa, y allí le decís al padre de familia: «De parte del Maestro, que dónde está el cuarto de los huéspedes donde ha de comer el cordero pascual con sus discípulos.» Él os indicará un salón grande en el piso de arriba, con la mesa y los asientos. Allí es donde tenéis que hacer los preparativos.

Pedro y Juan fueron, y lo encontraron todo como les había dicho Jesús, y prepararon la cena de la Pascua.

Cuando llegó la hora, Jesús se sentó a la mesa con los apóstoles, y les dijo:

—¡Qué ganas tenía de comer con vosotros esta cena de Pascua antes de padecer! Porque os aseguro que ya no la voy a comer más hasta que se haga realidad en el banquete del Reino de Dios.

Entonces le pasaron la copa, y Él la tomó y dio gracias a Dios diciendo:

—Coged esto y compartidlo; porque os aseguro que ya no voy a beber más vino hasta que se haga realidad el Reino de

Dios.

Luego cogió un pan, y dio gracias a Dios, y lo partió en trozos y se los repartió, diciendo:

—Esto significa mi cuerpo, entregado por amor de vosotros. Haced esto para acordaros de Mí.

De la misma forma, cogió la copa después de la cena, y dijo:

—Esta copa representa el nuevo pacto entre Dios y el hombre que se hace posible al precio de mi sangre, que se derrama por amor de vosotros. Pero la mano del traidor está aquí conmigo a esta mesa; porque este Hijo del Hombre sigue el camino que le estaba preparado; pero, ¡ay del hombre que comete esta traición!

Entonces los Doce empezaron a preguntarse unos a otros quién de ellos sería el que hiciera eso.

De nuevo vemos que Jesús no dejó las cosas para el último momento. Se había formado un plan, y lo llevaba a cabo.

Las casas de más categoría tenían dos habitaciones, una encima de la otra; de modo que la casa parecía formada por dos cajas, la más pequeña encima de la otra. A la habitación de arriba se llegaba por una escalera exterior. En el tiempo de la Pascua el hospedaje era gratuito en Jerusalén. Lo único que el hospedador podía recibir por el alojamiento de peregrinos era la piel del cordero que se comían en la fiesta. La habitación de arriba se solía usar para que se reuniera un rabino con sus discípulos predilectos para hablar con ellos en la intimidad.

Jesús había tomado medidas para disponer de una habitación así. Envió por delante a Pedro y a Juan a la ciudad para buscar a un hombre con un cántaro de agua. El acarrear el agua era cosa de mujeres. Sería tan fácil descubrir a un hombre que llevara un cántaro, como en una de nuestras ciudades descubrir a alguien con un paraguas de señora abierto en un día radiante de sol. Según esta suposición, esta sería la consigna convenida entre Jesús y su amigo de Jerusalén.

La fiesta se estaba celebrando, y Jesús usó los símbolos tradicionales para darles un nuevo significado.

(i) Dijo del pan: «Esto significa mi cuerpo, entregado por amor de vosotros.» Aquí tenemos lo que se suele llamar un *sacramento.* Un

sacramento es algo, por lo general ordinario, que ha adquirido un significado nuevo y extraordinario para el que tenga ojos para ver y un corazón para entender. No hay nada especialmente teológico ni misterioso en esto.

Muchos tenemos un cajón lleno de baratijas y cosas que no queremos tirar, porque nos recuerdan a personas o situaciones que nos son queridas. Son cosas corrientes, pero tienen un valor especial para nosotros. Esto es un sacramento.

Cuando enterraron a Nelson en la catedral de San Pablo, unos marinos llevaron el ataúd hasta la tumba. Uno que estuvo presente escribió: «Con reverencia y con eficacia bajaron a la tumba el cuerpo del más grande almirante del mundo. Y entonces, como si obedecieran a una orden de corneta, como un solo hombre, cogieron la bandera británica con la que había estado cubierto el ataúd y la rasgaron en tiras, y cada uno se llevó una como *souvenir* de tan ilustre hecho.» Aquel trocito de paño de color, toda la vida les hablaría del almirante que tanto habían admirado y querido. Eso es un sacramento.

El pan que tomamos en la Comunión es pan corriente; pero para el que tiene el corazón dispuesto a sentir y entender, es el mismo cuerpo de Cristo.

(ii) Dijo de la copa: «Esta copa representa el nuevo pacto entre Dios y el hombre que se hace posible al precio de mi sangre, que se derrama por amor de vosotros.» En su sentido bíblico, *pacto* es la relación entre el hombre y Dios. Dios se acercó en su gracia al hombre, y el hombre se comprometió a obedecer y cumplir la ley de Dios *(Éxodo 24:1-8)*. La continuidad de ese pacto dependía de que el hombre cumpliera su compromiso y obedeciera esa ley. Pero el hombre ni pudo ni puede, y el pecado interrumpe la relación entre el hombre y Dios. Todo el sistema sacrificial de Israel estaba diseñado para restaurar esa relación por medio de los sacrificios que hacían expiación por el pecado. Lo que dijo Jesús fue: «Con mi vida y con mi muerte he hecho posible una nueva relación entre vosotros y Dios. Sois pecadores, es cierto; pero, porque Yo he muerto por vosotros, ahora sois amigos, y no enemigos de Dios.» Costó la vida de Jesús el restaurar la relación perdida entre Dios y los hombres.

(iii) Jesús dijo: «Haced esto para acordaros de Mí.» Jesús sabía lo fácilmente que olvida la mente humana. Los griegos decían que «el tiempo borra todas las cosas»; como si la mente fuera una pizarra, y el tiempo la esponja que se usa para limpiarla. Jesús decía: «Con la prisa y las preocupaciones, os olvidaréis de Mí. La gente olvida porque no lo puede evitar. Entrad de cuando en cuando a la paz y tranquilidad de mi casa, y haced esto otra vez con mi pueblo —y os acordaréis.»

La presencia del traidor a la mesa hacía la tragedia aún más trágica. Jesucristo tiene a su mesa siempre que se celebra la Comunión los que le traicionan; porque, si en la Casa del Señor nos comprometemos con Él y luego en nuestra vida salimos para negarle, somos traidores a su causa.

RIVALIDAD ENTRE LOS DISCÍPULOS DE CRISTO

Lucas 22:24-30

> *Entonces los discípulos se pusieron a discutir cuál de ellos había que considerar como el más importante. Pero Jesús les dijo:*
>
> *—Los reyes de los países se comportan realmente como si fueran dueños y señores, y los máximos dignatarios se dan el título de «bienhechores»; pero entre vosotros no tiene que pasar eso, sino que el más importante se tiene que comportar como el menos importante, y el líder, como el último servidor. Porque, ¿quién es más, el que se sienta a la mesa o el que sirve? ¿Verdad que es el que se sienta a la mesa? Pues fijaos: Yo estoy entre vosotros como el que sirve. Vosotros sois los que siempre habéis estado de mi parte cuando me atacaban. Mi Padre es el que me ha concedido la dignidad de Rey, y Yo os concedo el privilegio de comer y beber a mi mesa en mi Reino, y que os sentéis en tronos para juzgar a las doce tribus de Israel.*

Es una de las cosas más amargamente trágicas del relato evangélico el que los discípulos se pusieran a discutir sus prerrogativas a la sombra de la Cruz. Los sitios a la mesa en una fiesta judía estaban muy definidos. La mesa estaba dispuesta en

forma de cuadrado, con uno de los lados abierto. A la cabecera se sentaba el anfitrión; a su derecha, el huésped más honorable; a su izquierda, el siguiente en cuanto a honor; luego, siempre por orden jerárquico, el segundo de la derecha, el segundo de la izquierda, y así hasta el final de la mesa. Los discípulos habían estado peleándose por los puestos, porque todavía no se habían desembarazado de la idea de un reino terrenal. Jesús les dijo tajantemente que las dignidades de su Reino no eran como las de este mundo. En la Tierra, un rey vale tanto como el poder que ostenta. Uno de los títulos más corrientes para un rey oriental era, en griego, *Euerguetes,* que quiere decir *Bienhechor.* Jesús dijo: «En mi Reino, el que obtiene ese título no es el rey, sino el servidor.»

(i) Lo que necesita el mundo es servicio. Lo curioso es que el mundo de los negocios lo sabe. Bruce Barton señala que el título que más se encuentra en la carretera es el de *Estación de Servicio.* Era la pretensión de cierta empresa que «Nosotros nos metemos debajo de su coche con más facilidad y nos ponemos más guarros que la competencia.» Lo raro es que hay más peleas sobre las dignidades y más preocupación acerca del puesto que le corresponde a cada uno en la iglesia que en ningún otro sitio. El mundo necesita y reconoce el servicio.

(ii) Es el que está dispuesto a servir más que nadie el que realmente sube. El empleado se va a casa a su hora, y se olvida del trabajo hasta la mañana siguiente, mientras que la luz sigue encendida en la oficina del encargado o del ejecutivo hasta las tantas. Muchas veces se veía la luz de la oficina de John D. Rockefeller todavía encendida cuando ya estaban apagadas las demás del edificio. El servicio produce grandeza; y cuanto más alto llega una persona, mejor servicio podrá prestar.

(iii) Podemos fundar la vida, o en dar, o en recibir; pero si la fundamos en el recibir nos perderemos la amistad de los hombres y la recompensa de Dios, porque a nadie le cae bien el que no piensa más que en lo que pueda sacar.

(iv) Jesús acabó sus advertencias prometiendo a sus discípulos que los que habían estado con Él en la lucha estarían con Él en el Reino. Dios no queda en deuda con nadie. Los que compartan la Cruz de Cristo compartirán un día su corona.

LA TRAGEDIA DE PEDRO

Lucas 22:31-38 y 54-62

Dijo también el Señor a Pedro:

—¡Simón, Simón! Fijaos que Satanás ha reclamado el derecho de pasar por la piedra vuestra fidelidad; en cuanto a ti, yo he orado para que no falle la tuya. Cuando hayas vuelto a tu puesto, ayuda a tus hermanos a mantenerse firmes.

—¡Señor —le contestó Pedro—, estoy dispuesto a ir contigo, no sólo a la cárcel, sino a la muerte!

—Pedro —le dijo Jesús—, te advierto que antes que cante el gallo habrás negado tres veces que me conoces.

Y dijo a los demás:

—¿Echasteis algo de menos cuando os envié sin cartera ni bolsa ni calzado?

—Ni lo más mínimo —le contestaron.

—Pues ahora es diferente —continuó diciéndoles Jesús—; el que tenga cartera, que la lleve consigo, y lo mismo con la bolsa; y el que no tenga espada, que venda la chaqueta y se compre una. Porque os advierto que todavía se tiene que cumplir en Mí aquello que está escrito: «Le tratarán como a un malhechor.» Y es que lo que está escrito de Mí se tiene que cumplir.

—Señor, aquí hay dos espadas —le dijeron entonces.

—¡Pues basta! —les contestó Jesús.

. . . .

Cuando le prendieron, le llevaron a la fuerza a la casa del Sumo Sacerdote, y Pedro le seguía a cierta distancia. La gente encendió fuego en medio del patio, y se sentaron alrededor, y Pedro se sentó también con los demás. Pero una criada que le vio sentado al fuego, se le quedó mirando y dijo:

—¡Este también estaba con él!

—¡Mujer, pero si yo ni le conozco! —negó Pedro. Pero un poco después le vio otro, y dijo:

—¡Tú también eres de ellos!

—¡No, hombre, no soy! —dijo Pedro por segunda vez. Y a eso de una hora después, otro aseguró:

—No hay duda de que este también estaba con él, porque es galileo.

—¡Hombre —dijo Pedro—, no sé de qué hablas!

Y en seguida, mientras Pedro estaba todavía hablando, cantó el gallo. El Señor se volvió, y miró a Pedro; y Pedro se acordó de que el Señor le había dicho: «Antes que cante el gallo me negarás tres veces.» Y Pedro se salió afuera, y se puso a llorar amargamente.

Vamos a tomar la historia de la tragedia de Pedro en conjunto. Pedro era una extraña mezcla.

(i) A pesar de la negación, era fundamentalmente leal. H. G. Wells dijo una vez: «Uno puede ser mal músico y sin embargo estar apasionadamente enamorado de la música.» Por encima de lo que hizo, y aunque su fallo fue terrible, estaba apasionadamente consagrado a Jesús. Hay esperanza para el que, hasta cuando cae en pecado, está comprometido con la bondad.

(ii) Pedro estaba advertido. Jesús se lo había advertido directa e indirectamente. Los versículos 33 a 38, con la conversación sobre las espadas, son extraños. Pero lo que quieren decir es que Jesús estaba diciendo: «Hasta ahora me habéis tenido siempre con vosotros. Dentro de poco vais a depender de vuestros propios recursos. ¿Y qué vais a hacer? El peligro no va a consistir en que no tengáis nada, sino en que vais a tener que luchar para subsistir.» Esto no era sugerirles que usaran las armas, sino simplemente una manera oriental de decirles a los discípulos que su vida estaba en juego. No se puede decir que a Pedro no se le advirtió de la seriedad y el peligro de la situación, y de su propia vulnerabilidad.

(iii) Pedro se pasaba de confiado. Si uno dice: «Yo no voy a hacer *eso* nunca», *eso* es con lo que tiene que tener más cuidado. Una y otra vez se han tomado castillos porque los atacantes siguieron la ruta que parecía inexpugnable e inescalable, y los defensores no la estaban guardando. Satanás es astuto: ataca el punto del que más seguro está uno, *demasiado seguro,* porque sabe que estará desguarnecido.

(iv) Para ser justos tenemos que reconocer que Pedro fue uno de los dos discípulos *(Juan 18:15)* que tuvo el valor de seguir a Jesús hasta el patio de la casa del Sumo Sacerdote. Pedro tuvo que

arrostrar una tentación que sólo se le podía presentar a un hombre valiente. El valiente siempre corre más riesgos que el cauteloso. El exponerse a la tentación es el peligro que corre el que es arriesgado en pensamiento y en acción. Puede que sea mejor sucumbir en una empresa noble que huir para no emprenderla.

(v) Jesús no le habló a Pedro con ira, sino le miró con pena. Probablemente Pedro habría preferido que Jesús se hubiera vuelto y se lo hubiera echado en cara; pero aquella mirada muda y apesadumbrada le atravesó el corazón como una espada y le abrió la fuente de las lágrimas. El castigo del pecado es ver en los ojos de Jesús, no su ira, sino el dolor de su corazón porque le hemos fallado.

(vi) Jesús le dijo a Pedro algo muy hermoso: «Cuando hayas vuelto a tu puesto, ayuda a tus hermanos a mantenerse firmes.» Es como si le dijera: «Me vas a negar, y llorarás amargamente; pero el resultado será que estarás mejor capacitado para ayudar a tus hermanos que tengan que pasarlo.» No podemos ayudar de veras a otro a menos que hayamos pasado por el mismo horno de aflicción o el mismo abismo de vergüenza. Se dice de Jesús: «Él puede ayudar a los que lo están pasando porque Él lo ha pasado también» *(Hebreos 2:18)*. El experimentar la vergüenza del fracaso no es sin fruto, porque nos da la compasión y la comprensión que no tendríamos de otra manera.

HÁGASE TU VOLUNTAD

Lucas 22:39-46

> *Jesús salió en la dirección acostumbrada al monte de los Olivos, seguido de sus discípulos. Cuando llegó al lugar adonde iba, les dijo:*
>
> *—Pedidle a Dios que no tengáis que arrostrar la furia de la tentación.*
>
> *Jesús se apartó de ellos a una distancia de un tiro de piedra, y se puso a orar de rodillas:*
>
> *—Padre, si te parece bien, líbrame de tener que apurar este cáliz; pero que suceda lo que Tú quieres, no lo que quiero yo.*
>
> *Entonces se le apareció un ángel del Cielo para darle fuerzas. Jesús estaba experimentando una verdadera agonía, y*

oraba cada vez más intensamente; y le caían hasta la tierra grandes gotas de un sudor de sangre. Pasado algún tiempo se levantó de la postura de la oración, y vino adonde estaban sus discípulos, y los encontró dormidos de pura tristeza.

—¿Cómo podéis dormir? ¡Levantaos y orad para que no tengáis que arrostrar la furia de la tentación!

El espacio era tan limitado en Jerusalén que no había jardines. La gente acomodada tenía jardines privados en el monte de los Olivos. Algún amigo de Jesús le permitiría usar su jardín, y allá se retiró a pelear su solitaria batalla. Sólo tenía treinta y tres años, y nadie quiere morir a esa edad. Sabía lo que era la crucifixión. Estaba en *agonía;* la palabra griega se refiere a la lucha desesperada por la vida. No hay escena comparable en toda la Historia. Era el momento decisivo de la vida de Jesús. Todavía podía volverse atrás y evitarse la cruz. La salvación del mundo estaba pendiente de aquella decisión de Jesús mientras sudaba grandes gotas de sangre en Getsemaní. ¡Y Él venció!

Un famoso pianista dijo del Nocturno en Do sostenido de Chopin: «Tengo que contároslo. Chopin se lo dijo a Liszt, y él me lo dijo a mí. En esta pieza todo es dolor y tristeza. ¡Y qué dolor y tristeza!, hasta que empieza a hablar con Dios y a orar; entonces todo vuelve a estar bien.» Eso fue lo que pasó con Jesús. Fue a Getsemaní a oscuras, y salió con luz, porque había hablado con Dios. Fue a Getsemaní en agonía, y salió de allí en victoria y con paz en el alma, porque había hablado con Dios.

Todo depende de la forma en que digamos: «Hágase tu voluntad.»

(i) Puede decirse en un tono de resignación impotente, como el que se sabe en las garras de un poder contra el que no puede luchar. Esas palabras pueden indicar la muerte de la esperanza.

(ii) Puede decirse como si uno hubiera llegado a una rendición total, en reconocimiento de una derrota completa.

(iii) Puede decirse en un tono de frustración porque el sueño que se esperaba no se va a realizar. Estas palabras pueden ir cargadas de desilusión y hasta rabia, porque no hay nada que se pueda hacer.

(iv) Puede decirse con el acento de una confianza perfecta. Así es como lo dijo Jesús. Estaba hablando con Uno que es un Padre, con un Dios cuyos brazos eternos le sostenían y rodeaban aun en la cruz. Se sometía, pero a un amor que no le dejaría. Lo más difícil de la vida es aceptar lo que no podemos entender; pero hasta eso lo podemos hacer si hemos recibido en Cristo la seguridad del amor de Dios.

1 ¡Cristo, mi alegría, — pan del alma mía,
siempre fiel a mí!
¡Cómo te he buscado, — cómo me he angustiado
sediento de Ti!
Siempre tuyo quiero ser, — nada anhelo en este mundo
sino sólo a Ti.

2 A su amor me entrego — y a Satán no temo:
no puede dañar.
Aunque el mundo tiemble, — mi temor ardiente
Jesús calmará.
El dolor puede atacar — y el pecado asaltarme:
¡Él no ha de fallarme!

3 Cuando la tristeza — llame a mi puerta,
¡Cristo, alégrame!
Si Tú estás conmigo, — mi aflicción olvido.
¡Tenme junto a Ti!
Y, aunque gima de dolor — cantará el alma mía:
¡Cristo, mi alegría!

JOHANN FRANK - FEDERICO FLIEDNER

EL BESO DEL TRAIDOR

Lucas 22:47-53

Todavía estaba Jesús hablando cuando se presentó una pandilla dirigida por el que se llamaba Judas, uno de los Doce, que se acercó a Jesús para darle un beso. Jesús le dijo:

—Judas, ¿vas a traicionar al Hijo del Hombre con un beso?

Cuando los camaradas de Jesús vieron lo que iba a suceder, dijeron:

—Maestro, ¿quieres que tiremos de espada?

Y uno de ellos hirió al siervo del Sumo Sacerdote y le cortó la oreja derecha.

—¡Basta! ¡Dejadlos! —dijo Jesús; y tocó la oreja del herido, y le sanó. Y luego se dirigió a los principales sacerdotes, a los oficiales de la policía del templo y a los ancianos que habían venido contra Él—: ¿Por qué habéis salido a detenerme con espadas y con palos como si fuera un bandolero? ¡He estado todos estos días con vosotros en el templo, y no me habéis echado mano! Pero esta es vuestra ocasión, bajo la protección de las tinieblas.

Judas había encontrado la manera de traicionar a Jesús de forma que las autoridades se le pudieran echar encima cuando no hubiera gente. Sabía que Jesús acostumbraba a ir por las noches al jardín de la colina, y allí guió a los emisarios del Sanedrín. El capitan del templo, el *sagán,* era responsable del buen orden en el lugar sagrado; los oficiales que se mencionan aquí eran sus subalternos, que estaban a cargo del arresto de Jesús. Cuando un discípulo se encontraba con su querido rabino, le ponía la mano derecha en el hombro izquierdo y la izquierda en el derecho, y le daba un beso. Fue el beso del discípulo al maestro el que Judas usó como señal de su traición.

Hay cuatro personajes implicados en la escena del arresto, y son significativas las acciones y reacciones de cada uno:

(i) Tenemos a Judas, el traidor. Era un hombre que había *dejado a Dios* para hacerse aliado de Satanás. Sólo cuando se ha echado a Dios de la vida y recibido a Satanás se puede llegar tan bajo como para vender a Cristo.

(ii) Tenemos a los judíos que habían venido a arrestar a Jesús. Estaban *ciegos para Dios.* Cuando Dios encarnado vino a la Tierra, en lo único que podían pensar era en cómo le podían empujar a la cruz. Llevaban tanto tiempo siguiendo su propio camino y cerrando los oídos y los ojos a la voz y a la luz de Dios que, al final, ya no le pudieron reconocer cuando vino. Es terrible ser sordo y ciego para Dios.

(iii) Tenemos a los discípulos. Eran hombres que *de momento habían olvidado a Dios.* Se les había hundido el mundo, y estaban convencidos de que aquello era el fin. En lo último que pensaban

entonces era en Dios; en lo único que pensaban era en la terrible situación en que se encontraban. Al que se olvida de Dios y le excluye de la situación le pueden pasar dos cosas: o se aterra y desarticula totalmente, o pierde el poder para enfrentarse con la vida y resolver la situación. En tiempo de prueba, la vida es *invivible* sin Dios.

(iv) Tenemos a Jesús. Era el único en toda la escena que *se acordaba de Dios.* Lo maravilloso de Jesús en aquellos últimos momentos era su absoluta serenidad una vez que pasó Getsemaní. Aun en su arresto, parecía ser el Que estaba en el control de la situación; hasta en su juicio, Él era el juez. El que vive con Dios puede resolver cualquier situación y mirar impertérrito a los ojos a cualquier enemigo. Sólo cuando un hombre se ha sometido a Dios puede estar por encima de las circunstancias.

BURLAS Y LATIGAZOS Y JUICIO

Lucas 22:63-71

> *Los hombres que estaban custodiando a Jesús se pusieron a burlarse de Él y a golpearle; le vendaron los ojos, y le pegaban en la cara mientras le preguntaban:*
>
> *—¡Anda, profeta, adivina quién es el que te ha dado!*
>
> *Y apilaban insultos sobre Él. Cuando se hizo de día, se reunieron los ancianos del pueblo, los principales sacerdotes y los escribas, y le trajeron al Sanedrín.*
>
> *—¿Eres tú el Mesías? —le preguntaron directamente—. ¡Dínoslo!*
>
> *—Si os dijera que sí, no me creeríais —les contestó Jesús—; y si soy Yo el que os hago preguntas, ni me contestaréis ni me dejaréis en libertad. Pero a partir de este momento el Hijo del Hombre se sentará a la diestra del Dios todopoderoso.*
>
> *—Entonces, ¿es que tú eres el Hijo de Dios? —preguntaron.*
>
> *—¡Vosotros lo habéis dicho!*
>
> *—¡Para qué necesitamos más testigos! ¡Él mismo se ha delatado!*

Aquella noche habían llevado a Jesús al Sumo Sacerdote para un interrogatorio privado y oficioso, con el propósito de refocilarse y tratar de pillarle en algo de lo que pudieran acusarle oficialmente. Después de eso entregaron a Jesús a los policías del templo para que le custodiaran, pero estos se aprovecharon para divertirse cruelmente a su costa. Cuando llegó la mañana le llevaron al Sanedrín.

El Sanedrín era el tribunal supremo de los judíos, que tenía jurisdicción especialmente en cuestiones religiosas. Lo formaban setenta miembros, entre los que figuraban escribas, rabinos y fariseos, sacerdotes y saduceos, y ancianos. No se podía reunir cuando estaba oscuro; porque, decían, cuando no se puede distinguir un hilo blanco de otro negro, ¿cómo se podrá distinguir la verdad del error? Así es que fue por eso por lo que esperaron a la mañana para llevar a Jesús. El Sanedrín sólo se podía reunir en el

salón de la Piedra Tallada, en el recinto del templo. El presidente era el Sumo Sacerdote.

Se han conservado las reglas de procedimiento del Sanedrín, que eran probablemente ideales, aunque no se cumplían nunca del todo; pero, por lo menos, nos permiten conocer lo que los judíos consideraban que debía ser el Sanedrín, y cuánto faltó para que se cumpliera en el juicio de Jesús.

El tribunal se sentaba en semicírculo, para que cada uno pudiera ver a todos los demás. El reo se colocaba enfrente del tribunal, vestido con ropas de duelo. Detrás de él se sentaban filas de estudiantes y discípulos de los rabinos, que podían hablar en defensa del acusado, pero no en contra. Las vacantes que se produjeran entre los miembros del tribunal se permitía que las cubrieran algunos de estos estudiantes. Todas las acusaciones tenían que probarse por la evidencia de dos testigos, examinados independientemente. Estaba permitido que un miembro del tribunal hablara primero en contra del acusado y luego cambiara de parecer y hablara a su favor, pero no viceversa. Cuando se llegaba el momento de dar el veredicto, todos los miembros del tribunal tenían que emitir su juicio individualmente, empezando por los más jóvenes hasta acabar por el más anciano. Para la absolución era suficiente con la mayoría de un voto, pero para la condenación se necesitaban por lo menos dos votos. La sentencia de muerte no se podía ejecutar el mismo día que se pronunciaba; tenía que pasar una noche, para que el tribunal durmiera, y considerara si debía aplicar la piedad. Todo el procedimiento estaba diseñado para que prevaleciera la gracia; y, hasta en el breve relato de Lucas, está claro que el Sanedrín no cumplió sus reglas en el caso del juicio de Jesús.

Hay que notar que el crimen del que se acusaba a Jesús era blasfemia. El pretender ser el Hijo de Dios era un insulto a la majestad de Dios, y por tanto blasfemia, que se castigaba con la muerte.

Es el hecho trágico que, cuando Jesús pidió amor, ni siquiera recibió justicia. Es el hecho glorioso que Jesús, aun saliendo de una noche de interrogatorios maliciosos, burlas y malos tratos, no tenía la menor duda de que se sentaría a la diestra de Dios y su victoria

era segura. Tenía una fe que desafiaba a los hechos. Él nunca pensó, ni por un momento, que los hombres podían derrotar el propósito de Dios.

JUICIO ANTE PILATO Y SILENCIO ANTE HERODES

Lucas 23:1-12

Inmediatamente se levantó la sesión, y todos a una llevaron a Jesús a Pilato. Cuando llegaron ante él, se pusieron a acusar a Jesús:

—Hemos descubierto a este —dijeron— conspirando para provocar problemas políticos en nuestra nación, e intentando que la gente deje de pagar tributo al Emperador, y pretendiendo ser un rey, el Mesías.

Pilato entonces le preguntó a Jesús:

—¿Eres tú el rey de los judíos?

—¡Tú lo has dicho! —le contestó Jesús.

Pilato dijo a los principales sacerdotes y a la gente:

—Yo no veo que este sea culpable de ningún crimen.

—¡Está alborotando a la gente, difundiendo su propaganda por toda Judea; empezó en Galilea y ahora ha llegado hasta aquí! —porfiaban ellos.

Cuando les oyó mencionar a Galilea, Pilato preguntó si Jesús era de allí. Y al enterarse de que era de la jurisdicción de Herodes, le remitió a Jesús, aprovechando que Herodes se encontraba en Jerusalén aquellos días. Herodes dio muestras de estar encantado de ver a Jesús, porque hacía mucho tiempo que lo estaba deseando, por lo mucho que había oído hablar de Él; esperaba verle hacer algún milagro. Herodes le hizo muchas preguntas a Jesús; pero Jesús no le contestó a nada. A todo esto, los sacerdotes y los escribas estaban allí acusando a Jesús con saña. Por último Herodes, rodeado de sus soldados, se puso a mostrarle su desprecio a Jesús y a burlarse de Él; le vistió con un atuendo regio, y se le devolvió a Pilato. Con este motivo se reconciliaron Pilato y Herodes, que hacía tiempo que estaban enemistados.

En tiempos de Jesús los judíos no tenían autoridad para ejecutar la pena capital, que tenía que imponer el procurador romano y ser ejecutada por las autoridades romanas. Por eso llevaron los judíos a Jesús a Pilato. El crimen del que le acusaban da muestra a todas luces de su malignidad. Ante el Sanedrín, el crimen había sido la blasfemia, porque Él había osado llamarse Hijo de Dios. Esa acusación ni se le mencionó a Pilato; porque sabían que no tendría ningún peso para él, sino que la habría considerado cosa de la religión o de la superstición judía. El cargo que querían sustanciar contra Jesús era exclusivamente político, y lleva el sello de la mentalidad y astucia de los saduceos. De hecho fueron los saduceos aristócratas y colaboracionistas los que consiguieron la crucifixión de Jesús, porque temían que resultara un elemento disturbador y produjera una situación en la que ellos perdieran la riqueza y el poder que tenían.

La acusación ante Pilato era realmente triple. Acusaban a Jesús de: (*a*) agitación sediciosa; (*b*) animar a la gente a no pagar tributo al Emperador, y (*c*) atribuirse el título de rey. Todo esto era falso, y ellos lo sabían; pero recurrieron a las mentiras más calculadas y maliciosas en su loco deseo de eliminar a Jesús.

No en vano Pilato era un oficial romano experimentado: vio sus intenciones, y no tenía ningunas ganas de complacerlos. Pero tampoco los quería ofender. Se les había escapado decir que Jesús era galileo; o lo habían dicho para añadir leña al fuego, porque Galilea era «la cuna de los rebeldes». Pero aquello le ofrecía a Pilato una salida de escape. Galilea era la jurisdicción de Herodes Antipas, que se encontraba casualmente en Jerusalén, probablemente para cumplir la Pascua. Así es que Pilato le remitió el caso a Herodes. Herodes era una persona a la que Jesús no tenía nada que decir. ¿Por qué?

(i) Herodes consideraba a Jesús un mero espectáculo, y Jesús era el Rey al que había que someterse. El famoso maestro estoico griego Epicteto solía lamentar que había gente que venía de todo el mundo a sus clases para verle, como si fuera una estatua, y no para aceptar y poner en práctica sus enseñanzas. Jesús no es sólo una figura que vale la pena contemplar, sino el Maestro que nos enseña a vivir victoriosamente.

(ii) Herodes tomó a Jesús a broma: se burló de Él, y Le vistió de una ropa de rey para reírse de Él. Para decirlo de otra manera: se negó a tomar a Jesús en serio. Se Le mostró a su corte como una curiosidad divertida, y nada más. Y lo trágico es que, todavía, la inmensa mayoría de la gente se niega a tomar a Jesús en serio. Si no fuera así, prestarían más atención a su Palabra.

(iii) El versículo 11 se puede traducir: «Herodes y sus soldados trataron a Jesús con desprecio.» Y también: «Herodes, con sus soldado detrás, pensó que Jesús no tenía ninguna importancia.» Es decir: seguro en su puesto como rey, con la fuerza que le daba su guardia, pensó que ese carpintero nazareno no tenía la menor importancia. Y aún hay muchos que, consciente o inconscientemente, llegan a la conclusión de que Jesús no tiene ninguna importancia, que es un elemento que se puede omitir en la vida. No le dan lugar en su corazón ni influencia en sus vidas, y creen que se pueden pasar sin Él. Para un cristiano, lejos de no tener ninguna importancia, Jesús es el más importante de todo el universo.

LOS JUDÍOS LE HACEN CHANTAJE A PILATO

Lucas 23:13-25

Entonces Pilato convocó a los principales sacerdotes, a los miembros del Sanedrín y a la gente, y les dijo:

—Me habéis presentado a este como si fuera un revolucionario. Le he sometido a interrogatorio en vuestra presencia, y no le encuentro culpable de los crímenes de los que le acusáis. Además, Herodes tampoco, porque os dije que se le llevarais, y él me ha devuelto el caso. Jesús no es culpable de ninguna acción por la que se le deba condenar a muerte; así que le dejaré en libertad después de darle de latigazos.

Pero toda la chusma seguía gritando a una voz:

—¡Quita a ese de en medio! ¡Suéltanos a Barrabás!

Barrabás estaba en la cárcel porque había estado implicado en una rebelión que se había producido en la ciudad y por un asesinato. Pilato quería dejar en libertad a Jesús, y siguió hablando con ellos; pero ellos no hacían más que chillar:

—¡Crucifícale! ¡Crucifícale!

—¿Pero qué mal ha hecho? —les dijo Pilato por tercera vez —. Yo no le encuentro culpable de ningún delito por el que haya que condenarle a muerte, así es que le daré de latigazos, y le soltaré.

Pero ellos siguieron gritando cada vez más que crucificara a Jesús, hasta que consiguieron su propósito. Pilato dio la orden de que se hiciera lo que pedían; les soltó al que estaba preso por sedición y asesinato, que era el que ellos habían escogido, y entregó a Jesús para que se le hiciera lo que ellos querían.

Este es un pasaje extrañísimo. Una cosa sí queda clara, y es que Pilato no quería condenar a Jesús. Se daba cuenta de que eso sería traicionar la justicia imperial que era la gloria de Roma. No menos de cuatro veces hizo lo posible para no dictar sentencia de muerte. Les dijo a los judíos que resolvieran el asunto ellos *(Juan 19:6, 7)*. Trató de pasarle el caso a Herodes. Trató de convencer a los judíos que recibieran a Jesús como el preso al que se dejaba en libertad por la Pascua *(Marcos 15:6)*. Trató de llegar a un compromiso diciendo que castigaría a latigazos a Jesús y luego le dejaría en libertad. Está claro que coaccionaron a Pilato para que sentenciara a muerte a Jesús.

¿Cómo podía la chusma judía coaccionar a un gobernador romano experimentado para que dictara sentencia de muerte? Es literalmente cierto que los judíos le hicieron chantaje. El hecho escueto era que, en la justicia romana imparcial, una provincia tenía derecho a delatar a un gobernador romano por mal gobierno, y ese gobernador sería tratado con dureza. Pilato había cometido dos graves errores durante su mandato.

El cuartel general de Roma en Judea no estaba en Jerusalén, sino en Cesarea. Pero había una tropa reducida estacionada en Jerusalén. Las tropas romanas llevaban banderas en cuya cabecera había una efigie del actual Emperador, que era oficialmente, durante su reinado, un dios. La ley judía prohibía el uso de imágenes y, en deferencia a los principios judíos, los gobernadores anteriores quitaban la imagen del emperador de las banderas al marchar hacia Jerusalén. Pilato se negó a seguir esa costumbre, e hizo su entrada en Jerusalén por la noche con sus tropas llevando la imagen del

emperador en las banderas. Los judíos vinieron en masa a Cesarea a pedirle a Pilato que quitara las imágenes. Él se negó. Ellos insistieron. Al sexto día Pilato estuvo dispuesto a reunirse con los líderes de los judíos en un espacio abierto, rodeado de sus tropas. Les informó que, si no dejaban de molestarle con sus constantes peticiones, el castigo sería la muerte. «Ellos se arrojaron al suelo, descubrieron sus cuellos, y dijeron que estaban dispuestos a morir antes que a admitir la transgresión de la sabiduría de sus leyes.» Ni siquiera un hombre como Pilato podía masacrar a hombres así a sangre fría, y tuvo que ceder. Josefo nos cuenta todo lo sucedido en *Las Antigüedades de los Judíos,* libro 18, capítulo 3.

La segunda equivocación que cometió Pilato fue el asunto de la nueva conducción de agua que se habría de financiar en parte con dinero del templo, a la que ya hicimos referencia en el comentario a *Lucas 13:1-4*.

Lo único que un gobernador romano no se podía permitir era tolerar desórdenes civiles en ningún rincón del vasto imperio. Si los judíos hubieran informado oficialmente cualquiera de los dos incidentes, no cabe duda que Pilato habría perdido su puesto. Es Juan el que nos menciona la insinuación de los oficiales judíos: «Si sueltas a este es que no eres amigo de César» *(Juan 19:12)*. Obligaron a Pilato a condenar a Jesús a muerte amenazándole con un informe oficial a Roma.

Aquí tenemos la solemne verdad de que el pasado de una persona puede volverse contra ella y paralizarla. Si uno ha sido culpable de ciertos actos, hay ciertas cosas que no tiene derecho a decir, porque se le echaría en cara su pasado. Debemos tener cuidado de no permitirnos nada que algún día pueda impedirnos defender lo que sabemos que está bien, por miedo a que se nos diga: «Tú no tienes derecho a decir eso.»

Pero, si surgiera esa situación, no se puede hacer más que tener valor para arrostrarla, y sus consecuencias. Y eso era lo que Pilato no tenía. Sacrificó la justicia antes que perder su posición. Sentenció a Jesús a muerte para seguir como gobernador de Palestina. Si hubiera sido un hombre de valor, habría hecho lo que debía y asumido las consecuencias; pero hizo el papel de un cobarde.

EL CAMINO DEL CALVARIO

Lucas 23:26-31

> *Cuando iban llevando a Jesús al lugar de la ejecución requisaron a un cierto Simón de Cirene, que volvía del campo, y le cargaron con la cruz para que la llevara detrás de Jesús.*
>
> *Les seguía un inmenso gentío, entre el que había muchas mujeres que daban muestras de dolor hiriéndose los pechos y le lamentaban a voces. Jesús se volvió hacia ellas y les dijo:*
>
> *— Hijas de Jerusalén, no es por Mí por quien tenéis que llorar, sino por vosotras mismas y por vuestros hijos. Porque se acercan días cuando se dirá: «Afortunadas las que no tuvieron hijos, los vientres que no parieron y los pechos que no criaron.» Entonces se pondrán a decirles a los montes: «¡Caednos encima!», y a las colinas: «¡Tragadnos!»; porque si esto es lo que hacen con el árbol verde, ¿qué no le harán al seco?*

Siempre que se condenaba a un criminal a la cruz, se le sacaba de la sala del juicio entre cuatro soldados romanos. Luego le ponían el travesaño de la cruz en los hombros, y le conducían al lugar de la ejecución por el camino más largo posible, con otro soldado por delante que llevaba un cartel donde se había escrito el delito, para que escarmentaran los que pudieran pensar en hacer algo parecido. Eso es lo que hicieron con Jesús.

Al principio, Jesús iba llevando la cruz *(Juan 19:17)*; pero se ve que, con lo que ya había sufrido, le faltaron las fuerzas y no podía seguir adelante. Palestina era un país ocupado, y los soldados romanos podían requisar a cualquier ciudadano para cualquier servicio. Bastaba con un golpecito con lo plano de la espada. Cuando Jesús se hundió bajo el peso de la cruz, el centurión romano a cargo miró a su alrededor, y se fijó en Simón, natural de Cirene, la actual Trípoli, que parecía suficientemente robusto. Probablemente era un judío que se había pasado la vida ahorrando para poder comer algún día la Pascua en Jerusalén; pero también es posible que fuera un residente al que llamaban por su lugar de origen como era frecuente entre los judíos. El golpecito con lo plano de la espada fue la señal, y se encontró, quieras que no, cargando con la cruz de un criminal.

Trata de imaginarte los sentimientos de Simón. Como vimos, probablemente había venido a Jerusalén para hacer realidad el sueño de toda su vida, y se encontró dando vueltas cargado con una cruz camino del Calvario. Estaría lleno de amargura contra los dominadores romanos, y tal vez también contra el criminal que le había involucrado en su delito. Pero, si leemos entre líneas, vemos que su intervención no acabó allí. Gabriel Miró vio en él una de las *Figuras de la Pasión del Señor* que le habían fascinado desde que su madre le contaba la historia. *Marcos* nos dice que Simón era el padre de Alejandro y de Rufo *(Marcos 15:21)*. Eso no puede querer decir más que que los hijos de Simón Cireneo eran conocidos en la comunidad a la que Marcos dedicó su evangelio, que se cree que era la iglesia de Roma. Si leemos la carta del apóstol Pablo a esa iglesia, encontramos al final entre los saludos: «Recuerdos a ese noble cristiano que es Rufo, y a su madre, que me trató como a un hijo» *(Romanos 16:13)*. Así es que en la iglesia de Roma había un tal Rufo, un cristiano tan notable que podía considerarse como uno de los escogidos de Dios, que tenía una madre a la que Pablo quería tanto como para llamarla su madre en la fe. Es posible que este Rufo fuera el hijo, y su madre la mujer de Simón Cireneo.

Es posible que, mirando a Jesús, la amargura de Simón dejó paso a la admiración y finalmente a la fe, y fue uno de los primeros cristianos, y su familia una de las más conocidas y queridas de la iglesia de Roma. Puede ser que aquel Simón de Trípoli pensara que iba a realizar la ambición de su vida celebrando la Pascua por fin en Jerusalén; que se encontró llevando a la fuerza la cruz de un criminal; que, mirando a Jesús y tal vez oyendo una de sus últimas palabras, su amargura dejó paso a la admiración y a la fe; y que, en aquella situación que parecía que sólo le reportaría vergüenza, encontró a su Salvador.

Detrás de Jesús iba un grupo de mujeres llorando por Él. Jesús se volvió y les dijo que no lloraran por Él, sino por sí mismas. Se les estaban echando encima días terribles. Para los judíos, un matrimonio sin hijos era la mayor desgracia; era una de las razones por las que se podía conceder el divorcio. Pero llegaría el día en que se consideraría afortunada a la estéril. Una vez más, Jesús está contemplando proféticamente la destrucción de la ciudad que tantas

veces antes y ahora otra vez había rechazado la invitación de Dios. El versículo 31 es un refrán que se podía usar con diferentes sentidos. Aquí quiere decir que si esto se le hacía a un inocente, ¿qué se haría con los culpables algún día?

LE CRUCIFICARON ALLÍ

Lucas 23:32-38

> *Con Jesús llevaban también a crucificar a otros dos reos, culpables de diversos crímenes. Cuando llegaron al lugar que se conocía como «La Calavera», crucificaron a Jesús y a los criminales, uno a su derecha y otro a su izquierda. Y Jesús decía:*
>
> *—¡Padre, perdónalos, que no saben lo que están haciendo!*
>
> *Los soldados se repartieron la ropa de Jesús echándosela a suertes. La gente estaba mirando, y los líderes judíos se mofaban de Él, diciendo:*
>
> *—¡Que se salve a sí mismo como salvó a otros, si es verdad que es el Mesías, el Escogido de Dios!*
>
> *Los soldados también le escarnecían, acercándose a ofrecerle vinagre, y diciéndole:*
>
> *—¡Anda, si eres el rey de los judíos, sálvate a ti mismo ahora! Esto lo decían porque el cartel que habían puesto en su cruz, que estaba escrito en griego, en latín y en hebreo, decía:*
>
> *«ESTE ES EL REY DE LOS JUDÍOS»*

Cuando se llegaba al lugar de la ejecución, se dejaba la cruz en el suelo. Lo corriente era que tuviera la forma de una T sin nada para que reposara la cabeza. Era bastante baja, de forma que los pies del criminal estaban a poca distancia del suelo. Había un grupo de mujeres de Jerusalén que tenían costumbre de ir a las crucifixiones para darle al reo un trago de vino con drogas para que sintiera menos el horror del suplicio. También se lo ofrecieron a Jesús, pero Él lo rechazó *(Mateo 27:34)*. Estaba decidido a sufrir la muerte hasta lo sumo, con la mente despejada y los sentidos despiertos. Los brazos del reo se extendían sobre el travesaño, y se le clavaban las manos; los pies no se solían clavar, sino sólo atar. En medio del poste había a veces una protuberancia, que llamaban *la silla,* que

aguantaba el peso del reo para que no se rasgaran las manos. Entonces se levantaba la cruz y se afirmaba en un agujero del suelo. Lo terrible de la crucifixión era que el dolor del suplicio era inmenso, pero no producía la muerte, que llegaría a consecuencia del hambre, la sed, el frío, el calor, a veces después de muchas horas y aun días. Se sabe de algún caso en el que el criminal se mantuvo vivo toda una semana, hasta que murió con señales indudables de locura.

La ropa del criminal se la quedaban como compensación los cuatro soldados que le habían escoltado hasta el patíbulo. Los judíos tenían cinco artículos de ropa: la túnica interior, la exterior, el cinto, las sandalias y el turbante. Cuatro se las dividieron entre los cuatro soldados, y quedaba la túnica exterior que, en el caso de la de Jesús, estaba tejida de una pieza, sin costura *(Juan 19:23, 24)*. El haberla cortado para repartirla habría sido echarla a perder; así es que los soldados se la echaron a suertes a la sombra de la cruz. No les inquietaba el que, a poca distancia, un reo estaba agonizando lenta y horriblemente.

El cartel que se ponía en la cruz era el mismo que se había exhibido durante la marcha.

Jesús dijo muchas cosas maravillosas, pero tal vez ninguna tanto como: «¡Padre, perdónalos, que no saben lo que están haciendo!» El perdón cristiano es algo extraordinario. Cuando estaban matando a pedradas a Esteban, él oraba: «Señor, no les tomes en cuenta este pecado» *(Hechos 7:60)*. No hay nada más extraño ni más precioso que el perdón cristiano. Cuando el resentimiento amenaza con inundarnos el corazón de amargura, escuchemos otra vez al Señor pidiendo el perdón de los que le estaban crucificando, y a su siervo Pablo diciéndoles a sus amigos: «Mostraos comprensivos, compasivos con los demás, dispuestos siempre a perdonar a los que os hayan ofendido, de la manera que Dios nos ha perdonado mucho más a nosotros por medio de Jesucristo» *(Efesios 4:32)*.

La idea de que aquel, el más horrendo crimen de la humanidad, se cometió por ignorancia, aparece en todo el Nuevo Testamento. Pedro le dijo a la gente pocos días después: «Sé que lo habéis hecho por ignorancia» *(Hechos 3:17)*. Pablo dijo que habían crucificado a Jesús porque no le habían reconocido *(Hechos 13:27)*.

Marco Aurelio, el gran emperador romano estoico, solía decirse todas las mañanas: «Hoy te vas a encontrar con toda clase de gente desagradable: te harán daño, te injuriarán, te insultarán…; pero tú no puedes hacerles lo mismo, tú sabes más, tú eres un hombre en quien mora el Espíritu de Dios.» Otros puede que tengan el corazón lleno de resentimiento, y otros pecarán por ignorancia; pero nosotros sabemos más. Somos hombres y mujeres de Cristo, y debemos perdonar como Él perdonó.

LA PROMESA DEL PARAÍSO

Lucas 23:39-43

> *Uno de los criminales que estaban crucificados no hacía más que lanzarle insultos a Jesús, y decía:*
>
> *—¡Anda, si es verdad que eres el Mesías, sálvate a ti mismo, y a nosotros!*
>
> *Pero el otro crucificado le reprendió seriamente:*
>
> *—¿Es que no tienes temor de Dios tú que estás sufriendo la misma pena que Él? Nuestra condena es justa, porque la hemos merecido por nuestras obras; pero Éste no ha cometido ningún crimen. —Y luego, dirigiéndose a Jesús—: ¡Acuérdate de mí cuando vuelvas como Rey!*
>
> *—Te doy mi palabra —le contestó Jesús— que hoy estarás conmigo en el Paraíso.*

Aquello de crucificar a Jesús entre dos delincuentes conocidos lo hicieron las autoridades a propósito para humillar a Jesús ante la gente, equiparándole a otros criminales.

La leyenda se ha ocupado extensamente del ladrón arrepentido. Se le identifica por el nombre de Dismas, Demas o Dímaco. Una leyenda le convierte en una especie de Robin Hood judío, que robaba a los ricos para dárselo a los pobres. Otra leyenda reaparece en el «Libro dels Tres Reis d’Orient», una joyita de los orígenes de la literatura española: cuenta que, cuando iba huyendo de Belén a Egipto la Sagrada Familia, fue apresada por dos bandoleros; uno cruel, que quería matar al niño Jesús, y otro compasivo que le salvó la vida, e invitó a la Sagrada Familia a pasar la noche en su cueva. La mujer de este «buen ladrón» le cuenta a María que tiene un hijito

recién nacido que está leproso. María le baña en la misma agua en la que ha bañado a Jesús, y el niño queda sano y limpio. En el Calvario, el hijo del ladrón alevoso muere a la izquierda de Jesús, y el del compasivo, a la derecha.

La palabra *Paraíso* viene del persa, y quiere decir *un jardín amurallado.* Cuando el rey persa quería hacerle un gran honor a alguno de sus servidores, le nombraba su acompañante en el paraíso, para que paseara y conversara con el rey en aquel lugar delicioso. Fue más que la inmortalidad lo que Jesús le prometió al ladrón arrepentido: le prometió el honor de gozar de su compañía en el jardín de la corte celestial.

Este relato nos dice, entre otras cosas importantes, que nunca es tarde para reconocer a Jesús como nuestro Rey y Salvador. Hay otras posibilidades de las que tenemos que decir: «Eso ya no es posible. He perdido la oportunidad.» Pero eso no se puede decir de volver a Cristo: mientras late el corazón, sigue en pie la invitación. Aunque sea «puesto ya el pie en el estribo», como decía Cervantes refiriéndose a su próxima muerte, es literalmente cierto que «mientras hay vida, hay esperanza». Pero, como también decía el predicador evangélico don Enrique Lindegaard: «Sabemos de un caso de alguien que se convirtió a las puertas de la muerte, para que nadie desespere; pero es un solo caso, para que nadie se confíe.»

EL FINAL DE UN LARGO DÍA

Lucas 23:44-49

> *Era entonces como el mediodía, y se produjo una oscuridad terrible que duró hasta las tres de la tarde en todo el país, porque el Sol se eclipsó. La cortina del templo que cerraba el Lugar Santísimo se rasgó por la mitad. Entonces Jesús clamó a gran voz:*
>
> *—¡Padre, dejo mi espíritu en tus manos!*
>
> *E inmediatamente murió. Cuando el centurión vio lo que había sucedido, alabó a Dios y dijo:*
>
> *—No cabe duda de que este hombre era inocente.*
>
> *En cuanto al gentío que estaba presenciando el espectáculo, cuando vieron lo que había sucedido, se marcharon de allí*

dándose golpes de pecho en señal de duelo. Todos los amigos de Jesús y las mujeres que habían venido con Él desde Galilea estaban mirándolo todo a una cierta distancia.

Todos los detalles de este pasaje están henchidos de profundo significado.

(i) Se produjo una gran oscuridad cuando murió Jesús. Era como si el Sol mismo no pudiera mirar lo que las manos humanas habían hecho. El mundo queda sumido en las tinieblas cuando los hombres intentan deshacerse de Jesús.

(ii) La cortina del templo se rasgó por en medio. Esta era la cortina que ocultaba el Lugar Santísimo, donde moraba la presencia de Dios, el lugar en el que nadie podía entrar más que el sumo sacerdote, una vez al año, el gran Día de la Expiación. Era como si el camino a la presencia de Dios que había estado cerrado se hubiera abierto totalmente para todos. Era como si el corazón de Dios, hasta entonces oculto, se hubiera *descubierto.* El nacimiento, la vida y la muerte de Jesús rasgaron el velo que había ocultado a Dios a la vista de los hombres. «El que me ha visto a Mí —dijo Jesús—, ha visto al Padre» *(Juan 14:9)*. En la Cruz, más claro que en ningún otro lugar, vemos el amor de Dios.

(iii) Jesús clamó a gran voz. Los tres evangelios sinópticos nos recuerdan ese grito final *(*véase *Mateo 27:50; Marcos 15:37)*. Juan, por otra parte, no menciona el gran grito, pero nos dice que Jesús murió diciendo: «¡Consumado es!» *(Juan 19:30)*. En griego y en arameo, *consumado es* es una sola palabra, y esa fue la que Jesús dijo en voz muy alta al morir. Murió con un grito de triunfo en sus labios. No susurró «Se acabó», como teniendo que reconocer su derrota, sino que proclamó su triunfo como el vencedor que había derrotado definitivamente al enemigo en el último enfrentamiento, y que había completado una gloriosa misión. «¡Terminado!», gritó Cristo, crucificado pero victorioso.

(iv) Jesús murió con una oración en sus labios: «¡Padre, dejo mi espíritu en tus manos!» Es una cita del *Salmo 31:5*. Ese versículo era la oración que pronunciaba un niño judío al acostarse por la noche. Jesús hizo aún más tierna la oración confiada añadiéndole la palabra *Padre.* Aun en la cruz, la muerte era para Jesús como el quedarse dormido en los brazos de su Padre.

(v) La muerte de Jesús impresionó vivamente al centurión y a la multitud. Su muerte tuvo el efecto que no había tenido su vida: quebrantó el duro corazón humano. Ya se estaba cumpliendo el dicho de Jesús: «Cuando me levanten de la tierra, atraeré hacia Mí a todos los hombres» *(Juan 12:32)*. El imán de la Cruz había empezado a producir efecto en el mismo momento de la muerte de Jesús.

EL QUE LE PRESTÓ SU TUMBA A JESÚS

Lucas 23:50-56

> *Fijaos: había un hombre que se llamaba José, natural de Arimatea, ciudad de Judea, bueno y celoso cumplidor de la Ley, que esperaba la venida del Reino de Dios; y era miembro del Sanedrín, pero no había estado de acuerdo con la sentencia ni con lo que habían hecho en el caso de Jesús. Este José se dirigió a Pilato para pedirle que le permitiera enterrar a Jesús. Luego fue a bajar el cuerpo de la cruz, lo envolvió en un lienzo y lo colocó en una tumba cavada en la roca, en la que no se había enterrado a nadie antes. Era viernes por la tarde, y estaba a punto de empezar el sábado.*
>
> *Las mujeres que habían venido de Galilea con Jesús también fueron detrás de José, y vieron cómo colocaba el cuerpo en la tumba. Cuando volvieron, prepararon aromas y ungüentos para embalsamarlo cuando pasara el sábado, y descansaron ese día como estaba mandado en la Ley.*

La costumbre era que los cuerpos de los criminales no se enterraban, sino que se dejaban para los perros y los buitres; pero José de Arimatea salvó el cuerpo de Jesús de esa suerte indigna. No quedaba mucho tiempo, porque Jesús fue crucificado el viernes, y el sábado, el día de reposo, empezaba a la puesta del Sol. Por eso las mujeres no tuvieron tiempo más que para ver dónde enterraba José el cuerpo de Jesús, e irse a casa a preparar los perfumes y ungüentos para embalsamarlo cuando pasara el descanso del sábado, porque habría sido ilegal hacerlo antes.

José de Arimatea es una figura de gran interés.

(i) Cuenta la leyenda que el año 61 d.C. Felipe le envió a Gran Bretaña, y llegó a Glastonbury. Llevaba el cáliz que se había usado en la Última Cena, que contenía parte de la sangre de Cristo. Ese era el «Santo Graal» que los legendarios caballeros del rey Arturo querían encontrar. Cuando José llegó a Glastonbury, se dice que pinchó su bordón en la tierra para descansar apoyado en él, y reverdeció formando un árbol que florece en Navidad.

El espino de san José sigue floreciendo en Glastonbury, y todavía se siguen mandando esquejes a todo el mundo. Allí en Glastonbury se construyó la primera iglesia de Inglaterra, que la leyenda conecta con san José de Arimatea y que sigue siendo un lugar de peregrinación.

(ii) José de Arimatea es, en cierto sentido, una figura trágica. Es el hombre que le prestó su tumba a Jesús. Era miembro del Sanedrín; se nos dice que no estuvo de acuerdo con la sentencia y la acción de aquel tribunal, pero no se nos dice que lo expresara así. Tal vez guardó silencio, o tal vez se ausentó cuando comprendió que era inútil evitar aquel curso de acción con el que no estaba de acuerdo. ¡Cómo habría ayudado a Jesús si, en aquella asamblea tenebrosa llena de crudo odio, alguien hubiera tomado la palabra para hablar en su favor! Pero es de suponer que José esperó hasta que Jesús estuvo muerto, y entonces le dio su tumba.

Es una de las tragedias de la vida que ofrecemos a los muertos las flores que habríamos podido darles en vida, y guardamos para el funeral o después las alabanzas o el agradecimiento que podríamos haberle expresado antes de morir. A menudo, muy a menudo, lamentamos no haber hablado a tiempo. Una palabra a los vivos vale más que una catarata de elogios a los muertos.

¿POR QUÉ BUSCÁIS ENTRE LOS MUERTOS AL QUE VIVE?

Lucas 24:1-12

> *La madrugada del domingo, las mujeres fueron a la tumba con las especias aromáticas que habían preparado, con algunas mujeres más; y se encontraron la piedra que cerraba la tumba quitada de su sitio. Entraron, y no encontraron el cuerpo*

del Señor Jesús. Y, fijaos: cuando estaban ahí sin saber qué pensar de aquello, de pronto se les presentaron dos varones con ropa deslumbrante. Ellas se llevaron tal susto que no se atrevían ni a levantar la mirada del suelo; pero los varones les dijeron:

—¿Cómo es que estáis buscando donde se ponen los muertos al Que está vivo? ¡No está aquí, porque ha resucitado! Acordaos de lo que os dijo cuando estaba con vosotras en Galilea: que era menester que el Hijo del Hombre fuera entregado a la jurisdicción de los pecadores, que le crucificarían; pero que al tercer día resucitaría.

Entonces se acordaron ellas de lo que les había dicho Jesús. De vuelta de la tumba les dieron la noticia a los once apóstoles y a todos los demás; fueron María Magdalena, Juana, María la madre de Santiago y las otras que habían ido con ellas las que trataron de decírselo todo a los apóstoles; pero a ellos les sonaba todo aquello a locura, y no lo tomaban en serio.

Sin embargo Pedro se puso en pie de un salto y salió corriendo en dirección a la tumba; y cuando llegó, y entró, vio el sudario sin el cuerpo. Luego se volvió a casa maravillado de lo que había sucedido.

El *shabat* judío, nuestro sábado, es el séptimo día de la semana, y conmemora el descanso de Dios cuando completó la Creación. El domingo cristiano es el primer día de la semana, y conmemora la Resurrección de Jesús. Aquel primer domingo cristiano, las mujeres fueron a la tumba para llevar a cabo los últimos quehaceres del amor y embalsamar el cuerpo de su amado muerto con aromas y ungüentos. En Oriente, las tumbas se hacían muchas veces en la roca. El cadáver se envolvía en largas tiras de lino, como vendas, y se colocaba en un poyo de la roca. Luego se cerraba la tumba con una gran piedra circular. Cuando llegaron las mujeres se encontraron con que la piedra no estaba en su sitio, y la tumba abierta.

Aquí nos encontramos con una de esas discrepancias en los relatos de la Resurrección a las que dan tanta importancia los que no quieren creer. En *Marcos,* el mensajero de la tumba es un joven con una túnica larga blanca (16:5); en *Mateo*, es un ángel del Señor

(28:2). Aquí son dos varones con vestiduras deslumbrantes; y en *Juan* son dos ángeles (20:12). Es cierto que hay algunas diferencias de detalle; pero también es cierto que lo que importa está muy claro y siempre igual: *el hecho de la tumba vacía.* Si, como algunos sugieren, todos estos relatos se inventaron para presentar algo que no había ocurrido, habría sido facilísimo ponerse de acuerdo en los detalles también. Ningún juez espera que los testigos presenciales coincidan en todos los detalles de su testimonio. Si dos firmas son *exactamente* iguales, una por lo menos es falsa. Las diferencias son una prueba de la honradez de los evangelistas, y de la verdad de la Resurrección.

Las mujeres volvieron con la mejor noticia de la Historia, pero los apóstoles no las creyeron. Aquello les sonaba a cuento. La palabra que se usa en el original se emplea en las historias médicas para referirse a las tonterías que se dicen en un estado febril agudo o de locura. Sólo Pedro se lanzó a comprobar si aquello era cierto. Esto dice mucho de Pedro. El que negara a su Maestro no se podía haber mantenido oculto; y, sin embargo, tenía el coraje moral necesario para enfrentarse con los que conocían su vergüenza. El que había actuado como «una paloma incauta», se iba convirtiendo en «una roca».

La pregunta ineludible y desafiante de esta historia es la que dirigieron a las mujeres los mensajeros: «¿Cómo es que estáis buscando donde se ponen los muertos al Que está vivo?» Todavía hay muchos que buscan a Jesús entre los muertos.

(i) Hay quienes le consideran el hombre más grande y el más noble héroe Que haya habido jamás, y el Que vivió la vida más encantadora Que se haya vivido en la Tierra —pero Que murió hace mucho tiempo. Eso no es. Jesús no está muerto: ¡está vivo! No es meramente un héroe del pasado, sino una realidad viviente del presente.

(ii) Hay quienes consideran a Jesús meramente como un hombre cuya vida hay que estudiar, cuyas palabras hay que examinar y cuya enseñanza hay que analizar. Esto se ve claramente en los muchos grupos de estudio que proliferan mientras desaparecen las reuniones de oración. Sin duda, el estudio es necesario; pero Jesús no es meramente un objeto de estudio, sino Alguien con Quien

puede uno encontrarse y vivir cada día. No es meramente el personaje de un libro, ni siquiera del mayor Libro del mundo, sino una presencia viva.

(iii) Hay quienes ven en Jesús el modelo y ejemplo perfecto. Y lo es; pero un ejemplo perfecto puede ser algo descorazonador. A algunos de nosotros nos daban en el «cole» un cuaderno de caligrafía a la cabecera de cuyas páginas había una línea de escritura perfecta que teníamos que reproducir. ¡Qué pobre era el resultado que lográbamos en nuestro esfuerzo para reproducir aquel modelo perfecto! Pero, a veces, el maestro se nos acercaba, se sentaba a nuestro lado, nos cogía la mano en la suya, y nos guiaba los trazos. ¡Qué bien nos salían entonces, y con qué concentración nos mordíamos la lengua! Eso hace Jesús con nosotros: no se limita a ser un dechado perfecto que nunca podremos reproducir, sino que nos guía y fortalece para que podamos seguir su ejemplo. No es sólo un modelo de vida; es también una presencia que nos ayuda a vivir.

Podría ser que nuestra vida cristiana careciera de este elemento esencial porque hemos estado buscando al Que está vivo entre los muertos.

EL OCASO QUE SE CONVIRTIÓ EN AMANECER

Lucas 24:13-35

> *Ahora, mirad: aquel mismo domingo iban dos de los amigos de Jesús de camino a la aldea de Emaús, que estaba a unos doce kilómetros de Jerusalén, e iban hablando de todo lo que había pasado. Y mientras hablaban y discutían entre sí, ¡Jesús en persona se les acercó y se puso a caminar con ellos! Pero ellos estaban ofuscados, y no le reconocieron.*
>
> *—¿Qué es lo que vais hablando en el camino? —les preguntó Jesús.*
>
> *Entonces se detuvieron, reflejando en sus rostros la amargura de su corazón; y uno de ellos, que se llamaba Cleofás, le dijo a Jesús:*
>
> *—¡Tú debes de ser el único forastero que ha estado en Jerusalén que no se ha enterado de lo que ha pasado allí estos días!*

—Pues, ¿qué ha pasado? —les preguntó Jesús.

—Pues lo de Jesús de Nazaret, que era un profeta que hablaba y actuaba con el poder de Dios en medio del pueblo; y que nuestros principales sacerdotes y gobernadores le entregaron para que le condenaran a muerte, y le crucificaron. ¡Y nosotros que habíamos creído que Él era el que había de redimir a Israel! Pero no resultó así; y, además, ya hace tres días que pasó todo. Es verdad que unas mujeres de nuestro grupo nos dieron una noticia increíble: habían ido a la tumba de madrugada, y no consiguieron encontrar el cadáver; y volvieron diciendo que si habían visto visiones de ángeles, y que si les habían dicho que Él está vivo. Algunos de los nuestros fueron a la tumba, y se la encontraron vacía como habían dicho las mujeres; pero no vieron a Jesús.

A esos les dijo Jesús:

—¡Pero qué torpes y qué cortos de entendederas sois para creer todo lo que los profetas habían anunciado! ¿Es que no era menester que el Mesías padeciera todo eso antes de entrar en su gloria?

Y Jesús empezó por Moisés y siguió con todos los Profetas, haciéndoles ver todo lo que decían de Él las Escrituras.

Ya estaban cerca del pueblo adonde iban, y Jesús hizo como que iba más lejos. Pero ellos le insistieron en que se quedara, y le dijeron:

—¡Quédate con nosotros, que ya es tarde y está oscureciendo!

Así es que entró en la casa, y se quedó con ellos. Y fijaos: cuando se sentaron a la mesa, Jesús cogió el pan y dio gracias a Dios, y lo partió y se lo dio. ¡Y entonces se dieron cuenta, y le reconocieron! Y Él desapareció. Y se dijeron:

—¡Ahora comprendemos por qué nos emocionábamos tanto en el camino cuando nos hablaba y nos descubría el sentido oculto de las Escrituras!

E inmediatamente se levantaron de la mesa y se pusieron en camino para volver a Jerusalén. Cuando llegaron, encontraron reunidos a los once apóstoles y a los que estaban con ellos, que decían:

—¡Es un hecho que ha resucitado el Señor, y se le ha aparecido a Simón!

Y los dos de Emaús contaron lo que les había pasado en el camino, y cómo habían reconocido a Jesús cuando les partió el pan.

Esta es otra de las historias breves inmortales del mundo.

(i) Nos habla de dos personas que iban caminando hacia el ocaso. Se ha sugerido que esa fue la causa de que no reconocieran a Jesús. Emaús está al Oeste de Jerusalén. Era por la tarde, y el Sol iba descendiendo de forma que los cegaba. Fuera por lo que fuera, está claro que el cristiano no camina hacia el ocaso, sino hacia el amanecer. Se ha dicho que, hace mucho, los israelitas iban caminando por el desierto hacia el amanecer *(Números 21:11)*. El cristiano tiene delante, no una noche que se le echa encima, sino una aurora que rompe —y eso fue algo de lo que, en el dolor de su desilusión, los dos que iban camino de Emaús no se habían dado cuenta.

(ii) Nos habla de la habilidad de Jesús para hacer que las cosas tengan sentido. La situación les parecía a aquellas dos personas que no tenía explicación. Los sueños y las ilusiones se les habían hecho añicos. Se refleja toda la desilusión más dolorosa y el sentimiento más hondo de frustración del mundo en sus palabras: «¡Y nosotros que habíamos creído que Él era el que había de redimir a Israel!» Eran las palabras de personas cuyas esperanzas estaban muertas y enterradas. Pero entonces vino Jesús, y habló con ellos, y se les aclararon las tinieblas y el sentido de la vida. Cierto narrador hace decir a uno de sus personajes: «Yo no sabía lo que era la vida hasta que la vi en tus ojos.» Cuando se cierne sobre nosotros el desaliento, sólo en Jesús podemos comprender todo lo que encierra la vida.

(iii) Nos habla de la cortesía de Jesús. Hizo como que iba para más lejos. No quería que se sintieran obligados, y esperó que fueran ellos los que le invitaran. Dios nos ha dado a los hombres el regalo más valioso y más peligroso del mundo: la libertad; podemos usarla para invitar a Cristo a nuestra vida, o para dejarle que se aleje.

(iv) Nos habla de cómo se les dio a conocer en el partimiento del pan. Esto siempre suena como una alusión a la Comunión, pero no

tenemos por qué limitarlo así. Fue en una comida normal, en una casa normal, en la que se partió un pan corriente, en la que aquellas dos personas reconocieron a Jesús. Se ha hecho la sugerencia hermosa de que tal vez aquellos dos habían estado en la multiplicación de los panes y los peces y, cuando Jesús partió el pan en su casita, recordaron y reconocieron su gesto. No es sólo en la mesa de la Comunión donde nos podemos encontrar con Cristo; también puede ser a la mesa en nuestro comedor.

1 ¡Bendita casa, do te han recibido,
amigo de las almas, Salvador;
do huésped moras sin igual querido,
y todo lo bendices con tu amor!

2 Do todos alrededor de Ti se juntan,
los ojos a Ti vuelven con afán,
los labios por tus órdenes preguntan,
las manos prontas a tu voz están.

El cristiano vive siempre y en todas partes en un mundo que está lleno de Cristo.

(v) Nos habla de cómo estas personas, cuando recibieron tan gran alegría, se apresuraron a compartirla. Eran otros doce kilómetros de vuelta a Jerusalén, y ya de noche; pero no podían guardarse la Buena Noticia. El Evangelio no es nunca del todo nuestro hasta que lo hemos compartido con otros.

(vi) Nos habla de cómo, cuando por fin llegaron a Jerusalén, encontraron a otros que habían tenido una experiencia parecida. La gloria de los cristianos es que viven en una compañía de gente que ha tenido la misma experiencia. Se ha dicho que la verdadera amistad empieza cuando las personas comparten un recuerdo común, y se pueden decir: «¿Te acuerdas?» Cada uno de nosotros los cristianos formamos parte de una comunidad de personas que comparten una experiencia y un recuerdo común de su Señor.

(vii) Nos dice que Jesús se le apareció a Pedro. Esa seguirá siendo una de las grandes historias jamás contadas; pero es maravilloso el que Jesús dedicara una de sus primeras apariciones precisamente al hombre que le había negado. Es la gloria de Jesús que Él puede devolverle la dignidad a un pecador arrepentido.

EN EL APOSENTO ALTO

Lucas 24:36-49

> *No habían acabado de contar su historia cuando Jesús se puso en medio de todos ellos y los saludó:*
>
> *—¡La paz sea con vosotros!*
>
> *Todos se llenaron de miedo y de espanto, porque pensaban que estaban viendo un fantasma.*
>
> *—¿De qué os asustáis y por qué se os ocurren esas cosas? ¡Miradme las manos y los pies! ¡Mirad! ¡Soy Yo! ¡Tocadme y miradme! Un fantasma no es una persona de carne y hueso como veis que soy Yo.*
>
> *Cuando les dijo eso, les enseñó las manos y los pies. Y, como todavía ellos creían que aquello era demasiado bueno para ser verdad, y estaban como alucinados, les dijo:*
>
> *—¿Tenéis algo de comida?*
>
> *Entonces le dieron un trozo de pescado asado; y lo cogió y se lo comió delante de ellos. Y les dijo:*
>
> *—Cuando estaba con vosotros ya os decía Yo que era menester que se cumpliera todo lo que se había dicho de Mí en la Ley de Moisés, y en los Profetas, y en los Salmos.*
>
> *A continuación les ayudó a entender las Escrituras, y les dijo:*
>
> *—Ya veis que estaba escrito que el Mesías había de padecer, y que resucitaría al tercer día, y que se proclamaría en su Nombre el arrepentimiento que conduce al perdón de los pecados en todas las naciones, empezando por Jerusalén. Y vosotros sois los que tenéis que decirle todo esto al mundo entero. Fijaos bien: Yo os enviaré al Que el Padre os ha prometido; pero esperad en Jerusalén hasta que seáis revestidos de un poder de lo Alto.*

Aquí leemos cómo vino Jesús a los suyos que estaban en el aposento alto. En este pasaje resuenan algunas de las notas características de la fe cristiana. Escuchémoslas.

(i) Se hace hincapié en *la realidad de la Resurrección.* El Señor Resucitado no era un fantasma o una alucinación: era realmente Él. El Jesús que murió era el mismo Cristo que resucitó. El Evangelio no está basado en sueños de mentalidades fantasiosas o en

visiones calenturientas, sino en Uno que en realidad se enfrentó y luchó con la muerte, y la venció, y resucitó.

(ii) Se hace hincapié en *la necesidad de la Cruz.* Era a la Cruz a lo que apuntaban todas las Escrituras. La Cruz no fue una emergencia que Dios se vio obligado a aceptar porque otras medidas le habían fallado y su plan había fracasado. *Era una parte esencial del plan de Dios,* porque es el único lugar en todo el universo en el que podemos ver, en un instante, el amor eterno de Dios.

(iii) Se hace hincapié en *la urgencia de la misión.* Tiene que llegar a todos los hombres la llamada al arrepentimiento y la oferta del perdón. La Iglesia no se podía quedar indefinidamente en el aposento alto; tenía que ir a todo el mundo. Después del aposento alto vino la misión universal de la Iglesia. Habían pasado los días de aflicción, y había que llevar la Nueva de gran gozo a todos los hombres.

(iv) Se hace hincapié en *el secreto del poder.* Tenían que esperar en Jerusalén hasta que viniera sobre ellos el poder de lo Alto. Hay ocasiones en las que los cristianos parece que están perdiendo el tiempo, esperando pasivamente. Pero la acción sin preparación, a menudo falla. Hay un tiempo para esperar en Dios, y un tiempo para trabajar para Dios.

Hasta en medio de tareas apremiantes y problemas agobiantes es menester buscar un tiempo para esperar en Dios. No es un tiempo perdido, porque cuando nos apartamos un momento de las tareas y preocupaciones recibimos de lo Alto las fuerzas para cumplirlas y asumirlas.

EL FINAL FELIZ

Lucas 24:50-53

> *Jesús sacó a los suyos hasta Betania; y allí, levantó los brazos y los bendijo. Así como estaba, bendiciéndolos, empezó a separarse de ellos, hasta que fue elevado al Cielo, mientras ellos le adoraban.*
>
> *Después se volvieron a Jerusalén rebosando de alegría, y allí pasaban todo el tiempo en el templo, alabando a Dios.*

La Ascensión del Señor es algo que rebasa nuestra comprensión, porque es algo que no se puede expresar con palabras. Pero es algo que era esencial que sucediera. Sería inconcebible que las apariciones de Jesús fueran desapareciendo paulatinamente hasta dejar de producirse totalmente. Eso sí que habría hecho naufragar la fe de la humanidad. Tenía que llegar el día que marcara la separación entre el ministerio terrenal de Jesús de Nazaret y el ministerio celestial de Cristo. Pero para los discípulos, la Ascensión quería decir tres cosas:

(i) Era *un final.* Hasta ese momento su fe había estado puesta en una persona de carne y hueso, y había dependido de su presencia física. Desde este momento estarían en relación con Alguien que era independiente del espacio y del tiempo ya para siempre.

(ii) Pero también era *un principio.* Los discípulos no abandonaron la escena apesadumbrados, sino rebosando de alegría, porque ahora sabían que tenían un Maestro de Quien nada ni nadie los podría separar ya. Don Carlos Araujo contrastaba el gozo de los apóstoles después de la Ascensión con la impresión contraria de desamparo y tristeza de la famosa poesía de Fray Luis de León a la Ascensión:

¿Y dejas, Pastor santo,
tu grey en este valle hondo, oscuro,
con soledad y llanto,
y Tú, rompiendo el puro
aire, te vas al inmortal seguro?
....
¡Cuán pobres, y cuán ciegos ¡ay! nos dejas!

«Estoy seguro —decía Pablo— de que nada, ni en la vida ni en la muerte, nos puede separar del amor de Dios que se ha hecho realidad en Cristo Jesús» *(Romanos 8:38-39).*

(iii) Más aún: la Ascensión les dio a los discípulos la seguridad de que tenían *un amigo en el Cielo, y no sólo en la Tierra.* Gabriel Miró hace decir a la Samaritana en sus *Figuras de la Pasión del Señor*: «¡Rábbi, Rábbi! ¡Por qué has resucitado para subirte al cielo…!» Pero no hay duda de que es maravilloso saber que en el Cielo nos espera el mismísimo Jesús que vivió y actuó tan maravillosamente

en la Tierra, y que sufrió una muerte horrible para que nosotros pudiéramos estar con Él para siempre en su Reino. Morir no es ya perdernos en la oscuridad, sino entrar en terreno conquistado por el Vencedor de la muerte, para estar ya siempre con Él.

Los Apóstoles volvieron a Jerusalén rebosando de gozo, y estaban en el Templo alabando a Dios. No es casualidad que el Evangelio según san Lucas acabe donde había empezado: en la Casa de Dios.

BIBLIOGRAFÍA

Algunos de los libros, autores y personajes históricos a los que alude William Barclay, y otros autores y libros en los que se pueden ampliar los temas aquí tratados. Se indican con * los nombres citados por William Barclay.

*1. *William booth (1829-1912). Fundador del Ejército de Salvación, y su primer General. Véase número 23.*

2. Juan Bautista cabrera Ivars (1837-1916). Himnólogo español, primer obispo de la Iglesia Española Reformada Episcopal. Véase: R. P. Bernardino Rubert Candau, O.F.M., Vida y obra literaria de, IEA, 1980.

*3. *eusebio de Cesarea (c. 265-340) Historia Eclesiástica, 2 tomos, CLIE.*

4. George P. fisher, Historia de la Reforma, CLIE.

5. Juan fletcher, Historia compendiada de la Iglesia Cristiana, 2 tomos, CLIE.

*6. Federico fliedner, *Martín Lutero, CLIE.*

7. José flores, Historia de la Biblia en España, CLIE.

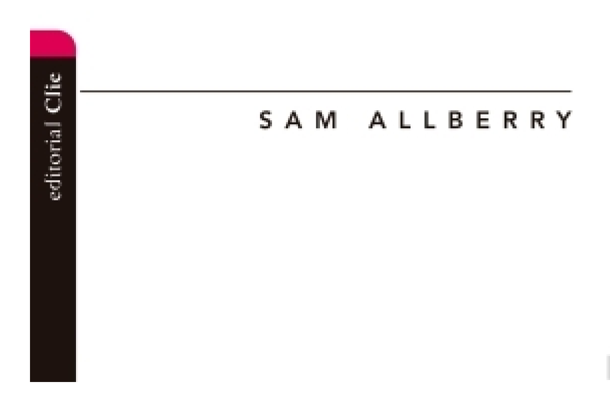
*8. *T. R. glover, La influencia de Cristo en el mundo antiguo, CLIE.*

9. Manuel gutiérrez marín, Historia de la Reforma en España, PEN-CLIE.

*10. *Stanley jones, ¿Es realidad el Reino de Dios?, CLIE.*

*11. *Flavio josefo, Antigüedades de los Judíos, 3 tomos, CLIE.*
*12. *Flavio josefo, La Guerra de los Judíos, 2 tomos, CLIE.*
*13. *John knox (1505?-1572). Reformador escocés. Véanse números 4 y 5.*
*14. *Hugh latimer (1490-1555). Reformador y mártir inglés. Véase número 4.*
*15. *Andrew melville (1545-?). Reformador escocés. Véase número 4.*
16. Emilio martínez, Recuerdos de antaño, de la Reforma en España, CLIE.
*17. *pusey, Edward Bouverie, llamado (1800-1872). Teólogo inglés relacionado con el Movimiento de Oxford.*
18. Casiodoro de reina (c. 1520-1594). Reformador español, primer traductor de la Biblia entera al castellano (1569). Véanse números 7, 9 y 20.
19. Cipriano de valera (c. 1532-1602). Reformador español, autor y traductor de importantes libros teológicos, y revisor de la Biblia de Casiodoro de Reina, que también lleva su nombre (1602). Véanse los números 7, 9 y 20.
20. M. K. van lennep, Historia de la Reforma en España en el siglo xvi, T.E.L.L.

*21. Patrocinio Ríos, El reformador *Unamuno y los protestantes, CLIE.*
22. Samuel vila, A las fuentes del Cristianismo, CLIE.
23. Samuel vila, Historia de la Inquisición y de la Reforma en España, CLIE.
24. Samuel vila, Origen e Historia de las Denominaciones, CLIE.
*25. Mateo Lelièvre, *Juan wesley – Su vida y su obra, CLIE.*
26. Juan C. varetto, La Reforma religiosa del siglo xvi, Junta Bautista de Publicaciones, Buenos Aires, 1959.



¿Por qué le importa a Dios con quién me acuesto?

Allberry, Sam
9788418204432
160 Páginas

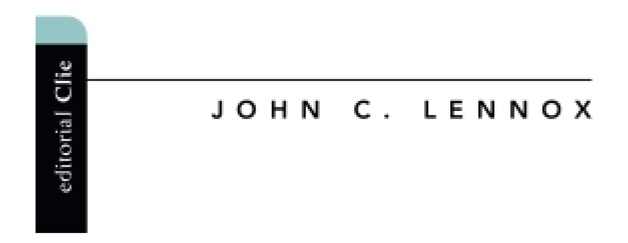
Cómpralo y empieza a leer

Sam Allberry, autor de muchos libros, entre ellos Is God Anti-Gay?, expone el buen diseño de Dios para la expresión de la sexualidad humana, mostrando que Dios mismo es amor y que sólo él puede satisfacer nuestros deseos más profundos. Una perspectiva bíblica de lo que el sexo está diseñado para ser, significar y hacer por nosotros. Los cristianos son cada vez más vistos como anticuados, restrictivos y prejuiciosos cuando se trata de sexo antes del matrimonio, la cohabitación, la homosexualidad, la identidad de género o los derechos de los transexuales. De hecho, para muchas personas, este tema es una de las mayores barreras para considerar el cristianismo. Sam Allberry, autor de muchos libros, entre ellos Is God Anti-Gay?, expone el buen diseño de Dios para la expresión de la sexualidad humana, mostrando que Dios mismo es amor y que solo él puede satisfacer nuestros deseos más profundos. Es un gran recordatorio del plan positivo de la Biblia para el amor, el sexo y el matrimonio, e ideal para regalar a las personas que pueden ver esto como un obstáculo para la creencia.

En **Jesús ¿realidad o ficción?** el historiador John Dickson expone cómo funciona la historia para que tengamos las herramientas para evaluar lo que podemos decir con confianza sobre figuras como el emperador Tiberio, Poncio Pilatos, el sumo sacerdote Caifás y, por supuesto, Jesús de Nazaret. *John Dickson pregunta*: ¿Qué podemos saber con certeza sobre el pasado? ¿Se puede considerar algo de la historia antigua como "hecho"? En particular, ¿con qué seriedad podemos tomar las fuentes históricas para la vida, muerte y resurrección de Jesús de Nazaret? ¿Realmente vivió en Galilea y Judea del primer siglo, o es una figura legendaria? En este oportuno libro, el historiador Dr. John Dickson revela cómo funciona el campo de la historia, brindando a los lectores las herramientas para evaluar por sí mismos lo que podemos decir con confianza sobre figuras como el emperador Tiberio, Alejandro Magno, Poncio Pilato y, por supuesto, Jesús de Nazaret. **Presenta la evidencia, los métodos y las conclusiones de los académicos convencionales**, tanto cristianos como no, y hace algunas preguntas contemporáneas pertinentes, sin ofrecer respuestas insistentes: si Jesús realmente existió, ¿qué debemos hacer con sus propias afirmaciones y las de sus seguidores, y ¿qué significaría algo para nosotros hoy? Con la

característica claridad y excelencia de la erudición, John Dickson examina las evidencias históricas de Jesús. Su estilo accesible y fuentes actualizadas hacen que sea una lectura obligada para cualquiera que se tome en serio la investigación de Jesús.

¿Puede
la ciencia
explicarlo
todo?



¿Puede la ciencia explicarlo todo?

Lennox, John C.
9788418204012
144 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

¿Puede la ciencia explicarlo todo? Es una pregunta interesante que John Lennox y mucha gente piensa que sí. La ciencia y las tecnologías que ha generado han aportado mucho al mundo: agua limpia; más comida; mejor asistencia sanitaria; vida más larga. Y vivimos en una época de rápido progreso científico que promete resolver muchos de los problemas que enfrentamos como humanidad. Tanto es así, de hecho, que muchos no ven la necesidad o el uso de la religión y los sistemas de creencias que nos ofrecen respuestas a los misterios de nuestro universo. La ciencia lo ha explicado, suponen. La religión es redundante.

El profesor de matemáticas de Oxford y creyente cristiano, John Lennox, ofrece **una nueva forma de pensar sobre la ciencia y el cristianismo** que disipa los conceptos erróneos comunes sobre ambos. Él revela que no solo no se oponen, sino que pueden y deben mezclarse para darnos una comprensión más completa del universo y el significado de nuestra existencia.

No es necesario ser científico ni cristiano para valorar este libro. John Lennox escribe con una simplicidad que permite que el no científico lo siga, pero lo lleva a la presencia y a los pensamientos de algunos de los grandes de la ciencia, mientras escribe persuasivamente para defender el lugar de

Dios en el mundo científico. Una introducción importante para cualquiera que luche con los problemas de la ciencia y la fe.
Rev Hugh Palmer, Rector, All Souls, Langham Place, Londres.



¿Soy solo un cerebro?

Dirckx, Sharon
9788417620998
160 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Sharon Dirckx en ¿Soy solo un cerebro? explica cómo la investigación moderna está descubriendo cada vez más detalles de lo que es nuestro cerebro y cómo funciona. Estamos viviendo, pensando en criaturas que llevan con nosotros una increíble supercomputadora orgánica en nuestras cabezas.

Pero, ¿cuál es la relación entre nuestro cerebro y nuestra mente, y en última instancia, nuestro sentido de identidad como persona? ¿Somos más que máquinas? ¿Es el libre albedrío una ilusión? ¿Tenemos un alma?

La investigadora de imágenes cerebrales Sharon Dirckx expone la comprensión actual de quiénes somos de biólogos, filósofos, teólogos y psicólogos, y señala una imagen más amplia que sugiere respuestas a las preguntas fundamentales de nuestra existencia. No solo "¿qué soy?", sino "¿quién soy?" y "¿por qué soy?"

Lea este libro para obtener información valiosa sobre lo que la investigación moderna nos dice acerca de nosotros mismos, o para desafiar a un amigo escéptico con la idea de que somos meramente seres materiales que viven en un mundo material.


Cómo
PREPARAR y PREDICAR
MEJORES
SERMONES
Consejos para convertir una predicación
COMÚN en EXTRAORDINARIA
RIGOBERTO GÁLVEZ
editorial Clie

Tras analizar muchos sermones, ajenos y propios, el autor descubre que hay una epidemia que ha estado matando la predicación de la iglesia durante décadas: la frialdad, la abstracción, la entretención, el espectáculo y el academicismo desabrido. ¿Cómo descubrir, entonces, el secreto para transformar sermones comunes y aburridos en sermones extraordinarios? ¿Cómo elaborarlos? El Reverendo Gálvez, después de servir muchos años en el Ministerio de La Palabra, consigue elaborar y predicar sermones destacados. Procurando construir un buen título en cada sermón, una acertada introducción, divisiones sólidas, cuerpo y formas de contornos definidos, con unidad coherente en las diferentes partes del sermón, destacando las verdades esenciales, trasladándolas de manera sencilla, interesante, entendible, creíble, con pasión, convicción, dependiendo del auxilio del Espíritu Santo.

Table of Contents